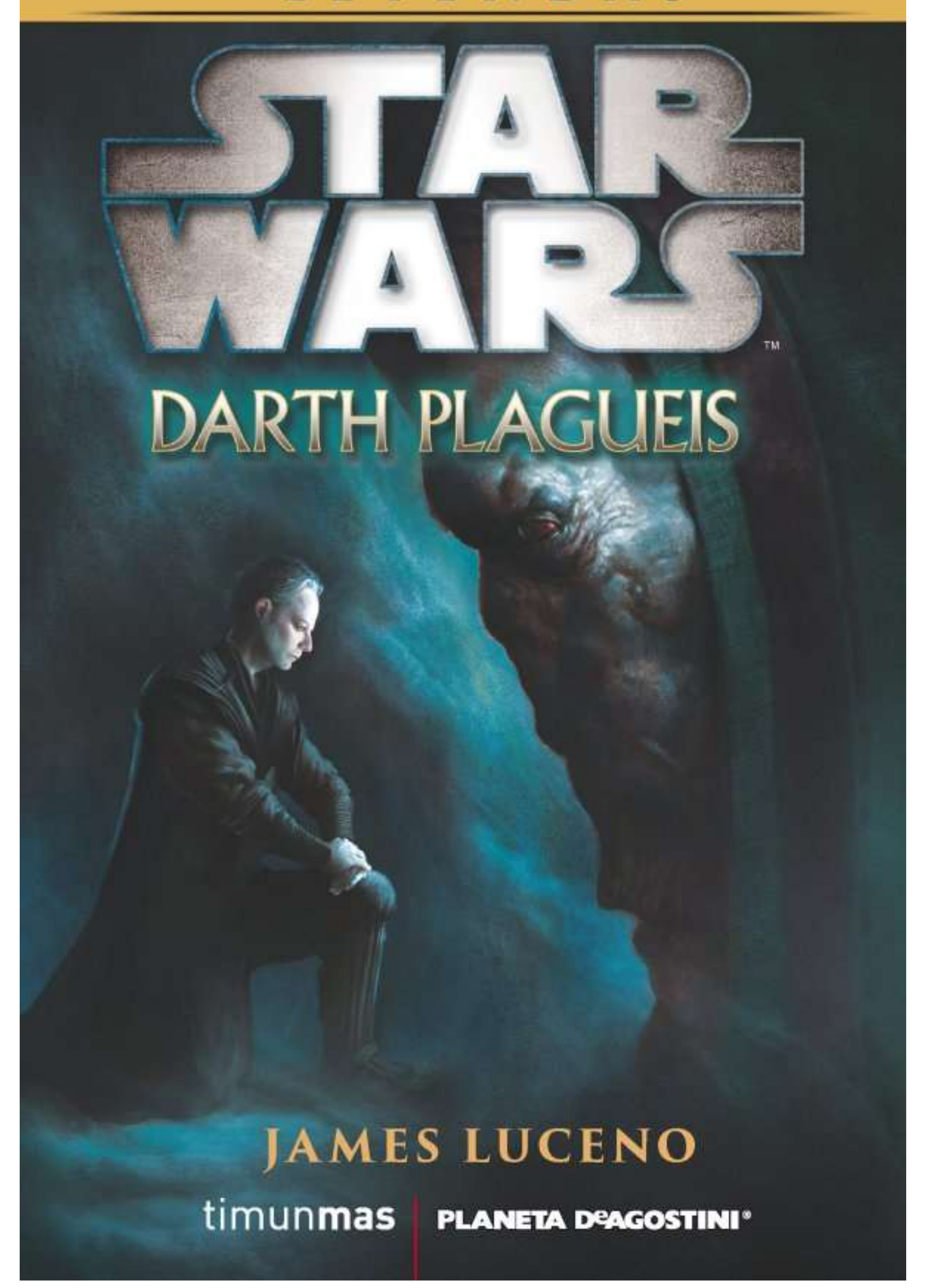

LEYENDAS
STAR WARS
TM
DARTH PLAGUEIS
JAMES LUCENO
timunmas
PLANETA DeAGOSTINI

Darth Plagueis, como todos los lores Sith previos a él, ansia el poder. Pero a diferencia de cualquier otro lord Sith posee un poder definitivo… sobre la vida y la muerte.

Darth Sidious: domina secretamente el poder del lado oscuro mientras públicamente asciende al puesto más alto del gobierno.

Uno desea ser el gobernante supremo; el otro sueña con vivir eternamente. Juntos destruirán a los Jedi y regirán la galaxia. A no ser que la despiadada tradición Sith termine siendo su perdición…



Darth Plagueis

James Luceno



LEYENDAS

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Darth Plagueis*

Autor: James Luceno

Arte de portada: Torstein Nordstrand

Traducción: Albert Agut Iglesias

Publicación del original: 2012

67 a 32 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: cnmcleod

Revisión: Holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 2.0

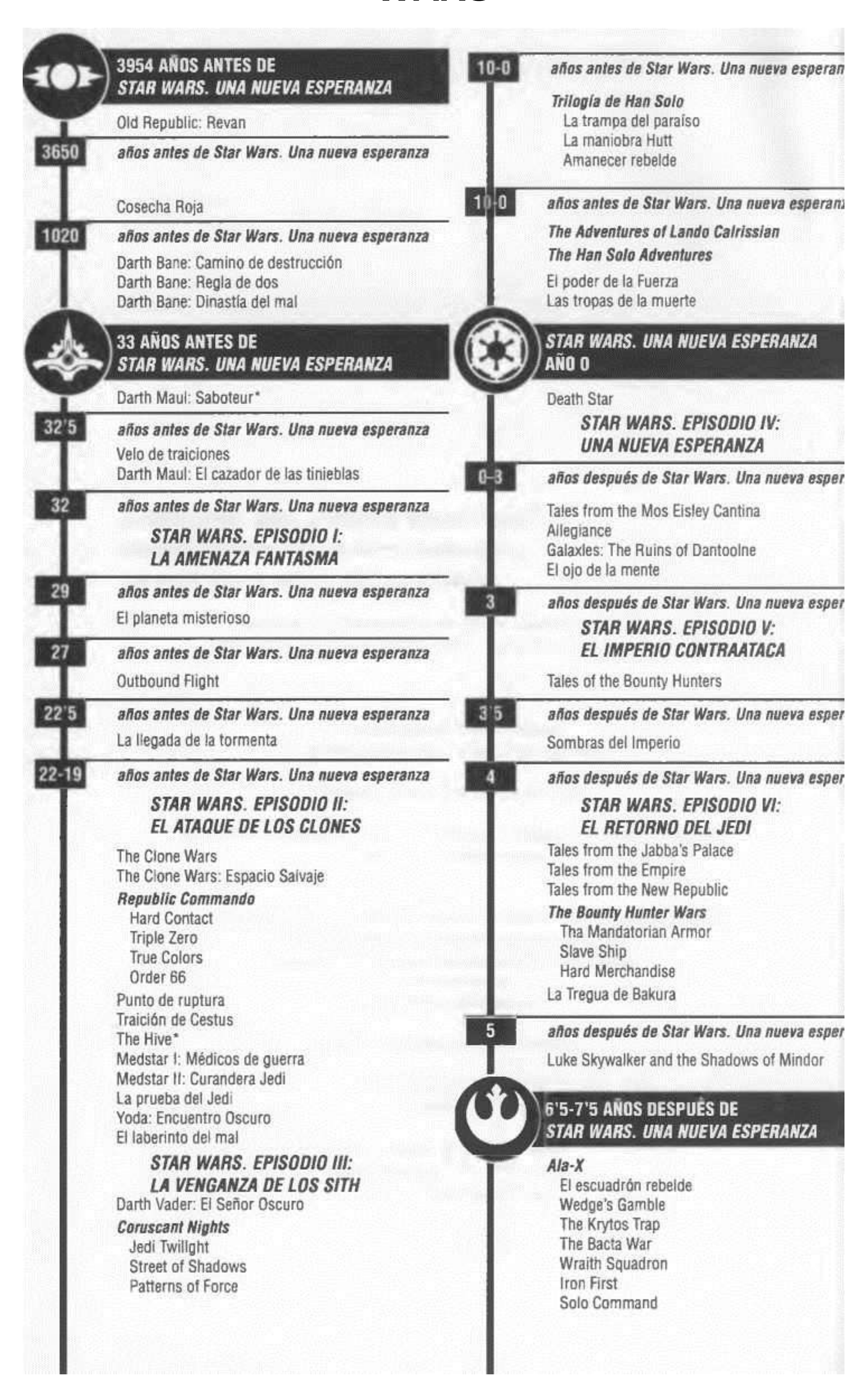
01.04.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Para Howard Roffman, cuya inteligencia, perspicacia critica y leal orientación me ayudaron a dar forma a esta historia.

LINEA TEMPORAL DE LAS NOVELAS DE STAR WARS



3954 AÑOS ANTES DE
STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA

Old Republic: Revan

3650 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

Cosecha Roja

1020 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

Darth Bane: Camino de destrucción
Darth Bane: Regla de dos
Darth Bane: Dinastía del mal

33 AÑOS ANTES DE
STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA

Darth Maul: Saboteur*

32'5 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

Velo de traiciones
Darth Maul: El cazador de las tinieblas

32 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

STAR WARS. EPISODIO I:
LA AMENAZA FANTASMA

29 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

El planeta misterioso

27 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

Outbound Flight

22'5 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

La llegada de la tormenta

22-19 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

STAR WARS. EPISODIO II:
EL ATAQUE DE LOS CLONES

The Clone Wars
The Clone Wars: Espacio Salvaje
Republic Commando
Hard Contact
Triple Zero
True Colors
Order 66
Punto de ruptura
Traición de Cestus
The Hive*
Medstar I: Médicos de guerra
Medstar II: Curandera Jedi
La prueba del Jedi
Yoda: Encuentro Oscuro
El laberinto del mal

STAR WARS. EPISODIO III:
LA VENGANZA DE LOS SITH

Darth Vader: El Señor Oscuro
Coruscant Nights
Jedi Twilight
Street of Shadows
Patterns of Force

10-0 *años antes de Star Wars. Una nueva esperan*

Trilogía de Han Solo
La trampa del paraíso
La maniobra Hutt
Amanecer rebelde

10-0 *años antes de Star Wars. Una nueva esperan*

The Adventures of Lando Calrissian
The Han Solo Adventures
El poder de la Fuerza
Las tropas de la muerte

STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA
AÑO 0

Death Star

STAR WARS. EPISODIO IV:
UNA NUEVA ESPERANZA

0-3 *años después de Star Wars. Una nueva esper*

Tales from the Mos Eisley Cantina
Allegiance
Galaxies: The Ruins of Dantoolne
El ojo de la mente

3 *años después de Star Wars. Una nueva esper*

STAR WARS. EPISODIO V:
EL IMPERIO CONTRAATACA

Tales of the Bounty Hunters

3'5 *años después de Star Wars. Una nueva esper*

Sombras del Imperio

4 *años después de Star Wars. Una nueva esper*

STAR WARS. EPISODIO VI:
EL RETORNO DEL JEDI

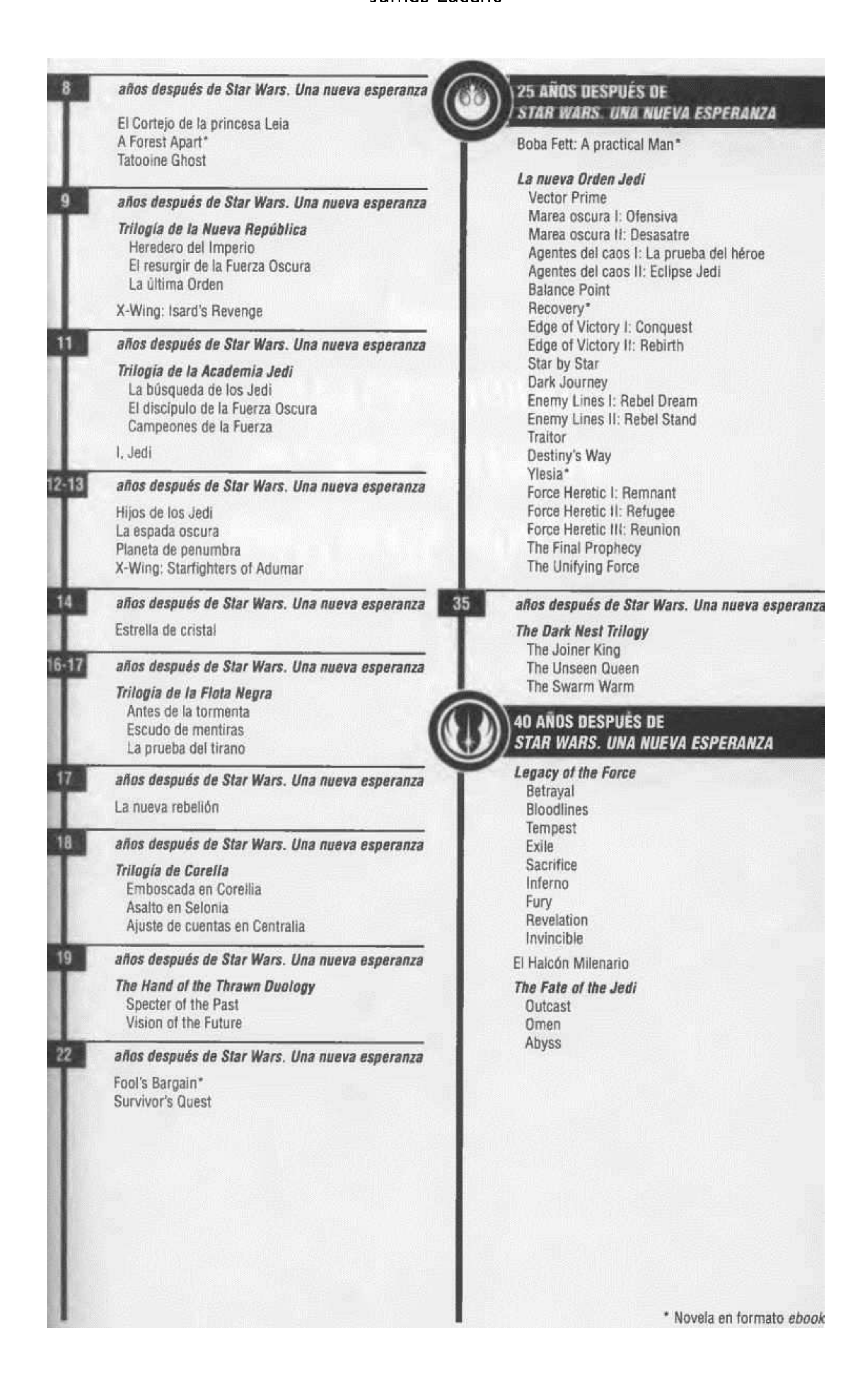
Tales from the Jabba's Palace
Tales from the Empire
Tales from the New Republic
The Bounty Hunter Wars
Tha Mandatorian Armor
Slave Ship
Hard Merchandise
La Tregua de Bakura

5 *años después de Star Wars. Una nueva esper*

Luke Skywalker and the Shadows of Mindor

6'5-7'5 AÑOS DESPUÉS DE
STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA

Ala-X
El escuadrón rebelde
Wedge's Gamble
The Krytos Trap
The Bacta War
Wraith Squadron
Iron First
Solo Command



8 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

El Cortejo de la princesa Leia
A Forest Apart*
Tatooine Ghost

9 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

Trilogía de la Nueva República
Heredero del Imperio
El resurgir de la Fuerza Oscura
La última Orden

X-Wing: Isard's Revenge

11 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

Trilogía de la Academia Jedi
La búsqueda de los Jedi
El discípulo de la Fuerza Oscura
Campeones de la Fuerza

I, Jedi

12-13 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

Hijos de los Jedi
La espada oscura
Planeta de penumbra
X-Wing: Starfighters of Adumar

14 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

Estrella de cristal

16-17 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

Trilogía de la Flota Negra
Antes de la tormenta
Escudo de mentiras
La prueba del tirano

17 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

La nueva rebelión

18 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

Trilogía de Corellia
Emboscada en Corellia
Asalto en Selonia
Ajuste de cuentas en Centralia

19 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

The Hand of the Thrawn Duology
Specter of the Past
Vision of the Future

22 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

Fool's Bargain*
Survivor's Quest

25 AÑOS DESPUÉS DE
STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA

Boba Fett: A practical Man*

La nueva Orden Jedi
Vector Prime
Marea oscura I: Ofensiva
Marea oscura II: Desasatre
Agentes del caos I: La prueba del héroe
Agentes del caos II: Eclipse Jedi
Balance Point
Recovery*
Edge of Victory I: Conquest
Edge of Victory II: Rebirth
Star by Star
Dark Journey
Enemy Lines I: Rebel Dream
Enemy Lines II: Rebel Stand
Traitor
Destiny's Way
Ylesia*
Force Heretic I: Remnant
Force Heretic II: Refugee
Force Heretic III: Reunion
The Final Prophecy
The Unifying Force

35 *años después de Star Wars. Una nueva esperanza*

The Dark Nest Trilogy
The Joiner King
The Unseen Queen
The Swarm Warm

40 AÑOS DESPUÉS DE
STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA

Legacy of the Force
Betrayal
Bloodlines
Tempest
Exile
Sacrifice
Inferno
Fury
Revelation
Invincible

El Halcón Milenario

The Fate of the Jedi
Outcast
Omen
Abyss

* Novela en formato *ebook*

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

PRÓLOGO

Un temblor sacudió el planeta.

Surgido de la muerte, se propagó en una ola poderosa, sumergiéndose en las profundidades del núcleo del planeta al mismo tiempo que se extendía por su empalagosa atmósfera y hacía estremecer a las propias estrellas. En el epicentro del seísmo estaba Sidious, una de sus elegantes manos aferrada a un alféizar pulido de una costosa translucidez, un recipiente repentinamente lleno a rebosar, la Fuerza tan potente en él que temía que le hiciese desaparecer para siempre. Pero aquel momento no era un fin sino un verdadero principio, largamente pospuesto; más una intensificación que una transformación; un cambio gravitacional.

Un batiburrillo de voces, cercanas y remotas, actuales y de eones pasados, ahogó sus pensamientos. Alzándose como una oración, las voces proclamaban su reino y jaleaban la inauguración de un nuevo orden. Sus ojos amarillos contemplaron el cielo nocturno, vio refulgir las trémulas estrellas y en lo más profundo de su ser sintió que el poder del lado oscuro lo ungía.

Lentamente, casi a regañadientes, recuperó la compostura y se miró sus cuidadas manos. Regresado el presente, percibió su respiración rápida, mientras a sus espaldas la sala trabajaba para restaurar el orden. Los depuradores de aire zumbaban; los costosos tapices de pared ondeaban con la brisa. Las fibras de las caras alfombras se adherían al rocío de los fluidos derramados. El droide arrastraba los pies manifiestamente confundido. Sidious se dio la vuelta para contemplar aquel desbarajuste: mobiliario antiguo patas arriba, cuadros torcidos. Como si hubiese pasado un torbellino. Y en el suelo, boca abajo, yacía una estatua de Yanjon, uno de los cuatro sabios legisladores de Dwartii.

Una pieza que Sidious había codiciado en secreto.

También Plagueis estaba allí tirado: con sus delgados miembros extendidos y la cabeza girada hacia un lado. Vestido de gala, como quien sale de noche por la ciudad.

Y ahora estaba muerto.

¿O no lo estaba?

La incerteza recorrió a Sidious, devolviendo la ira a sus ojos. ¿El temblor lo había creado él o había sido una advertencia?

¿Era posible que el astuto muun le hubiese engañado? ¿Había descubierto Plagueis el secreto de la inmortalidad e iba a sobrevivir de todas formas? Poco importaba que aquella fuese una maniobra mezquina para alguien tan sabio; alguien que había asegurado colocar el Gran Plan por encima de todo. ¿Se había dejado atrapar Plagueis en una telaraña autogenerada de celos y tendencias posesivas, víctima de sus propias maquinaciones, de sus propias flaquezas?

Si no le hubiese preocupado su propia seguridad, Sidious habría podido sentir pena por él.

Reacio a acercarse al cuerpo de su antiguo Maestro, recurrió a la Fuerza para colocar boca arriba al viejo muun. Desde aquel ángulo Plagueis tenía casi el mismo aspecto que cuando Sidious lo conoció, décadas atrás: el cráneo liso y calvo; la nariz ganchuda, con el puente aplanado como si lo hubiese golpeado una bola eléctrica y la punta tan afilada que casi se apoyaba en su labio superior; la mandíbula prominente; los ojos hundidos que seguían igual de amenazadores, una característica física poco común en los muun. Aunque Plagueis no había sido un muun común, ni un ser común de ningún tipo.

Sidious tuvo cuidado, proyectándose aún con la Fuerza. Al examinarlo más detenidamente, vio que la carne ya cianótica de Plagueis se estaba alisando y sus rasgos se relajaban.

Apenas consciente del zumbido de los depuradores de aire y los ruidos del mundo exterior que se infiltraban en la lujosa suite, continuó la vigilia; después, aliviado, se enderezó y exhaló el aliento que estaba conteniendo. Allí no había ningún truco Sith. Plagueis no estaba simulando su propia muerte, sino sucumbiendo a su frío abrazo. El ser que le había conducido hasta el poder había muerto.

La ironía de la situación le hizo entrecerrar los ojos.

El muun habría podido vivir otros cien años más sin apenas cambiar. Podría haber vivido eternamente si sus investigaciones hubiesen llegado a buen puerto. Pero al final, aunque podía salvar a otros de la muerte, no había podido salvarse a sí mismo.

Una sensación de éxito supremo infló el pecho de Sidious y sus pensamientos le abrumaron.

Vaya, no ha sido tan malo como pensábamos…

En cualquier caso, las cosas raramente salen como uno imagina. El orden de los sucesos futuros es efímero. Del mismo modo que la memoria selectiva reconfigura el pasado, los sucesos futuros también son variables. Uno solo puede actuar por instinto, aferrarse a aquel momento que intuye perfecto y pasar a la acción. Un solo latido más tarde y el universo se habría recompuesto, sin que ninguna imposición de la voluntad fuese lo bastante potente para prevenir las corrientes. Uno solo puede observar y reaccionar. La sorpresa es el elemento que falta en todas las tablas periódicas. Un elemento fundamental; el ingrediente ausente. El medio con el que la Fuerza se divierte. Un recordatorio para todos los seres vivos de que algunos secretos jamás podrán descubrirse.

Convencido de que se había cumplido la voluntad del lado oscuro, regresó al ventanal de la suite.

Dos seres en una galaxia de billones, pero lo que había sucedido en aquella suite iba a influir en las vidas de todos ellos. El nacimiento de uno ya había moldeado la galaxia, por lo que la muerte del otro debía volver a moldearla. ¿Pero alguien había notado el cambio lejos de allí? ¿Sus enemigos acérrimos eran conscientes de que la Fuerza había cambiado irrevocablemente? ¿Sería suficiente para sacarlos de su fariseísmo? Esperaba que no. Ahora podía empezar la venganza de verdad.

Sus ojos buscaron y encontraron una nueva constelación de estrellas, una con poder y consecuencias nuevas para el cielo, aunque pronto la ocultaría la primera luz del alba. En la parte baja del cielo, sobre las llanuras, visible solo para aquellos que sabían dónde y cómo mirar, daba paso a un futuro brillante. A algunos podría parecerles que las estrellas y los planetas se movían como siempre, destinados a alinearse en configuraciones calculadas mucho antes de su fogoso nacimiento. Pero, de hecho, los cielos se habían alterado, remolcados por la materia oscura hacia nuevos alineamientos. Sidious notó el sabor de la sangre en su boca, y en su pecho sintió que el monstruo se alzaba, emergiendo de las profundidades sombrías y distorsionando su aspecto hasta convertirlo en un ser espantoso a punto de mostrarse al mundo.

El lado oscuro se había apropiado de él. Y ahora era él el que se apropiaba del lado oscuro.

Sin aliento, no por el cansancio sino por la repentina inspiración de poder, soltó el alféizar y permitió que el monstruo se retorciera en su cuerpo como una bestia de las montañas o las praderas.

¿La Fuerza había sido alguna vez tan potente en alguien?

Sidious nunca había sabido cómo había muerto el Maestro de Plagueis. ¿Lo había matado él mismo? ¿Había sentido una exultación similar al convertirse en el único lord Sith? ¿Aquella bestia del momento final se había alzado para mirar el mundo que iba a habitar, consciente de que estaban a punto de liberarla?

Levantó la mirada hacia el eclipse. Las respuestas estaban allí fuera, codificadas en luz, volando a través del espacio y el tiempo. Un fuego líquido recorrió su cuerpo, por su mente corrían visiones del pasado y del futuro, y se abrió a la galaxia reconfigurada, como si se esforzara por despegarse de aquellas últimas décadas…

PRIMERA PARTE:

RECLUTAMIENTO

67 - 65 años Antes de la Batalla de Yavin

1: EL SUBMUNDO

Cuarenta y siete años antes del terrible reinado del emperador Palpatine, Bal'demnic no era más que un mundo embrionario del sector Auril del Borde Exterior poblado por seres reptilianos con tan poca tolerancia hacia los extranjeros como hacia sus propios congéneres. Décadas más tarde, el planeta tendría un papel importante en los acontecimientos galácticos, su propio guiño de notoriedad histórica, pero en aquellos años formativos que presagiaban la inevitable caída de la República en la decadencia y la agitación, Bal'demnic solo interesaba a xenobiólogos y cartógrafos. Podría haberle pasado por alto incluso a Darth Plagueis, que se sentía particularmente atraído por los mundos remotos, si su Maestro, Tenebrous, no hubiese descubierto algo particular sobre el planeta.

—Darth Bane hubiese apreciado nuestros esfuerzos —le estaba diciendo el maestro Sith a su aprendiz mientras estaban hombro con hombro en la cueva cristalina que los había transportado por las estrellas.

Tenebrous, un bith, era tan alto y casi tan cadavérico como Plagueis. A ojos humanos, su tez biliosa le habría hecho parecer tan demacrado como el pálido muun, aunque en realidad ambos seres gozaban de una salud robusta. Hablaban en básico, aunque ambos dominaban la lengua nativa del otro.

—El Darth Bane de los primeros años —dijo Plagueis a través de su máscara respiratoria—. Ocupado en asuntos ancestrales, por así decirlo.

Tras la placa de su propia máscara, los labios fruncidos de Tenebrous hicieron una mueca de desaprobación. El artilugio respiratorio se veía ridiculamente pequeño en su descomunal cabeza hendida y la convexidad de la máscara hacía que los discos planos de sus ojos sin párpados parecieran agujeros pegados en su enjuta cara.

—El Darth Bane de los años seminales —le corrigió.

Plagueis encajó el amable reproche. Llevaba tantos años como aprendiz de Tenebrous como los que viviría cualquier humano normal, y su Maestro jamás había perdido la oportunidad de reprocharle sus fallos.

—¿Qué mejor manera de cerrar el círculo que imitar los esfuerzos seminales del Sith'ari? —prosiguió Tenebrous—. Sumergiéndonos en el tejido del tapiz que él confeccionó.

Plagueis se guardó sus pensamientos para sí. Darth Bane, que había redefinido a los Sith limitando su número y haciéndolos actuar clandestinamente, había trabajado de joven como minero de cortosis en Apatros, mucho antes de abrazar la doctrina del lado oscuro. En los mil años transcurridos desde su muerte, Bane se había convertido en un dios; los poderes que se le atribuían eran legendarios. Y qué mejor lugar para que sus discípulos completasen el círculo, se decía Plagueis, que en la absoluta oscuridad de las profundidades de un barranco que era como una pared para la inmensidad azul del mar del Norte de Bal'demnic.

Los dos Sith iban equipados con trajes espaciales que los protegían del calor abrasador y la atmósfera tóxica. En la cueva había tal infinidad de cristales entrecruzados que parecían lanzas relucientes clavadas en todas direcciones en el arcón de un mago. Un movimiento sísmico reciente había afectado a la masa terrestre, vaciando el laberinto de aguas ricas en minerales de la cueva, pero la sala de magma que había mantenido en ebullición el agua durante millones de años seguía calentando el aire húmedo hasta temperaturas tan excesivas que ni siquiera Tenebrous y Plagueis podrían soportarlas sin asistencia. A poca distancia tenían al pequeño treddroide encargado de controlar el progreso de la sonda minera que estaba tomando muestras de una rica veta de cortosis, al fondo de la profunda sima. Un metal legendario, según algunos; por su escasez, pero muy particularmente por sus intrínsecas habilidades para reducir la efectividad de las espadas de luz Jedi. Precisamente por eso, la Orden Jedi se había esforzado enormemente en restringir la extracción y refinamiento del mineral. Quizá no era la perdición para la Orden, pero el cortosis era bastante fastidioso, un obstáculo para la fama de su temiblemente invencible arma.

Se le debía reconocer a Tenebrous el mérito de que los Sith descubriesen los ricos filones de Bal'demnic antes que los Jedi, quien por medio de un acuerdo con el Senado republicano reclamaban para sí cualquier hallazgo, igual que habían hecho con los cristales adeganos y los niños sensibles a la Fuerza de todas las especies. Pero Tenebrous y las generaciones de Maestros Sith que lo habían precedido disponían de información secreta obtenida gracias a enormes redes de informadores de las que ni el Senado ni los Jedi tenían la menor noticia, entre las que había equipos de exploración minera y fabricantes de armas.

—Según los datos que recibo —dijo el treddroide— ochenta por ciento del mineral puede ser purificado para crear escudos de cortosis de uso militar.

Plagueis miró a Tenebrous, quien le devolvió un gesto de satisfacción.

—El porcentaje coincide con lo que me dijeron.

—¿Quién te lo dijo, Maestro?

—No tiene importancia —dijo Tenebrous.

En el túnel extremadamente caluroso había pedazos de barrenas rotas, gasificadores gastados y máscaras de filtrado atascadas, todos ellos abandonados por el equipo de exploración que había descendido a la sima varios meses estándar antes. Desde la amplia boca del barranco salían los repetidos ecos de los martillos hidráulicos del droide sonda. Música para los órganos auditivos de Tenebrous, Plagueis estaba seguro de ello.

—¿No piensas explicarme tus planes para el hallazgo?

—A su debido momento, Darth Plagueis —Tenebrous se dio la vuelta para dirigirse al treddroide—. Ordena a la sonda que evalúe las propiedades de la veta secundaria.

Plagueis examinó la pantalla instalada en la cabeza plana del droide. Mostraba un mapa de los movimientos de la sonda y un análisis gráfico de sus penetrantes escáneres, que llegaban hasta los límites superiores de la cámara de magma.

—La sonda está analizando —actualizó el treddroide.

Con los sonidos recíprocos de los martillos hidráulicos resonando en la cueva de cristal, Tenebrous empezó a dar vueltas por la sima, para terminar deteniéndose repentinamente cuando la perforación cesó.

—¿Por qué ha parado? —preguntó antes de que Plagueis pudiese hacerlo.

La respuesta del droide fue inmediata.

—La unidad Eme-Dos me informa de que ha descubierto una bolsa de gas justo debajo del nuevo orificio de perforación —el droide se detuvo y después añadió—: Lamento informarles, señores, de que el gas es una variante altamente inflamable de lethano. La unidad Eme-Dos predice que el calor generado por sus martillos hidráulicos provocará una detonación de magnitud significativa.

—El informe original no mencionaba el lethano —dijo Tenebrous con un deje de recelo.

El droide se dio la vuelta para mirarle.

—No sé nada de eso, señor. Pero la unidad Eme-Dos es bastante insistente. Es más, mi propia programación confirma que no es inusual encontrar bolsas de lethano en las proximidades del cortosis.

—Pregúntale a la sonda si puede excavar alrededor de la bolsa de lethano —dijo Plagueis.

—La unidad Eme-Dos recomienda emplear esa estrategia, señor. ¿Le ordeno que proceda?

Plagueis miró a Tenebrous, que asintió con la cabeza.

—Ordénale a la sonda que proceda —dijo Plagueis. Cuando el martilleo se reanudó, clavó la mirada en la pantalla para controlar los progresos de la sonda—. Dile a la sonda que pare —dijo al cabo de un momento.

—¿Por qué lo interrumpes? —dijo Tenebrous, avanzando enfurecido.

Plagueis señaló la pantalla.

—El mapa indica una concentración aún mayor de lethano en la zona que está perforando.

—Es correcto, señor —dijo el droide, que parecía consternado—. Ordenaré a la unidad que detenga toda actividad.

Pero el martilleo continuaba.

—Droide —espetó Plagueis—, ¿la sonda ha confirmado tu orden?

—No, señor. La Eme-Dos no responde.

Tenebrous se enderezó, por lo que estuvo a punto de golpearse la cabeza con uno de los enormes cristales de la cueva.

—¿Aún puedes detectarla?

—Sí, señor.

—Pues haz un diagnóstico de las comunicaciones.

—Ya lo he hecho, señor, y todos los sistemas están bien. La unidad no responde… —se quedó mudo un instante y después continuó—. La negativa a responder de la unidad parece ser deliberada.

—Desactívala —dijo Tenebrous—. Inmediatamente.

El martilleo se ralentizó hasta detenerse, aunque no por mucho tiempo.

—La unidad Eme-Dos ha ignorado mi orden.

—Imposible —dijo Tenebrous.

—Está claro que no, señor. De hecho, es altamente probable que la unidad esté ejecutando una subrutina arraigada no detectada.

Plagueis miró a Tenebrous.

—¿Quién nos proporcionó la sonda?

—No es momento para preguntas. La sonda está a punto de perforar la bolsa de gas.

Los dos Sith corrieron hacia la sima circular, se quitaron los guantes y metieron sus manos de largos dedos en aquella oscuridad profunda. Al instante un revoltillo de energía eléctrica azul salió en descargas de las puntas de sus dedos, lloviendo sobre el pozo de perforación. Refulgiendo y reptando hacia el fondo, los vigorosos rayos llegaron al corredor lateral excavado por la sonda. De la boca del corredor siguió saliendo ruido de chisporroteos hasta mucho después de que los Sith hubiesen refrenado sus poderes.

Después volvieron a empezar los golpes repetitivos del martillo neumático.

—Es el mineral —dijo Tenebrous—. Aquí hay demasiada resistencia.

Plagueis sabía qué debía hacer.

—Bajaré —dijo, y estaba a punto de saltar a la sima cuando Tenebrous lo sujetó.

—Esto puede esperar. Volvemos a la gruta.

Plagueis titubeó y después asintió.

—Como tú digas, Maestro.

Tenebrous se giró hacia el droide.

—Sigue intentando desactivar la unidad.

—A sus órdenes, señor. Aunque para hacerlo tendré que quedarme aquí.

—¿Y qué pasa? —dijo Tenebrous, inclinando la cabeza hacia un costado.

—Si mis esfuerzos son vanos, la consiguiente explosión provocará con toda probabilidad mi destrucción.

Plagueis lo entendió.

—Has sido muy útil, droide.

—Gracias, señor.

Tenebrous frunció el ceño.

—Malgastas saliva.

Casi arrollado por la rápida partida de Tenebrous, Plagueis tuvo que recurrir profundamente a la Fuerza para poder seguirle el ritmo. Prácticamente volaron por el camino inclinado que les había traído desde la gruta en la que esperaba su nave estelar. Plagueis entendía que era posible que se produjese una potente e inminente explosión, pero estaba desconcertado por la loca carrera de su Maestro hacia la superficie. En el pasado, Tenebrous apenas había mostrado nunca el menor signo de inquietud, ni mucho menos miedo; ¿qué peligro había percibido que lo propulsaba con semejante desenfreno? ¿Y cuándo habían huido ellos de ningún tipo de peligro? Amparados por los poderes del

lado oscuro, los Sith no tenían por qué temer a la muerte ya que estaban aliados con ella. Plagueis proyectó sus sentimientos para intentar identificar el origen del temor de Tenebrous, pero la Fuerza seguía en silencio.

Diez metros más adelante, el bith se agachó bajo una roca escabrosa. Sin embargo, las prisas le hicieron levantarse demasiado rápido y su hombro izquierdo rebotó contra la dura roca, haciendo trizas un pedazo de su traje.

—Maestro, permíteme que vaya delante —dijo Plagueis al llegar a la altura de Tenebrous. Solo era ligeramente más ágil que el bith, pero tenía mejor visión nocturna y un sentido de la orientación más agudo, además de la ayuda de la Fuerza.

Con el orgullo más dolido que el hombro, Tenebrous rechazó la oferta con un gesto de la mano.

—Tú sigue en tu sitio.

Tras recuperar el equilibrio y la compostura, salió disparado. Pero en un cruce del túnel tomó la curva equivocada.

—Por aquí, Maestro —le gritó Plagueis desde el otro pasillo, aunque se detuvo para dejarlo pasar.

Al acercarse a la superficie los túneles se abrían hacia cavernas grandes como catedrales, alisadas y moldeadas por el agua de lluvia que aún caía en algunas estaciones del largo año de Bal'demnic. En los estanques de agua estancada nadaban varias especies de peces ciegos. Sobre sus cabezas, los halcones-murciélago salieron volando aterrorizados de sus escondites del techo picado. La luz natural a lo lejos hizo que los dos Sith corrieran hacia la gruta; aunque, de todas formas, ya era demasiado tarde.

La explosión de gas les atrapó justo cuando llegaban a la cavidad llena de luz de la parte superior del barranco. Desde las profundidades del túnel surgía un chirriante gemido electrónico y, al mismo tiempo, casi como si las cuevas jadeasen en busca de aire, un viento abrasador se coló por una perforación en el techo arqueado de la gruta, por la que había entrado la nave. Después se oyó una detonación amortiguada que hizo temblar el suelo; seguida de una turbulenta bola de fuego que era la abrasadora exhalación del laberinto. Tras volver al túnel del que acababan de salir y logrando de algún modo mantenerse en pie, Tenebrous creó un escudo de Fuerza que recibió la bola de fuego y la contuvo, mientras miles de halcones-murciélagos volaban en espiral en aquel caos, como ascuas empujadas por el viento.

A pocos metros, Plagueis, lanzado de cara contra el suelo por la intensidad de la explosión, levantó la cabeza justo a tiempo para ver que de la parte interior del techo abovedado empezaban a desprenderse enormes bloques de piedra. Y debajo de los bloques de piedra estaba su nave.

—¡Maestro! —dijo, poniéndose de pie y levantando los brazos para intentar retener las rocas en el aire.

Con los brazos también levantados en una postura de invocación de la Fuerza, Tenebrous se giró para reforzar las intenciones de Plagueis. Tras él, las últimas llamas de

la bola de fuego surgían de la boca del túnel y le lamían la espalda, como si quisieran arrastrarlo hacia las profundidades de la gruta.

La cueva seguía dando espasmos bajo sus pies, enviando ondas sísmicas por el techo. Las grietas se extendían como una telaraña desde la entrada, provocando desprendimientos en toda la gruta. Plagueis oyó un ruido desgarrador sobre su cabeza y miró una fisura que zigzagueaba por el techo, desprendiendo capa tras capa de piedra en su avance por la pared curvada de la gruta.

Pero ahora era Tenebrous el que estaba colocado bajo el desprendimiento.

Y en ese instante, Plagueis percibió el peligro que Tenebrous había anticipado anteriormente: su propia muerte.

Su muerte a manos de Plagueis.

Mientras Tenebrous estaba ocupado conteniendo los bloques de piedra que amenazaban con aplastar la nave, Plagueis se reorientó rápidamente, apuntando sus manos alzadas hacia los bloques que había encima de su Maestro y, con un movimiento descendiente de ambos brazos, las hizo caer con tanta rapidez e impulso que Tenebrous fue sepultado sin saber qué le había golpeado.

Con el polvo arremolinándose alrededor de él, Plagueis se quedó plantado donde estaba hasta que los bloques de piedra también sepultaron la nave. Pero no le dio importancia. Su éxito al derrumbar el techo sobre Tenebrous era prueba más que suficiente de que el bith era lento y prescindible. De no ser así, habría adivinado el verdadero origen del peligro que había percibido y ahora sería Plagueis el que estaría aplastado contra el suelo de la gruta, con la cabeza abierta como un huevo y la cavidad torácica atravesada por la punta afilada de una estalactita desprendida.

Su carrera hasta Tenebrous estaba tan llena de emoción como de teatralidad.

—Maestro —dijo, arrodillándose y quitándose su respirador y después el de Tenebrous. Apartó algunas piedras con las manos, eliminando parte de aquel peso aplastante. Pero el único pulmón de Tenebrous estaba perforado y la sangre le borboteaba en la garganta. Los jirones en las mangas de su traje espacial revelaban tatuajes y marcas corporales esotéricas.

—Alto, aprendiz —consiguió decir Tenebrous—. Vas a necesitar todas tus fuerzas.

—Puedo buscar auxilio. Aún hay tiempo…

—Me estoy muriendo, Darth Plagueis. No hay tiempo para nada…

Plagueis le sostuvo la mirada al dolorido bith.

—He hecho todo lo que he podido, Maestro.

Tenebrous volvió a interrumpirlo.

—Ser potente en la Fuerza es una cosa, pero creerse todopoderoso es invitar a la catástrofe. Recuerda que, incluso en el mundo etéreo que habitamos, puede suceder lo inesperado —una tos entrecortada le silenció un instante—. Quizá es mejor así, morir sin que tú me mates.

«Como hubiese querido Darth Bane», pensó Plagueis.

—¿Quién nos suministró la sonda minera, Maestro?

—Subtext —dijo Tenebrous con voz débil—. Minería Subtext.

Plagueis asintió.

—Te vengaré.

Tenebrous inclinó la cabeza muy levemente.

—¿Lo harás?

—Por supuesto.

Si el bith quedó convencido se lo reservó para él, y dijo:

—Estás destinado a llevar a buen puerto los imperativos Sith, Plagueis. Debes defenestrar a la Orden Jedi y salvar al resto de seres de la galaxia de sí mismos.

Por fin, se dijo Plagueis, el manto ha sido cedido.

—Pero debo advertirte… —empezó a decir Tenebrous, aunque se quedó abruptamente callado.

Plagueis pudo percibir que la mente altamente evolucionada del bith estaba repasando los últimos acontecimientos, calculando las probabilidades, llegando a conclusiones.

—¿Advertirme de qué, Maestro?

Los ojos negros de Tenebrous brillaron con una luz amarilla y su mano libre agarró a Plagueis por el collarín del traje espacial.

—¡Tú!

Plagueis apartó la delgada mano del bith de la tela y sonrió levemente.

—Sí, Maestro, soy responsable de tu muerte. Tú mismo dijiste que la perpetuación de un objetivo es el camino a la victoria. Puedes irte a la tumba sabiendo que eres el último representante del viejo orden, la cacareadísima Regla de Dos, y que aquí empieza el nuevo orden, que estará bajo mi control durante mil años.

Tenebrous tosió, escupiendo saliva y sangre.

—En ese caso, te llamaré aprendiz por última vez. Aplaudo tu hábil uso de la sorpresa y la distracción. Quizá me equivoqué al pensar que no tenías agallas para hacer algo así.

—El lado oscuro me ha orientado, Tenebrous. Lo percibiste, pero tu falta de fe en mí nubló tus pensamientos.

El bith sacudió la cabeza para mostrar su acuerdo.

—Incluso antes de venir a Bal'demnic.

—Pero vinimos.

—Porque estábamos destinados a hacerlo —Tenebrous se detuvo, después prosiguió con renovada urgencia—. ¡Pero espera! La nave…

—Sepultada, como tú.

Le ira de Tenebrous golpeó a Plagueis.

—¡Lo has arriesgado todo para acabar conmigo! ¡Incluso el futuro de los Sith! ¡Eso demuestra que mis instintos sobre ti eran correctos!

Plagueis se apartó de él, indiferente, pero en realidad desbordaba una ira gélida.

—Encontraré la manera de regresar a casa, Tenebrous, y tú también —y le rompió el cuello con un movimiento vertical de la mano izquierda.

Tenebrous estaba paralizado e inconsciente, pero aún no había muerto. Plagueis no tenía ningún interés en salvarlo, ni aunque hubiese sido posible, pero estaba muy interesado en observar el comportamiento de los midiclorianos del bith durante su agonía. Los Jedi veían aquellos orgánulos celulares como simbiontes, pero para Plagueis los midiclorianos eran intrusos, creaban interferencias en la Fuerza y distorsionaban la capacidad de un ser de contactar directamente con ella. Gracias a años de experimentación y meditación dirigida, Plagueis había perfeccionado la habilidad de percibir los actos de los midiclorianos, aunque aún no era capaz de manipularlos.

Manipularlos, por ejemplo, para prolongar la vida de Tenebrous.

Mirando al bith a través de la Fuerza, percibió que sus midiclorianos ya estaban empezando a morir, igual que las neuronas que formaban el desarrollado cerebro de Tenebrous y las células musculares que daban vida a su corazón. Existía la idea equivocada de que los midiclorianos eran partículas portadoras de Fuerza, cuando en realidad actuaban más como traductores, como interlocutores de la voluntad de la Fuerza. Plagueis pensó que su prolongada fascinación por aquellos orgánulos era tan natural como la fijación de Tenebrous por moldear el futuro. Mientras la inteligencia bith se basaba en las matemáticas y el cálculo, la inteligencia muun estaba impulsada por la voluntad de sacar provecho. Como muun, Plagueis veía su lealtad a la Fuerza como una inversión que podía, con los esfuerzos apropiados, maximizarse para lograr grandes rendimientos. Fiel también a la psicología y tradición muun, había preparado su éxito durante décadas, en las que no se había sincerado ni una sola vez con Tenebrous.

Los moribundos midiclorianos del bith se estaban apagando, como bombillas privadas lentamente de fuente de alimentación, pero Plagueis aún podía percibir a Tenebrous en la Fuerza. Algún día sería capaz de imponer su voluntad a los midiclorianos para mantenerlos estables. Pero aquellas eran especulaciones para otro momento. En aquel preciso instante Tenebrous y todo lo que había sido en la vida estaban fuera del alcance de Plagueis.

Se preguntaba si los Jedi eran subsumidos de manera similar. Incluso en vida, ¿los midiclorianos actuaban en los Jedi como lo hacían en un devoto del lado oscuro? ¿Los orgánulos se fortalecían con distintos impulsos, impulsados a la acción por distintos deseos? Había conocido muchos Jedi durante su larga vida, pero nunca había intentado estudiar a ninguno como estaba estudiando a Tenebrous en ese momento, sin preocuparse por revelar el poder de su vínculo con el lado oscuro. Quizás aquello también tendría que cambiar.

Tenebrous murió mientras Plagueis lo observaba.

En tiempo de Bane, un Sith debería haberse protegido de un intento de transferencia de esencia por parte del fallecido, del asalto a la conciencia del Sith vivo, pero aquello era pasado y ya no importaba; no desde que aquellas enseñanzas fueron saboteadas y la técnica se perdió. El último Sith que poseía aquel conocimiento se había sentido inexplicablemente atraído hacia el lado luminoso y posteriormente había sido asesinado, llevándose aquel procedimiento secreto a la tumba…

2: EL PAISAJE INTERIOR

Plagueis no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado junto a Tenebrous. Pero había sido bastante porque cuando se levantó las piernas le temblaban y parte del polvo de la explosión ya se había posado. Hasta que reculó unos pasos no se dio cuenta de que no había salido completamente indemne del suceso. En algún momento, probablemente cuando estaba concentrado en el asesinato, una piedra o algún otro proyectil le había golpeado en la parte baja de la espalda y ahora la fina túnica que llevaba bajo el traje espacial estaba empapada de sangre.

A pesar del polvo arremolinado, inhaló profundamente, provocando una punzada de dolor en su caja torácica y una tos con la que escupió sangre al aire caliente. Recurriendo a la Fuerza, entumeció el dolor e hizo que su cuerpo limitara los daños lo mejor que pudiese. Cuando la herida dejó de preocuparle, examinó la gruta, girando sobre sí mismo en un círculo completo. El suelo estaba cubierto de halcones-murciélagos que graznaban angustiados y lanzaban sus zarpas al aire. Sobre él, un rayo oblicuo y moteado de polvo de luz diurna penetró por el gran ojo de la bóveda, provocado por un derrumbamiento previo. Cerca del revoltijo de piedras que el desprendimiento había apilado en el suelo estaban las pequeñas pero valiosísimas alas de aleación de la nave estelar de Tenebrous, diseñada por Rugess Nome, además de su morro respingón asomando entre el tosco mausoleo que la explosión había creado. Y, finalmente, a escasos metros, yacía Tenebrous, sepultado de manera similar.

Acercándose a la nave, Plagueis exploró los daños sufridos por el escudo deflector y la matriz de navegación, los conductos de refrigeración, los sensores y las antenas. No había duda de que Tenebrous habría podido reparar eficazmente algunos de los componentes, pero Plagueis no poseía tales talentos, falto no solo de las grandes habilidades mecánicas del bith sino también del suficiente conocimiento de los sistemas de la nave. Aunque era una proeza de la ingeniería, no había manera de relacionarla con Tenebrous, ya que tanto el registro como el título de propiedad eran falsificados. Era posible que la baliza de rescate siguiera funcionando, pero Plagueis era reacio a activarla. Habían llegado a Bal'demnic sigilosamente y pretendía marcharse de la misma manera.

¿Pero cómo?

Volvió a mirar con los ojos entornados la luz que surgía del ojo. Ni siquiera su poder en la Fuerza era suficiente para transportarlo desde el suelo hasta el ojo imperturbable de la gruta. Solo le hubiese servido una mochila propulsora, pero en la nave no había ninguna. Su mirada se desvió del ojo de la gruta para centrarse en las paredes curvadas. Suponía que podía trepar por el techo abovedado de la cúpula y alcanzar el ojo, pero se le ocurrió una opción mejor.

Es más, era una manera de hacer dos tareas a la vez.

Desde un punto a medio camino entre la nave y el montón de escombros que quedaba bajo el ojo, se sumergió en la Fuerza y, con gestos parecidos a los que Tenebrous y él

habían empleado para detener el desprendimiento del techo, empezó a hacer levitar algunos de los bloques de piedra que había sobre la nave y a posarlos en la pila de escombros, hasta que dejó al descubierto la escotilla de la nave y estuvo seguro de poder saltar con la Fuerza para atravesar el ojo desde la cima del montón de escombros.

Sin embargo, al intentar abrir la escotilla descubrió que no se movía. Finalmente logró entrar en la cabina derribando el dosel de transpariacero con una serie de golpes con la Fuerza. Serpenteando por el interior, sacó su bolsa de viaje, en la que llevaba un comunicador, su espada de luz y una muda de ropa, entre otras cosas. También cogió el comunicador y la espada de luz de Tenebrous y se aseguró de borrar la memoria del ordenador de navegación. Una vez fuera de la nave, se quitó el traje espacial y la túnica cubierta de sangre, cambiándolos por unos pantalones negros, una camisa, unas botas ligeras y una toga con capucha. Fijó las espadas de luz a su cinturón, activó el comunicador y buscó un mapa de Bal'demnic. Con muy pocos satélites en órbita, el planeta no tenía nada parecido a un sistema de posicionamiento global, pero el mapa le dijo a Plagueis todo lo que necesitaba saber sobre su entorno inmediato.

Echó un último vistazo alrededor. Era poco probable que ningún indígena tuviese motivos para investigar la gruta, y aún menos que algún visitante interestelar encontrase aquel lugar; aun así, dedicó un momento a evaluar la escena objetivamente.

Una nave estelar lo bastante costosa para querer rescatarla parcialmente destruida. El cuerpo descompuesto de un viajero espacial bith. Las secuelas de una explosión…

La escena de un desafortunado accidente en una galaxia en la que abundaban los sucesos de esa índole.

Satisfecho, Plagueis saltó a la cima de la pila de escombros, después atravesó el tejado y salió al exterior.

El calor radiante de la primaria de Bal'demnic le abrasaba la piel expuesta y un persistente viento litoral hacía ondear su toga. Al oeste y al sur, hasta donde alcanzaba su mirada, había una gran extensión de océano azul, que creaba rizos blancos al chocar contra la costa. Unas colinas escarpadas y áridas se disipaban entre la bruma. Plagueis imaginó la época en que los bosques cubrían el paisaje, antes de que los indígenas kon'me talasen los árboles para convertirlos en material de construcción y leña. Ahora toda la vegetación que había sobrevivido estaba confinada a los empinados desfiladeros que separaban las colinas marrones. Una belleza sombría. Pensó que quizás el planeta ofrecía más cosas interesantes, aparte de los depósitos de cortosis.

Al haber residido en Muunilinst durante prácticamente toda su vida adulta, Plagueis estaba familiarizado con los mundos oceánicos. Pero, a diferencia de la mayoría de muuns, también estaba habituado a mundos remotos y poco tecnificados, no en vano había pasado su infancia y adolescencia en infinidad de planetas y lunas parecidos.

Con aquel hemisferio de Bal'demnic rotando rápidamente hacia la noche, aumentaba la fuerza del viento y la temperatura caía. El mapa que había buscado con el comunicador mostraba que el principal puerto espacial del planeta estaba a unos centenares de kilómetros hacia el sur. Tenebrous había evitado deliberadamente el puerto al aterrizar,

posándose sobre el casquete polar del norte en lugar de en el mar. Plagueis calculaba que podría llegar al puerto espacial hacia la tarde del día siguiente, lo que aún le daría una semana estándar para regresar a Muunilinst a tiempo para asistir a la Reunión de Sojourn. Pero también sabía que la ruta le iba a llevar por zonas habitadas tanto por la élite como por los plebeyos kon'me; por lo que decidió viajar de noche para evitar el contacto con aquellos ruidosos y xenófobos seres reptilianos. No tenía demasiado sentido dejar un rastro de cadáveres a su estela.

Se ató la toga alrededor del pecho y empezó a caminar, lentamente al principio y ganando velocidad progresivamente, hasta que lo único que se veía de él era una especie de borrón intenso; un errante demonio de polvo corriendo por un terreno sin árboles. No había llegado muy lejos cuando se topó con un sendero rudimentario en el que había huellas de indígenas que se detuvo a estudiar. Las huellas eran de kon'me descalzos de las clases bajas, probablemente pescadores cuyas moradas con techos de paja salpicaban la costa. Plagueis pensó en el tamaño y el peso de los reptilianos causantes de las huellas y calculó el tiempo transcurrido desde que habían pasado. Se levantó y exploró las colinas parduscas, después olió el viento, deseando poseer siquiera una pizca de la agudeza olfativa de Tenebrous. Más adelante se encontraría también con kon'me de la élite, o como mínimo sus casas abovedadas de las laderas.

La noche caía mientras él recuperaba el ritmo. El océano brillaba plateado bajo la luz de las estrellas y la flora que brotaba de noche impregnaba el aire húmedo con aromas embriagadores. Los depredadores de todos los tamaños habían sido cazados hasta exterminarlos en las islas continente del norte, pero los profundos desfiladeros albergaban innumerables variedades de insectos voraces, nubes de los cuales se cernían sobre él mientras se abría paso entre la densa maleza. El hecho de bajar su temperatura corporal y ralentizar su respiración para alterar la mezcla de gases de sus exhalaciones no lograba disuadir a los insectos, por lo que terminó renunciando a intentar ahuyentarlos y se rindió a su sed de sangre, que succionaban libremente de su cara, cuello y manos.

«Déjalos devorar al viejo Plagueis», pensó.

Entre el oscuro bosque de aquel planeta remoto, con el viento salado silbando entre los árboles y el lejano sonido del percutir de las olas, estaba abandonado el mundo clandestino en el que vivían los Sith. Despertado tras un milenio de sueño voluntario, iba a renacer el poder del lado oscuro y él, Plagueis, completaría el plan urdido desde hacía mucho tiempo.

Corrió de noche, refugiándose en una cueva poco profunda cuando se levantó el rocío de la mañana. Los indígenas de escamas azules ya estaban despiertos y activos a aquellas horas. Salían de sus chozas para lanzar redes sobre las olas batientes o remar con sus barcas hasta los arrecifes o islotes cercanos. Las mejores capturas las llevarían a las colinas para llenar las barrigas de los ricos, sobre los que reposaba la responsabilidad del futuro económico y político de Bal'demnic. Sus voces guturales se colaban en la cueva en la que se escondía Plagueis, como si fuese una tumba, y pudo entender algunas de las palabras que intercambiaban.

Quería dormir, pero el sueño le esquivaba y deploró aquella necesidad. Tenebrous no dormía nunca, aunque es verdad que los bith apenas lo hacían.

Despierto en aquel calor opresivo, repasó los sucesos del día anterior, aún ligeramente sorprendido por lo que había hecho. La Fuerza le había susurrado: Ha llegado tu momento. Reclama tu derecho al lado oscuro. Actúa ahora y termina con esto. Pero la Fuerza solo se lo había aconsejado; no había dictado sus actos ni guiado sus manos. Aquello había sido cosa suya. Sabía por sus viajes, con o sin Tenebrous, que no era el único practicante del lado oscuro de la galaxia —ni tampoco el único Sith, dicho sea de paso, ya que la galaxia estaba repleta de aspirantes— pero ahora era el único lord Sith descendiente del linaje de Bane. Un Sith auténtico, y esa certeza despertó el poder que tenía contenido en su interior.

Pero…

Cuando proyectó la Fuerza pudo detectar la presencia de algo o alguien de un poder casi igual. ¿Era el propio lado oscuro o un mero eco de su propia incertidumbre? Había leído las leyendas sobre Bane; cómo le habían acechado las persistentes presencias de los que había derrotado para librar a la Orden Sith de las luchas internas y devolverla a la genuina hegemonía mediante la instauración de la Regla de Dos: un Maestro para encarnar el poder; un aprendiz para ansiarlo. Al parecer, también le habían acechado los espíritus de lores Sith muertos muchas generaciones antes cuyas tumbas y mansiones había profanado en su ferviente búsqueda de holocrones y otros artefactos antiguos que ofrecían sabiduría y orientación.

¿Era el espíritu de Tenebrous la fuente del poder que había percibido? ¿Había un breve período de supervivencia tras la muerte durante el cual un Sith auténtico podía seguir influenciando al mundo de los vivos?

Era como si todo el peso de la galaxia le hubiese caído encima. Un ser inferior quizá hubiese encogido los hombros, pero Plagueis, acurrucado en su tumba clandestina, se sintió tan ingrávido como si estuviese en el espacio profundo.

Sobreviviría a cualquiera que se atreviese a retarlo.

Horas después, cuando las voces se habían apagado y el frenesí devorador de los insectos había vuelto, el dolor sacó a Plagueis de su torturado duermevela. Tenía la túnica adherida a la carne tumefacta como un vendaje de compresión, pero la herida había sangrado y le había manchado la toga.

Se escurrió silenciosamente en la noche, cojeando hasta que suprimió el dolor, y entonces echó a correr. De su cabeza calva saltaban gotas de sudor y la toga oscura ondeaba tras él como un estandarte. Famélico, se planteó asaltar uno de los hogares locales y comerse los huevos de algún kon'me de clase baja, o alimentarse quizá con la sangre de él y su compañera. Pero contuvo su impulso de infundir terror, aquella hambre de destrucción, saciándose en realidad a base de murciélagos y restos putrefactos del

pescado que las olas arrojaban a la orilla. Corriendo por la arena negra de la playa, pasó a pocos metros de hogares construidos con bloques de arrecife fosilizado, pero solo atisbo a un indígena, quien al salir de su choza para hacer sus necesidades, reaccionó como si hubiese visto una aparición. O quizá con hilaridad ante la pinta que debía de tener Plagueis en toga y botas. En las colinas que se alzaban al final de la playa centelleaban las luces artificiales, anunciando los hogares de la élite y la proximidad del puerto espacial, cuya luz ambiental iluminaba una amplia zona del litoral meridional.

Con su destino ya cerca, cada ola que rompía reverberaba en su interior, invocando una oleada de energía oscura sin precedentes. Los nudosos filamentos del tiempo se relajaron y él tuvo una visión del futuro de Bal'demnic. Envuelto en una guerra con varios frentes, una guerra galáctica, en parte por sus ricos depósitos de cortosis, pero principalmente por ser un peón en una partida enrevesada, los serviles kon'me revelados contra aquellos que los habían dominado durante eones…

Perdido en su ensoñación, Plagueis estuvo a punto de pasar por alto un enorme rompeolas que seguía la curva de la playa. Los muelles de piedra se adentraban en una amplía y tranquila bahía, y tras una muralla se alzaba una ciudad rodeada de laderas deforestadas. Había kon'me de ambas clases, aunque mezclados con ellos también había forasteros de otros mundos y diversas especies, la mayoría provenientes de sistemas estelares vecinos, aunque algunos venían de lugares tan remotos como el Núcleo. El puerto espacial estaba en la periferia más meridional de la ciudad, compuesto por racimos de edificios modulares, almacenes y hangares prefabricados, y zonas de aterrizaje iluminadas para naves de carga y de pasajeros. A un ser no familiarizado con mundos aislados, la visita al puerto espacial le habría parecido un viaje en el tiempo, pero Plagueis se sentía como en casa entre los cubículos de los hoteles, los tapcafés mal iluminados y las sórdidas cantinas en las que el entretenimiento era caro y la vida apenas valía nada. Cubriéndose la cabeza con la capucha de la toga, se movió entre sombras y por lo único que llamaba la atención era por su altura. Con las pocas medidas de seguridad existentes podía circular entre las naves aterrizadas sin dificultades. Ignoró las naves intersistemas, más pequeñas, en favor de los cargueros de larga distancia, en realidad solo aquellos que parecían en buen estado. Muunilinst estaba a varios saltos hiperespaciales de distancia y solo una nave con la capacidad de salto adecuada podría llevarle hasta allí sin demasiado retraso.

Tras una hora buscando encontró una que le gustó. El carguero, ingeniería del Núcleo, debía de tener unos cincuenta años pero estaba bien mantenido y se había modernizado con suites de sensores y propulsores subespaciales. El hecho de no llevar ninguna leyenda sugería que el capitán no tenía interés en que la nave se hiciese un nombre. Más larga que ancha, la LS-447-3 tenía una popa lanzada estrecha, una cabina con embarque por debajo y amplias puertas en las bodegas de carga, lo que le permitía transportar grandes cargamentos. Con el número de registro grabado en su comunicador, Plagueis se dirigió hacia el edificio de la autoridad del puerto espacial. A aquella hora de la noche, el desvencijado edificio estaba completamente desierto, excepto por dos

guardas kon'me de cuellos anchos que dormían en acto de servicio. Tras aflojarse la faja de la toga para poder acceder fácilmente a sus espadas de luz, Plagueis pasó junto a ellos y atravesó la puerta principal. La luz tenue de las oficinas desiertas se propagaba por los oscuros pasillos. En la segunda planta encontró la oficina de registro, desde la que se dominaba la zona de aterrizaje más grande y la silenciosa bahía que quedaba tras esta.

En un pequeño despacho privado había un ordenador, que ya era una antigualla veinte años antes, sobre un escritorio. Plagueis colocó su comunicador junto a la máquina y no tardó nada en colarse en la red de control del puerto espacial. La búsqueda del carguero le reveló su nombre, *Desolado*, y su origen, Ord Mantell. La nave, cuya marcha estaba programada para la mañana siguiente, contaba con una tripulación de ocho miembros, incluido un droide, y se dirigía a varios mundos del sector Auril con un cargamento de pescado fresco. Según la lista de embarque, el cargamento había pasado la aduana y estaba almacenado en un hangar refrigerado, esperando a ser transferido a la nave. La buena noticia era que el destino final de la *Desolado* era Ithor, al otro extremo de la Vía Hydiana. El desvío a Muunilinst, por tanto, no supondría un gran rodeo para la tripulación.

Plagueis invocó una imagen de la capitana del carguero, llamada Ellin Lah. Abriéndose por completo a la Fuerza, estudió la imagen durante un buen rato; después, exhalando lentamente, se levantó, borró las pruebas de su intromisión tecnológica y volvió a guardarse el comunicador en el bolsillo interior de su toga.

El *Desolado* le estaba esperando.

3: DESOLADO

Los instintos de Plagueis sobre Bal'demnic eran correctos. La belleza descarnada del planeta era de las que atraen a la faceta más hedonista de la naturaleza humana y algún día los miembros más ricos de esa especie acudirían hasta allí para deleitarse con la cálida luz de su estrella primaria, pisar sus arenas prístinas, nadar en sus animadas aguas y disfrutar de los apetitosos pescados que abarrotaban sus enormes océanos. Pero en aquella época, los humanos seguían siendo relativamente escasos en aquella parte del Borde Exterior y la mayoría de visitantes de Bal'demnic provenían del espacio hutt o de los lugares más remotos de la Ruta Comercial Permeliana. La capitana Ellin Lah era una togruta y su primer ayudante un zabrak llamado Maa Kaap. El piloto de el *Desolado* era un balosar; el navegador un dresseliano; y los tres tripulantes un klatooiniano, un kaleesh y un aqualish de la raza quara. Todos «casi humanos», para usar el término que se empleaba entonces en el Núcleo, donde el chovinismo se había elevado a la categoría de arte. El único ser artificial era un droide bípedo con múltiples brazos llamado «UnoUno-CuatroDé», como su número de modelo.

Bal'demnic era uno más de los lugares que solían frecuentar en la galaxia. Se les podía ver a menudo en Vestral, Sikkem IV o Locura de Carlix. Aunque para ellos eran todos mundos parecidos, ya que la capitana Lah y sus tripulación apenas visitaban nada que quedase más allá de un radio de cinco kilómetros alrededor de sus principales puertos espaciales, y su contacto con los indígenas se limitaba a funcionarios portuarios, comerciantes, vendedores de información y profesionales del placer.

El suyo era un negocio precario, en una época en la que los piratas abarrotaban las rutas comerciales intersistemas, los faros hiperespaciales eran escasos y estaban muy apartados entre sí, y un error de juicio podía desembocar en el desastre. El coste del combustible era exorbitado, había que sobornar a los agentes aduaneros corruptos y las tasas de importación-exportación podían sufrir cambios imprevistos. Cualquier retraso podía hacer que los cargamentos de alimentos perdiesen la frescura que los hacía deseables o, peor aún, arruinarlos por completo. Los peligros eran abundantes y los beneficios exiguos. Aquel trabajo tenía que gustarte, o estar escapando… de la ley, de ti mismo o de alguien.

Después de haber bebido demasiado grog local y haber perdido demasiados créditos, ganados con mucho esfuerzo, apostando —y quizá para expiar el exceso de juerga— las preocupaciones por el inminente viaje brotaron a la superficie de la mente de la capitana Lah, como un globo inflado sumergido bajo el agua y que después se suelta.

—No podemos cometer descuidos en esta expedición —advirtió amablemente a la tripulación, que avanzaba por la zona de aterrizaje hacia la nave que les esperaba.

El hecho de haber utilizado el mismo eufemismo que Blir' para minimizar el impacto de la catástrofe que había estado a punto de originar les hizo reír a todos; excepto al

balosar, que bajó la cabeza avergonzado y cuyos antenapalpos adquirieron un color más oscuro.

—Entendido, capitana —dijo Maa Kaap—. Ninguna omisión inoportuna…

—Errores imposibles de erradicar —dijo el kaleesh, PePe Rossh.

—Errores estúpidos —remató Doo Zuto, cuyos colmillos juntos y curvados hacia el interior necesitaban un buen escamado.

La capitana les permitió divertirse un poco.

—Lo digo en serio —añadió mientras se aproximaban a la rampa de embarque bajada de el *Desolado*—. No me importa repetirlo: esta nave opera como una democracia. Soy vuestra capitana porque tengo talento para detectar qué se os da bien a cada uno —miró a Blir'—. ¿Alguna vez te he dicho cómo debes pilotar? —después a Semasalli—. ¿Alguna vez he cuestionado tus decisiones sobre los puntos de salto?

—No, capitana —dijeron los dos, como de memoria.

—Hablo simplemente como un miembro más de lo que debería ser un equipo competente, no como comandante —dejó escapar una exhalación que sacudió sus tres colas craneales rayadas—. O sacamos beneficio de esta expedición o tendremos que plantearnos acudir a los hutt para pedirles otro préstamo.

Incluso Wandau, que había hecho más tratos con los hutts que nadie, se plañó ante la mera perspectiva.

—Exacto —le dijo Lah al alto klatooiniano—. Y que nadie se engañe pensando que podríamos lograr un préstamo legal. Ningún banco que se precie aceptará el *Desolado* como aval.

Maa Kaap y Blir' intercambiaron miradas rápidas antes de que el zabrak dijese:

—Perdona que te lo diga, capitana, pero no pareces muy preocupada por los créditos de anoche…

—Cuidado con lo que dices —le dijo Lah a su primer ayudante, conteniendo apenas una sonrisa.

—Pensé que estabas dispuesta a jugarte la nave con aquel joven —dijo PePe, uniéndose al escarnio.

Lah sacudió la mano en gesto de rechazo.

—Solo estaba jugando con él.

—Jugar es la palabra clave —dijo Maa Kaap—. Porque era lo bastante joven para jugar como un niño.

La capitana colocó las manos sobre las caderas.

—Puedo ser muy convincente cuando quiero.

—Oh, y lo fuiste —dijo Zuto, desencadenando un nuevo coro de risas que les acompañó hasta el interior de la cabina principal de la *Desolado*, donde les esperaba 11-4D.

—¿Todo en orden? —le preguntó Lah al droide.

Este levantó tres de sus brazos en algo parecido a un saludo.

—Todo en orden, capitana.

—¿Todo el cargamento está a bordo y repasado?

—A bordo y repasado, capitana.

—¿Has revisado las lecturas térmicas?

—En todos los hangares, capitana.

Ella le respondió con un asentimiento satisfecho.

—Bien, todo listo.

Los miembros de la tripulación se dispersaron, todos tenían algo que hacer. Blir' y Semasalli fueron a la cabina de mando; Zuto, Wandau y PePe a comprobar que el cargamento se había almacenado correctamente; Maa Kaap y 11-4D a sellar la nave; y la capitana Lah a solicitar el permiso de despegue a los controladores del puerto espacial de Bal'demnic.

Sin fanfarria, la nave abandonó aquel cálido mundo y saltó desde el frío éter al misterioso reino del hiperespacio. Lah seguía sentada ante la consola de comunicaciones cuando Blir' se comunicó con ella por radio desde la cabina.

—Necesitamos consultarte una cosa.

—¿De verdad? —dijo ella.

—En serio.

Acudió a la cabina, y al entrar en ella Semasalli le mostró un indicador parpadeante en el monitor de estatus de la nave. En la pequeña placa metálica que había bajo el indicador se podía leer: AMBIENTE HANGAR DE CARGA 4.

—¿Demasiado caliente o demasiado frío? —le preguntó Lah al dresseliano.

—Demasiado frío.

Lah dio unos golpecitos al indicador, pero este siguió parpadeando.

—Vaya, normalmente funciona —Lah estudió la expresión ceñuda de Semasalli—. ¿Qué opinas?

Él respiró profundamente y se pasó una mano por su cabeza calva y profundamente hendida, revelando el aspecto de su enrevesado cerebro.

—Bueno, podría ser el termostato del hangar.

—¿O?

—O quizá se ha abierto uno de los contenedores.

—¿Solo?

—Puede que durante el salto —dijo Blir' desde el asiento de piloto.

—Vale, debemos ir a comprobarlo —miró a Blir' y después a Semasalli, y sacudió la cabeza desconcertada—. ¿Hay algo que no me hayáis contado?

Blir' respondió por los dos.

—¿Recuerdas el zabrak con el que habló Maa en la cantina?

—¿Qué cantina? —dijo Lah y después añadió—: No, sí que lo recuerdo. Buscaba alguien que lo llevase.

Semasalli asintió.

—Lo habían sacado a patadas de su último carguero. No dijo por qué, pero a Maa le pareció que apestaba a problemas y le dijo que no podíamos subirlo a bordo.

Lah entendió las pistas que le estaban dando y asintió.

—¿Creéis que llevamos un polizón?

—Solo es una idea —dijo el dresseliano.

—Y por eso queríais comentármelo antes de ir a comprobarlo.

—Exacto.

A Lah se le arrugó la cara casi tanto como la de Semasalli.

—La nave nos habría informado si alguien hubiese manipulado los sistemas antiintrusos.

—Pero pudo subir con el cargamento —dijo Blir'.

—¿Quieres decir dentro de uno de los contenedores?

Blir' asintió.

—Si es así, a estas horas estará tieso como un carámbano —Lah se giró hacia Semasalli—. ¿El hangar cuatro tiene grabaciones de vigilancia?

—En pantalla —dijo Semasalli, dándole la vuelta a su silla para mirar los monitores de estatus.

Lah apoyó las manos sobre la consola plana y se inclinó hacia la pantalla mientras el dresseliano hacía aparecer una vista borrosa de la bodega de carga. Finalmente, la cámara remota encontró lo que estaban buscando: un contenedor abierto, envuelto en nubes de refrigerante, con el cargamento de aletas descongelándose.

—Hijo de… —dijo Lah antes de que la siguiente vista del hangar de carga la dejase con la boca abierta y en completo silencio.

Blir' parpadeó repetidamente antes de preguntar:

—¿Eso es lo que creo que es?

Lah tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y recuperar la voz.

—Bueno, está claro que no es el zabrak.

Plagueis estaba sentado sobre uno de los contenedores de carga más pequeños cuando la escotilla empezó a girar. Completamente despierto desde que el *Desolado* había saltado al hiperespacio, se había mantenido totalmente quieto durante las diversas inspecciones visuales que había realizado la tripulación y ahora se bajó la capucha de su toga ligera y ensangrentada. Cuando la escotilla se abrió, se encontró frente a la capitana togruta de la nave, acompañada de un musculoso macho zabrak; un klatooiniano moteado tan alto como un muun común; un aqualish de la variedad de dos ojos; y un kaleesh color escarlata con la piel escamada y una cara que recordaba a la de los murciélagos que Plagueis comía en Bal'demnic que desprendía un potente aroma a feromonas. Los cinco empuñaban blásters, pero solo el del klatooiniano estaba listo para disparar y apuntándole.

—No estás en nuestra lista de embarque, extranjero —dijo la capitana Lah al entrar en el hangar, sus palabras iban acompañadas por nubes de vapor.

Plagueis extendió las manos en señal de inocencia.

—Confieso que soy un polizón, capitana.

Lah se acercó recelosamente al contenedor abierto que tenía a escasos metros.

—¿Cómo has sobrevivido ahí dentro?

Plagueis imitó el movimiento que había hecho ella con la mano.

—Esas criaturas marinas son un buen colchón.

El zabrak avanzó apresuradamente, la ira arrugaba su cráneo punteado.

—Esas criaturas son las que nos dan de comer, muun. Y ahora no valen un maldito crédito.

Plagueis lo miró fijamente.

—Os pido disculpas por arruinar parte de vuestro cargamento.

—Y el refrigerante… —dijo con más aspereza Lah—. ¿Cómo has sobrevivido a eso?

—Los muuns tenemos tres corazones —contestó Plagueis, cruzando las piernas—. Dos de ellos están bajo control voluntario, por lo que pude mantener la circulación de la sangre y mi temperatura corporal prácticamente en sus valores normales.

Plantado junto al contenedor, el quara dijo:

—Hablando de sangre, parece que pierdes de la tuya por algún sitio.

Plagueis vio que algunos de los pescados estaban cubiertos de sangre congelada.

—El fruto de un accidente desafortunado. Pero gracias por la observación.

Lah desvió la mirada del contenedor hacia Plagueis.

—Tenemos un droide médico. Haré que le eche un vistazo a tu herida.

—Muy amable por tu parte, capitana.

—Estás muy lejos del Corredor Braxant —dijo el kaleesh—. Y perteneces probablemente a la última especie que esperaríamos encontrar como polizon en un contenedor de carga.

Plagueis asintió en señal de acuerdo.

—Me lo imagino.

—En el puerto espacial Kon’meas había vuelos a Bimmisaari —añadió el zabrak—. ¿No podías esperar o te has quedado sin créditos?

—Para ser sincero, quería esquivar las vías espaciales comunes.

Lah y el zabrak intercambiaron miradas dubitativas.

—¿Eres un fugitivo? —le preguntó ella—. ¿Te buscan?

Plagueis negó con la cabeza.

—Pero valoro mucho mi intimidad.

—Quizá sí —dijo el quara—. Pero debes reconocer… —se giró hacia los pescados ensangrentados— …Que eso te resta algo de credibilidad.

—¿Qué te trajo a Bal’demnic, muun? —le preguntó el klatooiniano antes de que Plagueis pudiese responder.

—No puedo divulgar la naturaleza de mis actividades.

—Inversiones del Clan Bancario —dijo con desdén el klatooiniano—. O asuntos de abogados. Es lo único que hacen los muun, capitana.

Lah miró a Plagueis.

—¿Es eso cierto?

Plagueis se encogió de hombros.

—No todos somos banqueros o abogados. Igual que no todos los togrutas son pacifistas.

—Sería mejor para ti que fueses un mago de las finanzas —dijo el zabrak—, eso evitaría que te arrojemos por la borda de la nave.

Plagueis no apartó la mirada de Lah.

—Capitana, entiendo que tu tripulación y tú os preguntéis muchas cosas sobre mí. Pero quizá sería mejor, más sencillo, que hablásemos en privado un momento —al ver que dudaba, añadió—: Con el único fin de facilitar un acuerdo.

Lah miró a todo el mundo, después apretó las mandíbulas y asintió.

—No tardaré —le dijo al zabrak mientras este salía del hangar—. Pero contrólanos con las cámaras.

El zabrak lanzó una mirada penetrante a Plagueis mientras hablaba.

—Si tardas, volveremos a buscarte.

Plagueis esperó hasta que se quedó a solas con Lah.

—Gracias, capitana.

Ella frunció el ceño.

—Basta de parloteo educado. ¿Quién eres y por qué no te has marchado de Bal’demnic con la misma embarcación que llegaste?

Plagueis soltó un suspiro elaborado.

—Antes de entrar en eso, será preferible que evaluemos detenidamente la situación actual. Me he colado como polizón en tu nave con la esperanza de acordar un aterrizaje rápido en Muunilinst —hablando en básico, Plagueis pronunció la palabra con la segunda n muda—. Por suerte para los dos, puedo recompensarte generosamente por el transporte… Y, por supuesto, correr con los gastos del valioso cargamento que he arruinado. Solo tienes que fijar un precio razonable y no habrá ningún problema para cerrar el trato. Te lo aseguro, capitana, soy un muun de palabra.

Lah entrecerró los ojos con recelo.

—Dejando, de momento, a un lado tu identidad, que es sumamente importante, tu permanencia en la nave es una cuestión que debo consultar con la tripulación.

Plagueis parpadeó, genuinamente confundido.

—No estoy seguro de entenderte. Eres la capitana de el *Desolado*, ¿verdad?

—A bordo de este barco todos somos iguales —dijo Lah—. No tomo ninguna decisión importante sin, al menos, escuchar a todos los demás… Tanto si esas decisiones afectan al cargamento que transportamos o al lugar en el que lo entregamos. Mientras intentas dilucidar si soy noble o sencillamente estúpida, déjame añadir que me trae sin cuidado lo que pienses sobre esta política. Como has dicho: la situación es la que es.

Plagueis sonrió sin enseñar los dientes.

—En ese caso, capitana, esperaré los resultados de vuestra deliberación.

Lah se relajó ligeramente.

—Mientras tanto, tendrás que quedarte ahí sentado, y bien quieto.

Plagueis aceptó las condiciones sosegadamente.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Cuanto más nos acerquemos a Ithor, más cerca estaré de mi casa.

Aquellas palabras hicieron que Lah quedara petrificada.

—¿Cómo sabes que nos dirigimos a Ithor?

—De la misma manera que sé que te llamas Ellin Lah —deleitándose con la confusión de la capitana, Plagueis añadió—: No soy un telépata, capitana Lah. Después de elegir tu nave entre todas las demás, me colé en la red del puerto espacial de Bal'demnic.

Ella inclinó la cabeza con una mezcla de interés y desasosiego.

—¿Y por qué el *Desolado*?

Plagueis respiró profundamente.

—No me gusta jugármela, capitana, a no ser que sepa que no tengo ninguna oportunidad de perder.

Ella resopló.

—Eso no es jugar.

En la cabina principal, 11-4D había estudiado la conversación de los miembros de la tripulación desde su vuelta del hangar de carga 4. El droide, lo más parecido a un especialista médico que había en el *Desolado*, era el responsable de los cuidados y la salud de la tripulación, por lo que se había acostumbrado a fisgar las conversaciones de los demás siempre que tenía ocasión. Provisto de perfiles individuales basados en el ritmo cardíaco, las tasas respiratorias, la temperatura corporal, el lenguaje, la expresión facial y la vocalización de cada uno de los tripulantes, el droide se dio cuenta de que el descubrimiento de un intruso muun a bordo de la nave había elevado de manera significativa los niveles de estrés de Maa Kaap.

—¿Conocéis algún muun que haya hecho algo parecido? —preguntaba el zabrak.

—De hecho, ¿conocéis a algún muun? —preguntó Wandau.

—Vale, bueno, ¿habéis oído alguna vez que un muun haga algo así?

Antes de que Maa Kaap o ningún otro pudiese responder, la capitana entró en la cabina, claramente confundida aunque hacía todo lo posible por disimularlo. 11-4D percibió que había aumentado el flujo sanguíneo de sus colas craneales, que eran órganos sensoriales, y un cambio en su pigmentación; una respuesta a la tensión propia de los togruta que en ocasiones provocaba un camuflaje mimético involuntario.

—¿Y bien? —dijo Maa Kaap poniéndose de pie.

Los miembros de la tripulación escucharon atentamente mientras la capitana Lah resumía la breve conversación que había mantenido con el polizón muun, que se había

negado a dar ningún detalle personal, ni siquiera su nombre. Tampoco había ofrecido ninguna explicación sobre su presencia en Bal'demnic, ni sobre el motivo por el que quería marcharse tan apresuradamente. Y, lo más importante, no había revelado nada sobre la causa ni naturaleza de su herida. En vez de eso, se había centrado en alcanzar un trato para que lo llevasen hasta Muunilinst, un mundo del lejano Corredor Braxant y sede del Clan Bancario InterGaláctico.

—¿Qué te dice tu intuición sobre él, capitana? —preguntó PePe, cuyas orejas puntiagudas se sacudían por la curiosidad.

La capitana Lah miró el pasillo que conducía al hangar de carga 4.

—Es enormemente hábil y está acostumbrado a salirse con la suya. Pero o lo llevamos de vuelta a Bal'demnic, poniendo en riesgo el cargamento, o lo dejamos en nuestra primera parada y le cargamos el muerto a otro.

—O lo lanzamos por la borda ahora mismo —dijo Wandau.

Lah negó con la cabeza.

—No sabemos si pudo contarle a alguien en Bal'demnic que iba a introducirse como polizón en nuestra nave. Si lo hizo, su desaparición podría causarnos problemas serios.

—¿Y qué vamos a hacer entonces? —presionó Maa Kaap.

Lah frunció los labios.

—Creo que deberíamos deshacernos de él lo antes posible.

Wandau y Zuto intercambiaron miradas.

—¿No quieres siquiera debatir un precio por transportarlo?

—No he estado nunca en el Corredor Braxant —dijo Lah—. ¿Alguno de vosotros ha estado?

Todos negaron con la cabeza.

—¿Está dispuesto a cubrir el coste del cargamento arruinado? —preguntó PePe.

—Dice que sí.

—En ese caso, quizá lo llevemos hasta Ithor —continuó el kaleesh—. Si demuestra ser un pasajero cooperativo, podríamos plantearnos llevarlo hasta Muunilinst. Seguro que no nos hace ningún daño familiarizarnos con ese rincón del espacio.

—No lo sé… —Lah se mordió el labio inferior.

—Diré más —dijo Zuto, moviendo su bigotudo hocico—. Bueno, ese muun podría ser como un boleto premiado caído en nuestras manos. ¿No has dicho antes que ningún banco nos daría un préstamo con el *Desolado* como aval?

Bueno, Muunilinst es el banco, y ese muun puede proporcionarnos todos los avales que necesitemos.

—Nuestra recompensa por llevar una vida intachable durante años —añadió PePe.

Lah los miró a los dos.

—¿Qué queréis decir? ¿Que pidamos un rescate por él?

Zuro sorbió entre sus colmillos y se encogió de hombros.

—No tenemos por qué llamarlo rescate.

—Olvidadlo —dijo Lah—. Nunca hemos hecho algo así… Bueno, puede que lo hiciésemos una vez, pero no vamos a repetirlo.

—Estoy de acuerdo —dijo Maa Kaap.

Wandau sacudió la cabeza.

—Y yo.

PePe reculó ligeramente.

—Vale, solo estaba pensando en voz alta.

—Hay algo más —dijo Maa Kaap, alzando su enorme mano y haciendo un gesto hacia 11-4D—. Dile a la capitana lo que nos has dicho antes.

El droide avanzó hacia donde estaban reunidos los miembros de la tripulación y giró su cabeza redonda hacia Lah.

—Capitana, solo he comentado que los muuns no suelen viajar solos sin motivos de fuerza mayor. De hecho, la mayoría de muuns son reacios a salir de Muunilinst para nada que no sean negociaciones de transacciones empresariales.

—Justo lo que os estaba diciendo sobre el aval —le interrumpió PePe—. Tiene que haber alguna motivación financiera tras la presencia del muun en Bal'demnic; algún trato importante del que podríamos participar. Un proyecto de construcción, quizá.

—Deja acabar a CuatroDé —dijo Maa Kaap.

Lah miró al droide.

—Continúa.

—Aún está por determinar qué se traía entre manos el muun. Suponga, no obstante, que la naturaleza de su negocio pueda afectar negativamente a Bal demnic. Si se corriese la voz de que la tripulación de el *Desolado* colaboró en la partida ilegal del muun, ¿qué pasaría con la reputación de la nave en el sector Auril? Quizá quiera introducir esa variable en el cálculo del precio por el transporte.

Maa Kaap cruzó los brazos sobre su fuerte pecho.

—¿Acaso el polizón va a solucionarnos la vida a todos para siempre si en este sector dejan de requerir nuestros servicios?

—¿Y qué pasa con lo que pueden hacernos los muun si no lo llevamos? —dijo Zuto—. Sus tentáculos son largos como un brazo galáctico.

Wandau se rió sin ganas.

—¿Qué van a hacer… devaluar nuestras carteras de valores? ¿Congelar nuestras acciones? ¿Arruinar nuestra solvencia crediticia? Nuestro único bien son esta nave y la fama de hacer bien nuestro trabajo.

—Casi siempre —dijo en voz baja Maa Kaap.

PePe se golpeó los muslos con las manos.

—Volvemos a lo que os decía de pedirle un precio mucho mayor del que consideraría justo. Estos tipos del Clan Bancario regatean hasta el último crédito. Pero tenemos un muun vivo y da igual quién sea o quién finja ser, os garantizo que vale más de lo que se puede sacar vendiendo pescado y octópodos en diez años.

Maa Kaap rompió el breve silencio posterior.

—¿Capitana?

—Nada de eso me convence —dijo tras un instante—. Quiero que nos deshagamos de él.

Una mirada de desconcierto tensó los rasgos de Zuto.

—¿Crees que es peligroso?

PePe se burló de la idea.

—Todos los muuns son unos cobardes. Su única arma son sus créditos.

Lah inhaló profundamente.

—Me habéis preguntado qué me decía mi intuición. Y con esto os lo he contestado.

—Tengo una idea —dijo Maa Kaap—. Una especie de acuerdo mutuo. Salimos del hiperespacio y se lo comunicamos a las autoridades de Bal'demnic. Si por algún motivo están buscando al muun, se lo devolvemos, olvidándonos del cargamento. Si no, acordamos una cifra por llevarlo hasta Ithor, nada más —miró a Lah—. ¿Quieres ofrecerle ese trato? ¿Capitana?

Lah respondió como si aquellas palabras fuesen un reflejo de sus pensamientos.

—De acuerdo. Parece razonable —pero siguió sentada.

—¿Necesitas, eh, refuerzos? —le preguntó Wandau al cabo de un rato.

—No, no —dijo ella, poniéndose finalmente en pie.

Soy la capitana, 11-4D casi pudo oírla recordándoselo en silencio. Enfocando sus fotorreceptores, observó que bajaba la mano derecha hacia el bláster que guardaba en la cintura. Y, con un giro del pulgar, preparaba el arma para disparar.

—Vamos a tener que mantenerte en hielo un poco más —dijo Lah al entrar en el hangar de carga. Plagueis no se había movido del contenedor sobre el que estaba sentado, pero llevaba la toga abierta y tenía las manos apoyadas sobre las rodillas.

—¿Eso significa que no habéis alcanzado un consenso?

—Yo no diría tanto —dijo Lah—. Hemos decidido que necesitamos saber quién eres antes de aceptar proporcionarte el transporte. Y puesto que pareces reacio a decírnoslo, vamos a comprobarlo con las autoridades de Bal'demnic.

A Plagueis se le nublaron los ojos por la decepción.

—Capitana, os he contado todo lo que necesitáis saber.

El *Desolado* dio una leve sacudida.

—Estamos saliendo del hiperespacio —dijo Lah.

En su cabeza, Plagueis oyó a Darth Tenebrous diciéndole: Para los que vivimos en la Fuerza, la vida vulgar no es más que un pretexto. Nuestros únicos actos significativos son los que realizamos al servicio del lado oscuro.

—No puedo permitirlo, capitana —le dijo.

La expresión de Lah se endureció.

—Me temo que no tendrás otro remedio.

Sabía desde el principio de la conversación que el bláster de ella estaba listo para disparar y que ahora su mano lo estaba buscando. Sus afilados caninos centellearon en la boca ligeramente abierta de la togruta. ¿De verdad Plagueis había creído que podría llegar a un trato con la impulsiva e inmadura tripulación de el *Desolado*? Sus destinos estaban decididos desde el mismo instante en que el Sith había visto la nave en la zona de aterrizaje. La posibilidad de llegar a otra conclusión era mera ficción. Desde aquel primer instante, todos ellos habían quedado atrapados en una inevitable serie de acontecimientos. La Fuerza los había unido, abocándolos al conflicto. Lah también lo había notado.

Plagueis dijo:

—No lo hagas, capitana.

Pero para entonces aquella advertencia ya solo eran palabras.

4: EL SIGNIFICADO DE LA MUERTE

El *Desolado* acababa de regresar al espacio real cuando los sensores auditivos de 11-4D registraron sonidos inusuales en la parte trasera: un clic de encendido, un prolongado zumbido de energía, un corte ultrasónico, una exhalación entrecortada. A los sonidos los siguió un flujo repentino de calor en el pasillo que daba acceso a los hangares de carga y algo que podía interpretarse como una ráfaga de viento. Hasta que no ajustó los valores de entrada de sus fotorreceptores, el droide no pudo entender que aquel borrón que corría hacia la cabina era el macho muun enfundado en una toga con capucha, unos pantalones y unos botines que le llegaban hasta las canillas.

Maa Kaap, PePe, Wandau y Zuto se giraron al unísono cuando el muun se detuvo, desafiando a la inercia, a escasos metros de donde estaban los cuatro sentados. En la mano derecha sujetaba un artefacto de energía con filo carmesí que el banco de datos del droide reconoció como una espada de luz; un arma empleada casi exclusivamente por los miembros de la Orden Jedi. Aquel descubrimiento le desconcertó momentáneamente. Los Jedi eran conocidos por ser los guardianes de la paz y los agentes de la justicia, pero el comportamiento del muun —la forma en que colocaba sus largas extremidades, el movimiento feroz de su mandíbula prominente, el fuego amarillo de su mirada— sugerían cualquier cosa menos paz. En realidad, 11-4D no había registrado ninguna ofensa que los cuatro miembros de la tripulación debiesen pagar con la pena capital.

El muun seguía en silencio, con la zumbante espada de luz colgando de la mano izquierda y una postura que manifestaba sus perversas intenciones. Por su parte, los tripulantes, dándose cuenta de que estaban a punto de cometer una equivocación, se pusieron de pie y echaron mano a las armas que llevaban sujetas en las cinturas o muslos. Que el muun se lo permitiera fue otro misterio para 11-4D; hasta que se dio cuenta que el muun estaba invitándolos a combatir.

El droide se preguntaba qué podía haber dicho o hecho la capitana Lah para despertar tanta ira en el muun. Recordó que ella había preparado su bláster. ¿Habría decidido que la mejor manera de solucionar los problemas que podía plantearle el muun a el *Desolado* era matarlo pero resultaba que se había equivocado completamente con él? En cualquier caso, era evidente que el muun creía que toda la tripulación era cómplice de los actos de la capitana Lah y había decidido vengarse de la manera más cruel. 11-4D dio por supuesto que aquello lo incluía e instantáneamente inició una serie de rutinas redundantes para realizar una copia de seguridad y almacenar todos sus datos, registrando así lo que estaba a punto de suceder.

Aquella especie de foto fija de un combate en la cabina solo duró un instante porque Wandau, que había trabajado como guardaespaldas de un famoso hutt, se puso en acción, desenfundando y disparando su bláster al mismo tiempo que corría a ponerse a cubierto tras uno de los mamparos. Una fracción de segundo después, Maa Kaap levantó su arma y disparó una ráfaga continua de descargas de bláster contra el muun. Simultáneamente,

Zuto y PePe, tirados sobre la cubierta, corrieron para ponerse tras su oponente y dejarlo en el centro de un letal fuego cruzado.

En el pasadizo que conducía a la cabina de mando se oyeron los pasos apresurados del piloto, Blir', y el navegador dresseliano de la nave, Semasalli. 11-4D supo que habían estado observando las imágenes del hangar de carga y le pareció probable que hubiesen presenciado la sentencia que el muun le había aplicado a la capitana Lah.

La reacción del muun a la lluvia de descargas que convergía en él requirió de más potencia de procesamiento de la que la cabeza del droide disponía en ese momento. Empleando una combinación de movimientos con el cuerpo, la espada de luz y la mano derecha, aquel ágil ser esquivó, desvió o devolvió cada uno de los disparos dirigidos a él. Perdiendo lentamente su energía, las descargas rebotaron contra la cubierta y los mamparos, activando alarmas, provocando el cambio a iluminación de emergencia y desencadenando una lluvia de espuma antifuego desde los aspersores del techo. En cuanto el balosar y el dresseliano entraron en la cabina, las escotillas sellaron los pasillos, impidiendo cualquier huida. Solo la habilidad de 11-4D para calcular trayectorias y reaccionar instantáneamente al peligro le permitió no ser el receptor final de ninguna de las numerosas descargas rebotadas.

Al ver a Blir' y Semasalli, el muun lanzó la espada de luz en un arco que le cortó los antenepalpos y la cabellera al balosar, además de gran parte de su arrugado hombro izquierdo al dresseliano, salpicando el aire tumultuoso con sangre verde azulada. Con las alarmas sonando y la espuma saliendo a chorro, Blir' se doblegó y cayó de cara a la resbaladiza cubierta, mientras que Semasalli, aullando de dolor, se desmoronó sobre un costado, intentando recoger su brazo amputado con el otro.

La espada de luz apenas había salido de la mano del muun cuando Wandau salió de cubierto para atacarlo, disparando su bláster tan incansablemente como hizo Maa Kaap en ese mismo instante. Pero esta vez el muun se limitó a extender la mano derecha y absorber las descargas. La energía, que viajó por su brazo y cruzó su estrecho pecho, parecía brotar de la mano abierta que esperaba el regreso del arma voladora. Una maraña de electricidad azul siseó en sus finos dedos y atrapó a Wandau, lo levantó hasta el techo de la cabina y lo dejó caer en la encharcada cubierta, hecho un amasijo, como si sus huesos se hubiesen convertido en polvo.

Dotados de luz roja estroboscópica, los ojos de Maa Kaap siguieron el ascenso y caída de su compañero destrozado. Con el bláster descargado, el zabrak sacó un vibrocuchillo de una funda del cinturón y se lanzó contra el muun, intentando sujetar el larguirucho cuello del muun con su enorme mano derecha.

El muun atrapó la espada de luz, pero en vez de arremeter contra Maa Kaap, empezó a moverse y girar, siempre fuera del alcance del vibrocuchillo, bloqueando las patadas y puñetazos marciales del zabrak, hasta que le propinó una patada lateral en el tórax que mandó a Maa Kaap a la otra punta de la cabina y lo estrelló contra el mamparo. Los receptores de audio de UnoUno-CuatroDé registraron el chasquido de su columna vertebral y el estallido de sus arterias pulmonares.

Entonces Zuto y PePe se lanzaron sobre el polizón desde ambos flancos y lograron sujetarlo. Pero parecía haberse transformado en piedra. El kaleesh y el quara le atacaban con uñas y dientes, pero sin ningún efecto perceptible. Cuando el muun se cansó, extendió la espada de luz directamente frente a él y trazó unas cuantas espirales con ella, seccionándole la cara a PePe y su romo hocico bigotudo a Zuto. Los sensores olfativos de UnoUno-CuatroDé detectaron una efusión de fe-romonas que revelaba la muerte del kaleesh. A Zuto, por otra parte, aunque la sangre le borboteaba y gemía de dolor, podría salvarlo si lo trataba a tiempo.

El muun abandonó su postura con las piernas separadas, se enderezó, desactivó la espada de luz y examinó a los seres que había matado y a los que había mutilado con escalofriante precisión; después sujetó la espada de luz a su cinturón y se acercó rápidamente a su víctima más cercana, que resultó ser Doo Zuto. Postrándose sobre una rodilla junto a él, observó atentamente el cuerpo tembloroso del quara, pero el droide no pudo precisar qué miraba. Los saltones ojos marinos de Zuto parecían implorarle ayuda a su agresor, pero este no hizo nada para detener la sangría ni darle ayuda paliativa.

Se quedó junto al quara un rato y después se dirigió presuroso hacia Maa Kaap. En la cavidad destrozada del pecho un borboteo de sangre acompañaba cada una de sus tenues respiraciones. De nuevo, el muun examinó detenidamente a su víctima, desde la cabeza tatuada hasta sus grandes pies. Con los ojos cerrados, el muun adoptó una postura que sugería concentración o meditación intensas y Maa Kaap recuperó de repente una conciencia dominada por el pánico. UnoUno-CuatroDé sintonizó el pulso del zabrak y vio que era normal; aunque solo por un momento. Después el ritmo cardíaco de Maa Kaap se hizo irregular y las respiraciones empezaron a entrecortarse en sus pulmones.

Poco después estaba muerto.

El muun parecía frustrado y su decepción aumentó al descubrir que Blir' también había fallecido. Dedicó solo un momento a evaluar a Semasalli antes de pasar a Wandau, quien estaba consciente aunque claramente paralizado de cintura para abajo.

—Deshonras tu legado y tu arma, Jedi —consiguió decir Wandau—. Podrías haber utilizado… la Fuerza para convencernos de que hiciésemos lo que querías. No solo lo he visto, lo he experimentado.

La cara del muun se retorció en un gesto de repugnancia.

—Con tan poca voluntad —dijo en el idioma de la especie de Wandau—, no me sirves de nada, klatooiniano.

Y terminó con el sufrimiento de Wandau haciendo un chasquido con el pulgar y el dedo corazón.

Gradualmente, el rocío del techo fue amainando y las alarmas se apagaron. Una vez examinadas sus víctimas, el muun se levantó y se giró lentamente hacia el droide.

—¿Cómo te llamas?

—UnoUno-CuatroDé, señor.

—¿Sabes pilotar esta nave, UnoUno-CuatroDé?

—Sí, señor —el droide hizo una pausa y preguntó—: ¿Quiere que reubique a los supervivientes en el hangar médico o que lance por la borda algunos de los cadáveres?

El muun revisó su obra.

—Déjalos —se quitó la toga empapada y la colgó sobre una silla, revelando una segunda espada de luz sujeta a su cinturón—. La capitana Lah me comentó que tienes capacidades médicas.

—Así es, señor.

Dándole la espalda a 11-4D, se apartó la túnica ensangrentada de su inflamada zona lumbar.

—¿Puedes reparar esto?

El droide agudizó el foco de sus fotorreceptores y sus sensores olfativos.

—La herida muestra signos de infección y putrefacción, señor. Pero sí, puedo repararla.

El muun bajó la túnica y sacó un comunicador de un bolsillo de la toga. Activó el artefacto, dedicó un momento a introducir algunos datos y después le dio la vuelta al monitor para que 11-4D pudiese leerlo.

—Pon rumbo a estas coordenadas y después cúrame en el camarote del capitán.

—¿Algo más, señor?

—Prepara algo para comer y tráeme algo de beber. Estoy famélico.

Mientras el *Desolado* viajaba por el hiperespacio, Plagueis estaba estirado boca abajo en la litera de la capitana, con un apósito de bacta cubriéndole la herida de la espalda y observando los resultados de sus intentos por prolongar las vidas de aquellos miembros de la tripulación que habían sobrevivido al combate. Incluso en los casos en que había sido capaz de reparar los vasos sanguíneos y órganos dañados, los resultados habían sido temporales, ya que no había podido lograr que los midiclorianos colaborasen. Echar mano de la Fuerza para curar arterias rotas, músculos desgarrados o huesos rotos costaba lo mismo que hacer levitar bloques de piedra. Pero aquellas restauraciones tenían poco efecto sobre el cascarón etéreo de un ser, que era en esencia el terreno de los midiclorianos, a pesar de su presencia física en las células vivas.

Entre la tripulación de la nave, la togruta, la capitana Lah, era la más potente en la Fuerza, pero cuando llegó hasta ella ya era demasiado tarde. Si no se hubiese mostrado tan chapucero por culpa del cansancio, la pérdida de sangre y los velocísimos reflejos de ella, la espada de luz simplemente le hubiese atravesado el cuello y la médula espinal por la zona cervical. Pero ella se había dado la vuelta en el momento del impacto y el filo carmesí sencillamente la había decapitado. El zabrak también tenía una cantidad ligeramente más alta de lo normal de midiclorianos, pero no lo bastante para convertirlo en un ser sensible a la Fuerza. ¡Qué distinto había sido el comportamiento de los

midiclorianos del zabrak en comparación con los de Darth Tenebrous, solo dos días antes!

Los Jedi realizaban análisis de sangre rutinarios para verificar el número de midiclorianos de posibles aprendices, pero Plagueis había superado por completo la necesidad de mediciones tan burdas. No solo podía sentir la potencia de la Fuerza en los demás, sino también percibir los midiclorianos que definían a los seres sensibles a la Fuerza. Aquella era una habilidad del lado oscuro que había permitido que generaciones de Sith encontrasen e iniciasen a nuevos reclutas. La dispersión de midiclorianos en el momento de la muerte física era, a falta de un término mejor, inexorable. Como su inevitable confrontación con la tripulación del *Desolado*, el momento de la muerte parecía ser algo fijado en el espacio y el tiempo. Según su educación Sith, puesto que la capitana Lah y los demás habían estado en cierto sentido muertos desde el momento en que Plagueis se fijó en su carguero, los midiclorianos que residían en presunta simbiosis con ellos debían de haberse preparado para incorporarse a la reserva de energía vital que era la Fuerza mucho antes de que él se hubiese colado en la nave como polizón. Sus intentos por salvarlos, por prolongar aquel estado simbiótico, eran parecidos a utilizar una esponja para contener un río bravo. Aun así, se decía que los lores Sith de la antigüedad eran capaces de utilizar las energías liberadas durante la muerte para alargar sus propias vidas, además de las de otros. Por desgracia, igual que había sucedido con la técnica de la transferencia de esencia, aquel conocimiento antiguo se había perdido.

Sintiendo que la nave había vuelto al espacio real, Plagueis se levantó de la litera, se vistió y salió del camarote, pisando los cadáveres tirados en la cabina principal, las placas de la cubierta inundadas en líquido antiincendios y oscuros charcos de sangre, atravesando pasadizos que apestaban a muerte. Uno de los tripulantes, el dresseliano al que ahora solo le quedaba un brazo, seguía vivo aunque comatoso.

En la cabina de mando con embarque inferior, el droide seguía plantado frente a la consola de control. Al otro lado de la ventanilla de transpariacero una miríada de estrellas colgaba del espacio.

—Señor, nos acercamos a las coordenadas que me proporcionó su comunicador —dijo el droide sin desviar la mirada.

Plagueis se instaló en el asiento del piloto, que apenas acomodaba su largo cuerpo.

—¿Cómo has terminado a bordo de la Desolado, androide?

—Anteriormente atendía las necesidades de una instalación médica de Obroa-skai.

—¿En calidad de qué?

—Investigador, aunque también realizaba gran variedad de cirugías con seres de diversas especies.

Plagueis miró al droide.

—Por eso tienes tantos brazos.

—Sí, señor. Pero los que llevo ahora los instalaron cuando pasé a ser propiedad de la capitana Lah, para así servir mejor a las necesidades de el *Desolado*.

—¿Y cómo te convertiste en propiedad de la capitana?

—Señor, creo que fui entregado a la capitana como pago a cambio de cierta mercancía. También creo que la transacción era supuestamente temporal…

—Pero la capitana decidió quedarse contigo.

—Sí, señor. Decidió quedarse conmigo. Lamento decir que soy completamente incapaz de explicar sus motivos y nunca se los pregunté.

Plagueis asintió.

—Esa es una buena cualidad en un droide.

—Entiendo, señor.

—Dime, droide, ¿cuál es la posible consecuencia de un bajo nivel de theloxina en un pau'ano?

UnoUno-CuatroDé no dudó.

—Una consecuencia posible sería una elevación del nivel de oxidación, provocando la aparición de bocio exoftálmico, lo que a su vez afectaría a la producción de rooamina de los lóbulos delanteros de la glándula lutiaaría.

¿Y?

—Un resultado podría ser el gigantismo, mucho más allá de los parámetros normales en un pau'ano.

—¿Y si sucede?

—Los ganglios conectores que forman el sistema nervioso y controlan la secreción glandular podrían provocar una aceleración de los músculos esféricos del esfínter del tracto digestivo, resultando en xerolftamia.

—Así que también eres especialista en diagnósticos.

—En menor medida, señor.

Al otro lado de la ventanilla, creciendo cada vez más sobre el telón de fondo de un gigantesco planeta anillado, una estación espacial giraba en órbita fija cerca de una luna plagada de cráteres. La estación, un revoltijo de módulos abovedados interconectados, contaba con dos brazos en forma de caja en los que había atracadas naves de diversos tamaños. Plagueis buscó unos datos en la pantalla de su comunicador y se los mostró a 11-4D.

—Transmite este código por el comunicador.

El droide cumplió la orden y espero junto al comunicador mientras los altavoces de la cabina de mando cobraban vida con un chisporroteo.

—Carguero no identificado, Demolición y Retirada del Espacio Profundo ha recibido su solicitud. Denos un momento para autenticar su transmisión.

—Esperamos su autenticación —dijo Plagueis.

—Carguero, está autorizado a aterrizar —dijo la voz al cabo de un momento.

Como precaución, la estación los dirigió a un amarradero en el extremo distal del mayor de los dos brazos.

—Me acompañarás hasta el hangar de aterrizaje —le dijo Plagueis al droide cuando desconectó la nave—. Sube la rampa de embarque en cuanto salgamos y activa el sistema antiintrusos. Nadie puede subir a bordo de el *Desolado* si no digo lo contrario.

—Entendido, señor.

En el sombrío hangar de aterrizaje les esperaban una hembra nikto y un joven macho dug rojizo, respaldados por un heterogéneo contingente de seres armados. Bajándose la capucha mientras se acercaba, Plagueis vio que la nikto se ponía rígida e indicaba a los que tenía detrás que abandonasen la zona inmediatamente.

—Magistrado Damask —dijo ella en básico—, no me habían avisado…

Plagueis la cortó.

—Esto no es una reunión social.

—Por supuesto, Magistrado. De todas formas, ¿quiere que avise a Jefe Cabra de su visita?

—¿Está en la estación?

—No, señor. Pero puedo contactar con él por comunicador.

—No será necesario —dijo Plagueis—. Yo mismo le avisaré.

—Como quiera, Magistrado. ¿En qué puede servirle la estación?

Plagueis hizo un gesto informal hacia el carguero atracado.

—Deben sellar y deshacerse de esa nave.

—¿Sin sacar nada antes? —dijo el dug.

Plagueis lo miró.

—He dicho sellar y deshacerse de ella. ¿Tengo que repetírtelo por tercera vez?

El dug mostró los dientes.

—¿Sabe con quién está hablando, muun?

Plagueis miró a la nikto.

—¿Quién es este cachorrito imberbe?

—¿Cachorrito? —repitió el dug antes de que la nikto pudiese intervenir.

—El hijo más joven de Jefe Cabra, Magistrado —dijo ella rápidamente, frenando al dug con su brazo izquierdo extendido.

Plagueis volvió a fijarse en el dug.

—¿Cómo te llamas, cachorrito?

Las patas traseras del dug se tensaron como si fuese a saltar, pero la nikto se dio la vuelta rápidamente, dándole una bofetada en su hocico caído con amplios orificios nasales y sujetándole la tráquea con una mano.

—¡Respóndele! —le gritó en la cara al airado dug—. ¡Y con el debido respeto!

El dug se calmó y gimoteó, aunque más por la humillación que por dolor.

—Darnada —dijo finalmente.

—Darnada —repitió Plagueis antes de dirigirse a la nikto—. Quizá deberíais ponerle un bozal al joven Darnada para evitar que ponga en peligro los contactos profesionales de su padre.

—Su impetuosidad es un reflejo de su inexperiencia, Magistrado —dijo la nikto en una disculpa abyecta. Antes de continuar lanzó una mirada amenazante a Darnada—. Puede estar seguro de que sus órdenes respecto a la nave se cumplirán a rajatabla, Magistrado.

—También necesitaré una muda nueva y una nave llena de combustible y pilotada.

—¿Debemos comunicarle previamente su destino al piloto?

—Muunilinst.

—Por supuesto, Magistrado. ¿Y cuáles son sus instrucciones respecto al droide?

—¿Instrucciones?

—¿Debemos deshacernos del droide junto con la nave?

Plagueis miró por encima del hombro a 11-4D.

—¿Qué parte de tu memoria se puede borrar sin afectar a tus protocolos médicos?

—Mi diseño es modular —dijo el droide—. Mi almacenamiento de memoria puede borrarse por completo o según los parámetros que usted establezca.

Plagueis reflexionó sobre aquello.

—Quédate junto a la nave hasta que sea licuada. Quiero una grabación completa de audio y vídeo.

UnoUno-CuatroDé levantó los brazos de su costado derecho en un gesto que significaba que había entendido la orden.

—A su servicio, Magistrado Damask.

5: REGRESO AL HOGAR

Aquellos afortunados que visitaban Muunilinst en las décadas precedentes a las Guerras Clon solían comentar que el planeta había sido bendecido con los cielos más hermosos de la galaxia. Para conservar aquel territorio azul prístino —para evitar que lo mancillaran las naves, lanzaderas o lanchas de desembarco— los muuns habían erigido el gancho celestial más costoso de su estilo fuera del Núcleo. Tan eficiente como lujoso, el gancho celestial, conocido afectuosamente como Embudo Financiero, conectaba la ciudad orbital de Puerto Alto con la capital planetaria, Harnaidan, que funcionaba como centro neurálgico del Clan Bancario InterGaláctico. Aunque la majestuosa torre parecía responder al gran aprecio de los muuns por la estética y la ecología, su verdadera función era impedir que ningún visitante pusiera los pies en Muunilinst, protegiendo así la riqueza de recursos del planeta y manteniendo en secreto el lujoso estilo de vida de los que habían ascendido hasta la cima de la cadena alimenticia del planeta.

Desde su remoto rincón del Borde Exterior, Muunilinst ejercía su influencia por todo el espacio conocido y hasta la mitad del cúmulo estelar satelital más cercano. Nacido en el momento de fundación de la República, el Clan Bancario había apoyado asentamientos y financiado a gobiernos e innumerables gremios, empresas comerciales y cárteles del transporte. En cierto sentido, el CBI dictaba los flujos y reflujos de riqueza desde el Núcleo hasta el Borde Exterior. Raro era el edificio que se construía en Coruscant sin la aprobación del Clan Bancario; raras eran las naves que abandonaban los astilleros de Kuat, Bilbringi o Fondor sin que el CBI interviniese como consignatario; y raramente se celebraban elecciones en Corellia o Commenor sin haber consultado previamente a los muun.

Los muuns lo hacían todo con una serenidad meticulosa que contradecía los frenéticos procesamientos de sus mentes matemáticas. Excepto cuando se trataba de cobrar deudas atrasadas, a primera vista los muuns parecían una especie imperturbable e indulgente, aunque ligeramente arrogante, de una naturaleza ascética que encajaba perfectamente con sus cuerpos esbeltos y se reflejaba en la simple pero armoniosa arquitectura de sus ciudades.

Tan pálido como los propios muuns, el Centro Espacial de Puerto Alto contaba con los elementos de diseño que más les gustaban: interiores abovedados, ventanas con arcos, columnas acanaladas y frisos y entablamentos sin adornos. Entre aquellos bloques de edificios de piedra artificial, grandes grupos de muuns maniobraban e interactuaban con una resolución pausada y firme, creando un clamor conversacional que impactaba a algunos visitantes ya que recordaba al lenguaje hablado de las máquinas pensantes. Había droides de todas las variedades para atender sus necesidades y trabajadores invitados de mundos cercanos como Bescane, Jaemus y Entralla, entre otros. En un día cualquiera, el visitante podía ver seres de Yagai, Gravlex Med o Kalee, junto a hutts de las familias Drixo o Progga. Pero lo que más se veía, en cantidades abrumadoras, eran miembros del

Clan Bancario —financieros, contables, abogados— vestidos con su característico traje fiduciario Palo: pantalones ceñidos, botas, túnicas de cuello redondo y capas de hombros acampanados, todos verdes. Algunos iban acompañados por un séquito de soldados achaparrados de piel oscura y nariz plana, del planeta Iotra, enfundados en una llamativa armadura y provistos de armas ceremoniales.

Aquel día, cortando aquella marea verde como un depredador marino, llegó un grupo de muuns, avanzando en forma de cuña, vestidos con capas negras y casquetes, protegidos por un contingente de guerreros echani de pelo gris y miradas vigilantes cuyos monos metálicos ocultaban la translucidez de su piel. En la punta delantera de la cuña marchaba un anciano muun con perilla y los hombros encorvados, que se dirigió directamente a la estación de control aduanero de Puerto Alto, donde esperaban Hego Damask —como todo el mundo conocía a Plagueis excepto el difunto Darth Tenebrous— y 11-4D, entre un contingente de personal de seguridad.

—Hemos venido en cuanto nos lo ha notificado Inmigración de Puerto Alto —dijo Larsh Hill—. Si hubieses contactado con nosotros desde Demolición Espacio Profundo, podríamos haber enviado una nave y no hubieses tenido que recurrir a la engañosa hospitalidad de Jefe Cabra.

—Parece que nadie me cree capaz de encontrar el camino de regreso a casa —dijo Damask.

La cara de Hill se arrugó.

—No te entiendo.

—No tiene importancia. Basta decir que enviarme una nave solo hubiese provocado un retraso aún mayor.

Como Hill y su camarilla de media docena de acompañantes, Damask llevaba su cabeza calva cubierta con un bonete ceñido y el dobladillo de su capa negra se arrastraba por el suelo pulido.

—Te esperamos desde hace días —dijo Hill, con un deje de exasperación.

—Sucesos de naturaleza impredecible me han impedido regresar antes.

—Bueno, supongo que el viaje habrá sido fructífero.

—Supones bien.

Hill se relajó ligeramente.

—No deberíamos demorarnos más de lo necesario. El transporte espera.

A un gesto de Hill, los muuns cubiertos con las capas negras empezaron a dirigirse hacia los turboascensores del gancho celestial. Cuatro de los guerreros de traje plateado flanquearon a Damask y el droide, que caminaba tras él.

—Estás cojeando —dijo Hill en voz baja—. ¿Estás herido?

—Me estoy recuperando —dijo Damask—. No vuelvas a mencionarlo.

—Podríamos posponer la Reunión…

—No. Se celebrará según lo previsto.

—Me alivia oírlo —dijo Hill—, puesto que varios de tus invitados ya van camino de Sojourn.

El grupo estaba a medio camino de los turboascensores cuando una facción de oficiales del Clan Bancario se cruzó deliberadamente con ellos, obligándoles a detenerse. El líder evidente de la facción, un muun de mediana edad, se separó del resto y dio un paso al frente.

—Magistrado Damask —dijo—, qué sorpresa encontrarte aquí, entre la plebe.

Damask le dedicó una leve sonrisa.

—No lo dirás por ti, presidente Tonith.

Tonith se puso rígido.

—Solo estamos de paso.

—Igual que nosotros —dijo Damask, señalando a Hill y los demás.

—¿Has estado de viaje, Magistrado?

—Viaje de negocios, presidente.

—Por supuesto —ahora fue Tonith el que esbozó una débil sonrisa—. En ese caso, quizá no hayas oído que el Senado está a punto de crear más zonas de libre comercio en los Territorios del Borde Exterior. A pesar de tus grandes esfuerzos por lograr lo contrario, los cárteles del transporte se enfrentan al peligro de romperse, y aunque eso no suceda, no tendrán más remedio que lidiar con la feroz competencia de nuevas empresas. Tanto los mundos del Núcleo como los del Borde Exterior se beneficiarán enormemente de esa decisión, ¿no te parece?

Damask inclinó la cabeza en una reverencia amistosa.

—No lo había oído, presidente. ¿A quién debemos agradecerle haber persuadido a los liberales para que adopten esa medida?

—Entre otros, la Orden Jedi influyó muy positivamente.

—En ese caso, será para bien.

—Eso parece —dijo lentamente Tonith—. Excepto por el hecho de que, a cambio, la Federación de Comercio gozará ahora de plenos derechos de voto en el Senado.

—Ah, vaya. El Senado siempre compensa unas cosas con otras.

Tonith se inclinó ligeramente hacia Damask.

—Gracias de todas formas por sugerir que invirtiéramos en el Borde Exterior y el transporte transperlemiano. Obtuvimos grandes beneficios.

—Siempre estoy dispuesto a ayudar, presidente.

Tonith se enderezó.

—El patriarca de su clan debería sentirse orgulloso.

Damask miró fijamente a Tonith.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—¿Qué podría ser si no, Magistrado?

Cuando los miembros del Clan Bancario se apartaron y el grupo de Damask volvía a estar en movimiento, este miró a Hill.

—Algún día derribaremos a todos los Tonith de sus elevados pedestales.

Los ojos de Hill le sonrieron.

—Espero estar vivo para verlo. Y ya los sabes, Hego, tu padre estaría orgulloso. A pesar del sarcasmo del presidente Tonith.

—Tú lo sabes mejor que nadie.

Tras llegar a los turboascensores del gancho celestial, Hill dirigió a todo el mundo excepto Damask y él mismo hacia otro ascensor, pero Damask le dijo:

—El droide viene con nosotros.

Hill examinó a 11-4D cuando los tres entraron en el turboascensor.

—¿Una nueva adquisición?

—Me ha tocado la rifa, por decirlo de alguna manera —dijo Damask.

Hill dejó el tema.

—¿Te diriges a tu residencia o a Aborah?

—Directo a la isla. El droide me acompañará.

—Haré los preparativos necesarios.

Damask bajó la voz para preguntar:

—¿Estamos seguros aquí?

—Completamente.

Damask se dio la vuelta para mirar al otro muun, más alto y viejo.

—Rugess Nome ha muerto.

—¿El bith? —dijo Hill atónito—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—No tiene importancia —dijo Damask, recordándolo—. La mansión de Nome pasará a ser nuestra, aunque aún tardará un poco porque es muy improbable que jamás encuentren su cadáver.

Hill no se molestó en preguntar más detalles.

—Dejaremos que pase un año estándar. Después solicitaremos a los juzgados de sucesiones que tomen una decisión; como mínimo respecto a aquellos bienes que contractualmente son nuestros. En cualquier caso, tú eres su albacea, ¿verdad?

Damask asintió.

—Básicamente liquidaremos la mayor parte de la mansión. Pero hay varias… antigüedades peculiares que quiero conservar. Prepararé un inventario. Mientras, quiero que te familiarices con un mundo llamado Bal’demnic. Cuando lo hayas hecho, debes adquirir los derechos de extracción de toda la península nororiental de la principal masa continental. Compra tantas propiedades como puedas, desde la costa hasta las montañas del interior. Te proporcionaré coordenadas específicas.

Una sombra de incertidumbre se dibujó en los fuertes rasgos de Hill.

—¿Vamos a entrar en el negocio minero?

—Cuando llegue el momento oportuno. Utiliza intermediaros que no puedan seguirnos la pista. Sospecho que deberás esforzarte mucho para conseguir lo que necesitamos. Las negociaciones con los indígenas serán duras, pero confío que podrás convencerles. Regatea tanto como quieras, pero no escatimes en gastos.

—¿Tan importante es Bal’demnic?

—Tengo una corazonada —dijo Damask.

Bajando rápidamente, el turboascensor del gancho celestial atravesó capas de nubes blancas, revelando un panorama curvado de océano aguamarina, pálidas llanuras marrones y bosques perennes. Justo debajo, una vista que decían que cortaba la respiración: la ciudad de Harnadian, salpicada de edificios neoclásicos tan altos como las columnas volcánicas que la rodeaban y hogar de cincuenta millones de muuns, habitantes de un paisaje urbano que era una ordenada obra maestra del arte y el diseño. Para algunos, era la antítesis de la mayoría de capitales planetarias: la antiCoruscant; la antiDenon.

—¿Qué podemos esperar de la Reunión? —preguntó Damask, dándole la espalda a aquella vista.

—Gardulla ha solicitado audiencia.

—No suelo negociar con hutts.

—Solicita tu ayuda para mediar en una disputa.

—¿Con quién?

—Con el clan Desilijic.

Damask asintió.

—Eso lleva tiempo fraguándose. ¿Qué más?

—Habrá representantes de Yinchorr.

—Bien. Las holotransmisiones tienen sus limitaciones.

—También asistirán miembros de la Federación de Comercio y el Protectorado Gran.

Damask resopló.

—A esos no se les contenta fácilmente —se quedó pensativo y añadió—: Hay otro asunto que debemos resolver. Envíale una invitación personal al propietario de Minería Subtext.

Hill se tocó la perilla.

—No recuerdo haber hecho ninguna negociación con ellos. ¿Tiene algo que ver con Bal'demnic?

Damask ignoró la pregunta.

—Asesoraron a Nome durante un tiempo. Asegúrate que entiendan que es absolutamente confidencial.

—Si el bith se asoció con ellos, deben tener excelentes recomendaciones.

—Diría que sí —Damask le dio la espalda a Hill para volver a contemplar la vista de la ciudad—. Aunque, la verdad, no les veo mucho futuro.

A diferencia de muchos mundos explorados y colonizados por especies del Núcleo, en Muunilinst se había desarrollado su propia rama de seres inteligentes. Granjeros y pescadores, los antiguos muun no supieron lo privilegiado que era su planeta hasta que los viajes interestelares se convirtieron en algo habitual y los metales preciosos en la espina dorsal de la economía galáctica. Si aquellos primeros milenios de expansión no

hubiesen sido una época de paz, los muuns quizá hubiesen perdido todo lo que tenían a manos de potencias militares; pero habían resistido todos los intentos de explotación y se habían convertido en dueños de su futuro. Aun así, aquella bendición económica terminó transformándose en una carga. En cuanto los muuns comprendieron el valor de aquello que hasta entonces habían menospreciado, se aferraron a sus riquezas con una tenacidad feroz y desarrollaron un apego casi agorafóbico por su planeta.

En medio de los océanos poco profundos de Muunilinst, la misma actividad volcánica que había fertilizado las enormes llanuras escupía lecho marino nuevo y metales preciosos suficientes para impulsar el crecimiento de auténticos imperios. Descubrieron que las montañas surgidas a través de las fumarolas de la corteza planetaria eran depósitos de extraordinaria riqueza. Azotados por aguas cálidas repletas de moluscos, gusanotubos y flora bioluminescente, aquellos «humaderos», como se los conocía, se convirtieron en la fuente y base financiera de los clanes más poderosos y prósperos de Muunilinst.

Más remota que otras, Aborah, que había sido la provincia del clan de Damask durante varias generaciones, era por otra parte célebre por los humaderos dormidos cuyos frondosos picos cónicos se elevaban sobre las aguas tranquilas del mar Occidental. Un laberinto de tubos de lava interconectados se sumergía en las profundidades de la isla montaña; con cascadas que caían desde grandes alturas y unos árboles de incienso que impregnaban el aire salado de los valles de las tierras bajas. Transportado en deslizador hasta el complejo de la torre norte de Aborah, Plagueis llevó a 11-4D a visitar los pasillos y cuevas que componían el santuario de su soledad.

Moviéndose hacia los muchos droides que les esperaban para darles la bienvenida a Aborah, Plagueis dijo:

—Acabarás encontrándote como en casa aquí, como yo.

—Estoy seguro de ello, Magistrado Damask —dijo 11-4D, mientras sus fotorreceptores registraban una docena de tipos de droides diferentes de un simple vistazo. Memodroides, droides de energía GNK, incluso un prototipo de droide quirúrgico de Ubrikkian.

—Más adelante veremos si podemos restituirte tus brazos originales para que puedas ganarte la manutención.

—Lo estoy deseando, Magistrado.

La visita guiada empezó en las habitaciones más exteriores, que estaban equipadas con mobiliario y objetos de arte de la mayor calidad, provenientes de todos los sectores de la galaxia. Pero Plagueis no era tan acaparador como un neimoidiano ni tan ostentoso como un hutt; por eso las salas adornadas dieron paso rápidamente a salas de recopilación de datos abarrotadas de receptores de audio y vídeo y proyectores de HoloRed; y después a galerías llenas a rebosar de documentos y tomos antiguos, registrados en medios que iban desde pergaminos de tronco de árbol hasta cristales de almacenamiento y holocrones, pasando por el plastifino. Se decía que los muuns aborrecían la literatura y mantener registros de nada que no fuesen notificaciones de préstamo, tablas actuariales y

mandatos legales, pero Plagueis era el guardián de una de las mejores bibliotecas que podían encontrarse fuera de Obroa-skai o el Templo Jedi de Coruscant. Aquí, cuidadosamente ordenada, catalogada y almacenada en cajas climatizadas, había una colección de tratados y textos acumulados durante siglos por los Sith y sus habitualmente inconscientes agentes. Historias antiguas de los rakata y los vjun; textos sobre los seguidores de Palawa, la academia Chatos y la orden de Dai Bendu; archivos que habían pertenecido a la casa de Malreaux; anales de los hechiceros de Tund y de la reina Amanoa de Onderon; estudios biológicos de los ysalimiri y vornskrs de Myrkr, y de los taozin de Va'art. Algunas especies longevas, como los wookiees, los hutts, los falleen y los toydarianos, tenían sus propias galerías.

En niveles más bajos de la montaña estaban los laboratorios en los que Plagueis trabajaba de verdad. Confinados en jaulas, campos de estasis, biorreactores y tanques de bacta, había seres vivos de los mundos más remotos de la galaxia. Algunos eran criaturas instintivas y otras semiinteligentes. Algunas eran inmediatamente reconocibles para 11-4D; otras parecían seres elaborados a base de partes prestadas. Algunos acababan de nacer o salir del cascarón, mientras que otros parecían a las puertas de la muerte. Unos pocos eran los sujetos de los experimentos en curso, que parecían una vivisección o un cruce, y otros estaban claramente en hibernación. UnoUno-CuatroDé notó que muchos de los animales disponían de controles remotos que los conectaban a las máquinas de control biométrico, mientras que otros estaban al cuidado directo de droides especialistas. En otras partes de interior de la montaña había recintos sellados iluminados con luz artificial, llenos de mezclas de gases enrarecidos y abundante flora. En zonas aún más profundas había centros de pruebas repletos de máquinas complejas y unidades de refrigeración con frontal de vidrio dedicadas al almacenamiento de compuestos químicos, alcaloides derivados tanto de plantas como de animales, sangre y muestras de tejido y órganos corporales de diversas especies.

Plagueis le ordenó a 11-4D que recorriese las galerías y laboratorios por su cuenta y después le hiciese un informe.

Horas más tarde el droide regresó y le dijo:

—Veo que está realizando investigaciones relacionadas con la durabilidad e hibridación de las especies. Pero debo confesar que no estoy familiarizado con muchos de los ejemplos de flora y fauna que ha reunido ni con gran parte de los documentos de su biblioteca. ¿Los datos están disponibles en algún formato que me permita almacenarlos en mis bases?

—Una parte sí —dijo Plagueis—. El resto tendrá que ser escaneado.

—En ese caso, la tarea llevará años estándar, Magistrado.

—Soy consciente de ello. Aunque hay cierta urgencia, tampoco tenemos prisa.

—Entiendo, señor. ¿Hay algún dato específico que quiera que asimile primero?

Del bolsillo del pecho de su capa, Plagueis sacó un cristal de almacenamiento.

—Empieza con esto. Es una historia de los Sith.

UnoUno-CuatroDé dedicó un instante a rebuscar en su memoria.

—Tengo múltiples entradas con ese encabezamiento. Una define a los Sith como una secta antigua consagrada al estudio de la Fuerza. Parecida a los Jedi, pero guiada por principios distintos.

—Eso es bastante aproximado, de momento —dijo Plagueis.

—Magistrado Damask, si me permite la osadía de preguntarlo: ¿cuál es nuestro objetivo final?

—El objetivo es prolongar indefinidamente mi vida. Derrotar a la muerte.

El droide enfocó a Plagueis con sus fotorreceptores.

—Tengo acceso a datos sobre supuestos «elixires de vida» y «fuentes de la juventud», Magistrado. Pero todas las cosas vivas terminan muriendo, ¿no?

—Por ahora, UnoUno-CuatroDé.

El droide pensó más intensamente en aquello.

—Tengo experiencia en cirugía de trasplante de órganos, genoterapia telomérica y suspensión de carbonita. Pero nada más.

Plagueis levantó el labio superior.

—En ese caso, apenas tienes una vaga idea.

Con 11-4D sumergido en modo de procesamiento, Plagueis se extrajo un vial de su propia sangre y la analizó. A pesar de la reciente ampliación de sus poderes, notaba que su tasa de midiclorianos no había aumentado tras los sucesos de Bal'demnic y el análisis de la muestra de sangre confirmó sus sospechas. Los investigadores habían establecido hacía mucho que las transfusiones de sangre proveniente de individuos sensibles a la Fuerza no conferían poderes en la Fuerza a los receptores, aunque una sangre con una alta tasa de midiclorianos podía ofrecer fuerza y resistencia temporal. Los experimentos en transfusiones completas habían salido espantosamente mal para los receptores, lo que para algunos sugería que la Fuerza le cobraba un alto peaje a aquellos que intentaban manipularla. Los midiclorianos de un individuo parecían saber a quién pertenecían y dejaban de actuar razonablemente cuando salían de su delicado recipiente.

Aunque los midiclorianos parecían resistir la manipulación cuando esta podía poner en peligro el equilibrio de la Fuerza, se mostraban pasivos, incluso complacientes, cuando un ser de voluntad débil era manipulado por otro potente en la Fuerza. Eso explicaba quizá porque era más sencillo emplear la Fuerza para curar a otro que para curarse a uno mismo. Extender la vida, por tanto, podía depender de algo tan simple como ser capaz de inducir a los midiclorianos a crear células nuevas; a subdividirse a voluntad, incrementando su número por decenas de millar para curar o remplazar células dañadas, envejecidas o metastásicas. Había que obligar a los midiclorianos a atender las necesidades del cuerpo; a conferir fuerza cuando la necesitara; a superar los agravios físicos o evitar que las células llegasen a la senectud.

Si uno creía las historias de los relatos y holocrones, los antiguos Sith sabían hacerlo. Pero ¿los Sith como Naga Sadow y Exar Kun eran realmente más poderosos o les había beneficiado que el lado oscuro fuese más prominente en aquellas épocas pasadas? Algunos comentaristas afirmaban que la habilidad de sobrevivir a la muerte se había limitado a aquellos con talento en la magia y la alquimia, y que el uso de tales prácticas era anterior a la llegada de los Jedi Oscuros exiliados a Korriban. Pero la magia no se había empleado tanto para extender la vida como para crear ilusiones, fabricar bestias y resucitar a los muertos. Se decía que los adeptos poderosos eran capaces de saturar la atmósfera de un planeta con energía del lado oscuro, obligar a las estrellas a explotar o inducir parálisis a toda una multitud, como al parecer hizo Exar Kun para seleccionar a los miembros del Senado republicano. Otros adeptos usaban la magia meramente como un medio para entender mejor los antiguos hechizos y sigilos Sith.

Darth Bane se había referido a la magia como una de las expresiones más puras del lado oscuro de la Fuerza, pero aun así no había sido capaz de dominar aquellas energías ni la mitad de bien que su única aprendiz, Zannah. Sin embargo, los discípulos de Bane creían que había experimentado con una técnica de aún mayor relevancia: la de la transferencia de esencia, que había aprendido después de conseguir y saquear el holocrón de Darth Andeddu, y que consistía en la reubicación de la conciencia de un individuo en otro cuerpo o, en algunos casos, un talismán, un templo o un sarcófago. Así los lores Sith más poderosos de la antigüedad habían sobrevivido a la muerte para acechar y atormentar a los que se infiltraban en sus tumbas.

Pero en ninguno de aquellos casos se trataba de supervivencia corpórea.

Plagueis no tenía ningún interés en persistir como presencia incorpórea, atrapado entre mundos e incapaz de influir en el reino material excepto por medio de los actos de los seres de poca voluntad a los que pudiese tentar, persuadir o forzar. Tampoco quería trasladar su mente al cuerpo de otro, ni un aprendiz, como se creía que había intentado Bane, ni algún clon creado en una probeta. No se conformaba con menos que la inmortalidad de su cuerpo y mente.

La vida eterna.

Desgraciadamente, aquello ero todo lo que podía extraer de los textos, cristales y holocrones almacenados en la biblioteca. Se había perdido información crucial durante el breve reinado de Darth Gravid y muchos de los elementos más importantes del entrenamiento Sith habían pasado de Maestros a aprendices en sesiones individuales sin registro ninguno. Además, Darth Tenebrous nunca tuvo gran cosa que contarle sobre la muerte.

A solas en sus centros de pruebas, rodeado por sus experimentos, aquellas cosas que Plagueis no podía decir que amara, la enormidad de lo que había sucedido en Bal'demnic se alzó repentinamente ante él como un monolito de proporciones descomunales. Por primera vez podía sentir la Fuerza del lado oscuro no como un mero viento favorable que infla las velas de una embarcación recreativa, sino como un huracán ansioso por desatar una tormenta de destrucción sobre la desmoronada República y la indolente Orden Jedi.

Una tormenta devastadora que se llevaría todo lo anticuado y corrupto, y allanaría el camino a un nuevo orden en el que los Sith recuperarían su legítimo lugar como guardianes de la galaxia, ante los que todas las especies se inclinarían, no solo por obediencia y miedo, sino también agradecidas por haber sido rescatadas del borde del abismo.

La tarea que le esperaba era a la vez vigorizante y desalentadora, y en el ojo de aquella terrible tormenta podía oír las voces lejanas de todos los que habían sentado las bases del imperativo Sith, el Gran Plan; los que habían avivado el huracán con su aliento y sus vidas: Darth Bane y Darth Zannah; y las generaciones posteriores, que incluían a Cognus, Vectivus, Ramage y Tenebrous. Cien años antes, el Maestro twi'lek de Tenebrous había abierto una pequeña rendija en el tejido de la Fuerza, permitiendo que la Orden Jedi sintiera el lado oscuro por primera vez en más de ochocientos años. Aquello había sido la inauguración, el principio de la venganza de los Sith. Y ahora había llegado el momento de agrandar aquella rendija hasta convertirla en un gran agujero, una gran herida en la que se sumergirían por su cuenta y riesgo la República y la Orden Jedi.

6: LA LUNA DE LOS CAZADORES

La brisa vespertina transportaba un aroma de sangre fresca. Aullidos de agonía y muerte atravesaban los rizos de neblina atrapados en las retorcidas ramas de los árboles greel. Los ruidos de armas —viejas y nuevas, de proyectiles y de energía— reverberaban desde el barranco que protegía la antigua fortaleza por el oeste, tras el cual estaba desapareciendo ahora la estrella primaria del sistema. Como una colección de estatuas posada sobre un lugar de adoración, el Magistrado Hego Damask estaba plantado en la muralla más alta, con la capa negra aleteando al viento, en armonía con los ruidos de la matanza. Y con el clamor de los grupos de seres que regresaban de sus respectivas cacerías, con sangre de todos los colores y consistencias derramada por la violencia primaria, entre voces elevadas en canciones antiguas o coros guturales, con las carcasas destripadas de sus víctimas sobre camillas antigravedad, listas para asarlas en las hogueras que ardían en el patio central de la fortaleza, o ser preservadas por habilidosos taxidermistas. Veermoks, nexus, mongworsts; dragones krayt, acklays, reeks. Lo que prefirieran.

Como reconocimiento al planeta que le había dado vida, la luna se conocía como Sojourn, un nombre que susurraban los que la conocían ligeramente, e incluso aquellos que la habían visitado repetidamente durante siglos. El sistema podía encontrarse en los registros, pero solo si uno sabía dónde buscar y cómo descifrar los datos que revelaban su ubicación.

Allí, una vez cada año estándar, Damask y la docena de muuns que componían Explotaciones Damask celebraban una reunión con seres influyentes de toda la galaxia. Puede que algunos pocos conocieran sus nombres, pero eran invisibles para las masas y podían moverse entre ellas sin ser reconocidos, aunque eran responsables, y no en menor medida, de los sucesos que moldeaban la historia galáctica. Eran trasladados a Sojourn en secreto, a bordo de naves diseñadas por Rugess Nome propiedad de Hego Damask. Nadie llegaba sin invitación, ya que hacerlo suponía correr el riesgo de una inmediata destrucción. Compartían con Damask la creencia de que los beneficios financieros eran más importantes que la notoriedad, la política o la vulgar moralidad.

Fundada muchas generaciones antes por miembros del Clan Bancario InterGaláctico, Sojourn había nacido como lugar de relajación para los clientes más ricos del clan. Una gratificación para los más privilegiados. Más adelante, bajo la dirección del padre biológico de Hego Damask, una vez jubilado de la presidencia del CBI, la luna se convirtió en algo distinto: un lugar al que solo viajaban los seres más importantes de la galaxia para intercambiar ideas. Fue en Sojourn donde se estableció el crédito estándar galáctico; donde se propuso por primera vez la cancillería de Eixes Valorum; y donde se reorganizó la composición de la directiva de la Federación de Comercio. Después, bajo el control de Hego, Sojourn volvió a cambiar. Dejó de ser un centro de reflexión para ser un lugar de experimentación de conceptos más audaces, de alquimia social. Un lugar para

conspirar, para crear estrategias y apartar el curso de la historia galáctica de los caprichos del azar. Antiguamente la seguridad corría a cargo de los Hombres de Hierro iotranos, pero ahora corría a cargo de los Guardias Sol echani de Damask. Con un altísimo coste, se habían llevado desde Pii III esquejes de árboles greel de madera escarlata y se habían plantado en el terreno modificado de Sojourn. Los bosques se habían poblado con animales clonados y criaturas exóticas, transformando la vieja fortaleza en una especie de cabaña en la que los importantísimos invitados de Damask se alojaban en refugios deliberadamente toscos, llamados Nido, Cueva, Escondite y Barranco. Todo pensado para estimular una afinidad que producía asociaciones de lo más inusuales.

Damask seguía en la muralla mientras la luz menguaba y la oscuridad reptaba por el paisaje boscoso. En el gran patio que tenía debajo, se elevaban las llamas de las hogueras y los olores de carne asada espesaban el aire. Los vinos y otros intoxicantes corrían alegremente; hembras twi’lek y theelin entretenían a los invitados, cada vez más bulliciosos. Cada partida de caza debía mostrar y sacrificar sus presas para que se manchasen de sangre los brazos y otras extremidades. No todos los seres eran carnívoros, pero incluso los que se alimentaban de grano y otros cultivos participaban del desenfreno. A medianoche los principios que regían la República eran parodiados en sainetes y se ridiculizaba a prominentes senadores, siempre que no estuviesen presentes. El hecho de incorporar ceremonias y símbolos Sith a la fiesta y la arquitectura de la fortaleza era un secreto que solo conocía Damask.

Percibiendo la llegada de Larsh Hill y otros dos muuns, este abandonó su parapetada observación.

—La hutt lleva esperando desde la puesta de sol —dijo Hill.

—Es el precio que paga por conocerme —respondió Damask.

Hill le lanzó una mirada de sufrimiento.

—Y lo sabe, si no se habría marchado.

El Magistrado siguió al trío por una larga escalinata de piedra que terminaba en una amplia zona de recepción equipada con alfombras coloridas, tapices y una majestuosa chimenea. Gardulla Besadii la Vieja, señora del crimen y famosa jugadora, flotaba en un palanquín apropiado para su gran tamaño, asistida por un séquito que incluía un mayordomo rodiano y a sus guardaespaldas, entre otros. Los guardias de Damask se apresuraron a llevar a todo el mundo excepto la hutt a la sala de espera. Larsh Hill y los otros dos muuns de capa oscura se quedaron junto a Damask.

Enroscada sobre su potente cola, Gardulla alargó sus brazos desnudos y regordetes hacia el fuego.

—He estado admirando a sus animadoras, Magistrado —dijo—. Particularmente a las cantantes theelin. Quizá podría ayudarme a conseguir algunas.

—Una twi’lek nos suministra las chicas —dijo Damask desde su sillón—. Tendrás que hablar con ella.

Gardulla notó el tono cortante de su voz.

—En ese caso, podemos pasar a los negocios.

Damask le hizo un gesto de disculpa.

—Mi atareada agenda me deja poco tiempo para cumplidos.

Poco habituada a tanta franqueza, la hutt frunció el ceño y después dijo:

—Planeo apoderarme de Tatooine, Magistrado, y vengo a solicitar su apoyo.

—Un mundo árido del sector Arkanis del Borde Exterior —apuntó Hill desde detrás de su sillón.

—Supongo que con apoyo quieres decir créditos —dijo Damask.

Gardulla se recolocó en la litera.

—Sé que es contrario a la especia y la esclavitud, pero en Tatooine se pueden lograr beneficios por otros medios.

—Pero no estamos hablando de granjas de humedad.

Gardulla puso mala cara.

—¿Se burla de mí?

Damask se movió despreocupadamente.

—Bromeo, Gardulla. No sé gran cosa sobre Tatooine, aparte de que el planeta sufrió una catástrofe ecológica en el pasado y que sus enormes desiertos ahora albergan una población de fracasados, canallas y viajeros espaciales poco afortunados de todas las especies. Tengo entendido que no hay nada que sacar de Tatooine y que los seres que lo habitan envejecen prematuramente.

Damask también sabía que los antiguos Sith habían tenido un puesto avanzado en Tatooine, pero se lo guardó para sí mismo.

—Afortunadamente, la longevidad es algo natural en mi especie —dijo Gardulla—. Aunque no se la deseo a mis enemigos. Enemigos a los que nada les gustaría más que verme pronto en la tumba.

—El clan Desilijic.

—Ellos son precisamente la razón por la que quiero abandonar Nal Hutta y escapar de Jabba Desilijic Tiure y los demás. Con su ayuda financiera puedo conseguirlo. Sé que tiene amigos hutt en su propio vecindario planetario.

—Es verdad que a Drixo y Progga les ha ido bien en Comra —dijo Damask—, pero pagaron un precio muy alto por su éxito. ¿Qué ofreces a cambio de nuestra inversión?

Los ojos oscuros y oblicuos de la hutt se iluminaron.

—Un circuito de carreras de vainas que hará que los de Malastare y su propio Muunilinst parezcan pistas de aficionados. Además de la organización de una carrera anual que congregará a decenas de millares de apostadores en Tatooine y que llenarán a rebosar mis arcas —hizo una pausa y añadió—: Y estoy dispuesta a que usted sea mi socio.

—Un socio discreto —puntualizó Damask.

Ella asintió.

—Como usted quiera.

Damask juntó las yemas de sus largos dedos y colocó las manos bajo su prominente barbilla.

—Además de un porcentaje de los beneficios quiero que consigas que Jefe Cabra opere libremente en Nar Shaddaa.

Gardulla le miró incrédula.

—¿El capo criminal dug?

—Sabes muy bien quién —dijo Hill secamente.

La hutt parecía inquieta.

—No puedo prometer nada, Magistrado. Sol Negro está muy arraigado en Nar Shaddaa, y los Vigos están preparando a Alexy Garyn para que asuma el control de la organización. Quizá no aprecien o permitan…

—Eso es cosa tuya, Gardulla —la cortó Damask—. Encuentra la manera de que Cabra llegue a un acuerdo con Sol Negro y nosotros apoyaremos tu control sobre Tatooine —señaló el patio de la fortaleza—. Esta misma noche puedo organizarte una entrevista con los representantes del Banco de Aargau, que te avanzará la cantidad de créditos que necesites.

Tras un largo momento de silencio, Gardulla asintió.

—Acepto sus condiciones, Magistrado Damask. No le decepcionaré.

Cuando la hutt sacó su camilla antigravedad de la sala, los miembros de la Guardia Sol hicieron entrar a un grupo de altos seres reptilianos que caminaban sobre dos patas gruesas y cuyos anchos hocicos se curvaban hacia abajo en la punta. Los contactos previos de Damask con los yinchorri se habían limitado al holoproyector; ahora se inclinó hacia delante con gran interés mientras el portavoz se presentaba, en un áspero básico, como Qayhuk, secretario del Consejo de Ancianos, y lanzaba inmediatamente una diatriba contra el Senado por negarse a admitir a Yinchorr en la República. Con el apoyo belicoso de sus camaradas, Qayhuk siguió explicando con gran énfasis que aunque la República había cartografiado su mundo natal cientos de años antes, Yinchorr seguía siendo un planeta desfavorecido que merecía un tratamiento mucho mejor.

—O alguien pagará está injusticia —advirtió el secretario.

Larsh Hill esperó a estar seguro de que Qayhuk había terminado para decir entre dientes:

—No estoy seguro de que el Senado esté preparado para ellos.

Sosteniendo la mirada amenazante de Qayhuk y haciendo un gesto con la mano, Damask dijo:

—No os interesa que Yinchorr entre en el Senado.

Qayhuk se ofendió.

—De no ser así, ¿para qué habríamos viajado hasta aquí?

—No os interesa que Yinchorr entre en el Senado —repitió Plagueis.

Qayhuk miró a sus camaradas de piel verde y después miró a Hill.

—¿El Magistrado Damask está sordo o frágil de salud?

Hill se giró hacia Damask preocupado, pero no dijo nada.

Damask ocultó su asombro. Como se rumoreaba, ¡los Yinchorri eran aparentemente resistentes a la sugestión con la Fuerza! Pero ¿cómo era posible que los midiclorianos de

un ser de inteligencia relativamente baja pudiesen erigir un muro impenetrable contra la influencia de un Sith? ¿Era algún tipo de mecanismo de supervivencia, la forma que tenían los midiclorianos de proteger las conciencias de sus recipientes negándose a ser manipulados? Necesitaba hacerse con uno de aquellos seres para descubrir el secreto.

—Podríamos aceptar ayudaros a lograr representación en el Senado —dijo finalmente—, pero el proceso podría durar años estándar o incluso décadas, y no estoy seguro de que tengáis tanta paciencia.

Los amplios orificios nasales de Qayhuk se ensancharon.

—¿Qué es una década cuando hemos tenido paciencia durante un siglo? ¿No somos acaso seres inteligentes? ¿O tenemos que abrazar las condiciones además de aceptarlas?

Damask negó con la cabeza.

—Nadie os pide que aplaudáis el acuerdo.

La expresión de Qayhuk se suavizó un poco.

—¿Eso significa que tenemos un acuerdo?

—Redactaremos un contrato —dijo Damask—. Mientras tanto, quiero que me garanticéis que puedo recurrir a vosotros si necesito algún favor personal.

Qayhuk lo miró fijamente.

—¿Un favor personal? ¿De qué tipo?

Damask mostró las palmas de sus manos.

—De cualquier tipo que os pida, secretario.

El yinchorri y sus camaradas intercambiaron miradas de incertidumbre, pero Qayhuk finalmente asintió para mostrar su acuerdo.

—Trato hecho, Magistrado.

—¿Un favor? —preguntó Hill cuando los yinchorri salieron.

—Solo era una prueba —le dijo Damask.

La siguiente audiencia fue con dos gran; el más alto de los dos, un senador de la República llamado Pax Teem, representaba al Protectorado Gran. Teem apenas se había sentado cuando dijo:

—Prométame, Magistrado Damask, que no ha cerrado un trato con Gardulla.

—Nuestros tratos con los hutts —dijo Hill—, son tan confidenciales como nuestros tratos con vosotros, senador Teem.

Los tres ojos tentaculares del gran se sacudieron por la ira.

—Corren muchos rumores sobre el plan de Gardulla de renovar el circuito de carreras de vainas de Tatooine para hacerle la competencia a Malastare.

Damask lo miró inexpresivamente.

—Seguro que no habéis venido desde tan lejos para hablarme de rumores.

Teem se tocó su gran mandíbula.

—Nos hicieron promesas, Magistrado.

—Y las cumplimos —dijo Damask. Después, en un tono más calmado, añadió—: Como medida para compensar las pérdidas de ingresos derivadas de las carreras de vainas, se podría elevar el precio de las exportaciones de combustible de Malastare.

El gran reflexionó.

—Eso parece más una posibilidad que una garantía.

Damask se encogió de hombros.

—Ya lo hablaremos con el comité de pilotaje. Pero, de momento, considéralo el punto de partida para las conversaciones —reclinándose en su sillón, examinó a Teem antes de decir—: ¿Qué más te preocupa, senador?

—El favoritismo que muestra hacia la Federación de Comercio.

—Nos limitamos a ayudarlos a obtener representación plena en el Senado —respondió Hill.

Teem se irritó.

—El directorado se las estaba arreglando perfectamente bien sin plena representación. ¿Y a cambio de qué? ¿Renunciar a parte del monopolio del transporte en el Borde Exterior?

—Lo que es justo es justo —dijo sosegadamente Hill.

Teem le lanzó una mirada mordaz.

—La justicia no tiene nada que ver con esto. Solo les interesa que el directorado cumpla sus órdenes en Coruscant —se puso de pie abruptamente y rechinó los dientes—. ¡Incluso la subida del combustible de Malastare beneficiará más a Explotaciones Damask y la Federación de Comercio que a mí!

El gran dio la espalda a los muuns y se dirigió apresuradamente hacia la puerta, dejando a su asistente momentáneamente confuso hasta que también se levantó y salió rápidamente.

Hill estaba boquiabierto por la sorpresa.

—No puede…

—Déjalo marcharse —dijo Damask.

El muun más mayor comprimió sus finos labios.

—Si queremos beneficiarnos del poder que tienen en el Senado, tendremos que encontrar alguna manera de aplacarlos, Hego.

—No estoy de acuerdo —replicó Damask—. Lo que tendremos que encontrar es la manera de demostrarle a Teem que es prescindible.

Cuando los guardias hicieron entrar al cuarteto de gossams que dirigía Minería Subtext, la ira había aumentado tanto en su interior que podía notarla en su garganta. Como es habitual en su diminuta especie, los cuatro saurios tenían patas con articulaciones inversas, cabezas con forma de pez y unos cuellos largos que Damask sabía que podía romper con dos dedos; y quizá lo hiciera, porque habían traicionado a Tenebrous.

—Nos sorprendió mucho recibir su invitación, Magistrado —dijo el jefe de operaciones de Subtext—. Ni siquiera sabíamos que supiese de nuestra existencia.

Damask sonrió levemente.

—Vigilamos atentamente todos los acontecimientos galácticos. Espero que hayáis disfrutado de la comida y el entretenimiento.

—Más de lo que imagina, Magistrado —dijo el jefe gossam con una risa expresiva—. Quizá más de lo que estamos dispuestos a reconocer.

Damask esbozó una sonrisa forzada.

—Más de lo que imagino… Tiene gracia —dejó de reírse para añadir—: Permitidnos que os mostremos cómo organizamos parte del funcionamiento interno de la Reunión.

Los gossam se miraron unos a otros sorprendidos, hasta que su líder dijo:

—Será un honor.

Damask se levantó y le hizo un gesto con la cabeza a cuatro de los Guardias Sol, que escoltaron a los gossams mientras Hill, él y otros dos muuns los conducían hacia un depósito de viejas cabinas de turboascensores.

—La acción de verdad sucede abajo —dijo Damask, poniendo en marcha la cabina con un gesto de la mano.

Descendieron dos plantas en silencio y cuando la cabina abrió las puertas entraron en una cavernosa sala subterránea.

En el centro de aquel espacio mal iluminado había varias plataformas grandes y cuadradas que se levantaban con postes hidráulicos operados por equipos de ugnaughts sudorosos y resoplantes. Una plataforma, cargada con una pila de desechos metálicos, estaba descendiendo en ese momento, acompañada del clamor animado y los aplausos desenfrenados que se colaban por una abertura en el techo alto. Sujetada con grilletes y cadenas a una plataforma adyacente, se retorcía una bestia del tamaño de un bantha que gruñía y silbaba.

—Estamos justo debajo del patio central —explicó Da-mask mientras la plataforma con la bestia se elevaba—. Cada carga simboliza un aspecto aberrante de la República; prácticas que todos deseamos ver eliminadas.

Para entonces la plataforma se había elevado hasta el nivel del patio. Los invitados se quedaron un momento en silencio y después volvieron a irrumpir en una ovación acompañada de enormes descargas de energía.

—Esas descargas son los cañones láser haciendo su trabajo —dijo Damask lo bastante alto para que lo oyesen mientras la plataforma volvía a ser visible, mostrando que lo que había sido una bestia era ahora una cáscara humeante y apestosa de tendones y huesos. Dedicó una sonrisa siniestra a los gossams—. Todo es teatro, como veis. Diversión para las masas.

—Está claro que a la gente le gusta mucho, Magistrado —dijo uno de los gossams, tragándose algunas de sus palabras.

Damask extendió sus delgados brazos.

—Pues es hora de que os unáis a la fiesta —se acercó y señaló con la barbilla una de las plataformas vacías, junto a la que se habían colocado los Guardias Sol—. Subid.

Los saurios lo miraron fijamente.

—Adelante —dijo Damask, ahora en tono serio—. Subid.

Dos de los guardias empuñaros sus blásters.

El jefe gossam miró uno tras otro a todos los muuns, con los ojos muy abiertos por el pánico.

—¿Hemos hecho algo que le haya molestado, Magistrado?

—Buena pregunta —dijo Damask—. ¿Lo habéis hecho?

El jefe gossam no habló hasta que los cuatro estaban sobre la plataforma.

—¿Por qué se fijó en nosotros exactamente?

—Un amigo mutuo me hizo fijarme —dijo Damask—. Un bith llamado Rugess Nome. Hace poco le proporcionasteis un informe de valoración y una sonda minera.

La plataforma empezó a subir y los gossams estiraron sus largos cuellos, asustados.

—¡Podemos arreglarlo! —dijo uno de ellos en tono suplicante.

Damask miró al techo.

—En ese caso, hacedlo rápido. Los cañones láser se disparan automáticamente.

—¡Plasma! —aulló el mismo gossam—. ¡Un depósito de plasma sin explotar! ¡Suficiente para proveer de energía a un millar de mundos!

Damask le indicó a uno de los ugnaughts que detuviese el ascenso de la plataforma.

—¿Dónde? ¿En qué mundo?

—Naboo —dijo el gossam que después repitió más alto—: ¡Naboo!

Hill explicó, aunque no era necesario:

—Una especie de planeta ermitaño del Borde Medio, capital del sector Chommell. Relativamente cercano a Tatooine, de hecho. Fue el suministrador de los veermoks que clonamos para usar como piezas de caza en los bosques de greel.

Damask le dejó terminar y levantó la mirada hacia los gossams.

—¿Quién os contrató para hacer la exploración minera?

—Una facción opuesta a la monarquía, Magistrado.

—Le juramos que es verdad —añadió otro.

—¿Ese Naboo está gobernado por un monarca? —preguntó Damask.

—Un rey —dijo el jefe gossam—. Sus detractores quieren que el planeta se abra al comercio galáctico.

Damask se alejó de la plataforma. Se planteó torturar a los gossams para descubrir quién los había contratado para sabotear a Tenebrous en Baldemnic, pero decidió dejarlo para otro día puesto que era bien sabido que el bith tenía muchos adversarios. Finalmente se dio la vuelta y ordenó a los ugnaughts que bajasen la plataforma al suelo.

—¿Ese depósito de plasma es tan grande como decís? —preguntó.

—No tiene igual en los mundos conocidos —dijo el líder, aliviado, mientras sus compañeros y él mismo temblaban bajo la mirada fulminante de Damask.

Damask los contempló en silencio, después se giró hacia el comandante de los Guardias Sol.

—Transportadlos al mundo más remoto que encontréis en el Brazo Tingel y aseguraos de que se queden allí, por si vuelvo a necesitarlos en el futuro.

Tras dejar a los demás muuns descansando, Damask subió a la muralla oriental de la fortaleza para ver amanecer. Estaba tan cansado como los demás pero el resultado de la Reunión lo había decepcionado demasiado para poder dormir. Por si el depósito no explotado de plasma pudiese ser de interés para la contrariada dirección de la Federación de Comercio, y omitiendo por el momento el efecto que esto podría tener en las exportaciones de energía de Malastare, les había ordenado a Hill y los demás que averiguasen todo lo que pudiesen sobre el planeta Naboo y su monarca aislacionista.

Una vez solucionado el asunto con los gossams de Minería Subtext, Damask y los muuns habían dedicado el resto de la velada a reunirse con miembros de lo que llamaban su comité de pilotaje, que estaba compuesto por políticos selectos, líderes de grupos de presión e industriales; financieros representantes de Sestina, Aargau y el Banco del Núcleo; la élite de la Orden del Círculo Inclinado y el directorado de la Federación de Comercio; además de talentosos diseñadores de barcos, como Narro Sienar, a quien Plagueis planeaba apoyar en su apuesta por convertirse en el jefe de operaciones de Tecnologías Santhe/Sienar. El comité se reunía periódicamente, aunque raramente en Sojourn, para asegurarse de la aprobación rápida de leyes amables con las empresas; fijar el precio de bienes como el gas tibanna, el transpariacero y el combustible de naves estelares; y colocar senadores en Coruscant como diplomáticos de carrera para distanciarse de lo que estaba sucediendo en realidad fuera del Núcleo.

No todo el mundo coincidía en que la estrategia de «contención táctica» de los muuns fuese el mejor método para mantener en equilibrio precario la República, haciéndola más permeable a la manipulación. Pero Damask había insistido que su objetivo común, la oligarquía, el gobierno de unos pocos elegidos, terminaría llegando, aunque se alcanzase como fruto de actos y sucesos que pocos percibirían y que algunos de los miembros del comité ni siquiera llegarían a conocer jamás.

El amanecer centelleó en el casco de la última de las naves que se marchaba. Damask se reconfortó al pensar que sus invitados creían haber participado en algo secreto y majestuoso, animándolos a poner en marcha campañas que, superficialmente, parecían responder a sus propios intereses aunque en realidad eran piezas del proyecto Sith.

Movimientos de la sinfonía que era el Gran Plan…

Unas alarmas agudas rompieron el silencio matutino.

Damask entrecerró los ojos y observó el bosque que lo rodeaba en busca de indicios de problemas. Se había trasladado al parapeto más meridional cuando dos Guardias Sol subieron apresuradamente las escaleras para buscarlo.

—Magistrado, alguien ha traspasado el perímetro oriental —le informó uno de ellos.

Fuera de los muros de la fortaleza había cada vez más luz y las naves drones estaban empezando a sobrevolar las copas de los árboles. En ocasiones alguna de las bestias importadas entraba en la zona de seguridad, haciendo saltar las alarmas, pero ninguna de las cámaras remotas mostraba indicios de intrusión alguna.

—Puede que alguno de nuestros invitados no se haya marchado —dijo uno de los Guardia Sol, que después se calló para escuchar un mensaje que recibía por los

auriculares de su casco—. Parece que tenemos algo —miró a Damask—. ¿Se queda aquí solo, Magistrado, o quiere que esperemos con usted?

—Marchaos —les dijo Damask—. Pero mantenedme informado.

Proyectando sus sentimientos, volvió a explorar el bosque. Allí había alguien, pero no en la zona que estaban explorando los guardias. Escuchó con la Fuerza el ruido de movimiento en los árboles. ¿Los gran habían infiltrado a un asesino? Si era así, ¿habían encontrado a alguien lo bastante hábil para hacer que los Guardias Sol persiguieran una ilusión? Damask y los otros muuns debían de ser los objetivos, pero en lugar de moverse hacia la fortaleza, el intruso estaba alejándose de ella.

Pasó un rato más escuchando; después, como un espectro, corrió tres tramos de escalones de piedra y salió por la vieja puerta al bosque, con la capa abriéndosele mientras corría y la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada de luz. Saliendo de sus aposentos nocturnos y vociferando su descontento, los más madrugadores advirtieron a los demás que un cazador andaba suelto. Y de los peligrosos, podría haber añadido Damask: un cazador de seres inteligentes. Poco después estaba rodeado de antiquísimos árboles greel, fuera del perímetro de seguridad, cuando percibió algo que le detuvo en seco. Inmóvil, se concentró para verificar lo que había sentido.

¡Un usuario de la Fuerza!

¿Un espía Jedi?, se preguntó.

Habían intentado varias veces penetrar las defensas de Sojourn en Reuniones previas. Pero a no ser que hubiese llegado uno en una nave diseñada y construida por Darth Tenebrous, no habría podido descender a la superficie sin ser detectado. Pero era evidente que alguien había logrado aterrizar. Apartando la mano de la empuñadura de su espada de luz, Damask minimizó su presencia en la Fuerza, renunciando a su prominencia y desapareciendo del mundo material. Después se adentró más profundamente en el bosque, serpenteando entre los árboles, permitiendo que el Jedi lo acechase mientras se reprochaba haber actuado tan atropelladamente. Si caía en una emboscada, no podría combatir porque correría el riesgo de revelar que era un Sith. Debería haber dejado que los Guardias Sol se ocupasen del intruso.

¿Pero por qué iba a molestarse un Jedi en activar los sensores del perímetro para después escapar? Los Jedi no cometían ese tipo de errores. Y estaba seguro de que quienquiera que estuviese allí no esperaba que un muun reaccionase a su acto, aunque solo fuese porque los muuns no cometían ese tipo de errores. Entonces, ¿qué buscaba aquel intruso?

Damask oyó el característico siseo y zumbido de una espada de luz y vio el filo del arma brillando en la neblina. El intruso salió de detrás de un árbol de tronco grueso, con una espada de luz en su mano derecha inclinada hacia el suelo mullido.

Un filo carmesí en un bosque carmesí.

Instantáneamente hizo saltar su propia espada de luz a su mano izquierda, encendiendo el filo mientras la figura entre la neblina se mostraba completamente: un craniópodo alto, delgado, de piel rosa y con grandes ojos sin párpados…

¡Un bith!

¿Tenebrous?

Vaciló un momento. No, no era posible. Pero entonces, ¿quién era? Un hijo de Tenebrous, quizá… Algún vástago creado a partir de su material genético en un laboratorio, puesto que aquella especie solo se reproducía según los dictados de un servicio informático de apareamiento. ¿Por eso Tenebrous se había negado a hablar de los midiclorianos o las maneras de extender la vida? ¿Por qué ya había encontrado la forma de crear un sucesor sensible a la Fuerza?

—Sabía que te haría salir de la fortaleza, Darth Plagueis —dijo el bith.

Plagueis renunció a cualquier fingimiento y lo encaró de frente.

—Estás bien entrenado. He percibido la Fuerza en ti, pero no el lado oscuro.

—Eso debo agradecérselo a Darth Tenebrous.

—Te hizo a su imagen y semejanza. Eres un producto de la ciencia bith.

El bith se rió de forma desagradable.

—Eres un viejo tonto. Él me encontró y me entrenó.

Plagueis recordó la advertencia que Tenebrous había estado a punto de hacerle antes de morir.

—¿Te tomó como aprendiz?

—Soy Darth Venamis.

—¿Darth? —dijo con aversión Plagueis—. Eso ya lo veremos.

—Tu muerte legitimará el título, Plagueis.

Plagueis inclinó la cabeza hacia un costado.

—¿Tu Maestro te ordenó matarme?

El bith asintió.

—Ahora está esperando mi regreso.

—Esperando… —dijo Plagueis. Aunque era toda una sorpresa descubrir que Tenebrous había entrenado a un segundo aprendiz, él también tenía una sorpresa para Venamis. Inspirando, dijo—: Tenebrous ha muerto.

En los ojos de Venamis pudo ver confusión.

—Eso quisieras.

Plagueis colocó su espada de luz a un lado, paralela al suelo.

—Es más, yo lo maté.

—Imposible.

Plagueis se rió con ganas.

—¿Tan poderoso eres y no fuiste capaz de percibir la muerte de tu Maestro? Ahora mismo tus pensamientos vuelan en todas direcciones.

Venamis levantó su espada de luz sobre su hombro.

—Matándote vengaré su muerte y me convertiré en el lord Sith que él sabía que jamás podrías ser.

—El Sith que él quería que fuese —corrigió Plagueis—. Pero ya basta. Has venido desde muy lejos para retarme. Ahora haz que ese esfuerzo merezca la pena.

Venamis atacó.

Para Plagueis, los duelos con espada de luz eran tediosos, llenos de emociones malgastadas y acrobacias innecesarias. Sin embargo, a Tenebrous, quien aseguraba que Plagueis era un maestro en aquel arte, siempre disfrutaba de un buen combate y era evidente que le había transmitido aquel entusiasmo a su otro discípulo. En cuanto los filos de sus espadas empezaron a chocar, Venamis empezó a atacarle de maneras inesperadas, retorciendo su cuerpo sorprendentemente ágil, pasándose la espada de luz de una mano a otra, mezclando formas. En un momento determinado, saltó a una rama de greel y, cuando Plagueis la cortó con un golpe de la Fuerza, quedó suspendido en el aire, toda una proeza en sí misma, y siguió combatiendo, como si estuviese sobre un terreno elevado. Pero lo peor era que Tenebrous había convertido a Venamis en un experto en el estilo de Plagueis, por lo que el bith podía anticipar y replicar todas sus maniobras.

De repente, Venamis penetró en sus defensas y le quemó un lado del cuello.

El combate les hacía avanzar y retroceder entre los árboles, cruzando pequeños riachuelos y subiendo una pila de rocas que eran las ruinas de un antiguo puesto de guardia. Plagueis dedicó un momento a preguntarse si alguien en la fortaleza estaba observando el duelo, que desde lejos debía verse como relámpagos centelleando entre la maleza del bosque.

Consciente de que el combate podía eternizarse, salió de su propio cuerpo y empezó a manejar su yo material como una marioneta, ya no a la ofensiva, instigando los contraataques de su oponente, sino meramente respondiendo a las acometidas y golpes de Venamis. El bith entendió que algo había cambiado; que lo que hasta entonces había sido un combate a muerte de repente parecía un ejercicio de entrenamiento. Exasperado, redobló sus esfuerzos, combatiendo más duramente, más desesperadamente, poniendo más potencia en cada maniobra y golpe y reduciendo progresivamente su precisión y exactitud.

En el momento álgido del ataque de Venamis, Plagueis volvió a sí mismo con tanta fiereza que su espada de luz se convirtió en una vara cegadora. Una estocada ascendente a dos manos lanzada desde el medio de sus dos piernas pilló desprevenido a Venamis. El filo no profundizó lo suficiente para alcanzarle el pulmón, pero lo chamuscó desde el pecho hasta la barbilla. Mientras tiraba hacia atrás su gran cabeza hendida para escapar, Plagueis hizo descender su espada de luz, arrancándole el arma a Venamis de su mano enguantada y estando a punto de amputarle también los dedos.

Con un gesto de la otra mano, Venamis llamó a su espada de luz, pero Plagueis fue una fracción de segundo más rápido y la empuñadura terminó en su mano derecha. Percibiendo una tormenta de rayos Sith formándose en el bith, cruzó los dos filos carmesí delante de él y dijo:

—¡Ríndete!

Venamis quedó petrificado, permitiendo que se disipase la tormenta que se estaba formando y se arrodilló para rendirse mientras la primaria de Sojourn se alzaba y le iluminaba la espalda a través de los árboles.

—Me rindo, Darth Plagueis. Acepto ser tu aprendiz.

Plagueis apagó la espada de Venamis y se la enganchó en el cinturón.

—Presupones demasiado, Venamis. Contigo cerca tendría que estar vigilando mi espalda permanentemente.

Venamis levantó la cara.

—¿Es verdad, Maestro? ¿Darth Tenebrous está muerto?

—Muerto. Y merecidamente —dio un paso hacia Venamis—. El futuro de los Sith ya no depende de las proezas físicas sino de la astucia política. Los nuevos Sith no gobernarán gracias a la fuerza bruta sino infundiendo miedo.

—¿Y qué va a ser de mí, Maestro? —preguntó Venamis.

Plagueis lo estudió impasiblemente. Tras echar un rápido vistazo alrededor, cortó una flor amarilla en forma de cuerno de una vid colgante y la tiró al suelo, frente a Venamis.

—Cómetela.

Venamis miró la flor y después a Plagueis, y dejó que su cara revelase sus recelos.

—Conozco esta planta. Me envenenará.

—Así es —le dijo Plagueis sin ninguna piedad—. Pero también te garantiza que no morirás.

7: ALLÍ DONDE ESTABAN

En las profundidades de Aborah, Venamis estaba suspendido en un tanque de bacta, con sensores inalámbricos conectados en su pecho, cuello y cráneo calvo hendido.

—Puedes ser el mejor regalo que me haya hecho nunca Tenebrous —dijo Plagueis mientras miraba el oscilante cuerpo del bith dentro del espeso líquido terapéutico.

—Su cerebro sigue recuperándose de los efectos de los alcaloides del coma-flor —apuntó 11-4D desde el otro extremo del laboratorio—. No obstante, su estado físico se mantiene estable.

Plagueis seguía mirando a Venamis. La herida que le había causado en el cuello estaba curada, pero la leve cicatriz era un recordatorio de su mortalidad.

—Así está bien, su mente no me interesa.

En ese momento los nuevos brazos del droide hicieron un movimiento quirúrgico cortante.

Los análisis de sangre habían revelado una alta tasa de midi-clorianos, lo que le confirmó a Plagueis que un ser podía tener enorme potencial en la Fuerza y ser un inepto. Se preguntaba: ¿fue a Venamis a quién percibió con la Fuerza tras asesinar a Tenebrous? Un Jedi hubiese sido un sujeto experimental mucho más interesante, pero un adepto del lado oscuro quizá se adecuaba mejor a sus propósitos. Y dentro de poco el tanque de bacta adyacente también contendría a un yinchorri resistente a la Fuerza.

Inmediatamente después del combate en Sojourn, Plagueis había ordenado a los miembros de la Guardia Sol que buscasen la nave estelar con la que Venamis se había infiltrado en la Luna de los Cazadores y después la trasladó junto con el bith envenenado a Aborah. Habían informado a Larsh Hill y los demás muuns que habían capturado y eliminado a un intruso, sin más detalles. La investigación de la nave había proporcionado datos que quizá hubiesen sorprendido al mismísimo Darth Tenebrous, quien se la había proporcionado a Venamis. Al parecer, mucho antes de enfrentarse a Plagueis y enterarse del final de su Maestro, el propio Venamis había estado buscando aprendices potenciales. Plagueis no pudo evitar sentirse impresionado, aunque a regañadientes. Al joven bith podría haberle ido muy bien en la era de Bane. Ahora, sin embargo, era un anacronismo, igual que Tenebrous.

A Plagueis no le sorprendió que su antiguo Maestro hubiese elegido a aquel bith. Tenebrous y él habían llegado a un pacto tácito décadas atrás respecto a la ejecución del imperativo Sith. Su Maestro, hijo de una de las civilizaciones más antiguas de la galaxia, creía que la victoria se alcanzaría combinando los poderes del lado oscuro con la experta ciencia bith. Con la ayuda de computadoras sofisticadas y fórmulas para moldear el futuro, podrían mantener a todos los seres de la galaxia y la Orden Jedi iría disipándose gradualmente hasta desaparecer. Tenebrous había intentado convencerlo de que la Fuerza y su relación con la galaxia no eran cosa del azar; y que aunque la profetizada supremacía del lado oscuro podía predecirse, los Sith no podían influir ni acelerar su ascenso.

Los muuns creían en las fórmulas y el cálculo tanto como los bith, pero Plagueis no era un fatalista. Convencido de que las brillantes ecuaciones de Tenebrous descuidaban algún factor importante, había defendido que los acontecimientos futuros, predichos por máquinas o atisbados en visiones, solían ser confusos y poco fiables. Más importante aún, le habían educado para creer en la eliminación de los competidores y veía a los Jedi como tales. La Orden no era simplemente una empresa rival cualquiera que podían adquirir secretamente; debía ser socavada, derribada y desmantelada. Exterminada. Había asumido que, con el tiempo, llegaría a ser capaz de derrotar a Tenebrous, pero era evidente que su antiguo Maestro no lo consideraba digno de lucir el manto de sucesor Sith y había buscado otro. Los irrefrenables deseos de los seres inteligentes eran una bendición para los Sith, ya que engendraban abundantes seres entusiastas y audaces que podrían utilizar para promover su causa. Plagueis había sido instruido para buscar siempre seres apropiados, igual que Tenebrous; por eso había descubierto a Venamis. Puede que su antiguo Maestro hubiese considerado aquel ataque sorpresa como beneficioso, fuese cual fuese su desenlace. Si Venamis vencía, era merecedor del manto; si no lo hacía, quizá Plagueis aceptase la verdadera naturaleza de la relación Maestro-aprendiz.

Una vieja historia a la que nunca le había encontrado demasiado sentido.

Pero eso explicaba el curioso comportamiento de Tenebrous en los meses y semanas previos a los sucesos de Bal'demnic. Era imposible saber cuánto tiempo llevaba planeado el ataque de Venamis, pero Tenebrous, con toda su fría indiferencia, estaba preocupado por sus consecuencias. En Bal'demnic se había mostrado distraído, y aquella falta de atención le había costado la vida. Pero en los momentos finales, antes de comprender la implicación de Plagueis, había estado a punto de revelarle la existencia de Venamis. Ahora importaba poco y, de hecho, a Plagueis le parecía despreciable la vacilación del bith.

Era obvio que Tenebrous, igual que Plagueis, había aceptado el hecho de que la Regla de Dos de Darth Bane había expirado. En cualquier caso, muy pocos lores Sith la habían respetado, lo que al muun le parecía normal. Los objetivos del Gran Plan eran la venganza y la recuperación del poder galáctico. Pero aunque la mayoría de lores Sith desde Bane habían ayudado, a su manera, a debilitar la República, esto se había debido menos al altruismo y la lealtad a la Regla que a su debilidad e incompetencia. Puede que tuviesen intención de suprimir el imperativo de Bane, pero siempre habían caído presa de las flaquezas y excentricidades personales, por lo que habían sido incapaces de vengarse de la Orden Jedi. Plagueis lo entendía. Él no era de los que se quedaban esperando ni dedicaban su mandato meramente a allanarle el camino al éxito al próximo lord Sith. Tampoco se iba a contentar con quedarse a la sombra de Tenebrous como aprendiz, ni aunque el bith hubiese triunfado en lo que otros habían fracasado.

¿Cómo era posible que, con toda su sabiduría, Tenebrous no se hubiese dado cuenta de que Plagueis era la culminación de una milenaria sed de venganza? ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta de que el destino lo había llamado?

En un inusual cumplido, el bith se lo había confesado.

«De la misma manera que las fuerzas tectónicas hacen que un peñasco caiga sobre un río, desviando su curso para siempre, los acontecimientos hacen surgir individuos que, cruzándose en el camino de la Fuerza, alteran las corrientes de la historia. Tú eres uno de ellos».

¿Ahora debía pensar que Tenebrous había considerado que Venamis también era uno de esos individuos?

Si era así, resultaba decepcionante por su parte.

Los datos descubiertos a bordo de la nave estelar de Venamis no revelaban qué edad tenía cuando Tenebrous lo encontró, ni ningún detalle sobre su entrenamiento. Aunque las formas establecidas del entrenamiento de los aprendices eran algo del pasado. La doctrina era para los Jedi. Mientras los Jedi cortejaban el poder, los Sith lo codiciaban; mientras los Jedi creían conocer la verdad, los Sith la poseían. Dominados por el lado oscuro, finalmente se convertían en su conocimiento.

Durante los últimos quinientos años, los Sith del linaje de Bane habían evitado seleccionar niños como aprendices, ya que les resultaba más ventajoso descubrir seres ya encallecidos o magullados por la vida.

Plagueis, sin embargo, era una excepción.

Muunilinst se mantuvo al margen cuando, en plena locura de la Tercera Gran Expansión, los mundos del Núcleo y el Borde Interior se expandieron y reclamaron para sí los planetas evaluados y considerados habitables por la Ley de Colonización y la Enmienda de Cesión de Planetas. El motivo era muy simple: aunque los muuns tenían más riqueza de la que muchas especies podían soñar, además de acceso a las naves estelares de mayor calidad, eran reacios a dejar desatendidas sus propiedades en Muunilinst. Tampoco les interesaba la colonización por sí misma, la difusión de su semilla, porque cuantos más muuns hubiese en la galaxia, menos le tocaría a cada uno en el reparto de la riqueza.

Finalmente, la autarquía y el aislacionismo cedieron ante el deseo de convertirse en esenciales para la galaxia, y los muuns empezaron a financiar asentamientos establecidos por otros planetas, o por grupos independientes, la mayoría de las veces autoexiliados. Así, colonias del extremo distal del Corredor Braxant dependían de Muunilinst para su mantenimiento, pidiendo préstamos a cambio de la promesa de descubrir ricos filones de minerales o metales preciosos. Sin embargo, cuando no llegaban esos supuestos ingresos, o los mercados se saturaban y provocaban una bajada de precios, la población de aquellos asentamientos descubría con preocupación que estaba endeudada con Muunilinst y se veía forzada a aceptar la supervisión directa de los muuns.

Así fue como el patriarca del clan de Plagueis, Caar Damask, se convirtió en administrador del rico planeta de Mygeeto.

Situado en la vecindad estelar de Muunilinst, Mygeeto era un vivero de cristales adeganos nova, artesianos y de bajo nivel. Además, Joya, como se le conocía en el antiguo idioma muun, era uno de los mundos más inhóspitos que habían adquirido los muuns. Sumergido en nieve y hielo, el planeta contaba con pocas formas de vida indígenas y sufría tormentas constantes que erigían pilas de cristal del tamaño de montañas. A pesar de eso, y con un elevado coste, los muuns habían logrado construir algunas ciudades autosuficientes y bóvedas de almacenamiento, alimentándolas con energía derivada de los propios cristales. Incluso en el mejor de los casos, acercarse a Mygeeto era un reto por culpa de su anillo de asteroides, pero los asteroides se convirtieron en un impedimento secundario en cuanto el Clan Bancario InterGaláctico asumió el control de las operaciones mineras de los mantos de hielo y los glaciares. Desde entonces, incluso los Jedi tenían prohibido visitarlo sin autorización previa.

Miembro desde hacía mucho del CBI, el viejo Damask había aceptado su designación como un favor personal al Alto Oficial de Muunilinst, Mals Tonith, con la esperanza de hacer progresar una carrera que se había estancado y lo había mantenido confinado a puestos de mando intermedio. Molesto al no ver reconocido su ingenio, Damask había abandonado a su mujer y los miembros de su clan y había intentado construirse si no una vida al menos una carrera en el remoto mundo helado. El éxito en la gestión de las operaciones minera llegó rápidamente, pero la alegría, de cualquier tipo, le fue esquiva hasta la llegada, diez años después que él, de una hembra muun de casta más baja que primero se convirtió en su ayudante y después en su esposa de codicilio, dándole más adelante un hijo al que llamaron Hego, en honor del patriarca del clan Caar.

El hecho de crecer en una ciudad cubierta por una bóveda rodeada de un entorno perpetuamente congelado fue en muchos sentidos la antítesis de la típica infancia muun, pero el joven Hego no solo se las apañaba para resistir sino que además prosperaba. Su madre mostró un interés, que algunos consideraban poco saludable, en sus progresos, controlando todos los detalles y animándolo a compartir con ella incluso sus pensamientos más furtivos. Estaba particularmente interesada en observar cómo interactuaba con sus compañeros de juegos de diversas especies, que ella misma le proporcionaba profusamente, interrogándolo después de cada encuentro sobre sus sensaciones respecto a aquellos niños. Incluso Caar encontraba tiempo en su exigente agenda para ser un padre atento.

Hego aún no había cumplido los cinco años cuando empezó a notar que era ligeramente distinto. No solo era más astuto que sus compañeros de juegos, sino que a menudo era capaz de manipularlos, provocando a voluntad tanto risas como lágrimas; tanto consuelo como ansiedad. Cuando percibía que no gustaba a alguien, hacía todo lo posible por ser generoso; y cuando percibía que gustaba demasiado a alguien, optaba por mostrarse arisco, como si quisiera poner a prueba los límites de su relación. Percibía los trucos y engaños, y a veces se permitía hacerse la víctima o el ingenuo, sin preocuparse por despertar sospechas indeseadas ni verse obligado a revelar sus talentos ocultos.

A medida que sus habilidades crecieron, los otros niños se convirtieron más en juguetes que en compañeros de juegos, aunque aquello no menoscababa en absoluto la diversión de Hego. Una tarde, un joven muun que le caía mal apartó a Hego de un empujón para llegar primero hasta la escalera que bajaba hasta el patio de la casa de los Damask. Hego, sujetando al niño por un antebrazo, le dijo:

—Si tanta prisa tienes por bajar, salta por la ventana.

Sus miradas se cruzaron, Hego repitió la sugerencia y su víctima le hizo caso. Cuando descubrieron el cuerpo descoyuntado del niño en el patio le hicieron muchas preguntas, pero Hego no le contó la verdad a nadie, excepto a su madre. Esta le hizo explicar el suceso con todo lujo de detalles, hasta que le dijo:

—Siempre he sospechado que tienes un don que también compartimos tu padre y yo, y ahora sé que es verdad. Es un poder extraño y prodigioso, Hego, y tú lo tienes en abundancia. Tu padre y yo nos hemos pasado la vida ocultando nuestros talentos y, por ahora, quiero que me des tu palabra de que solo nos hablarás de los tuyos a mí o a él. Más adelante, ese poder te será de mucha utilidad, pero ahora debes mantenerlo en secreto.

Con la vida subrepticia que había llevado durante tantos años, a Hego la idea de compartir el secreto solo con sus padres le pareció completamente natural.

Nadie lo consideraba responsable de la caída por la ventana de su compañero de juegos, pero, poco después, el flujo constante de amigos empezó a reducirse. Peor aún, su padre empezó a mostrarse más distante, al mismo tiempo que él se sentía cada vez más parte del mundo de Caar. Se planteó que su padre quizá mentía cuando decía que también poseía aquel poder, o que lo viese como una especie de monstruo. Pero había visto a su padre utilizando sus sobrenaturales poderes de persuasión y manipulación en sus negocios.

Como Muunilinst, Mygeeto recibía muchos visitantes importantes y Hego tenía a veces la impresión de que, aunque él no podía explorar la galaxia, la galaxia venía hasta él. Su padre se reunía en muchas ocasiones con Caballeros y padawans Jedi que acudían en busca de cristales adeganos, que la Orden Jedi utilizaba en la construcción de las espadas de luz de entrenamiento. Hego había perfeccionado su habilidad para enmascarar sus poderes ante los demás. Sin revelar su verdadera naturaleza a los Jedi, era capaz de percibir en ellos una especie de poder parecido al suyo, aunque era evidente que los objetivos de su poder eran contrapuestos a los del suyo. Desde muy pronto supo que jamás podría ser uno de ellos y empezó a detestar sus visitas, por motivos que no alcanzaba a entender. Y lo más desconcertante fue que empezó a percibir un poder más próximo al suyo en un visitante bith llamado Rugess Nome. Nome no era un Jedi sino un ingeniero de naves estelares que había llegado en una embarcación reluciente que él mismo había diseñado. No obstante, Hego no tardó en empezar a sospechar que su madre era en realidad el motivo de las constantes visitas de Nome. Y la sospecha de que había algo entre ellos engendró sentimientos de ira y celos en el joven Hego, y una especie de desánimo en su padre.

Había decidido utilizar su poder para ocuparse de aquella situación intolerable cuando, durante una de las visitas de Nome, lo llamaron al despacho de su padre, donde le esperaban Caar, su madre y el bith. Sin mirar a su esposa, Caar dijo:

—Eres sangre de nuestra sangre, Hego, pero no podemos seguir criándote como hijo.

Hego había mirado a su padre y después a su madre, cada vez más preocupado, temiendo las palabras que Caar añadió al cabo de un momento. Inclinando la cabeza hacia Nome, dijo:

—En realidad, ya lo entenderás con el tiempo, le perteneces a él.

Una década después, Hego se enteraría de que, aunque Caar había hecho todo lo posible por mantener ocultas sus habilidades en la Fuerza, Nome se había fijado en él en cuanto lo había conocido casualmente en el Centro Espacial de Puerto Alto. Años después Nome encontró a la madre de Hego, a la que no reclutó como aprendiz, ya que no era lo bastante potente en la Fuerza, sino como discípula, encargándole seducir a Caar y darle descendencia: un niño que Nome y la ciencia bith predecían que nacería siendo muy potente en la Fuerza. Sus padres habían guardado el secreto hasta que sus poderes habían empezado a manifestarse. Y entonces habían hecho un trato: Hego a cambio de hacer realidad el sueño de Caar Damask de ser aceptado en el escalafón más alto del Clan Bancario InterGaláctico.

Cinco años después de aquella reunión en su despacho, Caar fue convocado de nuevo en Muunilinst para nombrarlo director de la rama de tesorería del CBI. La madre de Hego desapareció, sin que su hijo ni su marido volvieran a verla jamás. Y comenzó el aprendizaje de Hego con el lord Sith Darth Tenebrous.

Además de ser ampliamente respetado como prodigioso ingeniero y diseñador de naves estelares, Rugess Nome lideraba una oscura organización que durante décadas había recopilado información sobre los actos de prácticamente todos los criminales, contrabandistas, piratas y potenciales terroristas que habían dejado algún rastro en la galaxia. Con el joven Hego haciéndose pasar por el contable de Nome, los dos Sith clandestinos habían viajado mucho, conspirando a menudo con los seres más infames de la galaxia y provocando la anarquía siempre que era posible.

—Los Sith somos una oposición invisible le dijo Tenebrous a su joven aprendiz. Una amenaza fantasma. Los antiguos Sith llevaban armadura, nosotros llevamos capas. Pero la Fuerza actúa más poderosamente en nuestra invisibilidad. Por el momento, cuanto más ocultos nos mantengamos, más influencia tendremos. Nuestra venganza no llegará por subyugación sino por contagio.

Como Tenebrous había explicado, los Jedi habían salido fortalecidos de la guerra librada un milenio antes, y aunque Darth Bane y los siguientes lores Sith habían hecho todo lo posible para perturbar a la renacida República, trabajaban en desventaja. Finalmente, decidieron que los Sith debían ocultarse, amasando riqueza y conocimiento,

tejiendo contactos y alianzas con grupos que algún día formarían la base de una oposición de ámbito galáctico a la República y la venerada Orden que la servía. Según todas las crónicas, los primeros siglos habían sido complicados, con los Jedi recuperando su posición prominente. Pero los Sith podían estudiar a la Orden desde lejos sin que los Jedi supiesen siquiera que tenían adversarios.

Los Jedi habían sentido la rendija que el Maestro twi'lek de Tenebrous había abierto en el tejido de la Fuerza y la Orden empezaba a mostrar signos de exceso de prudencia y languidez. La República también había sufrido un menoscabo parecido, alentando la corrupción en el Senado y la desobediencia en los sistemas del Borde Exterior, que se había convertido en el vertedero del Núcleo.

Con los desdichados de la galaxia convirtiéndose a la causa, ahora era necesario unir a los poderosos, con Darth Plagueis como su líder, manipulando los actos de unos cuantos individuos importantes para controlar el comportamiento de trillones de otros.

8: VÍCTIMAS DE SU PROPIA ESTRATEGIA

Entrenando a Venamis, Tenebrous obviamente creía que estaba protegiendo el Gran Plan; igual que Venamis supervisando al puñado de candidatos sensibles a la Fuerza que él, o quizá Tenebrous, había descubierto. Pero ahora era Plagueis el que debía hacer algo respecto a esos potenciales competidores, como mínimo para eliminar la posibilidad de otro ataque sorpresa.

Los bancos de datos de la nave de Venamis contenían información sobre seis seres, pero las posteriores investigaciones de 11-4D habían revelado que uno de ellos había muerto por causas naturales, otro había sido ejecutado y un tercero había sido asesinado en una reyerta de cantina. No se indicaba el nombre de dos de los tres restantes, pero Plagueis y 11-4D habían descubierto todo lo que Venamis sabía sobre ellos pirateando el complejo código que el bith había empleado para proteger sus anotaciones. Cómo aquellos candidatos de Venamis habían pasado desapercibidos a ojos de los Jedi era un misterio, pero no merecía la pena resolverlo. Plagueis solo tenía que decidir si suponían una amenaza para él o para el Gran Plan.

No era habitual ver muuns bebiendo Rywerís Reserva en exclusivos tapcafés, ni probando especia refinada en clubes privados o retando a la casa en maratonianos torneos de sabbac. No aparecían nunca en los programas del corazón de la HoloRed con bailarinas twi'lek entre sus esbeltos brazos, ni aventurándose en el bosque, el mar o las montañas por puro deporte o ganas de acción.

Pero Plagueis estaba a punto de romper con la tradición, ahora que había localizado al primero de los potenciales candidatos de Venamis en un casino de Ciudad Lianna, en el corazón del remoto Cúmulo Tion.

Con las mejillas temblando, una mirada que revelaba su preocupación y la compañía del personal de seguridad nikto, el rollizo director del Casino Colisionadores avanzaba apresuradamente por el suelo enmoquetado hacia el mostrador del conserje en el que le esperaban Plagueis y 11-4D. Un par de brazos utilitarios genéricos, uno de los cuales ocultaba un arma láser, sustituían a los apéndices habituales del droide, y Plagueis iba vestido con lo que la mayoría de seres identificaría como el traje del Clan Bancario, aunque con un corte distinto y un color verde más pálido.

—Bienvenido, señor, bienvenido —dijo el director en tono alborozado—. Para Colisionadores es un honor tenerlo como invitado, aunque permítame decirle que es el primer ser de Muunilinst que ha usado la entrada pública del casino. La entrada privada…

Plagueis levantó una mano para interrumpirlo.

—No estoy aquí por asuntos bancarios.

El sullustano le miró, atónito.

—Entonces, ¿esto no es una auditoria sorpresa?

—Estoy aquí por un asunto privado.

El director carraspeó y se enderezó.

—En ese caso quizá podría empezar diciéndome cómo se llama.

—Soy Hego Damask.

Al sullustano empezaron a temblarle las mejillas otra vez.

—¿Magistrado Damask? ¿De Explotaciones Damask?

Plagueis asintió.

—Perdone que no lo haya reconocido, señor. De no ser por su generosidad, Colisionadores estaría en bancarrota. Más concretamente, Ciudad Lianna no sería lo que es ahora, el orgullo del Cúmulo Tion.

Plagueis sonrió cordialmente.

—Será mejor que continuemos en su despacho…

—Por supuesto, por supuesto —el sullustano ordenó a los guardas que formaran una falange, después hizo un gesto amable con la mano para indicarles a Plagueis y 11-4D que les siguieran—. Usted primero, señor. Por favor.

Un turboascensor los llevó directamente a un gran despacho con vistas sobre la sala de juegos central del casino, abarrotada de clientes de especies de los Bordes Exterior y Medio apostando en las mesas, máquinas individuales, ruedas de Ovido y Jubileo, entre otros juegos. El director le señaló una silla mullida a Plagueis y se sentó ante un escritorio reflectante. UnoUno-CuatroDé se quedó de pie y en silencio junto a Plagueis.

—¿Ha comentado algo de un asunto privado, Magistrado Damask?

Plagueis entrecruzó los dedos de las manos.

—Tengo entendido que la semana pasada un cliente ganó una auténtica fortuna en Colisionadores.

El sullustano sacudió la cabeza con gesto de pesadumbre.

—Veo que las malas noticias vuelan. Pero, sí, estuvo a punto de dejarnos limpios. Una racha de suerte asombrosa.

—¿Está seguro de que fue suerte?

El sullustano consideró la pregunta.

—Creo que ya entiendo por dónde va, así que déjeme que le explique. Las especies que poseen habilidades telepáticas tienen prohibido apostar en Colisionadores, como en la mayoría de casinos. Además, siempre hemos actuado bajo la premisa de que el noventa y nueve por ciento de seres potentes en la Fuerza pertenecen a la Orden Jedi, y que los Jedi no apuestan. En cuanto al restante uno por ciento, los que se les han escurrido entre los dedos, lo más probable es que estén haciendo buenas obras o enclaustrados en monasterios reflexionando sobre los misterios del universo.

—¿Y el resto?

El sullustano apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—En las raras ocasiones, y enfatizo raras, que hemos sospechado que algún ser estaba utilizando la Fuerza, hemos solicitado un análisis de sangre.

—¿Ha desenmascarado alguna vez a un usuario de la Fuerza?

—Ni una sola en los veinte años que llevo dirigiendo este casino. Por supuesto, en este negocio oyes muchas historias. Por ejemplo, una sobre un casino de Denon que empleaba a un iktotchi sensible a la Fuerza como «enfriador», alguien capaz de cortar la racha ganadora de un apostador. Pero sospecho que es una historia apócrifa. Aquí en Colisionadores confiamos en los métodos estándar para asegurarnos que la casa gane. De todas formas, ocasionalmente, alguien resulta ser la excepción a la regla —se detuvo un momento—. Aunque reconozco que no he visto una racha ganadora como esa en años. Quizá tardemos meses en recuperarnos.

—¿Solicitó un análisis de sangre?

—Debo decir que sí, Magistrado Damask. Pero nuestro analista residente dijo que la sangre del ganador no contenía… bueno, lo que debería contener si fuese un usuario de la Fuerza. Le confieso que no sé mucho de química.

—A mí también me gustaría saber más —dijo Plagueis—. ¿Por casualidad tiene una imagen del ganador?

El director frunció el ceño.

—No quiero ser indiscreto, pero ¿puedo preguntarle a qué se debe ese interés personal?

Plagueis inspiró.

—Es un asunto fiscal.

El sullustano se animó.

—Por supuesto que la tenemos.

Sus pequeños dedos volaron sobre el teclado del escritorio y en segundos apareció en una pantalla de pared la imagen de un weequay.

Plagueis estaba a la vez decepcionado y desconcertado. Los datos de la nave de Venamis habían identificado al potencial candidato como un quarren. Un ser de Mon Calamari que había estado empleando la Fuerza para hacer saltar la banca en casinos de una docena de mundos, desde Coruscant hasta Taris, desde Nar Shaddaa a Carratos. Al parecer, el weequay que había ganado una fortuna en Colisionadores simplemente había tenido suerte. Plagueis estaba a punto de decírselo a 11-4D cuando un intercomunicador emitió un pitido y el director insertó un trasmisor subespacial en su gran oreja.

—¡Otra vez no! —dijo—. Bien, envía a un equipo de seguridad para que lo vigilen.

Plagueis esperó una explicación.

—Otra racha ganadora —dijo el sullustano—. ¡Esta vez un kubaz!

Plagueis se levantó.

—Me gustaría acompañar al equipo de seguridad a la sala de juegos. No les molestaré. Solo tengo curiosidad por ver sus métodos de detección de tramposos.

—Por supuesto —dijo distraído el director—. Quizás usted note algo que a nosotros se nos pasa por alto.

Plagueis subió al turboascensor con dos bothanos vestidos con trajes de negocios, que siguieron con él mientras serpenteaban por la sala de juegos hacia una de las mesas del Colisionadores. Alrededor de la mesa en cuestión había jugadores arremolinados en tres filas concéntricas, impidiéndole ver al afortunado kubaz hasta que los bothanos y él llegaron al hueco del crupier. Apretujado entre hembras de varias especies que intentaban en vano llamar su atención, el macho insectívoro de piel oscura y hocico largo estaba sentado frente al crupier, tras unas altísimas pilas de fichas de créditos. El juego se llamaba Colisionadores porque los jugadores apostaban sobre los tipos y caminos espirales de las partículas subatómicas de alta energía creadas como resultado de las colisiones producidas en la mesa de aceleración y las descargas aleatorias de electroimanes de desviación que las rodeaban. Debido a la naturaleza impredecible de las colisiones, la casa gozaba solo de una ligera ventaja, si los aceleradores no estaban manipulados, pero el kubaz estaba apostando únicamente a los caminos de las partículas, no a las categorías de partículas.

Cuando la mesa de aceleración zumbó al activarse y el kubaz deslizó algunas de sus fichas por encima de la tabla de apuestas, Plagueis proyectó con cautela la Fuerza, percibiendo una gran concentración por parte del kubaz y después una extraordinaria ola de energía psíquica. El kubaz estaba empleando la Fuerza; no para dirigir las partículas por un camino determinado, sino para ofuscar los electroimanes y reducir significativamente el número de caminos que podían tomar las partículas creadas.

La multitud congregada aplaudió y rugió ante otra apuesta ganadora. El crupier empujó otra pila de fichas hacia el otro extremo de la mesa, sumándola a los millones de créditos que el kubaz había ganado ya. Esforzándose por penetrar más profundamente en el kubaz, Plagueis volvió a abrirse a la Fuerza y se dio cuenta inmediatamente que el kubaz había notado la intromisión. Se levantó tan repentinamente de la silla que casi tiró a las hembras que tenía a ambos lados y le pidió al crupier que le cambiara las fichas. Sin mirar alrededor, tomó sus ganancias y se marchó apresuradamente hacia la barra más cercana. El equipo de seguridad bothano le siguió, tras prometer alertar a Plagueis si el kubaz intentaba abandonar el casino.

De nuevo en el despacho del piso superior, en el que 11-4D seguía esperando junto a la silla y el director sullustano sudaba nervioso, Plagueis preguntó si Colisionadores disponía de una base de datos sobre los jugadores que se habían hecho célebres por hacer saltar la banca en los casinos; las apuestas eran un pasatiempo popular no solo en Lianna sino en muchos otros mundos. Poco después en la pantalla de pared aparecieron imágenes de machos y hembras ongree, askajianos, zabrak, togrutas, kel dor, gotals y niktos. Incluso un metamorfo clawdite.

—Estos son los más famosos —estaba explicando el director cuando apareció la imagen de un neiomidiano—. Los que la Autoridad del Juego sospecha que han desarrollado métodos infalibles para hacer trampas. Si alguno de ellos aparece en Colisionadores, se le deniega la entrada.

Plagueis examinó las imágenes finales y se giró hacia el sullustano.

—Ha sido muy amable. No le molestaremos más.

El turboascensor acababa de bajarlos a 11-4D y a él hasta la planta del casino cuando le preguntó al droide si había notado algo en la rueda de identificación de los ganadores.

—Me parece curioso que todos sean, si se me permite, bípedos muunoides de aproximadamente la misma constitución física y casi idénticos en altura. Metro ochenta, para ser preciso —UnoUno-CuatroDé miró a Plagueis—. ¿Es posible que sea el mismo ser?

Plagueis sonrió satisfecho.

—¿Acaso un clawdite?

—Eso iba a sugerir. No obstante, tengo entendido que los metamorfos reptomamíferos de Zolan no suelen ser capaces de mantenerse camuflados como otras especies más que unos instantes sin experimentar un intenso malestar. Es más, entre los sospechosos había un clawdite.

—¿Y si era algún ser asumiendo la forma de un clawdite?

UnoUno-CuatroDé pareció sobresaltarse.

—Un shi'ido, Magistrado. ¡El candidato que Venamis estaba evaluando es un cambiapieles!

No se sabía gran cosa sobre la solitaria especie telepática de Laomon, excepto que eran capaces de hacerse pasar por una amplia variedad de especies inteligentes. Se decía que los más dotados podían hacerse pasar por árboles e incluso piedras. Una poderosa mujer shi'ido llamada Belia Darzu había sido lord Sith en la era anterior a Bane y había creado ejércitos de tecnobestias que controlaba con energía del lado oscuro.

—Eso explicaría los resultados negativos de los análisis de sangre —dijo 11-4D.

Plagueis asintió.

—Sospecho que ese shi'ido sensible a la Fuerza ha aprendido a modificar su sangre. O quizá solo enturbió la mente del analista, haciéndole ignorar los resultados de las tasas de midiclorianos.

Acababan de salir a la zona de juegos cuando uno de los bothanos se acercó apresuradamente.

—Magistrado Damask, acababan de informarme de que el kubaz se está marchando.

—¿Ha pedido que le transfieran las ganancias a una cuenta?

El bothano negó con la cabeza.

—Ha preferido las fichas de créditos. Es habitual entre los jugadores, para conservar su anonimato.

Plagueis le dio las gracias y se giró hacia el droide.

—Deprisa, CuatroDé. Antes de que nos saque demasiada ventaja.

Se encaminaron hacia la reluciente ecumenópolis, con sus imponentes rascanubes y mónadas. Las pasarelas peatonales estaban abarrotadas de seres llegados desde todas partes de la Ruta Comercial Perlemiana y el cielo estaba saturado de tráfico. Por todas partes veían el mismo nombre, Santhe; sobre las entradas de los edificios, en anuncios que aparecían en gigantescas pantallas de pared, escrito en los laterales de

aerodeslizadores y naves. Aquella prominente familia poseía prácticamente toda Lianna y durante los últimos treinta años se había mostrado interesada en hacerse con el control de una de las principales empresas del planeta: Tecnologías Sienar, cuyos representantes habían sido invitados a la reciente Reunión de Sojourn.

Manteniendo una distancia razonable, Plagueis y 11-4D seguían al kubaz de pasarela en pasarela. Este atravesó uno de los puentes ornamentados que cruzaban el río Lona Cranith y llevaban a la ciudad hermana de Lianna, Lola Curich. Pasaron junto al cuartel general de la Sociedad Histórica del Tion Aliado, Aerodeslizadores Fronde, una cantina llamada Thorip Norr… El kubaz iba mirando todo el rato por encima del hombro y en ese momento, cuando se acercaba a la entrada de un túnel peatonal, estaba acelerando el paso.

—El shi’ido se comporta como si supiera que le siguen —dijo 11-4D, cuyos fotorreceptores estaban fijos en su presa.

—Intentará despistarnos en el túnel. Será mejor que lo esperemos a la salida —Plagueis se detuvo para echar un vistazo alrededor—. Por aquí, CuatroDé.

Corriendo entre los edificios bajo los que pasaba el túnel, llegaron hasta la salida, que daba a una plaza pública con restaurantes y boutiques. UnoUno-CuatroDé enfocó sus receptores ópticos y los apuntó hacia la boca del túnel.

—Basándonos en la velocidad a la que el shi’ido caminaba cuando entró en el túnel, ya debería de haber salido.

—Y lo ha hecho —dijo Plagueis—. Dirige tu atención al fornido askajiano que pasa junto la Cuchara de Aurodio.

Los fotorreceptores del droide rotaron ligeramente.

—El shi’ido ha cambiado de piel dentro del túnel.

—Sospechaba que lo haría.

—Ojalá yo tuviera una herramienta comparable a la Fuerza, Magistrado.

Siguieron su vigilancia clandestina, persiguiendo ahora a un askajiano, que les dio un paseo enrevesado por Lola Curich hasta terminar en un cajero automático del Clan Bancario InterGaláctico, junto a una franquicia de PetVac. Plagueis confiaba que 11-4D podría explicarle qué estaba haciendo el metamorfo.

—Ha ingresado las fichas de créditos —dijo el droide—. Pero no puedo acceder al número de cuenta. Incluso mis sensores de macrovisión tienen sus limitaciones.

Plagueis le hizo un gesto despreocupado.

—Eso no será problema.

Esperaron a que el shi’ido saliera para entrar a toda prisa en el cajero. Con la ayuda de los códigos del CBI que Plagueis le proporcionó, 11-4D encontró rápidamente no solo el número de cuenta sino también la identidad del titular.

—Kerred Santhe el Segundo —dijo el droide.

Plagueis se quedó sin palabras. Santhe había heredado la propiedad mayoritaria de Tecnologías Santhe/Sienar de su padre, el viejo Kerred, quien tenía el honor de ser el primer asesinado por Plagueis bajo la tutela de Darth Tenebrous. Pero no tenía demasiado

sentido que un industrial rico como Santhe necesitara ganar dinero con las apuestas. Pero quizás el shi'ido tuviese alguna deuda con Santhe. ¿La conexión indirecta con Tenebrous explicaría que Venamis se hubiese fijado en el metamorfo?

—¿Qué sabes de la psicología shi'ido? —le preguntó Plagueis a 11-4D.

—Los sujetos shi'ido participaban en los estudios de longevidad que se realizaban en Obroa-skai. Poseen una psicología y un físico muy flexibles, con tendones y ligamentos reconfigurables, y unas características óseas finas pero densas que les permiten soportar su masa carnosa y enormes reservas de fluidos corporales.

—¿Tus sensores son capaces de detectar cuándo un shi'ido está a punto de cambiar de piel?

—Si el shi'ido está cerca, sí.

—En ese caso, no podemos perder ni un minuto.

Tras alcanzar a su presa cuando entraba en la plaza pública, lo adelantaron y se apresuraron a entrar en un túnel peatonal que quedaba más adelante. Al cabo de cien metros se encontraron con un tramo mal iluminado que Plagueis supuso que el shi'ido utilizaría para transformarse y esperaron.

El shi'ido no los decepcionó. Justo cuando empezaba a mudar, de askajiano a lo que debía de ser un ongree o un gotal, 11-4D activó el arma láser escondida en su brazo derecho y disparó una potente descarga a la base del cerebro del shi'ido.

Aquella monstruosa mezcla momentánea de especies lanzó un grito atormentado y se desmoronó sobre el suelo del túnel, retorciéndose de dolor. Moviéndose rápidamente, 11-4D lo arrastró hacia la oscuridad, donde Plagueis se colocó tras el cráneo grotescamente inflado, los hombros desigualados y la espalda encorvada del metamorfo.

—¿Por qué has transferido tus ganancias a Kerred Santhe? —preguntó Plagueis.

La boca retorcida del shi'ido se esforzó en dar una respuesta.

—¿Sois de la Autoridad del Juego?

—Eso quisieras. Repito: ¿Por qué Karred Santhe?

—Deudas de juego —balbuceó el shi'ido, mientras la baba le caía al suelo—. Está endeudado con un par de Vigos de Sol Negro y otros prestamistas.

—Santhe es uno de los seres más ricos de la galaxia —presionó Plagueis—. ¿Por qué iba a necesitar lo que le has estado robando a los casinos, desde aquí hasta Coruscant?

—Debe millones. No ha parado de beber y apostar desde que su padre fue asesinado.

Brillantemente asesinado, pensó Plagueis.

—Aun así, Sol Negro jamás iría tras él.

El shi'ido sensible a la Fuerza estiró su abultado cuello, esforzándose por ver a su inquisidor.

—Ya lo sabe. Pero los Vigos le amenazan con hacer pública esa información. El escándalo podría convencer al consejo directivo de Santhe/Sienar de que lo mejor sería despedirlo de su cargo de jefe de operaciones y nombrar a Narro Sienar como sustituto.

Plagueis rió brevemente, entre sorprendido y satisfecho.

—Y harían bien, metamorfo —se levantó y empezó a caminar—. Has sido de gran ayuda. Puedes marcharte.

—No puede dejarme así —suplicó el shi'ido.

Plagueis se detuvo y volvió hacia su víctima.

—Si estuvieses financiando terroristas o comprando armas, quizá te habría permitido continuar desplumando a los casinos. Pero engordar las arcas de Sol Negro y proteger la reputación del enemigo de un amigo te convierte a ti también en mi enemigo —bajó la voz en un susurro amenazante—. Piénsalo: tienes la última oportunidad de utilizar tus talentos en la Fuerza para ganar, antes de que tu espantoso aspecto se convierta en el fondo de pantalla de las base de datos de tramposos de todos los mundos dedicados al juego. Te sugiero que utilices tus ganancias de manera inteligente y te construyas una nueva vida en algún lugar donde la Autoridad del Juego no pueda encontrarte. Yo tampoco iré a buscarte.

Decir que el planeta Saleucami era lo más rescatable de su sistema significaba que era el único capaz de albergar vida, entre media docena de mundos sofocantes y desolados. Lo más rescatable de Saleucami no eran, como uno podría sospechar, las zonas que no habían sufrido los bombardeos de meteoritos, sino algunos de los cráteres de impacto que había dejado a su estela la incesante tormenta celestial. Porque el impacto de los meteoritos había provocado la aparición de aguas subterráneas ricas en minerales, convirtiendo los cráteres en lagos de caldera y el entorno en oasis de flora orbicular.

Unos bípedos de piel azul y ojos amarillos del otro extremo del Núcleo fueron los primeros en colonizar Saleucami, que significaba «oasis» en su idioma, porque eso era este mundo comparado con los que habían visitado en su largo viaje desde Wroona. Desde entonces habían llegado abundantes grupos de weequays, grans y twi'leks, huidos de conflictos o en busca de un penoso aislamiento y dedicados a cultivar el terreno incoloro para producir humedad y subsistir a base de raíces insípidas que se marchitaban al sol del mediodía y se congelaban por la noche. Más tarde se construyeron una ciudad y un puerto espacial a la sombra de una de las calderas, alimentados por energía geotérmica.

Los inmigrantes más recientes de Saleucami eran de otro tipo: seres jóvenes de mundos tan distantes como Glee Anselm y Arkania, vestidos con andrajos y con todas sus posesiones a la espalda. Vagabundos y buscavidas llegados en los maltrechos transportes y cargueros que viajaban a los sistemas del Borde Exterior. Machos y hembras, aunque el triple de estas, a los que distinguía lo que algunos consideraban una mirada inquieta y otros una mirada perdida. Al principio, los colonos nativos no sabían qué hacer con aquellos vagabundos inútiles, pero poco a poco fue creciendo toda una industria dedicada a proveerles sus simples pero peculiares necesidades de cobijo,

alimento y transporte de superficie hacia los páramos, donde les esperaba la iluminación, ofrecida por las enormes manos de un ser que se rumoreaba que tenía poderes proféticos.

Entre ellos había aquel día un muun vestido con una simple toga con capucha y unas botas gastadas. Aunque normalmente la mera presencia de un muun podría haber generado rumores de que Saleucami estaba a punto de ser adquirido por el Clan Bancario InterGaláctico, la horda juvenil en la que se había introducido el muun apenas se fijaba en él. No en un grupo que incluía ryns, fosh y otras especies exóticas; no cuando el propio Saleucami era considerado poco más que un paso previo hacia un mundo más grande.

Plagueis había dejado a 11-4D en Sy Mirth y terminó el viaje en carguero con la esperanza de pasar lo más desapercibido posible. La información sobre la profeta era escasa, pero Venamis había anotado que había nacido en el Borde Interior y había llegado a Saleucami solo tres años antes. Los colonos del planeta estaban dispuestos a tolerar su presencia y a los extraños seguidores que atraía, siempre que confinaran sus reuniones a los páramos.

Apiñado con otros cuarenta seres en un abarrotado deslizador autobús, Plagueis contempló el desolado paisaje de montañas volcánicas y las escarpadas paredes de los cráteres de impacto. Bajo un cielo despejado de color púrpura pálido la luz cegadora centelleaba intermitentemente y la monotonía del viaje de cinco horas solo la aliviaba ocasionalmente algún asentamiento o alguna granja de humedad solitaria. El trayecto terminaba en un lago de caldera relativamente pequeño, desde cuyas orillas se extendía una extensión comunitaria de tiendas y refugios burdos, habitada por los idealistas veteranos llegados previamente.

Los Elegidos, como les llamaban.

Tras saltar del deslizador autobús, Plagueis siguió al grupo de recién llegados en una corta caminata hasta un anfiteatro natural, donde algunos pudieron sentarse sobre pedazos de meteorito. Otros se sentaron sobre sus mochilas o en el suelo irregular. Poco después, el ruido de motores chirriando anunció la llegada de una caravana de deslizadores terrestres híbridos, muchos de ellos en perfecto estado, aunque cubiertos de polvo y con los colores desteñidos por la intensa luz. Prácticamente todos los seres del anfiteatro se levantaron y una oleada de expectación recorrió a los congregados, convirtiéndose en fervor cuando una hembra iktotchi salió de uno de los vehículos, rodeada de discípulos vestidos tan sencillamente como ella.

A Plagueis no se le ocurría un ser más adecuado para Saleucami o una secta: un bípedo sin pelo con cuernos curvados hacia abajo y frente prominente, piel curtida para soportar los vientos violentos de su planeta natal y una cara agresiva que ocultaba una naturaleza emotiva. Pero lo importante era que poseía una habilidad precognitiva demostrada.

La iktotchi subió sola a un bloque de piedra que era el escenario del anfiteatro y, cuando los asistentes se callaron, empezó a hablar con voz solemne.

—He visto la oscuridad venidera y los seres que la traerán a la galaxia —se detuvo brevemente para que sus palabras tuviesen más impacto—. He sido testigo del

hundimiento de la República y he visto a la Orden Jedi sumida en la agitación —apuntó un dedo hacia las lejanas montañas—. En el horizonte acecha una guerra de ámbito galáctico; un conflicto entre máquinas de aleación y máquinas de carne, y la subsiguiente muerte de decenas de millones de inocentes.

Deambuló por el bloque de piedra, como si hablase sola.

—Veo mundos subyugados y mundos destruidos, y del caos nacerá un nuevo orden, apuntalado por armas feroces como las que no se han conocido en mil años. Una galaxia sometida bajo el yugo de un déspota despiadado que sirve a las fuerzas de la entropía. Y, finalmente, he visto que solo podrán sobrevivir aquellos curtidos por esta ineludible verdad —examinó al público—. Solo aquellos de vosotros que estéis dispuestos a luchar contra los demás y explotar sus desgracias.

Los asistentes estaban sentados en un silencio estupefacto. Se decía que los iktotchi perdían parte de sus habilidades precognitivas cuanto más se alejaban de su mundo natal, pero no siempre era así. Sobre todo, se dijo Plagueis, no si se trataba de una iktotchi potente en la Fuerza. No le extrañaba que Venamis la tuviese controlada.

—He sido enviada para derribar vuestra preciada fe en un futuro brillante y ayudaros a librar una guerra contra las buenas intenciones y el engaño de las ideas puras; para enseñaros a aceptar el hecho de que incluso en medio de esta era aparentemente dichosa, un abrir y cerrar de ojos en la historia de los seres inteligentes, siguen dominándonos nuestros instintos más básicos. He sido enviada para advertiros que la propia Fuerza no será más que una ilusión pasajera entre los que se engañan a sí mismos; una ilusión anticuada que se convertirá en humo en los fuegos purificadores de una nueva era.

Hizo una nueva pausa y cuando volvió a hablar su voz había perdido intensidad.

—Lo que esta galaxia reordenada necesita son seres que no teman ser arrogantes y ventajistas, dispuestos a hacer cualquier cosa por sobrevivir. Aquí, bajo mi orientación, aprenderéis a liberaros de vuestro antiguo yo y encontrar la fuerza para volver a moldearos a vosotros mismos como seres de duracero, mediante actos que puede que jamás hayáis imaginado que seáis capaces de hacer.

»Soy la piloto de vuestro futuro.

Abrió sus brazos hacia el público.

—Mirad, todos, a los seres que tenéis a la izquierda y la derecha, a los que tenéis delante y detrás…

Plagueis hizo lo que le pedían, topándose con miradas inocentes y miradas furiosas, miradas asustadas y expresiones perdidas.

—… Y pensad en ellos como peldaños en vuestra escalada final —dijo la iktotchi, que enseñó las manos—. El contacto de mis manos hará que la corriente empiece a fluir por vuestro interior; activará el interruptor que iniciará vuestro viaje a la transformación. Venid a mí si queréis ser elegidos.

Muchos de los congregados se levantaron y empezaron a acercarse al escenario, apartando a otros a empujones, luchando por ser los primeros. Plagueis se tomó su tiempo y encontró un sitio al final de la sinuosa cola. Aunque la idea de tener un ejército

ya formado de devotos del lado oscuro a su disposición tenía cierto atractivo, la iktotchi estaba propagando el mensaje que había condenado a los Sith de la antigüedad, los Sith que precedieron a la reforma de Bane, que habían permitido que las luchas intestinas llevasen su Orden a la perdición. El mensaje apropiado debería haber sido que renunciasen a su necesidad de sentirse en control de sus propios destinos y aceptasen el liderato iluminado de unos pocos elegidos.

La estrella de Saleucami estaba baja cuando Plagueis llegó al bloque de piedra y se plantó ante la iktotchi. Las manos anchas de ella agarraron las suyas, apretando sus gruesos dedos contra las estrechas palmas de Plagueis.

—Un muun rico y refinado; el primero que acude a mí —dijo ella.

—Fuiste elegida —le dijo Plagueis.

Ella le sostuvo la mirada y un repentino destello de incertidumbre iluminó sus ojos, como si Plagueis hubiese hecho chocar sus cuernos contra los de ella.

—¿Qué?

—Fuiste elegida; aunque sin tu conocimiento. Así que necesitaba conocerte en persona.

Ella seguía mirándole, asombrada.

—No estás aquí por eso.

—Oh, claro que sí —dijo Plagueis.

Ella intentó retirar sus manos, pero Plagueis las tenía ahora bien sujetas.

—Tú no estás aquí por eso —dijo ella, cambiando el énfasis—. Portas la oscuridad del futuro. Soy yo la que te ha buscado; yo la que debo ser tu sirvienta.

—Por desgracia, no —susurró Plagueis—. Tu mensaje es prematuro y peligroso para mi causa.

—¡Pues déjame que lo enmiende! Permíteme servirte.

—Estás a punto de hacerlo.

En los ojos de la iktotchi se encendió un fuego y su cuerpo quedó rígido cuando Plagueis empezó a filtrar rayos hacia su interior. Los miembros le temblaban y la sangre empezó a hervirle. Tenía las manos cada vez más calientes y estaban a punto de arder en llamas cuando Plagueis finalmente sintió que la luz salía del cuerpo de ella y se desplomaba sobre él. De reojo, vio que uno de los discípulos twi'lek de la iktotchi corría hacia él, soltó abruptamente las manos de la profetisa y se apartó de su cuerpo espasmódico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el twi'lek mientras otros discípulos acudían en ayuda de la iktotchi—. ¿Qué le has hecho?

Plagueis hizo un gesto tranquilizador.

—No he hecho nada —dijo con una voz grave y monótona—. Se ha desmayado.

El twi'lek parpadeó y se giró hacia sus camaradas.

—Él no ha hecho nada. Se ha desmayado.

—¡No respira! —dijo uno de ellos.

—Ayudadla —dijo Plagueis en el mismo tono.

—Ayudadla —dijo el twi'lek—. ¡Ayudadla!

Plagueis bajó del bloque de piedra y empezó a caminar en dirección contraria a una repentina corriente de seres frenéticos, hacia uno de los deslizadores autobús que esperaban. La noche caía rápidamente. A su espalda oía gritos de incredulidad resonando en el anfiteatro. El pánico se propagaba. Los seres se comían las uñas, les vibraban las antenas y otros apéndices, caminaban en círculos, hablaban solos.

Era el único a bordo del deslizador autobús. Los que habían llegado con él y los Elegidos que habían construido refugios junto al lago corrían hacia la oscuridad, como si estuviesen decididos a perderse en las aguas.

En una nave estelar de diseño parecido a la que había llevado a Tenebrous y Plagueis hasta Bal'demnic, fabricada por Rugess Nome, Plagueis y 11-4D viajaban hacia Bedlam, un mundo del Borde Medio, cerca del pulsar plateado del mismo nombre. Aquel luminoso fenómeno cósmico, una filtración en el espacio real que era el patio de recreo de hipotéticos seres transdimensionales, le pareció a Plagueis el escenario perfecto para el sanatorio al que habían confinado durante los últimos cinco años al último de los potenciales aprendices de Venamis, un nautolano.

Unos guardias gamorreanos uniformados los recibieron ante las altísimas puertas de la Institución Bedlam para Criminales Dementes y los acompañaron hasta el despacho del superintendente, donde les dio la bienvenida un ithoriano, que escuchó con atención pero claramente consternado el objetivo de la visita sorpresa de Plagueis.

—¿Naat Lare ha sido nombrado beneficiario de una herencia?

Plagueis asintió.

—Una pequeña herencia. Soy el principal albacea y llevo buscándolo algún tiempo.

La cabeza de dos lóbulos del ithoriano se balanceaba adelante y atrás, y sus largos dedos de punta bulbosa martilleaban un dibujo del escritorio.

—Lamento comunicarles que ya no está con nosotros.

—¿Ha muerto?

—Es bastante posible. Aunque lo que quiero decir es que ha desaparecido.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—¿Por qué lo habían recluido en Bedlam? —preguntó Plagueis.

—Fue arrestado por las autoridades de Glee Anselm, pero finalmente le sentenciaron a cumplir su condena aquí, donde podíamos cuidar de él.

—¿Cuál fue su crimen?

—Crímenes, para ser preciso. Tiene un largo historial de prácticas sadomasoquistas, normalmente con animales, piromanía, pequeños delitos y uso de estupefacientes. Esto suele verse en seres que han sufrido malos tratos o han tenido una educación inestable,

pero Naat Lare tenía una familia encantadora y es muy inteligente, a pesar de haber sido expulsado de innumerables escuelas.

Plagueis se pensó detenidamente su siguiente pregunta.

—¿Es peligroso?

El ithoriano tamborileó con sus dedos espatulados antes de responder.

—A riesgo de violar el secreto médico, diría que es potencialmente peligroso, ya que posee ciertos… digamos, talentos, que trascienden lo común.

—¿Esos talentos le ayudaron en su fuga?

—Quizá. Aunque creemos que pudo recibir ayuda.

—¿De quién?

—Un médico bith que se interesó por su caso.

Plagueis se reclinó en su silla. ¿Venamis?

—¿Se han puesto en contacto con el médico?

—Lo intentamos, pero la información que proporcionó sobre su especialidad y lugar de residencia eran falsos.

—Así que puede que no fuera médico.

La cabeza del ithoriano oscilaba sobre su cuello curvado.

—Desgraciadamente. El bith podría ser una especie de cómplice.

—¿Tiene alguna idea de dónde puede haberse escondido Naat Lare?

—Asumiendo que salió de Bedlam por sus propios medios, las posibilidades son limitadas, debido a la escasez de naves estelares que viajan hasta aquí. Su primera parada debió de ser Felucia, Caluula o Abraxin. Avisamos a las autoridades de esos mundos. Por desgracia, no tenemos presupuesto para hacer una investigación exhaustiva.

Plagueis lanzó una mirada significativa a 11-4D y se levantó de su asiento.

—Agradezco mucho su colaboración, superintendente.

—Confiamos que los Jedi lo encuentren, en cualquier caso —añadió el ithoriano cuando Plagueis y el droide estaban a punto de salir del despacho.

Plagueis se dio la vuelta.

—¿Los Jedi?

—Dados los peculiares dones de Naat Lare, nos sentimos obligados a contactar con la Orden en cuanto descubrimos que había desaparecido. Ellos aceptaron amablemente ayudarnos en la investigación —el ithoriano hizo una pausa—. Podría ponerme en contacto con usted si nos enteramos de algo…

Plagueis sonrió.

—Le dejaré mi información de contacto a su ayudante.

11-4D y él regresaron en silencio a la nave. Mientras bajaba la rampa de embarque, Plagueis dijo:

—Los seres como Naat Lare no pueden esconderse mucho tiempo. Busca en la HoloRed y otras fuentes de noticias sucesos recientes en los tres mundos que ha nombrado el superintendente, e infórmame de cualquier cosa que te llame la atención.

La nave apenas había salido de la atmósfera de Bedlam cuando 11-4D se puso en contacto con la cabina.

—Una noticia de Abraxin, Magistrado —dijo el droide—. Enterrada entre historias de sucesos extraños o intrigantes. Informan de los recientes asesinatos de docenas de cazapantanos en las marismas que rodean un asentamiento barabel, en el continente sur.

Los cazapantanos, unas grandes criaturas bípedas no inteligentes, cazaban en manada y eran famosos por utilizar la Fuerza para hacer salir a sus presas de sus escondites.

—Los barabels más supersticiosos creen que la Plaga de Barabel es la responsable de la serie de asesinatos.

Plagueis se golpeó los muslos con las palmas de las manos.

—Nuestro nautolano ha pasado de torturar mascotas domésticas a asesinar criaturas sensibles a la Fuerza. Estoy seguro de que los Jedi llegarán a la misma conclusión.

—Si no lo han hecho ya, señor.

Plagueis se acarició la barbilla mientras pensaba.

—Este tiene algo más que una leve conexión con el lado oscuro. No me extraña que Venamis lo visitase. Que la computadora de navegación ponga rumbo a Abraxin, CuatroDé. Volvemos al Cúmulo Tion.

Un día estándar después habían aterrizado en el planeta, cerca de la zona en la que se habían producido los asesinatos de cazapantanos. El asentamiento barabel estaba muy alejado de cualquiera de los puertos espaciales del planeta, en el inseguro borde de una gran marisma cuyas sinuosas orillas estaban cercadas por densos bosques de árboles enraizados bajo el agua. En un brazo de terreno elevado se alzaban algunos edificios prefabricados entre grupos de casas sobre pilares con techos de paja conectadas entre sí por caminos que serpenteaban por las hierbas de la estación seca. Los reptilianos escamados nativos solo llevaban la ropa necesaria para no perder la decencia y un empalagoso olor dulce de vegetación putrefacta flotaba en el aire. Abraxin había sido potente en la Fuerza en tiempos de Bane, cuando se había aliado con la Hermandad de la Oscuridad de lord Kaan, pero Plagueis podía percibir que aquel poder había disminuido significativamente en los siglos transcurridos desde entonces.

11-4D y él no habían caminado ni un kilómetro cuando se toparon con un grupo de barabels que sacaba un cuarteto de cazapantanos masacrados de aquellas aguas con color de sopa de legumbres. Las apestosas carcasas bípedas habían sufrido cortes y puñaladas, y habían perdido sus ojos rojos por culpa de la delicada obra de un vibrocuchillo. A primera vista uno podría pensar que las criaturas también habían sido decapitadas, ya que sus pequeñas cabezas quedaban muy hundidas entre sus hombros encorvados. A Plagueis le pareció que los barabel no olían mucho mejor que los cazapantanos muertos, pero hablaban el suficiente básico para responder sus preguntas sobre la reciente oleada de asesinatos.

—Estos cuatro, miembros misma manada —explicó uno de los reptilianos—, y los han matado en solo una noche.

Otro, al que le estaba creciendo una nueva cola, añadió:

—Es la Plaga —con la zarpa indicó las cuencas negras de los ojos de una de las bestias—. Este cree que solo la Plaga se llevaría los ojos.

Siguiendo por el camino sombreado que llevaba hacia el asentamiento, Plagueis se quitó la capa, la dobló y se la colocó bajo el brazo derecho. Al girar un recodo vio que no era el único visitante vestido poco adecuadamente para aquel clima. Más adelante, dos Jedi cubiertos con las tradicionales togas marrones de la Orden estaban regateando con un barabel el precio de alquiler de un deslizador acuático. Plagueis se ancló al mundo material mientras el más joven de los dos, un zabrak, se giraba para mirarlos mientras pasaban.

Plagueis respondió a la mirada del Jedi con un saludo con la cabeza y siguió caminando, sin apartarse del camino hasta que llegaron a un pequeño mercado, desde donde aún podía ver a los Jedi y al piloto barabel del deslizador. Familiarizado con el idioma barabel, Plagueis escuchaba furtivamente las conversaciones de los comerciantes, sentados tras de bandejas del pescado, las aves e insectos que proporcionaba la marisma. Todo el mundo hablaba de los asesinatos de cazapantanos y de las supersticiones sobre la Plaga. Pero la llegada de los Jedi se consideraba un buen augurio, ya que la Orden era venerada por haber ayudado a solucionar una disputa entre clanes en Barab casi un milenio antes.

Plagueis llevó a 11-4D hasta la entrada del mercado y le ordenó que enfocara sus fotorreceptores hacia los Jedi, que estaban a punto de llegar a un acuerdo con el piloto del deslizador. Después se permitió recurrir profundamente a la Fuerza.

—Han reaccionado los dos —dijo el droide—. El cereano ha mirado hacia el mercado, aunque no se ha fijado en usted.

—Porque busca un nautolano, no un muun.

Poco después, mientras Plagueis y 11-4D vagaban por el asentamiento, alguien les llamó en básico con acento del Núcleo…

—Parece que somos los únicos extranjeros en la ciudad.

Aquella voz pertenecía al cereano larguirucho, que había salido de una fonda con un frasco lleno de líquido. Tras él salió el zabrak, que colocó dos jarras sobre una mesa situada a la sombra.

—Unase a nosotros, por favor —dijo el cereano, señalando con su alta cabeza cónica una silla libre.

Plagueis se acercó a la mesa pero rechazó la silla.

—Cerveza local —dijo el zabrak, sirviéndola en las jarras—. Aunque dentro he visto una botella de brandy abraxiano, si lo prefiere.

—Gracias, pero ahora mismo no quiero beber —dijo Plagueis—. Quizá cuando haya terminado mi jornada de trabajo.

El cereano hizo un gesto.

—Soy el Maestro Ni-Cada. Y este es el padawan Lo Bukk. ¿Qué le trae a Abraxin, ciudadano…?

—Micropréstamos —le interrumpió Plagueis para no tener que inventarse un nombre—. El Clan Bancario se está planteando abrir una sucursal del Banco de Aargau aquí para apoyar la economía local.

Los Jedi intercambiaron miradas enigmáticas por encima de los bordes de sus jarras.

—¿Y qué trae a los Jedi a Abraxin, Maestro Ni-Cada? Supongo que no son los moluscos.

—Estamos investigando los recientes asesinatos de cazapantanos —dijo el zabrak, quizás antes de que su Maestro pudiese impedírselo.

—Ah, claro. Mi droide y yo hemos visto los cadáveres de cuatro de esas pobres criaturas al llegar al asentamiento.

El cereano asintió seriamente.

—La llamada Plaga habrá terminado mañana mismo.

Plagueis fingió estar gratamente sorprendido.

—Maravillosa noticia. No hay nada peor que la superstición para paralizar una economía. Disfruten de su cerveza, ciudadanos.

UnoUno-CuatroDé esperó a estar lo bastante lejos para que los Jedi no pudiesen oírlos para decirle:

—¿Nos marchamos de Abraxin, Magistrado?

Plagueis negó con la cabeza.

—No hasta que haya encontrado al nautolano. No tengo más remedio que intentar atraerlo para sacarlo de su escondite.

—Pero si recurre a la Fuerza, es probable que también atraiga a los Jedi.

—Quizá merezca la pena correr ese riesgo.

Pasaron la tarde escuchando conversaciones sobre los lugares de los asesinatos y llegaron a la conclusión que Naat Lare, consciente o inconscientemente, había seguido un patrón. En plena oscuridad, en un extremo del asentamiento, junto a la orilla plagada de sanguijuelas de la oscura marisma, a unos seis kilómetros del mercado, Plagueis se quitó las mallas, la túnica y el gorro, y se sumergió desnudo en las aguas turbias. Con un respirador Aquata sujeto entre los dientes, se propulsó hacia el fondo. Allí, entre el lodo, se abrió plenamente a la Fuerza y convocó al nautolano, a quien su Fuerza y sentidos olfativos debían sugerirle que la madre de todos los cazapantanos estaba cerca. Una mujer nautolana tatuada llamada Dossa había sido considerada apta para servir al lord Sith Exar Kun; ¿quién sabía qué talentos podía poseer Naat Lare?

Plagueis salió a la orilla fangosa en medio del estridente ruido de los insectos, se vistió y se sentó a la luz de las estrellas sobre las resbaladizas raíces de un árbol frondoso. Poco después sintió un eco en la Fuerza y vio que el agua se rizaba a cierta distancia. En la penumbra, surgieron del agua unos rizos azul verdosos, seguidos de un par de ojos granates sin párpados. Después apareció el ser anfibio de Glee Anselm, avanzando como un animal y fijando su atención en Plagueis.

En ese mismo momento, el muun oyó el ruido del deslizador acuático acercándose rápidamente desde el interior de la marisma y percibió la presencia de los dos Jedi.

—Tú no eres Venamis —dijo Naat Lare en básico, colocando una mano sobre la empuñadura del vibrocuchillo que llevaba sujeto en su musculoso muslo.

—Él te ayudó a escapar de Bedlam y te envió aquí como parte de tu entrenamiento.

Naat Lare cogió el vibrocuchillo.

—¿Quién eres?

Plagueis se enderezó.

—Soy el Maestro de Venamis.

El nautolano pareció confundido, aunque solo momentáneamente. Después se arrodilló en el barro.

—Lord —dijo, bajando la cabeza.

El sonido del deslizador se acercaba tras un recodo de la marisma.

—Te han seguido dos Jedi.

Naat Lare giró su cabeza trenzada hacia el sonido del deslizador.

Plagueis empezó a retroceder hacia las sombras y su naturaleza terrenal.

—Demuestra que eres digno de mí y Venamis matándoles.

—Sí, mi lord.

El nautolano se puso de pie y se lanzó al agua cubierta de limo.

Plagueis esperó escondido entre los frondosos árboles. El motor del deslizador quedó en silencio; después el agua se agitó, se oyeron gritos de alarma y se vio un repentino destello de luz en plena noche.

—¡Maestro!

Se oyó un estridente ruido gutural, seguido de un grito de dolor.

—Aparta, padawan.

—Maestro, es…

Otro grito, aún más agudo.

—¡No! ¡No!

El siseo de una espada de luz furiosa cortando el aire, un aullido de dolor y algo pesado que caía al agua.

—¿Está vivo? ¿Está vivo?

Alguien gimió de dolor.

—Espera…

Las olas rompieron contra la orilla llena de raíces en la que estaba escondido Plagueis.

—¿Maestro?

—Se acabó. Está muerto.

9: RESERVAS NO EXPLOTADAS

Durante más de cincuenta años Explotaciones Damask había ocupado una de las superagujas más majestuosas de Harnaidan. Aunque no era tan alta ni tan imponente como las del Clan Bancario InterGaláctico y sus numerosas subsidiarias, el edificio tenía la ventaja de estar construido cerca de los lagos de agua caliente más grandes de la ciudad, que se habían incorporados a la propiedad como un exclusivo balneario. Desde la sala de juntas de la empresa se veía el lago y los manantiales que lo rodeaban, en el refugio arquitectónico de la planta doscientos, donde Hego Damask, Larsh Hill y los jefes y ejecutivos de Explotaciones Damask celebraban sus reuniones dos veces por semana. Aquel día una holopresencia de una cuarta parte de su tamaño real estaba en el centro de la enorme holomesa circular de la sala, dirigiéndose a los muuns reunidos en el básico del alejadísimo mundo de Naboo.

El orador, un humano de altura media, tenía el pelo negro peinado hacia atrás desde su frente inclinada, además de barba y mostacho espesos y largos, y unos ojos azul intenso en una cara asimétrica muy poco notable. Iba vestido con varias capas de prendas de colores vivos, que incluían un chaleco bordado con caligrafía futhork y un sobretodo que le caía hasta las rodillas, revelando unas botas de cuero altas y tacón bajo. Se llamaba Ars Veruna y aunque no ocupaba ningún puesto en el gobierno monárquico de Naboo, hablaba en nombre de un pretendiente al trono, Bon Tapalo, y era muy probable que fuese nombrado gobernador de la ciudad de Theed, si Tapalo era elegido.

—Nuestra campaña se ha estancado por los alegatos de los líderes de algunas casas reales —les estaba diciendo Veruna a los muuns reunidos—. Debemos hacer algo para recuperar la iniciativa… Y rápido. Las réplicas hechas públicas por un benefactor anónimo sirvieron para contrarrestar en gran medida el daño inicial de las declaraciones a los medios de los nobles, pero el electorado está receloso, lo que refuerza la posición de nuestros oponentes provinciales.

—Cancelación de audio —dijo uno de los muuns hacia los receptores del holosistema. Tranquilo una vez que su conversación fue silenciada, prosiguió—: ¿Todos los naboo son tan hirsutos y visten tan elaboradamente como este tal Veruna?

Le contestó Larsh Hill.

—Son tradicionalistas… Tanto en las barbas como en la política. El estilo de vestimenta y los adornos faciales son un homenaje a la ropa de gala de la reina Elsinore den Tasia de Grizmallt, que envió una flota expedicionaria de humanos al planeta hace unos cuatro mil años. Algunos naboo afirman poder demostrar que son descendientes directos de ella.

—Bueno, no son tan peludos como los wookies —dijo otro.

Hill gruñó afirmativamente.

—Además de humanos, en Naboo también habita una especie anfibia sin pelo conocida como gungan. Quizá sean indígenas, o quizá no, pero en cualquier caso no pueden representar al planeta en las relaciones galácticas.

Sentado de espaldas a la vista panorámica que había tras la vidriera de la pared, Plagueis estudiaba la holoimagen de Veruna. En general despreciaba a todos los políticos por sus pretensiones y su absurda creencia de que la riqueza y la influencia proporcionaban un poder verdadero. Pero los políticos eran un mal necesario y, como mínimo, Veruna ardía de codicia y ambición, lo que significaba que podía ser manipulado si era necesario.

Las misiones en Lianna, Saleucami y Abraxin seguían frescas en su mente. A nivel filosófico entendía los motivos por los que las generaciones de lores Sith precedentes habían entrenado aprendices, a los que habían legado su conocimiento del lado oscuro de la Fuerza, a la espera del combate final por la supremacía. Pero con el Gran Plan acercándose a su culminación, no tenía sentido retar o matar a seres de poder igual, a no ser que supusieran una amenaza para el destino personal de Plagueis. Él continuaría el linaje Sith, o este se perdería para siempre. De ahí la necesidad de un socio más que de un subordinado; un cómplice que le ayudase a poner en marcha las etapas finales del imperativo Sith. Siempre había creído que el lado oscuro le proporcionaría uno en el momento oportuno.

Plagueis no había anticipado que debería desviar su atención hacia Naboo tan repentinamente, pero con la Federación de Comercio aún refunfuñando por su apoyo a las zonas de libre comercio en el Borde Exterior y los gran preocupados por perder ingresos en las carreras de vainas por culpa de Gardulla la hutt, tenía motivos de sobra para volver a concentrarse en los negocios. Más importante aún, Plagueis siempre había buscado un planeta que Explotaciones Damask y el comité de pilotaje pudiesen utilizar como base de operaciones. La posibilidad de tener un futuro rey a sus pies era un atractivo adicional y seres de tan dudosa reputación como Jefe Cabra pretendían aprovecharse del dominio muun de Naboo.

Durante su ausencia de Muunilinst, Larsh Hill y otros se habían acercado al grupo que competía por el trono de Naboo. A cambio de apoyo financiero y logístico en la inminente elección, Explotaciones Damask había pedido los derechos exclusivos del transporte de plasma del depósito aún no explotado que Minería Subtext había encontrado recientemente en las profundidades de la meseta sobre la que se alzaba la capital, Theed. No obstante, no todos los naboo eran favorables a introducir el planeta en el tipo de comercio que resultaría de la explotación de la energía de plasma y un grupo de nobles había decidido apoyar al principal rival de Tapalo para la corona.

Tras reactivar la transmisión de audio, Plagueis preguntó:

—¿De qué naturaleza eran los alegatos hechos por las casas reales?

—Primero hicieron correr la voz sobre la exploración minera que habíamos hecho —dijo Veruna—, pero esa revelación no logró el efecto pretendido ya que varios miembros del electorado apoyan la abertura de Naboo al comercio galáctico. Después, cuando se

enteraron de nuestras conversaciones con Explotaciones Damask, los nobles nos acusaron de vender Naboo al mejor postor, y cito: «a un oscuro cártel de criminales despiadados que actúan fuera del sistema» —el humano se detuvo un momento—. Debe entender, Magistrado, que nuestro mundo tiene que superar aún una larga historia de prohibición de la influencia externa. Las casas reales son conscientes de que el comercio es una cuestión delicada y ahora abogan por que Naboo supervise el transporte de plasma a otros mundos. Pero, francamente, no tenemos ni los fondos ni la capacidad para hacerlo.

—¿Cómo se enteraron los nobles de nuestros tratos con vosotros? —preguntó Plagueis.

—No hemos podido determinar la fuente —dijo Veruna.

Plagueis silenció la transmisión de audio y se giró hacia Hill.

—Debemos plantearnos si alguien cercano a nuestra organización puede ser responsable de esa «filtración».

Hill y algunos otros asintieron para mostrar su acuerdo.

—Las casa reales deben saber que no es buena idea lanzarse al negocio del transporte transgaláctico —dijo Plagueis al reactivar la transmisión de audio—. Naboo necesitará financiación, apoyo logístico e incluso legislación republicana, y es precisamente en esas áreas donde Explotaciones Damask puede servir como intermediario. La financiación provendrá del Clan Bancario InterGaláctico, y otros grupos de empresas se ocuparán de ayudar a Naboo a manipular el plasma y construir un puerto espacial lo bastante grande para dar cobertura a las naves necesarias para transportarlo.

Veruna se tocó la afilada barba.

—Seguro que Bon Tapalo está deseando explicarle esos detalles al electorado.

A Plagueis le gustó lo que oía.

—Has mencionado ciertas réplicas anónimas.

—Sí, y confieso que la información nos sorprendió tanto como al que más. Al parecer, nuestro grupo no es el primero que busca asesoramiento y apoyo en otros planetas. Hará unos sesenta años estándar, en pleno cénit de la guerra entre Naboo y los gungan, nuestro monarca fue asesinado, y ahora se ha sabido que algunos miembros de las mismas casas reales que se oponen a Tapalo llegaron a un acuerdo secreto con un grupo de mercenarios para que interviniesen en la guerra si Naboo sufría más contratiempos. Afortunadamente, el conflicto se resolvió sin necesidad de ayuda externa. De hecho, como fruto de aquel conflicto, la monarquía ha sido desde entonces electiva, en lugar de hereditaria.

—Dices que la información cayó por sorpresa —continuó Plagueis.

Veruna asintió.

—Esa información tuvo que proporcionarla una fuente de la oposición.

Ahora fue Larsh Hill el que silenció la transmisión de audio.

—Veruna tiene razón. Pudimos rastrear el origen de la información hasta el hijo mayor de uno de los nobles. Con la esperanza de evitar un escándalo que podría dividir al electorado, el jefe de la casa real ha hecho correr la mentira de que el grupo de Tapalo

encontró esa información por casualidad y la hizo pública, cuando en realidad solo podía difundirla alguien con acceso a los archivos familiares.

Con gran interés, Plagueis dijo:

—¿Cómo se llama esa familia real?

—Palpatine.

—¿Y el hijo?

—Igual. Le llaman solo por el apellido.

Plagueis se reclinó en la silla para pensar y después dijo:

—Puede que hayamos encontrado un potencial aliado, alguien dispuesto a mantenernos informados sobre los planes de la realeza para la futura elección.

—Un agente —dijo Hill—. Un infiltrado, por así decirlo.

Plagueis desactivó el silenciador.

—Queremos visitar Naboo para tratar estas cuestiones cara a cara.

Veruna estaba claramente sorprendido.

—Su aparición pública nos permitiría desmentir cualquier alegato de conjura secreta.

—Si es así, todos salimos ganando.

Veruna hizo una reverencia.

—Será un gran honor recibirlo, Magistrado Damask.

Más adelante tanto los naboo como los gungan dirían que no recordaban un invierno más frío que el que siguió a la visita otoñal de Hego Damask a su planeta. Los ríos e incluso las cataratas que había bajo Theed se congelaron; las extensas llanuras y los altos bosques se cubrieron de una alfombra de nieve de tres metros de altura; seísmos plasmáticos sacudieron las montañas Gallo y el País de los Lagos, los Lugares Sagrados y la ciudad submarina de Otoh Gunga; y muchas de las salidas de aguas subterráneas que horadaban el planeta quedaron bloqueadas por témpanos de hielo.

Tapalo y Veruna insistieron en enviar una nave insignia de Naboo para transportar a los muun desde Muunilinst, y el elegante nubian aterrizó en el puerto espacial de Theed, una instalación pequeña que debía multiplicar por veinte su tamaño si Naboo quería convertirse algún día en un actor importante del comercio galáctico. A Plagueis la ciudad en sí le había parecido la antítesis de Harnadian; mientras la capital de Muunilinst era vertical, angulosa y austera, Theed era baja, compleja y condensada, dominada por rotondas coronadas con cúpulas verdes o tejados planos y torres con gradas apoyadas sobre arcos redondos. Un río y varios afluentes recorrían el lugar, atravesados por puentes de filigrana, y caían en una serie de cascadas altas desde un desfiladero hasta la verde llanura de debajo.

Un cortejo de deslizadores aéreos transportó a los muuns enfundados en togas negras por las calles más adecuadas para el tráfico peatonal hasta el patio interior de un viejo palacio, donde el pretendiente al trono Bon Tapalo, Veruna y varios asesores humanos y

aspirantes a ministros de ambos sexos esperaban para darles la bienvenida. Envuelto en togas de brilloseda y elevado sobre unas botas de tacón alto, el rubio y barbudo Tapalo se comportaba ya como un rey, aunque fuese de un mundo de segunda fila, y no se levantó de su asiento mientras le presentaban a Hego Damask y el resto de muuns, flanqueado por guardias en uniformes con faldones acampanados y armados con blásters antiguos. Veruna, por contra, se colocó inmediatamente junto a Damask, mientras los muun eran escoltados hacia el edificio central del complejo.

—Como le dije cuando hablamos hace unas semanas, Magistrado Damask, su visita es un gran honor.

—Y cómo te dije yo entonces, todos ganamos con ella —Damask se giró para mirarlo—. Sospecho que sobre todo tú.

Veruna hizo un gesto de duda.

—Yo…

—Ahora no —le dijo en voz baja Damask—. Cuando sea el momento, tú y yo hablaremos en privado.

El grupo pasó bajo un amplio arco y atravesó un vestíbulo de piedra pulida, llegando finalmente a otro patio pequeño en el que se habían instalado varias mesas, algunas atestadas de comida y bebida, y la más larga de todas reservada para los muuns. En cuanto estuvieron sentados aparecieron criados que empezaron a servir comida, incluidas varias carnes que lo muuns rechazaron educadamente. La práctica de consumir carne cuando hacía negocios era algo Damask había aprendido a tolerar en sus tratos con humanos, aunque la detestaba secretamente.

Durante años también había detestado la compañía de humanos. Aquellos bárbaros comedores de carne eran una especie altamente evolucionada. Gracias a su inteligencia natural y astutas facultades, merecían ser tratados con la misma deferencia que los muuns. Aun así muchas especies inteligentes de la galaxia se consideraban iguales a los humanos, únicos responsables de sus propias desgracias. A diferencia de los muuns, los humanos no tenían reparos en rebajarse al nivel de seres menos avanzados —los lentos de reflejos, desfavorecidos, necesitados y deplorables— en una igualdad simulada, mostrando la disposición a trabajar codo con codo con ellos. En lugar de celebrar su superioridad, a menudo se dejaban arrastra al pozo de la mediocridad. Un muun no aceptaría un trabajo como piloto de nave estelar, contrabandista, diplomático o político a no ser que fuera por el bien común de los muuns. Los humanos, por contra, podían hacer cualquier trabajo. Pero lo que los hacía especialmente intrigantes era su aparente intención de expandirse hasta los más remotos confines de la galaxia, sin ningún sentido del control o la planificación, al precio que fuese y utilizando un mundo tras otro en su búsqueda insaciable, como si su diáspora del Núcleo reflejase alguna especie de imperativo de la especie. Más importante aún, la Fuerza no solo parecía permitir su diseminación desenfrenada sino apoyarla. Damask sospechaba que el futuro profano de la galaxia estaba en manos humanas.

El vino de flores de Naboo seguía corriendo cuando los muuns hicieron su discurso al grupo de Tapalo, utilizando el holoproyector del patio para ofrecer un retrato virtual del aspecto que tendrían Theed y otras ciudades cercanas diez años después. La financiación del CBI se destinaría a la perforación del depósito de plasma bajo la meseta. Al mismo tiempo, Construcciones y Ensamblajes del Borde Exterior, una de las empresas de Cabra, construiría una enorme refinería en lo que en ese momento era una zona verde, con vistas a la Catarata Verdugo, instalando la maquinaria en un edificio de bóveda triple de diseño neoclásico. Los muuns explicaron cómo podían estabilizarse las paredes del acantilado y desviar los afluentes del río Solleu sin perturbar la arquitectura existente ni la red de túneles subterráneos de Theed. Bajo los acantilados, la Federación de Comercio ampliaría el puerto espacial de la ciudad, construyendo una enorme plataforma de aterrizaje que seguiría la curva natural del desfiladero y abriría un segundo puerto comercial en Spinnaker.

Cuando el discurso terminó, Tapalo parecía afligido.

—Está claro que habéis pensado en todos los detalles —le dijo a Larsh Hill—. ¿Pero no hay sitio en vuestros planes para empresas de Naboo?

—Lo último que queremos es que estos proyectos de construcción se vean como signos de ocupación forastera —dijo Hill—. Nuestros socios desean trabajar estrechamente con Ingeniería de Energía de Plasma y la Corporación de Ingeniería de Naves Espaciales de Theed, ambas de Naboo, para asegurarse de que estas mejoras se vean como un esfuerzo cooperativo. Cuando las fases de construcción estén terminadas, la refinería y el puerto espacial quedarán bajo su completo control.

La cara de Tapalo recuperó algo de color.

—La oposición afirma que Naboo estará eternamente endeudado con el Clan Bancario y la Federación de Comercio.

—Solo hasta que el plasma empiece a fluir —dijo Damask—. Comprendo su inquietud. Pero lo que deben preguntarse es si pueden conseguir la corona sin nuestra ayuda.

En la mesa se iniciaron varias conversaciones separadas.

—Supongo que sí —dijo Tapalo, haciendo una señal para pedir silencio—. Pero quizás es mejor correr el riesgo de ser derrotados que ascender al trono con deshonra.

—¿Deshonra? —repitió Hill con una incredulidad irritada—. ¿Hemos cruzado la galaxia para que nos insulten?

—Espere —dijo Veruna, pidiendo calma con un gesto—. No queríamos insultar a Explotaciones Damask —se giró para mirar a Tapalo y su selecto equipo de ministros y asesores—. Sí, debemos tener presentes los recelos del electorado actual, pero no deberíamos permitir que las temerosas voces de unos pocos mutilen la posibilidad que se nos presenta de unirnos a la comunidad galáctica y elevar el perfil de todo el sector Chommell. Sugiero que actuemos con valentía. Para evitar dar la sensación de que cedemos a las presiones, propongo que utilicemos la visita sin precedentes de Explotaciones Damask para anunciar que nosotros y solo nosotros podemos llegar a un

acuerdo con el Clan Bancario y otros que hará que Naboo pueda reestructurar su deuda, alcanzar un estatus de mundo favorecido con el Núcleo, recortar los impuestos, bajar los tipos de interés y ofrecer infinitas oportunidades de empleo, tanto para locales como forasteros —cerró el puño para dar más énfasis—. Debemos aprovechar el momento, antes de que pase.

Poco a poco, Tapalo y los demás empezaron a asentir, mostrando su acuerdo.

—¿Tiene algo que añadir, Magistrado Damask? —dijo finalmente Tapalo.

Damask extendió las manos.

—Solo que no podríamos haber analizado la situación mejor de lo que acaba de hacer el futuro gobernador de Theed.

—Bien dicho —dijo uno de los asesores de Tapalo, levantando su copa de vino y brindando por Veruna.

El resto lo imitó y todos bebieron.

Y Damask pensó: algún día, no muy lejano, Veruna será el rey de Naboo.

El plan era que los muuns pasaran la noche en Theed y retomar las conversaciones la mañana siguiente. Mientras les mostraban sus habitaciones a Hill y los demás, Plagueis se disculpó y se dirigió a pie al edificio de la universidad, al otro extremo de la ciudad. Su ruta le llevó por parques frondosos, dos puentes, torres, obeliscos y el corazón de la Plaza del Palacio, con su pareja de arcos del triunfo. La rotonda central de la universidad, coronada por una estatua de una figura humana, estaba situada junto a uno de los afluentes del Solleu, dominando un recinto de edificios señoriales y lugares públicos. Plagueis localizó el centro de estudiantes y fue a la oficina de registro, atendida por una joven rubia que lo miró fijamente mientras se acercaba.

—Busco a un estudiante llamado Palpatine —dijo él en básico.

—Lo conozco —dijo ella, asintiendo.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo ahora? ¿Está en clase?

Ella resopló.

—Va y viene. Puede que lo haya visto en el edificio del Programa Juvenil.

—¿Puede?

—Creo que era él.

Humanos, pensó Plagueis.

—¿Puede indicarme cómo llegar?

Su respuesta fue un mapa burdo que Plagueis utilizó para atravesar el campus hasta la sede del Programa Legislativo Juvenil, una organización que supervisaba los programas del servicio público obligatorio de Naboo. Estaba rodeado de jóvenes alborotados. Algunos ni siquiera lo veían, otros se apartaban cuando se cruzaban con él. Preguntó varias veces por Palpatine y pudo limitar su búsqueda a la plaza que había frente a las columnas de la biblioteca, donde finalmente reconoció a Palpatine gracias a las holos que Hill le había proporcionado. Cruzaba enérgicamente la plaza acompañado por un humano que casi le doblaba la edad, con pelo negro y un atuendo más formal. El propio Palpatine iba vestido con pantalones, botines y una camisa holgada abotonada en el cuello. De

estatura media, tenía el pelo ondulado y pelirrojo, una nariz prominente y una cara fina que a los humanos probablemente les parecía amigable. Tenía la espalda recta y los brazos largos en relación con su torso, y se movía con elegancia y soltura.

Durante un rato, Plagueis lo observó desde lejos, acercándose solo cuando Palpatine se separó del hombre mayor. El joven no vio a Plagueis hasta tenerlo a solo unos pasos y cuando lo hizo se dio la vuelta bruscamente y caminó en dirección contraria.

—Joven humano —dijo Plagueis, acelerando el paso—. Dedícame un momento de tu tiempo.

Viendo que Palpatine hacía oídos sordos, alargó sus zancadas y le llamó:

—Palpatine.

El joven se detuvo a regañadientes y lo miró por encima del hombro.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Sé más cosas sobre ti aparte de tu nombre —dijo Plagueis, poniéndose al lado de Palpatine.

En los ojos azules del humano brillaron el interés y la cautela.

—Normalmente me ofendo cuando alguien afirma saber algo sobre mí, pero como yo también sé algo sobre usted, me contendré.

¿Te contendrás de hacer qué?, se preguntó Plagueis.

—¿Qué sabes de mí?

Palpatine lanzó un suspiro de impaciencia.

—Usted es Hego Damask. El presidente, no, el «Magistrado», de Explotaciones Damask. Mi padre dijo que iba a venir a Naboo para reunirse con Bon Tapalo. Usted está apoyando su candidatura al trono.

—¿Tu padre también te dijo que quizá vendría a hablar contigo?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Y qué quiere de mí, exactamente?

—Creo que tenemos algo en común.

—Lo dudo mucho.

—Ese es un buen motivo para que nos conozcamos mejor.

Palpatine miró alrededor, como si quisiera escapar.

—¿Quién era ese hombre con el que estabas hablando antes? —preguntó Plagueis.

Palpatine empezó a decir algo, pero se detuvo y volvió a empezar.

—Mi mentor en el programa juvenil. Se llama Vidar Kim. Es ayudante del senador de Naboo de la República y es muy probable que sea su sucesor —miró con dureza a Plagueis—. Y no es un partidario de Tapalo.

Plagueis sopesó su respuesta.

—¿Te interesa entrar en política cuando termine tu participación en el Programa Legislativo Juvenil?

—No estoy seguro de qué quiero hacer después de la universidad.

—Pero tienes cierto interés en la política.

—No he dicho eso. He dicho que no estoy seguro.

Plagueis asintió y miró hacia el edificio de la biblioteca.

—No he estado nunca en Theed. ¿Querrías hacerme de guía?

Palpatine estaba boquiabierto.

—Solo una visita corta.

Conversando sobre nimiedades, caminaron junto al río en dirección al auditorio y la Aguja de la Reina Yram, después cruzaron una pasarela y giraron hacia el complejo del palacio. Aparte de proporcionarle holos de Palpatine, Larsh Hill no había podido darle demasiada información sobre el pasado del joven. Aunque no sabía su nombre, el padre de Palpatine era un rico e influyente miembro de la realeza célebre por defender la independencia y aislamiento de Naboo. Se creía que el nombre de la familia era un antiguo nombre de estado de las familias nobles hereditarias, o quizás uno tomado prestado de una antigua región de Naboo.

—Theed es una ciudad preciosa —dijo Plagueis cuando salieron de una calle estrecha y desembocaron en la Plaza del Palacio.

—Si te gustan los museos —replicó Palpatine displicentemente.

—¿No te interesa el arte?

Palpatine lo miró de reojo.

—Me gusta el arte. Pero soy más minimalista.

—¿En todo?

—Preferiría que Theed no estuviese tan llena de gente. Preferiría que los inviernos fuesen más suaves. Preferiría que nuestro rey tuviese menos asesores y ministros.

—Parece un discurso político.

—Simplemente es mi opinión personal.

—Una cosa no excluye a la otra.

Palpatine se detuvo en seco.

—¿Qué intenta sonsacarme?

Plagueis señaló un banco cercano. Cuando Palpatine finalmente se relajó y se sentó, el Magistrado le dijo:

—Me he enterado de que fuiste responsable de la difusión de cierta información que ha ayudado a la campaña de Tapalo.

En la cara de Palpatine afloró una sorpresa genuina.

—¿Cómo…?

Plagueis levantó una mano.

—Ahora mismo eso no importa. Lo que importa es que lo hiciste contra los presuntos deseos de tu padre, tu mentor y algunos otros miembros de la realeza.

—¿Piensa divulgarlo?

Plagueis examinó la cara del joven.

—¿Qué pasaría si lo hiciera?

—Para empezar, mi padre me mataría.

—¿Literalmente?

Palpatine exhaló enfáticamente.

—Me repudiaría.

—Entonces, es cierto. Tu padre y tú estáis en bandos opuestos respecto a la futura elección.

Palpatine bajó la vista al suelo.

—Lo extraño sería que estuviésemos en el mismo bando respecto a alguna cuestión —volvió a mirar a Plagueis—. Quiero que Naboo rompa con el pasado. Quiero que forme parte de la galaxia. ¿Tiene algo de malo querer jugar un papel importante en la historia de la República?

Plagueis negó con la cabeza.

—Los gobiernos vienen y se van.

—¿Tiene alguna idea mejor para gobernar la galaxia?

Plagueis se rió.

—No soy más que un viejo muun, qué voy a saber yo.

Palpatine pareció entenderle y resopló.

—¿Cuántos años tiene?

—En años humanos, más de cien.

Palpatine silbó.

—Qué envidia.

—¿Por qué?

—Por todo lo que ha hecho y aún puede hacer.

—¿Qué harías tú?

—Todo —dijo Palpatine.

Se levantaron del banco y empezaron a caminar hacia el complejo universitario. Plagueis se sumergió profundamente en la Fuerza para estudiar a Palpatine, pero no fue capaz de averiguar gran cosa. En el mejor de los casos, los humanos eran difíciles de descifrar y la mente de Palpatine era un torbellino de conflictos. Hay tantas cosas en ese pequeño cerebro, se dijo Plagueis. Tanta corriente emocional y egoísmo. Tan distinto de los intelectos predecibles y enfocados de los seres del Borde Exterior, sobre todo de los de mente colmena.

Palpatine se detuvo junto a un deslizador terrestre de colores brillantes y tres alerones con el morro afilado y un motor repulsor que parecía lo bastante potente para elevar a un droide de carga.

—¿Este vehículo es tuyo? —preguntó Plagueis.

La mirada de Plagueis brilló orgullosa.

—Un prototipo de Flash de grado patrulla. Compito en carreras.

—¿Y ganas?

—Si no lo hiciera ¿por qué iba a molestarme en correr?

Palpatine subió al deslizador y se colocó frente a los controles.

—Tengo algo perfecto para adornar tu espejo retrovisor —dijo Plagueis. Sacó de un bolsillo una moneda de aurodio puro que colgaba de una cadena y la dejó caer sobre la palma de la mano de Palpatine—. Es una antigüedad.

El joven humano miró el regalo.

—Nunca había visto nada igual.

—Es tuyo.

Palpatine le miró perplejo.

—Quién sabe, quizás algún día te dediques a la banca —dijo Plagueis.

Palpatine se rió relajadamente.

—Es poco probable, Magistrado Damask.

—Supongo que hay mejores maneras de ganar créditos.

Palpatine negó con la cabeza.

—Los créditos no me interesan.

—Empiezo a preguntarme qué te interesa.

Palpatine se calló lo que iba a decir.

—Palpatine, me pregunto qué te parecería trabajar para nosotros… Me refiero a Explotaciones Damask.

Palpatine frunció sus gruesas cejas.

—¿Haciendo qué?

—Para serte franco, para que fueses una especie de espía —prosiguió antes de que Palpatine pudiese hablar—. No diré que tú y yo queramos lo mismo para Naboo, porque está claro que, a pesar de tus sentimientos respecto a su arquitectura, amas tu mundo. Mi grupo, no obstante, está menos interesado en el gobierno de Naboo que en su plasma y los beneficios que aportará la apertura del mercado.

Parecía que la verdad sin tapujos era algo completamente nuevo para Palpatine.

—Si lo hubiese planteado de manera distinta, habría rechazado su oferta inmediatamente.

—¿Eso quiere decir que aceptas? ¿Quieres informarnos de las maquinaciones políticas que trama el grupo de tu padre?

—Solo si le informo a usted directamente.

Plagueis intentó una vez más examinarlo con la Fuerza.

—¿Eso es lo que deseas?

Palpatine respondió con un asentimiento serio.

—Lo es.

—En ese caso, desde ahora mismo, me informarás exclusivamente a mí —dijo Plagueis—. Me encargaré de prepararlo todo.

Se apartó del deslizador cuando Palpatine lo encendió.

El joven se quedó un instante en silencio.

—Mañana podría llevarle a dar una vuelta —dijo finalmente, por encima del zumbido del motor—. Si tiene tiempo, claro. Puedo mostrarle algo más de Theed y las afueras.

—Solo si prometes no ir demasiado deprisa.

Palpatine sonrió maliciosamente.
—Solo lo bastante deprisa para que resulte interesante.

10: EL CICLO DE VIOLENCIA

Volando a un metro de altura, el ágil deslizador de Palpatine espumaba las llanuras que había bajo la meseta de Theed, creando surcos sinuosos en las hierbas altas. El día era claro y el aire cálido estaba saturado de insectos y polen.

—Muy emocionante —dijo Plagueis desde el asiento del pasajero cuando Palpatine dejó de pisar el acelerador.

—Quizá me haga corredor profesional.

—Puede que los naboo esperen algo más del primogénito de la Casa de Palpatine.

—Me trae sin cuidado lo que esperen los demás —dijo Palpatine sin mirarlo.

—¿El deslizador fue regalo de tu padre?

Palpatine le miró a los ojos.

—Una especie de soborno… que acepté.

—¿Aprueba que corras?

Palpatine emitió un sonido estridente.

—Mi padre hace años que no se sube conmigo al deslizador.

—No sabe lo que se está perdiendo.

—No tiene nada que ver con mi manera de conducir —Palpatine se giró ligeramente en el asiento de piloto—. Cuando era más joven fui responsable de la muerte de dos peatones. En aquel momento, mi padre me amenazó con no dejarme volar nunca más, pero finalmente transigió.

—¿Qué le hizo cambiar de idea?

Palpatine se inclinó hacia delante.

—Se cansó de mi insistencia.

—Vaya —dijo Plagueis—. No lo sabía.

Aunque en realidad sí lo sabía. Con la ayuda de 11-4D había descubierto que en su atribulado pasado, Palpatine había ido rebotando de una escuela privada a otra, por culpa de pequeños delitos y ofensas que habrían terminado con un plebeyo en un correccional. Una vez tras otra, su padre, que compartía con su hijo el gusto por la violencia, había utilizado sus influencias para rescatarlo y esquivar el fantasma de los escándalos familiares. Para Plagueis, no obstante, las transgresiones del joven solo reforzaban su excepcionalidad. Estaba ante un joven que había superado la moral común y se consideraba lo bastante único para crearse su propio código ético individual.

Palpatine señaló el lejano dosel de los árboles.

—Allí hay algunas ruinas antiguas, pero eso es territorio gungan.

—¿Has tenido algún trato con ellos?

—Personalmente no. Pero he visto a los que vienen a Moenia para intercambiar mercancías.

—¿Qué piensas de ellos?

—¿Aparte de que son unos primitivos de orejas largas y lengua afilada?

—Aparte de eso, sí.

Palpatine se encogió de hombros.

—Me traen sin cuidado, siempre que se queden en sus ciudades sumergidas y sus canales.

—Que no se crucen en tu camino.

—Exacto. Los humanos merecemos tener el control de este planeta.

Plagueis no pudo contener una sonrisa.

—Hay muchos mundos en la galaxia en los que la cuestión de quién controla el planeta está en disputa.

—Eso es porque muchos seres temen asumir el mando. Piense en lo que podría hacer el Senado de la República bajo el liderato de un ser fuerte.

—Ya he pensado en eso, Palpatine.

—¿Qué hace el Senado en respuesta a todas las crisis? Envía a los Jedi a restaurar el orden y se marcha sin ocuparse de las raíces del problema.

A Plagueis le divertía la juvenil ignorancia del chico.

—Los Jedi podrían gobernar la República si quisieran —dijo poco después—. Supongo que debemos agradecerles que su Orden esté consagrada a la paz.

Palpatine negó con la cabeza.

—Yo no lo veo así. Creo que los Jedi se han consagrado a impedir el cambio. Esperan que el Senado les diga cuándo y dónde intervenir, y qué arreglar, cuando de hecho podrían utilizar la Fuerza para imponer su voluntad en toda la galaxia, si quisieran. Si lo hicieran les tendría más respeto.

—¿Respetas a tu padre cuando intenta imponerte su voluntad?

Palpatine sujetó con más fuerza el timón.

—Eso es distinto. La razón por la que no lo respeto es que no es ni la mitad de inteligente de lo que se cree. Si pudiese reconocer sus flaquezas, al menos podría compadecerme de él.

Deteniendo repentinamente el deslizador, volvió a girarse hacia Plagueis, con la cara enrojecida de ira. Entre ellos, colgando del espejo retrovisor, estaba la moneda que le había dado Plagueis.

Dentro de poco, este humano será mío, se dijo Plagueis.

—La Casa de Palpatine es rica —prosiguió el joven—, pero no tan rica como algunas otras y ni mucho menos tan influyente con el rey y el electorado, a pesar de los intentos de mi padre por hacerse con el liderato de la realeza. Le falta la perspicacia política necesaria para elevar a nuestra Casa a una posición de fuerza, además de la inteligencia suficiente para entender que ha llegado la hora de que Naboo explote sus inigualables recursos y se una a la galaxia moderna. En vez de eso, sus compinches y él, en una completa y absoluta ineptitud política, quieren mantenernos atrapados en el pasado.

—¿Tu madre comparte sus ideas?

Palpatine se rió forzadamente.

—Sí, pero solo porque no tiene ideas propias; porque la ha convertido en una subordinada, igual que ha hecho con mis disciplinados hermanos y hermanas, que me tratan como a un intruso y para mi padre representan todo lo que yo nunca podré ser.

Plagueis reflexionó en silencio sobre aquellas palabras.

—Aun así, homenajeas a tu Casa utilizando su nombre.

La expresión de Palpatine se suavizó.

—Durante un tiempo pensé en adoptar el nombre del linaje de mi madre. No rechazo la dinastía en la que nací, solo he rechazado el nombre que me dieron. Pero no por los exagerados motivos que piensan algunos. En realidad, es todo lo contrario. Estoy seguro de que usted puede entenderlo mejor que nadie.

Allí estaba otra vez, pensó Plagueis: la cadencia engañosa; el uso de la adulación, el encanto y la modestia como amagos de florete en un duelo. La necesidad de mostrarse inocente, humilde, empático. Un joven sin ganas de entrar en política, pero nacido para ella.

Tenebrous le había dicho desde el principio que la República, con ayuda de los Sith, seguiría hundiéndose en la corrupción y el desorden, y que llegaría un momento en que tendría que confiar en la fuerza de un líder iluminado, capaz de evitar que las masas de seres inferiores se dejasen dominar por sus pasiones, celos y deseos desenfrenados. Frente a un enemigo común, real o prefabricado, dejarían a un lado sus diferencias y aplaudirían el liderato de cualquiera que les prometiese un futuro mejor. ¿Podría ser Palpatine, con la ayuda de Plagueis, el que llevase a cabo aquella transformación?

Intentó otra vez observar más profundamente a Palpatine, aunque sin éxito. Los muros psíquicos que el joven había erigido eran impenetrables, lo que hacía de aquel joven humano alguien excepcional. ¿Palpatine había aprendido a contener la Fuerza en su interior igual que Plagueis había ocultado sus poderes de joven?

—Por supuesto que lo entiendo —dijo finalmente.

—Pero… cuando era joven, ¿alguna vez dudó de sus objetivos, especialmente cuando eran contrarios a los de todos los demás?

Plagueis le sostuvo su desafiante mirada.

—Nunca me pregunté el porqué de esto o aquello, ni qué habría pasado si esto o lo otro. Solo actuaba según mi propia determinación.

Palpatine se reclinó en el asiento del deslizador, como si se hubiera librado de un gran peso.

—Algunos debemos hacer lo que otros no pueden —añadió Plagueis en tono conspirativo.

Palpatine asintió sin decir palabra.

Plagueis no necesitaba sumergirse más en los traumas que habían dado origen a la naturaleza sigilosa y astuta de Palpatine. Lo único que necesitaba saber era: ¿este joven humano tiene la Fuerza?

Dos días estándar después, en Malastare —un mundo de terreno variado que ocupaba una posición privilegiada en la Vía Hydiana— ni siquiera el estruendo ensordecedor y el

olor nauseabundo de las vainas de carreras eran suficientes para impedir que Plagueis pensase en Palpatine. Explotaciones Damask había solicitado una reunión con el senador Pax Teem, y el líder del Protectorado Gran les había conseguido a los muuns asientos de palco para la Clásica Memorial de Phoebos. Habían llegado directamente de Naboo para hablar de negocios, pero los gran, dugs, xi charrianos y prácticamente todo el mundo en la ciudad de Pixelito estaba más interesado en el deporte y las apuestas.

—¿Ha elegido ganador, Magistrado? —le preguntó Pax Teem cuando dos vainas pasaron por delante de las gradas.

Absorto en sus pensamientos sobre Naboo, Plagueis dijo:

—Creo que sí.

Sus conversaciones con Palpatine parecían haber derribado algunos diques emocionales en el humano. Los muuns apenas se habían marchado de Naboo cuando recibió el primero de varios holocomunicados de Palpatine respecto a los últimos planes de la realeza para perjudicar a la candidatura de Bon Tapalo al trono. Plagueis lo escuchó atentamente, pero Palpatine, en realidad, no le ofreció nada demasiado valioso. Desde la difusión de la información sobre los actos de la realeza durante el conflicto gungan, el padre de Palpatine celebraba sus reuniones en la mansión familiar a puerta cerrada, y le había prohibido a su hijo volver a hablar sobre la futura elección. La campaña de Tapalo, por contra, iba viento en popa, después de anunciar el acuerdo en trámite con el Clan Bancario InterGaláctico. La urgencia de las transmisiones de Palpatine sugería que sentía apego por Plagueis y que se dirigía a él no solo como empleado secreto sino también como potencial asesor. En Hego Damask, Palpatine veía la riqueza y el poder que tanto había deseado para la Casa de Palpatine. Confiado en que el joven humano siguiese siéndole útil mucho después de que los planes de Explotaciones Damask hubiesen llegado a buen puerto, Plagueis no hizo nada para evitar ese apego.

—¿Por qué no vemos nunca humanos compitiendo en las carreras? —le preguntó a Teem al cabo de un momento.

El gran agitó la mano desdeñosamente.

—No tienen talento para esto. El favorito hoy es el dug que pilota la vaina azul.

Plagueis examinó la vaina un momento. En las gradas inferiores a la suya, miles de dugs, levantados sobre sus cuatro extremidades, las patas traseras o solo los brazos, ladraban su apoyo.

A Plagueis la alta gravedad de Malastare le resultaba oprimente y al gran aún más. Habían llegado al planeta mil años antes, como colonos, y habían logrado someter a los dugs nativos. Desde entonces el protectorado había crecido hasta eclipsar al planeta de origen de los gran, Kynien, y era una potencia importante dentro del Senado de la República, con gran influencia en los Bordes Medio y Exterior.

Sentado junto a Plagueis, Larsh Hill se inclinó hacia delante para dirigirse a Pax Teem.

—Quizá Gardulla pueda convencer a algún humano para que pilote una vaina en la carrera que va a organizar en Tatooine.

Teem graznó irritado.

—Asi que es verdad, están ayudando a la hutt.

—Los negocios son los negocios —dijo Hill.

Pero Teem no se tranquilizó.

—¿Ese es el objetivo de su visita… reabrir heridas aún no cicatrizadas?

—Sí —dijo llanamente Plagueis.

Los tres ojos de Teem se giraron hacia él.

—No puedo…

—No agraves la ofensa —interrumpió Hill.

Teem simuló no entenderlo.

—¿Quién te informó de nuestros intereses en Naboo? —le preguntó Plagueis.

El gran miró a sus camaradas, pero no encontró apoyo en su abrupto silencio.

—¿Quién?

Teem lanzó un mugido resignado.

—Minería Subtext se puso en contacto con nosotros, tras la inexplicable desaparición de algunos de sus miembros. Los que vimos en Sojourn, sospecho.

—Estaban en perfecta salud cuando abandonaron la Reunión —dijo Hill.

Teem asintió.

—Estoy seguro de eso.

—¿Por qué se puso en contacto con vosotros Minería Sub-text? —preguntó Plagueis.

Teem dudó y después dijo:

—Para informarnos de que ustedes intentan alcanzar un trato por el plasma.

—Confiando en que intentarías desbaratar nuestros esfuerzos haciéndolos públicos —dijo Hill.

El gran gruñó.

—Primero cierran un acuerdo con Gardulla que favorece a Tatooine y perjudica a Malastare, y ahora se interesan por el plasma de Naboo, a pesar de su oferta de incrementar los precios de las exportaciones de energía de Malastare. ¿Por qué no debíamos alertar a sus oponentes en Naboo cuando ustedes han hecho lo mismo?

Plagueis esperó a que terminase y que pasase un grupo de vainas; después fijó su mirada en los gran reunidos.

—Os perjudicáis a vosotros mismos intentando sabotearnos. El Protectorado podría haber sacado beneficios de Naboo, pero ahora ya no es posible.

Los enormes pies de Pax Teem golpearon el suelo del palco privado.

—¡No vamos a permitir que nos humillen! Además, le recuerdo, Magistrado, que nos hizo promesas.

Plagueis sonrió para sus adentros. Era cierto queTenebrous había hecho planes para los gran. En una época, Pax Teem había sido considerado alguien a quien los Sith podrían colocar en la cancillería y manipular desde la distancia para llevarle a cometer errores que llevasen la desgracia a la República. Pero Plagueis había empezado a explorar otras opciones.

—Tenemos nuestros aliados y amigos en el Senado —estaba diciendo Teem, enfadado—. Podemos derribar cualquier ley que quieran ver aprobada, o hacer que sus presupuestos y contratos languidezcan en los trámites durante años. Colocaremos a uno de los nuestros en la cancillería. Rechazaremos los derechos de transporte de la Federación de Comercio en Kinyen y la Espina Comercial. Haremos que los dugs se lancen contra los muuns —miró a Plagueis—. Nunca tendrá lo que quiere, Magistrado.

—Al contrario —dijo Plagueis, mientras se levantaba junto a los demás muuns—. Ya tengo lo que quiero.

Una nave estelar corelliana de clase Capital llevó de vuelta a Naboo a Plagueis y Hill. Fabricada por Hoersch-Kessel y Gwori, la embarcación tenía forma de vaina alargada con vientre plano. Un ala lateral atravesaba transversalmente la parte trasera del casco, en cuyo interior estaban las potentes matrices de transmisores de hiperondas. A bordo, junto a los jefes ejecutivos de Explotaciones Damask, había varios miembros de alto rango del Clan Bancario InterGaláctico, incluido el sobrino del Presidente Tonith, todos ellos con el uniforme de gala del CBI.

Había pasado un mes desde la primera visita de Plagueis, y en el ínterin, Palpatine y él habían hablado por holo en muchas ocasiones. La información que proporcionaba el humano, aunque escasa, había permitido que Plagueis y Hill se mantuviesen siempre un paso por delante de los detractores de Bon Tapalo, y en consecuencia este seguía disfrutando de una ligera ventaja entre el electorado.

El grupo de muuns se acercaba a las oficinas de inmigración del puerto espacial de Naboo cuando fue interceptado por un contingente armado de personal de seguridad vestidos con jubones de cuero, botas altas y sombreros de ala ancha. Conducidos hasta una zona de detención con paredes de cristal y equipada con poco más que bancos y zonas de aseo, los muuns esperaron más de una hora hasta que llegaron dos Guardias del Palacio, preguntando por Hego Damask.

Tras identificarse y asegurarle a Larsh Hill que no tenía por qué preocuparse, Plagueis siguió a los guardias, que salieron de la terminal y lo llevaron hasta un deslizador Gian de morro redondo que los estaba esperando. El guardia uniformado sentado a los controles le ordenó que se colocase en el asiento descubierto de la parte trasera, donde uno de los escoltas se sentó junto a él. No tenía la menor idea de adonde lo llevaban, pero se negaba a darles a los guardias la satisfacción de decirle que no tardaría en descubrirlo, o algo por el estilo. En vez de eso, estaba sentado en silencio en el asiento acolchado y procuró no mostrar ni un leve atisbo de sorpresa cuando el piloto empezó a alejar el deslizador de Theed para atravesar el extenso terreno verde que Palpatine le había mostrado.

—Quizá sea mejor que se ponga cómodo —le dijo su escolta—. Tenemos dos horas de viaje.

Plagueis respondió asintiendo y se permitió caer en un ligero trance, preparándose para lo que le esperase en su destino. Las llanuras onduladas empezaron a elevarse y apareció en el horizonte una cordillera montañosa, recortada contra el brillante cielo azul de Naboo. El deslizador siguió el valle de un río ancho hasta unas colinas frondosas, donde pacían y retozaban rebaños de shaaks paticortos. A medida que el deslizador ganaba velocidad, el río se estrechaba y embravecía, alimentado por cataratas y lagos cristalinos. Empezaban a formarse nubes blancas en las cimas de los picos más altos cuando el deslizador cruzó una enorme extensión de pradera y se detuvo ante una casa majestuosa construida en el estilo de las gruesas cúpulas y elegantes torres de Theed. Dos de los guardias lo condujeron por una amplia escalera hasta un vestíbulo frío y mal iluminado. Allí lo dejaron y Plagueis avanzó, entre tapices y esculturas, hasta el otro extremo del vestíbulo, donde unos grandes ventanales de arco redondo ofrecían vistas al porche y un gran lago. En el porche, sentada a una mesa, había una mujer humana de mediana edad y aspecto de aristócrata acompañada de un taciturno joven de la edad de Palpatine, quizá más joven, con el que parecía mantener una conversación seria. La brisa que bajaba desde las laderas de las montañas hizo que la superficie del agua brillara como piedras preciosas de Mygeeto. Plagueis le dio la espalda al lago y le llamó la atención un tapiz en el que se veía el mismo blasón familiar que había visto en el bolsillo de la chaqueta de Palpatine, y un trío de criaturas: un veermok, un aiwha y un zalaaca.

Supo que alguien se le acercaba por la espalda, pero no se movió.

—Bonito tapiz, ¿verdad? —dijo una voz humana profunda en básico.

Plagueis se dio la vuelta y se encontró con un hombre alto de porte aristocrático plantado en la puerta de otra habitación más grande.

—Tanto como la vista —dijo Plagueis, haciendo un gesto hacia el lago.

Vestido informalmente, pero con buen gusto, aquel hombre canoso entró en el vestíbulo.

—Celebro que haya decidido aceptar mi invitación, Magistrado Damask.

—La presencia de guardias armados sugería que no tenía otra elección, Cosinga Palpatine.

—Su función era protegerle, Magistrado.

—Naboo nunca me ha parecido un planeta peligroso.

—Para algunos lo es —dijo el patriarca de los Palpatine—. Pero ahora que está aquí, permítame que le enseñe la casa.

La visita los llevó por una docena de habitaciones adornadas con alfombras afelpadas y obras de arte. Dominaba la manipostería, pero el mobiliario estaba construido con las maderas nobles más preciadas de la galaxia. Cuando bajaron a la galería, la mujer y el joven ya no estaban allí, pero la brisa había arreciado y amenazaba tormenta. Cosinga Palpatine le señaló una isla a lo lejos y la majestuosa casa que se alzaba en la orilla.

—Eso es Varykino —le explicó—. La joya del País de los Lagos. Fue propiedad del poeta Omar Berenko y ahora la ocupa la familia Naberrie —miró a Plagueis—. Quizá conozca la obra maestra de Berenko, La defensa de Naboo.

—No, desgraciadamente.

—Haré que le proporcionen una traducción.

—Me conformo con un ejemplar de la versión original. Domino su idioma.

Poniéndolo a prueba, Cosinga Palpatine, cambió a naboo para decir:

—Sí, tengo entendido que se ha convertido en todo un experto en la política de Naboo.

Antes de que Plagueis pudiese responder, su anfitrión agitó la mano frente a un sensor para llamar a tres sirvientes, que aparecieron en la galería con bandejas de comida y bebida.

Plagueis exhaló como si estuviese cansado. Más comida, pensó. Más estímulos olfativos para narices humanas.

Estaban sentados frente a frente en la misma mesa que ocupaban antes la mujer y el joven, y se quedaron en silencio mientras los sirvientes servían el ágape.

—Fruta fresca, vegetales y alimentos farináceos —dijo Palpatine, señalando los platos—. Nada de shaak ni ninguna otra carne.

Plagueis esbozó una sonrisa forzada.

—Solo le falta estudiar el idioma muun.

Su anfitrión frunció el ceño y se reclinó en la silla para permitir que los sirvientes le llenaran el plato de comida. No empezó a comer hasta que estos se marcharon y dejó de hacerlo tras dar unos pocos bocados, posando sus cubiertos con firmeza.

—Deje que le cuente una breve historia sobre Bon Tapalo y Ars Veruna —empezó a decir, mirando amenazadoramente a Plagueis—. Hace setenta años, unas dos décadas antes de nuestro conflicto con ellos, los gungan libraron una guerra por su supervivencia con un ejército mercenario. Afortunadamente, los gungan vencieron, aunque con no pocas bajas y la pérdida de algunas de sus ciudades pantanosas. Nunca se dijo nada sobre la causa de la guerra ni de dónde habían salido los mercenarios, pero quiero hacerle partícipe de uno de los secretos más oscuros de Naboo, con la esperanza de que pueda aprender algo. La razón de la guerra era el plasma y las Casas que más contribuyeron a financiar al ejército mercenario fueron las de Tapalo y Veruna. Cuando mi abuelo se enteró, retó al padre de Tapalo a un duelo de honor y terminó muriendo por culpa de las heridas infligidas por la espada de su oponente —señaló una zona de césped que bordeaba la galería—. El duelo se celebró ahí mismo.

Plagueis miró hacia donde le señalaba.

—Que profundamente romántico y humano.

La apuesta cara de Cosinga Palpatine se sonrojó.

—Quizá no haya entendido la clave de la historia, Magistrado. A Tapalo, Veruna y los demás grupos de rufianes solo les interesa el poder y la riqueza, sin importarles el precio que pague Naboo. El descubrimiento de un depósito de plasma debajo de Theed fue lo peor que podía pasarnos. Y ahora quieren explotarlo al máximo, con la ayuda de seres poderosos como usted. Por eso Tapalo jamás debe ser rey.

Plagueis simuló reflexionar y después dijo:

—Al parecer, el electorado no opina lo mismo que usted.

Palpatine asintió.

—Por ahora, no. Pero hemos hecho planes para que el electorado cambie de opinión. Empezando por anunciar la ruptura del acuerdo al que llegó Tapalo con el Clan Bancario.

—No estaba enterado —dijo Plagueis despreocupadamente.

Palpatine se iba irritando a medida que hablaba.

—¿Por qué cree que les hemos impedido entrar en Theed? Aún tenemos suficiente poder para impedirles poner los pies sobre Naboo. Le conviene escuchar el resto, Magistrado.

El Senado de la República ha sido informado del intento de Muunilinst por inmiscuirse y desestabilizar la soberanía de nuestro mundo —al ver que Plagueis no respondía, añadió—: Hay una leyenda de los naboo que habla de seis puertas impenetrables que contienen al caos. La Casa de Palpatine es una de esas puertas, Damask.

—Y los muuns representamos el caos —dijo Plagueis, sin que sonara como una pregunta.

Palpatine se inclinó hacia delante y habló en un tono más calmado.

—No nos oponemos a que Naboo se una a la comunidad galáctica, cuando llegue el momento adecuado. Pero no ahora, ni así. Las promesas de Tapalo de rebajar los impuestos y comerciar con el Núcleo… son el tipo de tácticas que utiliza la República para seducir a mundos primitivos para que les entreguen sus recursos —sacudió la cabeza mientras la ira volvía a apoderarse de él—. Los naboo admiramos a los filósofos, no a los banqueros ni a los intermediarios. La elección de Tapalo para el trono nos conduciría a la catástrofe.

—La defensa de Naboo —dijo Plagueis—. El poema que ha mencionado.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué fue del autor… Berenko?

Cosinga Palpatine entrecerró los ojos.

—Fue secuestrado por unos bandidos y nunca más se volvió a saber de él —se levantó ligeramente de la silla para añadir—: ¿Me está amenazando… en mi propia casa?

Plagueis hizo un gesto para apaciguarlo.

—Pensaba que estábamos hablando de historia. Solo quería preguntarle qué podría pasar si no consigue… contener el caos y Tapalo gana, a pesar de todos sus esfuerzos.

—Ya le he dicho que eso no va a suceder. Y le diré por qué: porque usted va a decirles a sus amigos del Clan Bancario y la Federación de Comercio que ya no está interesado en Naboo. Que ha encontrado mejor compañía entre los hutts, esclavistas y traficantes de especia del Borde Exterior —se detuvo un momento—. Está muy lejos de Muunilinst, Magistrado Damask. Le recomiendo vivamente que vuelva a subir a su nave y se marche del sector Chommell lo más rápido posible, no vaya a ser que alguien sea víctima de algún acto indecoroso.

Plagueis miró el lago.

—Le entiendo, Cosinga Palpatine —dijo sin mirarle.

—Una cosa más —dijo Palpatine, envalentonado—. No conozco el motivo preciso por el que muestra tanto interés por mi hijo, o él por usted, pero no volverá a tratar con él.

Plagueis se giró para mirarlo.

—Su hijo tiene un gran potencial.

—Un potencial que no quiero que arruine gente como usted. En cualquier caso, nos mudamos a un lugar en el que no podrá encontrarnos.

—Tenía entendido que los naboo eran un pueblo hospitalario. Aunque, bueno, quizá los gungan no estén completamente de acuerdo.

Palpatine se levantó bruscamente.

—Ya basta. ¡Guardias! —dijo. Y cuando entraron tres añadió—: Sacadlo de mi vista.

11: AVATAR DE INMORTALIDAD

El planeta Chandrila patrocinaba un retiro de un mes para los miembros del Programa Legislativo Juvenil. Una vez al año, infinidad de jóvenes seres acudían para participar en simulaciones de sesiones del Senado en Ciudad Hanna y sus alrededores, además de visitar los enormes proyectos agrícolas de Chandrila, sus zonas salvajes, sus arrecifes de coral y sus parques ajardinados. En el parque Gladean, una reserva de caza Riera de la Hanna costera, fue donde Plagueis visitó por sorpresa al joven Palpatine. Pero el sorprendido Ríe Plagueis.

—Sabía que vendrías, Magistrado —dijo Palpatine cuando Plagueis y 11-4D aparecieron en uno de los observatorios de la reserva de caza.

—¿Cómo lo sabías?

—Lo sabía, sin más.

—¿Y con qué frecuencia se cumplen tus premoniciones?

—Casi siempre.

—Curioso —apuntó 11-4D mientras Palpatine se disculpaba con los dos amigos que lo acompañaban.

Plagueis reconoció al varón más mayor, era el mentor de Palpatine en el programa juvenil, Vidar Kim, y percibió que la guapa hembra de pelo negro era la amante de este. Cuando concluyó la animada explicación de Palpatine, Kim se giró para lanzarle a Plagueis una mirada reprobatoria antes de marcharse con su amante.

—Tu mentor no me tiene mucho cariño —dijo cuando Palpatine regresó.

Palpatine no le dio importancia.

—No te conoce.

Habían pasado semanas estándar sin ninguna comunicación entre ellos. A juzgar por el ánimo de Palpatine, no sabía nada del encuentro forzado en el País de los Lagos, pero estaba agitado, posiblemente como reacción a algo que Cosinga había hecho para controlarlo o impedir sus holotransmisiones interplanetarias. Con el agente secreto de Explotaciones Damask silenciado, la realeza había ganado terreno. A pesar de que Tapalo desmintiera que el trato con el Clan Bancario se hubiese roto, la prohibición de viajar impuesta a los muuns había sembrado semillas de duda entre el electorado y la disputa por el trono estaba cada día más caliente. Y lo peor era que el interés del Clan Bancario por Naboo empezaba a disiparse.

—Este encuentro debe ser breve —le dijo Plagueis a Palpatine mientras avanzaban por una pasarela elevada que conectaba el observatorio con una de las rústicas cabañas del parque—. Puede que tu padre haya enviado personal de vigilancia.

Palpatine se burló de la idea.

—Está controlando mis comunicaciones con otros mundos, por eso no has sabido nada de mí, pero sabe que no le conviene tenerme vigilado.

—Lo subestimas, Palpatine —dijo Plagueis, deteniéndose en medio de la pasarela—. Hablé con él en Convergencia.

Palpatine quedó boquiabierto.

—¿La casa del lago? ¿Cuándo? ¿Cómo…?

Plagueis hizo un gesto tranquilizador y explicó con todo detalle lo que había sucedido. Para terminar, dijo:

—También me amenazó con llevarte a algún sitio donde no pudiese encontrarte.

Mientras Plagueis hablaba, Palpatine trazaba pequeños círculos en la estrecha pasarela, sacudiendo la cabeza por la ira y apretando los puños.

—¡No puede hacerlo! —gruñó—. ¡No tiene derecho! ¡No se lo permitiré!

La furia de Palpatine golpeó a Plagueis. Las flores que crecían junto al camino se cerraron y sus polinizadores empezaron a zumbar agitados. CuatroDé también reaccionó, moviéndose como un pingüino, como si lo hubiese atrapado un potente electroimán. Plagueis se preguntaba si aquel humano realmente había nacido de padres de carne y hueso. La verdad es que parecía surgido de la propia naturaleza. ¿La Fuerza era tan potente en él que ella misma se había ocultado?

Palpatine se detuvo abruptamente y se giró hacia Plagueis.

—¡Tienes que ayudarme!

—¿Cómo puedo hacerlo? —preguntó Plagueis—. Es tu padre.

—¡Dime qué debo hacer! ¡Dime qué harías tú!

Plagueis puso una mano sobre el hombro de Palpatine y empezó a caminar lentamente.

—Podrías aprovechar este incidente para emanciparte.

Palpatine frunció el ceño.

—En Naboo no está permitido. Estoy bajo su tutela hasta que tenga veintiún años.

—Las leyes sobre emancipación no me interesan, y tampoco deberían interesarte a ti. Me refiero a liberarte… a completar el acto de renacimiento que iniciaste cuando rechazaste el nombre que te habían dado.

—¿Quieres decir que lo desobedezca?

—Si eso es lo que deseas. Y sin pensar en las consecuencias.

—Siempre he querido…

—La incertidumbre es el primer paso hacia la autodeterminación —dijo Plagueis—. El valor llega después.

Palpatine sacudió la cabeza, como si quisiera aclararse.

—¿Qué debería hacer?

—¿Qué quieres hacer, Palpatine? Si la decisión fuese tuya y solo tuya.

El joven dudó.

—No quiero vivir como los seres comunes.

Plagueis lo miró.

—¿Te consideras extraordinario?

Palpatine parecía avergonzado por la pregunta.

—Solo quería decir que quiero vivir una vida extraordinaria.

—No te disculpes por tus deseos. ¿Extraordinaria en qué sentido?

Palpatine desvió la mirada.

—¿Por qué te contienes? Si vas a soñar, sueña a lo grande —Plagueis se detuvo y después añadió—: Insinuaste que no te interesa la política. ¿Es eso cierto?

Plagueis apretó los labios.

—No del todo.

Plagueis se detuvo en mitad de la pasarela.

—¿Hasta qué punto te interesa? ¿A qué puesto aspiras? ¿Senador de la República? ¿Monarca de Naboo? ¿Canciller Supremo de la República?

Palpatine le miró.

—Tendrás peor opinión de mí si te lo digo.

—Me subestimas, igual que a tu padre.

Palpatine respiró profundamente y prosiguió.

—Quiero ser un agente del cambio —su mirada se endureció—. Quiero gobernar.

¡Eso es!, pensó Plagueis. ¡Lo reconoce! ¡Y quién mejor que un humano para colocarse la máscara del poder mientras un lord Sith inmortal gobierna en secreto!

—Si eso no sucede, si no puedes gobernar, ¿qué pasará entonces?

Palpatine hizo rechinar los dientes.

—Si no tengo el poder, no quiero nada.

Plagueis sonrió.

—Supon que te digo que estoy dispuesto a ayudarte a llegar donde quieres.

Repentinamente incapaz de articular palabra, Palpatine le miró fijamente; finalmente logró decir:

—¿Qué querrías de mí a cambio?

—Solo que te centres en el objetivo de liberarte. Que te permitas la licencia de hacer todo lo necesario para convertir en realidad tus ambiciones, corriendo los riesgos que convenga para tu supuesto bienestar y siendo plenamente consciente de la soledad que resultará de ello.

Aún no habían llegado a la cabaña cuando Plagueis los dirigió hacia un kiosco que ocupaba el centro de un exuberante jardín.

—Quiero contarte algo sobre mi pasado —dijo—. No nací ni me criaron en Muunilinst, sino en un planeta llamado Mygeeto. Mi madre fue la segunda esposa de mi padre; lo que los muuns llamamos una esposa de codicilio. Ya era un joven adulto cuando mi padre fue destinado de vuelta a Muunilinst y pude conocer el planeta en el que había nacido mi especie. Debido a las leyes de Muunilinst que rigen el crecimiento de población, ningún muun menos influyente que mi padre hubiese podido llevar hasta allí a un descendiente no indígena, ni mucho menos a un medio clan. Pero los miembros de la familia de mi padre me veían como un intruso, falto de la legitimidad adecuada y el aplomo social de los que nacen y se crían en Muunilinst. Porque si hay algo que los muuns detestan aún más que derrochar es el inconformismo, y yo lo tenía en abundancia.

»Mis hermanos y hermanas eran ciudadanos modelo: estrechos de miras, prepotentes, de pensamiento idéntico, ahorrativos a más no poder, proclives al chismorreo. Y me irritaba profundamente haber sido aceptado por los desfavorecidos de la galaxia y verme rechazado por aquel puñado de seres provincianos y egoístas. Para gran desagrado suyo, se vieron obligados a aceptarme como un miembro más del clan, con derecho a la misma porción de la enorme riqueza de mi padre que ellos. Pero, como sucede con todos los miembros de clanes elitistas, debía demostrar que merecía mi estatus preparando pronósticos financieros acertados y dejándome evaluar por el gobernante electo.

»Superé mis exámenes y pruebas pero, poco después, mi padre se puso enfermo. En su lecho de muerte le pedí consejo sobre mi dilema y me dijo que debía hacer todo lo que fuese necesario ya que mi propia supervivencia estaba en peligro. Dijo que las mentes inferiores necesitan alguien que las guíe y que las castigue ocasionalmente, que no debía dudar de emplear cualquier medio necesario para proteger mis intereses y que me debía tanto a mí mismo, a mi especie, como a la propia vida.

Plagueis hizo una pausa.

—Se dictaminó que la causa de su muerte prematura había sido una rara anomalía genética de su corazón terciario que habían heredado todos mis hermanos, pero yo no, al ser hijo de otra madre. Aterrorizados ante la idea de una muerte prematura, mis hermanos empezaron a buscar por toda la galaxia al mejor genetista que los créditos pudiesen pagar y finalmente encontraron uno que aseguraba conocer la curación. Así empezaron sus tratamientos, todos y cada uno de ellos, incluida la matriarca del clan, confiando en haber esquivado la maldición familiar, por lo que pronto podrían regresar a su gran pasión: expulsarme legalmente de la familia.

Miró con dureza a Palpatine.

—No tenían ni idea de que yo había contratado al genetista y que los tratamientos que les suministraba eran tan falsos como sus credenciales. Así, a su debido momento, empezaron a enfermar y morir, todos, mientras yo lo contemplaba desde lejos, regodeándome, incluso divirtiéndome fingiendo tristeza en sus funerales e indiferencia en los rituales de asignación en que me transferían parte de su riqueza acumulada. Finalmente, los sobreviví a todos y lo heredé todo.

Concluida su amalgama de realidad y ficción, Plagueis se levantó y cruzó sus delgados brazos sobre su pecho. Por su parte, Palpatine dirigió su mirada al suelo de madera del kiosco. Plagueis detectó el débil zumbido de los fotorreceptores de 11-4D enfocando al joven.

—Crees que soy un monstruo —dijo tras un buen rato en silencio.

Palpatine levantó la cabeza y dijo:

—Me subestimas, Magistrado.

El puerto espacial de Ciudad Hanna era un caos, con el despegue de las naves estelares que devolvían a los discípulos del programa juvenil a sus mundos remotos o cercanos. En la cabina central de pasajeros de la nave de Naboo Jafan III, Palpatine y un joven discípulo de Keren estaban comparando sus apuntes sobre las experiencias de la última semana. Destinados a convertirse en buenos amigos a pesar de sus diferencias políticas, habían empezado a conversar sobre la próxima elección de Naboo cuando un auxiliar de vuelo les interrumpió para decirles que Palpatine debía regresar inmediatamente a la terminal del puerto espacial. El auxiliar no sabía quién ni por qué habían solicitado su presencia, pero en cuanto entró en el conector reconoció la cara adusta de uno de los guardias de seguridad que su padre había contratado recientemente.

—Palpatine no volverá a bordo —le dijo el guardia al auxiliar.

Confuso, Palpatine quiso saber por qué le habían sacado de la nave.

—Su padre está aquí —le dijo el guardia cuando el auxiliar volvió a entrar en la nave. Señaló a través de la ventana de transpariacero del conector al otro lado del puerto, donde pudo ver una elegante nave estelar con el blasón de la Casa de Palpatine.

Palpatine parpadeó sorprendido.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace una hora. Su madre y hermanos también están a bordo.

—No me dijeron que vendrían.

—Yo no sé nada —dijo el guardia—. Ya ha pasado por la oficina de aduanas de Chandrila, así que podemos dirigirnos directamente a la nave.

Palpatine le miró con furia.

—Te limitas a cumplir tus órdenes, ¿verdad?

El guardia, sin inmutarse, encogió sus amplios hombros.

—Es mi trabajo, muchacho. Ni más ni menos.

Cediendo ante lo inevitable pero enfurecido por el repentino cambio de planes, Palpatine siguió al guardia por un laberinto de conectores hasta el que conducía a la nave estelar de la familia. Su padre estaba esperando junto a la esclusa de entrada.

—¿Por qué no me informaste de esto? —preguntó Palpatine.

Su padre le hizo un gesto al guardia para que sellara la compuerta.

—Tu madre y tus hermanos están detrás. Me uniré a vosotros en cuanto hayamos completado el salto.

Maniobrando alrededor de Palpatine, se deslizó hacia el interior de la cabina de mando. Palpatine se giró hacia la compuerta de la esclusa y se planteó marcharse ahora que aún podía, pero finalmente se lo pensó mejor y fue hacia la parte trasera, aunque no al compartimento principal sino a otro más pequeño que albergaba la sala de comunicaciones. Amarrado a una silla de aceleración, estuvo inquieto durante el despegue y el salto al hiperespacio. Cuando la nave viajaba entre planetas, se desató y empezó a deambular por la cabina, y aún estaba caminando cuando, al cabo de unos minutos, entró su padre.

—Rumbo fijado a Chommell Minor.

Palpatine se detuvo para mirarlo sorprendido.

—A partir de ahora vivirás con la familia Greejatus. Hemos traído la ropa y las cosas que pensábamos que querrías tener —como Palpatine no decía nada, prosiguió—. Janus y tú os entendisteis muy bien la última vez que los visitamos. El cambio de aires te sentará bien.

—¿Lo has decidido sin hablarlo conmigo? —logró preguntar finalmente Palpatine—. ¿Y mis clases de la universidad? ¿Y mis obligaciones con el programa juvenil?

—Está todo arreglado. Puedes ayudar a Janus en el programa de Chommell Minor.

—Eso significa que apruebas el odio de los Greejatus hacia los no humanos.

—Dejando de lado su chovinismo, apruebo mucho más de los Greejatus que de tus actuales amigos.

Palpatine empezó a sacudir la cabeza.

—No. No.

El tono de su padre se hizo más áspero.

—Es por tu propio bien.

A Palpatine se le dilataron los orificios nasales.

—Mentiroso —masculló—. ¿Cómo sabes lo que es bueno para mí? ¿Alguna vez te ha preocupado? Esto es por mi amistad con Hego Damask, ¿verdad?

El viejo Palpatine gruñó burlonamente.

—¿Amistad dices? Damask te está utilizando para obtener información sobre nuestra estrategia para las elecciones.

—Por supuesto.

Momentáneamente atónito, Cosinga dijo:

—Y aun así sigues… siendo su amigo.

—Lo que tú consideras una violación de Naboo, para mí es un paso adelante esencial, y para Hego Damask una bendición.

Es poderoso, influyente y brillante; mucho más que ninguno de mis profesores. Está muy por encima de ti y tus aliados de la realeza.

Cosinga frunció los labios.

—Empiezo a pensar que esta discusión va más allá de nuestras meras diferencias políticas.

—Ya sabes que sí. Estás utilizando la situación como una excusa para volver a someterme a tu control absoluto.

—Eso no sería necesario si mostrases la más mínima capacidad de comportarte adecuadamente.

Palpatine resopló.

—Mis faltas y transgresiones sociales. Me niego a volver a esas viejas historias.

—Eres muy condescendiente contigo mismo, considerando la vergüenza que estuviste a punto de hacernos pasar.

—Yo no he avergonzado a la familia más de lo que has hecho tú.

—No estamos hablando de mí —dijo Cosinga.

Palpatine levantó las manos.

—Muy bien. Dejadme en Chommell Minor… Pero no me quedaré allí.

—Puedo obligarte a hacerlo.

—¿Vas a encargarle a alguno de tus matones que me mantenga a raya? Soy mucho más listo que ellos, padre.

Consiga hizo un gesto de desagrado con la boca.

—Después de lo que hiciste para contrarrestar nuestros planes para Tapalo, no puede haber ni el menor indicio de escándalo. ¿Tienes idea de lo que se juega Naboo?

—¿Y tú? —dijo Palpatine con una sonrisa astuta—. Si el hermano de tu amante se convierte en rey, lograrás la posición elevada que siempre has deseado pero que no mereces.

Cosinga habló con un abandono cruel.

—Será tan agradable perderte de vista.

—Por fin lo reconoces.

Cosinga se sintió repentinamente alicaído.

—Sigues siendo un misterio para mí, como siempre.

La sonrisa de Palpatine floreció.

—Solo porque no tienes capacidad para entenderme.

—Tan pomposo como siempre.

—Realmente pomposo, padre. No tienes idea de qué soy capaz de hacer. Nadie la tiene.

Cosinga exhaló profundamente.

—Sé que eres sangre de mi sangre, porque hice que te realizaran las pruebas, para asegurarme. Aunque, en realidad, no sé de dónde has salido… de quién o de qué desciendes realmente —miró a Palpatine—. Sí, ahí la tienes: esa furia que has dirigido hacia mí desde hace diecisiete años. Como si quisieras asesinarme. Siempre has pensado en el asesinato, ¿verdad? Solo has estado esperando que alguien te diese permiso para actuar.

Una sombra de oscuridad cubrió la cara de Palpatine.

—No necesito permiso de nadie.

—Exactamente. En el fondo eres un animal.

—El rey de los animales, padre —dijo Palpatine.

—Sabía que este día llegaría. Lo supe desde el primer momento que intenté ponerte unos pañales y forcejeaste conmigo con una fuerza extraordinaria para tu tamaño y edad.

Palpatine lo miraba desde debajo de sus cejas arqueadas.

—Nací maduro, padre, ya crecido, y me odiabas por eso, porque sentías que era todo lo que tú nunca podrás ser.

—Te odiaba más de lo que sabes —dijo Cosinga, permitiendo que su ira volviese a crecer—. Lo bastante para matarte desde el primer momento.

Palpatine se mantuvo firme.

—Pues será mejor que lo hagas ahora.

Cosinga dio un paso hacia Palpatine, pero salió disparado contra el mamparo que separaba la sala de comunicaciones de la cabina principal. Una voz femenina al otro lado de la escotilla cerrada preguntó inquieta:

—¿Qué ha sido eso?

Sujetándose un hombro dañado, Cosinga parecía repentinamente un animal atrapado, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa y el miedo. Hizo un movimiento para tocar la manivela que abría la escotilla, pero Palpatine desbarató sus esfuerzos sin mover un dedo. Girando violentamente sobre sí mismo, Cosinga cayó sobre una de las sillas de aceleración. La cara le sangró tras golpearse con el reposabrazos.

Empezaron a oírse golpes en la escotilla.

—¡Guardias! —gritó Cosinga, pero apenas había pronunciado la palabra cuando el mamparo contra el que estaba apoyado se desplomó hacia el interior, lanzándolo de bruces al suelo y cortándole la respiración.

Palpatine seguía plantado en el mismo sitio, con las manos temblando frente a él y cara de aflicción. Algo se removió tras sus ojos incandescentes. Oyó los golpes en la escotilla y se dio la vuelta.

—¡No entréis! ¡Alejaos de mí!

—¿Qué has hecho? —era la voz de su madre, presa del pánico—. ¿Qué has hecho?

Cosinga logró ponerse de rodillas e inició una retirada aterrorizada, dejando rastros de sangre sobre la cubierta. Pero Palpatine avanzaba hacia él.

—¡Si la Fuerza te engendró, yo la maldigo! —profirió Cosinga—. ¡La maldigo!

—Yo también —gruñó Palpatine.

La escotilla empezó a abrirse y oyó la voz del guardia que le había escoltado hasta la Jafan III.

—¡Alto!

—¡Cosinga! —gritó su madre.

Palpatine se apretó la cabeza con las palmas de las manos y después, con una calma espeluznante, corrió hacia la escotilla, agarró al guardia en el umbral y lo lanzó a la otra punta de la cabina.

Levantando la cara al techo, gritó:

—¡Ahora estamos todos metidos en esto!

Parecían torturadores: Plagueis y 11-4D inclinados sobre una mesa de operaciones en Aborah en la que mantenían con vida a Venamis, aún en coma inducido pero ahora también anestesiado. Los brazos del droide sujetaban bisturís, retractores y hemóstatos ensangrentados. Y Plagueis, con una bata, una máscara, los ojos cerrados y su sombra proyectada en el suelo por las luces del quirófano, aunque en realidad no estaba ni mucho menos en el mundo ordinario. Sumergido profundamente en la Fuerza, indiferente al daño meticuloso que 11-4D le había causado a los órganos internos del bith, concentrado en comunicar su voluntad a los intermediarios de la Fuerza mientras el droide controlaba la actividad celular en busca de señales que confirmasen que las manipulaciones

destinadas a prolongar la vida de Plagueis, sus experimentos de pensamiento, estaban logrando el efecto deseado.

Una corriente repentina de intensa energía del lado oscuro recorrió a Plagueis. Más fuerte que ninguna otra sensación que hubiese sentido desde la muerte de Darth Tenebrous, repleta de destellos del pasado, presente y probable futuro, la perturbación era lo bastante potente para arrancarlo por completo del trance. Ritual realizado; confirmación obtenida. Casi esperando encontrar a Venamis sentado sobre la mesa de operaciones, abrió los ojos y vio a 11-4D avanzando lentamente hacia él desde la consola de comunicaciones del quirófano.

Plagueis hizo una pregunta:

—¿Hill?

—No. El joven humano… Palpatine. Una transmisión del espacio profundo.

Plagueis fue apresuradamente hacia el aparato. No habían vuelto a hablar desde la reunión en Chandrila, pero Plagueis lo estaba esperando, preguntándose si sus maquinaciones habrían dado fruto. De no ser así, quizá debería ocuparse personalmente de solidificar la maniobra de Naboo. Colocándose a la vista de las holocámaras, dedicó un momento a estudiar la ruidosa imagen de la pantalla. La cara de Palpatine estaba bañada por las luces centelleantes de un panel de control, había algo nuevo en sus ojos… un color que no tenían antes. Miró el tablero de comunicaciones de a bordo para leer las coordenadas.

—¿Dónde estás?

—No estoy seguro —dijo Palpatine claramente confundido, desviando la mirada hacia algo que quedaba fuera de cámara.

—Estás en una nave estelar.

Palpatine asintió, tragó saliva y recuperó la voz.

—La nave de la familia.

—Lee en voz alta las coordenadas de la computadora de navegación.

Cuando lo hubo hecho, Plagueis miró a 11-4D para que le informara.

—Exodeen, en la Vía Hydiana —le dijo el droide.

Plagueis asimiló la información.

—Contacta con la Guardia Sol. Que te proporcionen una nave y prepárate para acompañarlos.

—Sí, Magistrado.

Plagueis se giró hacia la pantalla del monitor.

—¿Puedes mantener tu rumbo actual?

Palpatine se inclinó hacia un lado.

—El piloto automático está conectado.

—Cuéntame qué ha pasado.

El humano respiró profundamente.

—Mi padre apareció inesperadamente en Chandrila. Hizo que me sacaran de la nave del programa juvenil y me llevaran a nuestra nave. Mi madre y hermanos esperaban a

bordo. Después de despegar descubrí que me llevaban a Chommell Minor. Como me advertiste. Discutimos… Y después no estoy seguro de lo que pasó…

—Cuéntame qué pasó —le pidió Plagueis.

—Los maté —gruñó Palpatine—. Los maté… incluidos los guardias.

Plagueis contuvo una sonrisa, consciente de que Naboo sería suya. Asunto concluido. Ahora hay que atraerlo aún más y garantizar su utilidad constante.

—¿Alguien en Chandrila te vio subir a bordo de la nave familiar? —preguntó rápidamente.

—Solo el guardia… Y está muerto. Todos están muertos.

—Tenemos que devolverte con sigilo y de manera encubierta a Chandrila. Te mandaré ayuda, mi droide entre ella.

No des explicaciones sobre lo acaecido, aunque te pregunten, pero cumple sus órdenes.

—¿No vienes con ellos? —preguntó Palpatine, con los ojos muy abiertos.

—Te veré dentro de muy poco, Palpatine.

—Pero la nave. Las… pruebas.

—Haré gestiones para que se deshagan de la nave. Nadie se enterará jamás de lo sucedido, ¿me entiendes?

Palpatine asintió.

—Confío en ti.

Plagueis también asintió.

—Y, Palpatine, felicidades por tu emancipación.

Elegante como la criatura de las profundidades marinas a imagen de la cual estaba construida, la nave de pasajeros Coloso Quántico surcaba las enrarecidas corrientes del hiperespacio. La CQ, una de las mejores naves de su tipo, hacía viajes semanales entre Coruscant y Eriadu, deteniéndose en varios mundos de la Vía Hydiana para embarcar o desembarcar pasajeros. Envuelto en brilloseda verde claro, Plagueis había subido a bordo en Corellia, pero había esperado que la nave saltase a la velocidad de la luz para tomar un turboascensor, subir hasta la planta superior y presentarse en la puerta del camarote privado que le había conseguido a Palpatine.

—Me dijiste pronto —gritó Palpatine cuando la escotilla se abrió—. Una semana estándar no es pronto.

Plagueis entró, se quitó la capa y la dejó doblada sobre el respaldo de una silla.

—Tenía negocios que atender —miró por encima del hombro a Palpatine—. ¿Se supone que debía dejarlo todo por el aprieto en que te has metido?

Sin palabras por un segundo, Palpatine dijo:

—Perdona que pensase que estábamos juntos en esto.

—¿Juntos? ¿Por qué?

—¿No soy tu agente en Naboo?

Plagueis sacudió la cabeza de lado a lado.

—Nos proporcionaste información muy útil.

Palpatine le miraba indeciso.

—Hice más que eso, Magistrado, y lo sabes muy bien. Eres tan responsable de lo sucedido como yo.

Plagueis se sentó y cruzó una pierna por encima de la rodilla de la otra.

—¿Solo ha pasado una semana? Pareces muy cambiado. ¿Tan duras fueron contigo las autoridades de Chandrila y Naboo?

Palpatine seguía mirándole fijamente.

—Tal como prometiste, sin pruebas no hay delito. Llegaron a contratar a rescatadores y piratas para la búsqueda, pero volvieron con las manos vacías —su mirada se endureció—. Pero eres tú el que ha cambiado. A pesar de que viste que esto iba a suceder.

Plagueis se movió.

—¿Sospechaba que tu padre y tu terminaríais en un callejón sin salida? Por supuesto. Era evidente. Pero pareces insinuar que adiviné que el enfrentamiento terminaría violentamente.

Palpatine se lo pensó y después resopló burlonamente.

—Estás mintiendo. Es probable incluso que me obligases a hacerlo.

—Qué extraña manera de verlo —dijo Plagueis—. Pero ya que has percibido la verdad, confesaré. Sí, te incité deliberadamente.

—Viniste a Chandrila para asegurarte de que los espías de mi padre nos viesen juntos.

—Eso también es correcto. Haces que me sienta orgulloso de ti.

Palpatine ignoró el halago.

—Me utilizaste.

—No había más remedio.

Palpatine sacudió la cabeza con una incredulidad irritada.

—¿La historia de tus hermanos era cierta?

—En parte. Pero eso importa muy poco ahora. Me pediste ayuda y te la di. Tu padre intentó boicotearte y tú actuaste según tu propia voluntad.

—Y matándolo te he librado de un oponente —Palpatine hizo una pausa—. Mi padre tenía razón respecto a ti. Eres un mafioso.

—Y tú eres libre y rico —dijo Plagueis—. ¿Y ahora qué, joven humano? Sigo teniendo grandes esperanzas puestas en ti, pero antes de poder contártelo todo necesitaba que te liberases.

—¿Liberarme de qué?

—Del miedo a manifestar tu verdadera naturaleza.

La expresión de Palpatine se ensombreció.

—Tú no sabes nada sobre mi verdadera naturaleza —se alejó de Plagueis, después se detuvo y se giró hacia él—. Aún no me has preguntado nada sobre los asesinatos.

—Nunca me han interesado los detalles más crudos —dijo Plagueis—. Pero si necesitas desahogarte, hazlo.

Palpatine levantó las manos.

—¡Los ejecuté con esto! Y con el poder de mi mente. Me convertí en una tormenta, Magistrado… un arma lo bastante potente para doblar mamparos y lanzar cuerpos a la otra punta de la cabina. ¡Era la muerte personificada!

Plagueis estaba sentado erguido en la silla, genuinamente asombrado.

Ahora podía ver a Palpatine en toda su gloria oscura. La ira y el asesinato habían derribado los muros que había erigido, quizá desde niño, para proteger su secreto. Pero ahora no había manera de ocultarlo: ¡la Fuerza era muy poderosa en él! Reprimido durante diecisiete años estándar, su poder innato se había desatado y jamás podría volver a contenerlo. Tras todos aquellos años de represión, de crímenes inocentes, la emoción pura se había desbordado y era perjudicial para cualquiera que osase tocarla o saborearla. Pero bajo su ira acechaba un enemigo sutil: la aprensión. Recién renacido, corría un gran riesgo. Pero solo porque no se daba cuenta de lo poderoso que era ni de lo extraordinariamente poderoso que podía llegar a ser. Iba a necesitar ayuda para completar su autodestrucción. Iba a necesitar ayuda para reconstruir aquellos muros para evitar ser descubierto.

¡Oh, va a requerir de una domesticación prudente!, pensó Plagueis. Pero podría ser un gran aliado. ¡Un gran aliado!

—No sé muy bien qué pensar de todo eso, Palpatine —dijo finalmente—. ¿Siempre has tenido esos poderes?

Palpatine se había quedado pálido y las piernas le temblaban.

—Siempre he sabido que podía recurrir a ellos.

Plagueis se levantó de la silla y se acercó cautelosamente.

—Aquí es donde el camino se bifurca, joven humano. Aquí y ahora debes decidir si reniegas de tu poder o si te sumerges con valentía y minuciosidad en la verdad profunda, sin importarte las consecuencias.

Resistió el impulso de poner una mano sobre el hombro de Palpatine y se alejó de él.

—Podrías consagrar el resto de tu vida a intentar comprender ese poder, ese don —dijo, sin volver la vista—. O puedes considerar otra opción —se giró para mirar a Palpatine—. Es un camino oscuro hacia un territorio salvaje del que pocos regresan. Al menos no sin la ayuda de un guía. Pero también es la ruta más rápida y corta entre el hoy y el mañana.

Plagueis se daba cuenta de que estaba apostando fuerte, pero no había vuelta atrás. El lado oscuro los había reunido, y sería el lado oscuro el que decidiría si Palpatine iba a convertirse en su aprendiz.

—En tus estudios… —dijo prudentemente—. ¿Has leído algo sobre los Sith?

Palpatine parpadeó, como preocupado.

—¿No eran una secta Jedi? Producto de una especie de riña familiar.

—Sí, sí, en cierta manera lo eran. Pero no solo: los Sith son como el hijo pródigo, destinado a regresar y derrocar a los Jedi.

Palpatine miró a Plagueis.

—Los Sith son considerados malvados.

—¿Malvados? —repitió Plagueis—. ¿Qué significa eso? Hace un momento te has definido a ti mismo como una tormenta. Has dicho que eras la muerte personificada. En ese caso, ¿eres malvado o simplemente más fuerte y más despierto que los demás? ¿Quién moldea la historia de los seres inteligentes: los buenos, que siguen los caminos ya trillados, o aquellos que quieren despertar a los seres de su estupor y conducirlos hacia la gloria? Eres una tormenta, pero una tormenta muy necesaria que debe llevarse todo lo viejo y la complacencia, liberando la galaxia de ese lastre.

Los labios de Palpatine se retorcieron en una mueca amenazante e irritada.

—¿Esa es la sabiduría que promulgas… los dogmas de algún culto arcano?

—La prueba de su valor es poder vivir según esos dogmas, Palpatine.

—De haber querido eso, hubiese hecho que mis padres me entregasen a la Orden Jedi, en vez de peregrinar de un colegio privado a otro.

Plagueis apoyó las manos en sus caderas y se rió sin alegría.

—¿Y de qué crees que podría servirle una persona como tú a la Orden Jedi? Eres desalmado, ambicioso, arrogante, pérfido y no tienes vergüenza ni empatia. Es más, eres un asesino —fijó su mirada en la de Palpatine, que se había cubierto con la capucha, y vio que el joven cerraba los puños por la ira—. Cuidado, muchacho —le dijo al cabo de un momento—. No eres el único en esta habitación acolchada con poder para matar.

Palpatine abrió los ojos como platos y reculó un paso.

—Puedo sentirlo…

Plagueis se mostró deliberadamente arrogante.

—Lo que sientes es solo una fracción de lo que puedo desatar.

Palpatine parecía escarmentado.

—¿Puedo serle de alguna utilidad a los Sith?

—Probablemente —respondió Plagueis—. Pero tendremos que esperar para averiguarlo.

—¿Dónde están los Sith?

Plagueis se permitió sonreír.

—Ahora mismo solo hay uno. A no ser, claro, que desees unirte a mí.

Palpatine asintió.

—Deseo unirme a ti.

—En ese caso, arrodíllate ante mí y proclama que es tu voluntad unir para siempre tu destino al de la Orden de los lores Sith.

Palpatine miró al suelo, después se arrodilló y dijo:

—Es mi voluntad unir para siempre mi destino al de la Orden de los lores Sith.

Plagueis alargó la mano izquierda y la posó en la coronilla del humano.

—Ya está. Desde hoy mismo y para siempre, tu auténtico yo será Sidious.

Cuando Palpatine se levantó, Plagueis lo agarró por los hombros.

—Con el tiempo entenderás que el lado oscuro de la Fuerza y tú sois solo uno, y que tu poder supera toda contradicción. Pero ahora, y hasta que te diga lo contrario, la sumisión obediente es el único camino para tu salvación.

12: SEDUCIDO POR EL LADO OSCURO DE LA FUERZA

El obediente huérfano temblaba en medio de un remolino de nieve. Alrededor de él se alzaban pináculos de hielo en forma de dientes afilados, entre los que soplaba un viento glacial. Plagueis estaba cerca, aunque los copos de nieve volaban alrededor de él sin llegar a impactarle, derritiéndose antes de alcanzarlo. A diferencia de Sidious, que iba enfundado en un fino traje espacial, el lord Sith solo llevaba una capa, unos pantalones finos y un gorro.

—En este mundo fui consciente por primera vez de mis poderes en la Fuerza y mis impulsos oscuros —dijo lo bastante alto para hacerse oír con aquel viento—. Comparado con el templado Muunilinst, Mygeeto es despiadado e implacable, pero aprendí a adaptarme a sus duras condiciones y antes de los ocho años podía salir en medio de la tormenta más violenta vestido con menos de lo que llevas tú ahora. Pero no te he traído aquí para explicarte mi pasado, Sidious. Si pertenecieses a una especie aclimatada a estas condiciones, te habría llevado a un planeta desértico. Si fueses un ser acuático, te habría dejado plantado en medio de un terreno árido. La diferencia entre los caminos de la Fuerza tal como los practican los Sith y los Jedi no está tanto en la distinción entre oscuridad o presencia de luz sino, en tu caso, entre el frío descarnado y la presencia de calor. Entre peligro y comodidad, entre entropía y previsibilidad.

Plagueis se detuvo para mirar a Sidious.

—Tu sangre está a punto de congelarse. Si pasases demasiado rato aquí, morirías. Eso es lo que pensarás al principio, cuando el lado oscuro te ha rastreado y se ha acercado furtivamente a ti. Pensarás: moriré; el lado oscuro me matará. Y es cierto, morirás, pero solo para volver a renacer. Debes asimilar profundamente lo que significa estar aislado; debes sentirlo en el tuétano de tus huesos, porque siempre será así.

Plagueis se rió brevemente.

—Puede que suene como un profesor de filosofía de tu elitista colegio de Theed. Pero esto no es un sermón, ni tampoco debes pensar en ello como un acondicionamiento físico. En realidad necesitamos prepararte para lo que te espera si el lado oscuro se interesa por ti. Es una mezcla de miedo y alegría; de ser humillado y fortalecido a la vez; de ser elegido y utilizado, como un instrumento. De ser señalado y al mismo tiempo subsumido en una grandiosidad global.

Su demacrada cara adquirió una expresión feroz mientras avanzaba hacia Sidious.

—Ahora cuéntame, aprendiz. Y con más detalles.

Sidious dejó una vez más que sus recuerdos se desplegaran y revivió el crimen, el suceso, como había empezado a llamarlo. El cuerpo inerte y ensangrentado de su padre. Los cráneos aplastados de los guardaespaldas. Sus manos apretadas alrededor del esbelto cuello de su madre; aunque no la estrangulaba realmente con ellas, sino con su pensamiento. Los cuerpos sin vida de sus hermanos, desplomados aquí y allá… A medida

que lo contaba y lo volvía a contar, que lo revivía, había logrado una especie de autoridad sobre aquello, la habilidad de ver el suceso meramente como era, sin emoción, sin juzgarse. Era como si el suceso hubiese ocurrido años atrás, en lugar de meses, y como si el autor del crimen hubiese sido otra persona. Cuando llegó aquel momento crucial, un poder transformador se había arremolinado en su interior, tan oscuro como el espacio sin estrellas, nacido del odio y el miedo, pero que ahora podía manejar.

—Muy bien —dijo Plagueis, después de que el relato de Sidious hubiese salido entre sus labios morados y temblorosos—. Puedo sentir que te alejas y percibo tu creciente poder —siguió examinando a Sidious mientras la nieve se arremolinaba entre ellos—. No puedo permitir que tu voluntad se vea atemperada por sentimientos de arrepentimiento o compasión. Has llegado para convertirte en un líder. En consecuencia, debes ver a todos los seres vivos como nada más que una herramienta para tu progreso, para llegar al lugar que tienes destinado. Esta es nuestra galaxia, Sidious, nuestra realidad.

»En este lugar implacable, se forja tu poder.

»Impulsado por el miedo o el odio, incluso un Jedi puede superar las restricciones de las enseñanzas de su Orden y descubrir un poder más profundo. Pero ningún Jedi capaz de llegar hasta ahí, capaz de superar su lealtad a la paz y la justicia, capaz de matar por ira o deseo, puede afirmar que conoce realmente el lado oscuro de la Fuerza. Sus intentos por convencerse de que han caído en el lado oscuro, o que el lado oscuro impulsa sus actos, no son más que patéticas racionalizaciones. Por eso los Sith abrazan la oscuridad desde el principio, concentrándose en adquirir poder. Nosotros no ponemos excusas. Los actos de un Sith nacen en su interior y fluyen hacia el exterior. Acechamos a la Fuerza como cazadores, en lugar de caer como presas de sus enigmáticos antojos.

—Entiendo, Maestro —logró decir Sidious con la voz entrecortada.

Plagueis le lanzó una sonrisa malévola.

—Una vez le dije eso mismo a mi Maestro, cuando en realidad no había entendido nada. En realidad solo quería terminar con el dolor —en un movimiento casi imperceptible, abrió la parte delantera del traje espacial de Sidious—. Soy tu torturador, Sidious. Pronto harás todo lo posible para contentarme, y con cada mentira que digas, con cada intento de revertir nuestros roles, te harás tan brillante para el lado oscuro como una moneda de aurodio.

»Así que conténtame, Sidious. Vuelve a contarme cómo los mataste.

Sidious se sujetó a la ladera rocosa, tenía piedras bajo las ensangrentadas palmas de sus manos, los codos y las rodillas le temblaban, como si desearan sumergirse en las gélidas aguas del cristalino lago azul que había en la base de una empinada pendiente cercana. Pocos metros más arriba estaba Plagueis, sentado sobre un afloramiento plano con las piernas cruzadas y dándole la espalda, como si mirase fijamente los cegadores campos de nieve que cubrían la cima de la montaña.

—Si aún no deseas matarme, lo desearás antes de que haya terminado contigo —estaba diciendo—. El impulso de matar a tu superior es intrínseco a la naturaleza de nuestra empresa. Mi irrefutable fuerza despierta tu envidia; mi sabiduría estimula tu deseo; mis logros espolean tus ansias. Así ha sido desde hace mil años y así debe de ser hasta que te haya guiado hasta la igualdad. Entonces, Sidious, debemos hacer todo lo posible por sabotear la dinámica que Darth Bane puso en marcha, porque nos necesitaremos mutuamente si queremos lograr nuestros objetivos finales. Al final no podrá haber secretos entre nosotros; ni celos, ni desconfianza. Nosotros seremos el manantial del que manará el futuro de los Sith y los muchos y diversos seres de la galaxia serán mejores gracias a eso. Sin embargo, hasta entonces debes esforzarte; debes demostrar tu valía, no solo a mí sino también al lado oscuro. Debes tomar el odio que sientes por mí y transformarlo en poder; poder para superar, para evitar, cualquier cosa que se interponga en tu camino, para rebasar cualquier obstáculo que el lado oscuro utilice para ponerte a prueba.

Sidious, que apenas escuchaba, se movía con sumo cuidado, buscando una sujeción firme con las manos y las rodillas. Durante semanas Darth Plagueis le había privado de sueño, alimento y agua. Ahora, si era capaz de llegar hasta el muun, y solo si lo conseguía, podría saciar su sed y su hambre, y curar sus contusiones. En innumerables ocasiones la amplia masa de escombros rocosos se había desprendido y se había visto obligado a surfear el alud que descendía prácticamente hasta la orilla del lago, rodando, navegando sobre su pecho y espalda, rasguñándose la piel rojiza, golpeándose prácticamente todo el cuerpo. Y después había tenido que volver a escalar hasta la cima.

Calladamente furioso, logró escalar otro metro de la ladera, recurriendo a la Fuerza para no perder el equilibrio, para hacerse ingrávido.

—Tonto —se burló Plagueis—. El éxito no se consigue pidiéndole ayuda a la Fuerza, sino controlándola y generando el poder desde tu interior —suspiró teatralmente—. Aun así, me animan los progresos que has hecho. Ahora estás apenas a unos centímetros de mí, casi puedes tocarme con la mano. Dentro de poco podré sentir tu aliento en mi cogote y percibir el calor de tu ira; tu deseo de matarme, como si haciéndolo pudieses reclamar para ti la autoridad que encarno —hizo una pausa pero no se movió, ni siquiera miro por encima del hombro—. Quieres estrangularme, como hiciste con tu pobre e incomprendida madre; arrancarme los miembros uno por uno, como hiciste con los guardaespaldas. Me parece justo. Pero para lograrlo deberás esforzarte mucho más, aprendiz.

Como un felino, Sidious dio un salto desde la ladera, con los dedos arrugados en dirección a Plagueis. Pero en lugar de agarrar el esbelto cuello del muun, sus manos volaron por el aire y chocaron entre sí, haciéndole caer de bruces contra la parte superior del afloramiento. A un lado oyó a su Maestro riendo desdeñosamente. O Plagueis se había movido más rápido de lo que Sidious podía discernir o, peor aún, ni siquiera había estado allí en ningún momento.

—Eres tan fácil de engañar —dijo el muun, confirmando esta última opción—. Me haces perder el tiempo. Si sigues así, el lado oscuro jamás se interesará por ti.

Sidious se dio la vuelta y arremetió contra Plagueis, pero se topó con una fuerza irresistible que lo lanzó de espaldas contra el suelo congelado.

La sombra del muun cayó sobre él. Plagueis lo miraba, con los brazos cruzados ante el pecho.

—Sidious, si quieres llegar a habitar en ambos mundos, el profano y el de la Fuerza, debes aprender a utilizar la astucia a tu favor y a darte cuenta de cuando la emplean los otros —sin tenderle una mano, Plagueis le ayudó a incorporarse—. Si eres capaz de sobrevivir unos pocos días más sin alimento ni descanso, quizás esté dispuesto a enseñarte.

Avanzando con gran esfuerzo por la tundra, con el cuerpo repleto de quemaduras de espada de luz, Sidious lanzó una mirada suplicante a Plagueis.

—¿Cuánto falta, Maestro?

Plagueis desactivó el filo carmesí de su arma y frunció el ceño.

—Puede que un momento, puede que una eternidad. Deja de pensar en el futuro y afórrate al presente. Un aprendiz Sith es la antítesis de los jovencitos Jedi adiestrados en el Templo, que combaten contra un remoto flotante con espadas de luz de entrenamiento. Un Sith se familiariza con el dolor desde el principio y también lo inflige. Un Sith se lanza al cuello del oponente, como hiciste en la nave estelar de tu familia.

Sidious seguía mirándole.

—Me refería a cuánto falta para que termine mi aprendizaje.

El muun lo evaluó con la mirada.

—No es fácil saberlo. Los humanos no tienen peor enemigo que ellos mismos. Tu cuerpo no está diseñado para soportar el verdadero castigo. Sufre heridas fácilmente y se cura lentamente. Tus sentidos olfativos y táctiles son relativamente agudos, pero los auditivos y visuales son extremadamente limitados.

—¿No tengo ningún punto fuerte, Maestro?

Plagueis se postró sobre una rodilla frente a él.

—Posees la Fuerza, aprendiz, y talento para liderar. Es más, tienes la sed de sangre de un asesino en serie, aunque debemos contenerla si la violencia no nos sirve para alcanzar un objetivo extraordinario. No somos carniceros, Sidious, como algunos lores Sith del pasado. Somos los arquitectos del futuro.

Sidious tragó saliva y recuperó la voz.

—¿Cuánto?

Plagueis se levantó, volviendo a encender su espada de luz mientras lo hacía.

—Ni un solo día estándar menos de una década.

SEGUNDA PARTE:

APRENDIZAJE PARA EL PODER

54 - 52 A.B.Y.

13: JINETES EN LA TORMENTA

En una persecución loca de su presa, casi volando tras ella, los dos Sith, Maestro y aprendiz desde hacía once años ya, saltaban por el terreno cubierto de hierba, con sus capas cortas aleteando tras ellos, los vibrocuchillos bien sujetos en las manos y sus antebrazos desnudos salpicados de sangre y visceras; la sangre se cuajaba en la larga cabellera del humano y se secaba en la frente sin pelo del muun. Girando y retorciéndose alrededor de ellos había una manada de cuadrúpedos ágiles y cuellilargos con pelaje a rayas marrones y negras; idénticos y moviéndose como si poseyeran una sola mente, saltaban en el mismo instante, cambiaban de dirección, arremolinándose gregariamente en la sabana.

—Esto no es una persecución —dijo Plagueis mientras corría—, es una llamada. Tienes que colocarte tras los ojos de tu objetivo y convertirte en el objeto de su deseo. Lo mismo sucede cuando invocas la Fuerza: debes hacerte deseable, fascinante, adictivo… Y cualquier poder que necesites será tuyo.

Mezclado con la manada, el animal en que se había fijado Sidious habría sido indistinguible para los seres normales. Pero Sidious tenía al animal en la mente y ahora estaba mirando a través de sus ojos, como si fueran uno. Repentinamente junto a él, la criatura parecía intuir su final e inclinó la cabeza a un lado para exponer su musculoso cuello. Cuando clavó el vibrocuchillo, los ojos de la criatura se pusieron en blanco y después opacos; brotó un chorro de sangre caliente, pero dejo rápidamente de salir… La Fuerza se disipaba y Sidious extraía su poder de las profundidades de su ser.

—Ahora otro —dijo Plagueis en tono de felicitación—. Y después de ese, otro.

Sidious se sintió empujado a la acción, como por un viento huracanado.

—Siente el poder del lado oscuro fluyendo por tu interior —añadió Plagueis desde detrás de él—. Sacrificando a la manada servimos al objetivo de la naturaleza y perfeccionando nuestras habilidades servimos al nuestro propio. ¡Somos depredadores!

Aquel planeta de baja gravedad se conocía entonces como Buoyant y poseía una desconcertante mezcla de flora y fauna fruto del experimento de una especie olvidada que había modificado la atmósfera, haciendo que el planeta girase sobre su eje más rápidamente de lo que la naturaleza pretendía y provocando el crecimiento de bosques frondosos y extensas praderas. Las máquinas aún útiles de los antiguos salpicaban el paisaje y, miles de años después de importarlos, los animales prosperaban. Nada se movía lenta o pesadamente en aquel mundo de rápida rotación, ni siquiera el día y la noche, ni las tormentas que sacudían la atmósfera con violenta frecuencia.

En otras partes del planeta —en los densos bosques, los áridos páramos, bajo las olas de las islas continentales— los dos Sith ya le habían quitado la vida a innumerables criaturas: sacrificándose, agudizándose y marinándose en una miasma de energía del lado oscuro.

A kilómetros de distancia del punto en que había empezado la caza de los cuadrúpedos, Plagueis y Sidious se sentaron bajo la enorme copa de un árbol cuyo tronco era lo bastante ancho para envolver un deslizador terrestre y cuyas gruesas ramas se combaban por el peso de florecientes plantas parasitarias. Jadeando y empapados en sudor, descansaban en silencio mientras las nubes de insectos impacientes se arremolinaban alrededor de ellos. Los latidos de los tres corazones del muun podían verse a través de su piel translúcida y sus ojos claros seguían los movimientos sinuosos de la manada fugitiva.

—Entre mi gente hay pocos que sepan lo rico que soy —dijo finalmente—, puesto que la mayor parte de mis riquezas deriva de actividades que no tienen nada que ver con mi negocio financiero habitual. Durante muchos años mis congéneres se preguntaron por qué prefería seguir soltero y finalmente llegaron a la conclusión de que, esencialmente, estaba casado con mi trabajo, sin ser conscientes de la razón que tenían. Porque mi verdadero cónyuge es el lado oscuro de la Fuerza. Lo que los antiguos llamaban Bogan, el reverso de Ashla.

»Incluso los Jedi entienden que no se logra ningún beneficio asociándose con un ser que no posee la habilidad de entender lo que significa ser dominado por la Fuerza, por eso la Orden restringe el matrimonio por dogma, en servicio, eso dicen ellos, de la pureza de Ashla.

»Pero Ashla es una perversión —prosiguió—, ya que la oscuridad ha precedido siempre a la luz. La idea original era capturar el poder de la Fuerza y subordinarlo a la voluntad de los seres inteligentes. Los antiguos —los celestiales, los rakata— no juzgaban sus obras. Movían planetas, manipulaban sistemas estelares, conjuraban artefactos del lado oscuro, como la Fragua Estelar, como mejor les convenía. Si en el proceso morían millones de seres, les traía sin cuidado. Las vidas de la mayoría de seres tienen poca importancia. Los Jedi no alcanzan a entenderlo. Están tan ocupados salvando vidas y esforzándose en mantener en equilibrio los poderes de la Fuerza que han perdido de vista el hecho de que la vida inteligente debe evolucionar, no languidecer simplemente en un inmovilismo complaciente.

Se detuvo para mirar a Sidious.

—Sin duda, los textos que te he proporcionado contienen referencias a la llamada teoría Potentium; según la cual la luz y la oscuridad dependen de la intención del usuario. Esa es otra perversión de la verdad perpetrada por aquellos que quieren tenernos encadenados a la Fuerza. El poder del agua y el poder del fuego son completamente distintos. Tanto los glaciares como los volcanes tienen potencial para transformar el paisaje, pero uno lo hace enterrando todo lo que tiene debajo, mientras que el otro crea terreno nuevo. Los Sith no son estrellas apacibles sino singularidades. En lugar de arder con un objetivo débil, deformamos el espacio y el tiempo para distorsionar la galaxia según nuestro propio diseño.

»Para llegar a ser alguien de gran poder se necesita algo más que mera docilidad; se necesita obstinación y tenacidad. Por eso debes mantenerte siempre receptivo a las

corrientes del lado oscuro, porque no importa lo ágil que seas, o creas ser, la Fuerza no será piadosa contigo. Como has aprendido, tu cuerpo duerme pero tu mente nunca descansa.

Levantándose, Plagueis extendió sus largos brazos frente a él y liberó una tormenta de rayos de Fuerza que chisporroteó en el paisaje, provocando incendios en la hierba.

—Un Jedi lo bastante potente en la Fuerza puede ser entrenado para producir una imitación, pero no el verdadero rayo Sith, capaz no solo de incapacitar o matar, sino también de transformar físicamente a la víctima. Los rayos de Fuerza requieren de un tipo de fortaleza que solo pueden alcanzar los Sith, porque nosotros aceptamos las consecuencias y rechazamos la compasión. Para hacerlo se necesita una sed de poder difícil de satisfacer. La Fuerza intenta resistir las llamadas de los espíritus famélicos; por lo que debe quebrarse y convertirla en una bestia de carga. Se debe lograr que responda a la propia voluntad.

»Pero la Fuerza no puede tratarse con deferencia —añadió mientras unos pocos filamentos salían chisporroteando de la punta de sus dedos—. Para invocar y utilizar los rayos adecuadamente, tienes que haberlos recibido alguna vez, como medio para asumir su energía en tu interior.

Sidious miró cómo se apagaban los últimos arbustos incendiados y después dijo:

—¿Terminaré físicamente transformado?

—¿En un monstruo viejo, pálido, de voz rugosa y ojos amarillos, quieres decir? ¿Como el que tienes frente a ti? —Plagueis gesticuló y después se agachó hacia el suelo—. Seguro que conoces la sabiduría popular: el rey Ommin de Onderon, Darth Sion y Darth Nihilus. Pero no puedo decir si te sucederá a ti también o no. Aunque debes saber una cosa, Sidious, el poder del lado oscuro no debilita al que lo utiliza tanto como debilita al que no lo posee —sonrió maliciosamente—. El poder del lado oscuro es una enfermedad de la que ningún Sith verdadero querría ser curado.

En Hypori la presa eran ellos, colocados espalda contra espalda y enfundados en sus togas negras de tela zeyd, en medio de varios anillos concéntricos de droides, adaptados por Blindaje Baktoid para utilizarlos como autómatas de combate. Doscientos asaltantes programados —bípedos, con bandas de rodadura o voladores gracias a generadores antigravedad— armados con gran variedad de armas, desde blásters de mano hasta rifles de cañones recortados. Plagueis no había permitido que su joven aprendiz empuñase una espada de luz hasta pocos años antes, pero Sidious ahora blandía una, construida por él mismo con una aleación de phrik y aurodio, alimentada por un cristal sintético. Fabricada para unas manos delicadas de dedos largos, tanto obra de arte como arma, la espada de luz rasgaba el aire mientras la sacudía de lado a lado frente a él.

—Cada arma, sin que importe la especie que la fabrique, tiene sus propiedades y particularidades —estaba diciendo Plagueis, con su propia espada de luz inclinada hacia

el suelo de ferrocemento del paisaje urbano simulado de la cúpula de combate, como si fuese a encender una mecha—. Alcance, poder de penetración, rango de recarga… En algunas circunstancias tu vida puede depender de tu habilidad para concentrarte en el arma más que en quien la empuña. Debes entrenarte para identificar cualquier arma al instante… Tanto si la ha fabricado BlasTech, Merr-Sonn, Tenloss o Prax. Así sabrás donde colocarte y las distintas maneras de desviar una descarga bien dirigida.

Plagueis convirtió sus palabras en actos cuando el primer anillo de droides empezó a converger sobre ellos, escalonando el ataque y desencadenando explosiones aleatorias. Orbitando a Sidious, la espada de luz del muun repelía cada ráfaga, devolviendo los disparos hacia su origen o desviándolos hacia las fachadas de los edificios falsos que los rodeaban u otros droides. En otras ocasiones, Plagueis no intentaba redirigir los ataques sino que optaba simplemente por girar y retorcer su cuerpo esbelto, haciendo que las descargas pasaran a pocos centímetros de él. Alrededor de los dos Sith, los autómatas caían uno tras otro, chorreando lubricante por sus depósitos agujereados o estallando en una lluvia de partes aleadas, hasta que quedaron todos apilados en el suelo de ferrocemento.

—El próximo anillo es tuyo —dijo Plagueis.

El escabroso y deshabitado Hypori pertenecía a la Tecno Unión, cuyo capataz skakoano, Wat Tambor, debía su escaño en el Senado republicano a Explotaciones Damask. A cambio, el humanoide biónico permitía que los miembros de la Guardia Sol echani utilizasen Hypori como campo de entrenamiento y suministraba los necesarios droides de combate. Como un nuevo favor, Hego Damask le había solicitado una sesión privada en el paisaje urbano simulado, para que su aprendiz y él mismo pudiesen usar libremente las espadas de luz; aunque el único objetivo era desviar los disparos, no desmembrar ni atravesar a nadie.

Cuando le llegó el turno a Sidious de demostrar sus habilidades, Plagueis no dejó de hablarle desde detrás, añadiendo distracción a la evidente posibilidad de ser desintegrado accidentalmente.

—Un ser entrenado en el arte de matar no espera a que lo percibas como objetivo, ni se presenta como oponente, como en una competición de artes marciales. Tus reacciones deben ser instantáneas y cuanto menos letales, porque eres un lord Sith y eso te marcará para siempre.

Los droides seguían acercándose, anillo tras anillo, hasta que el suelo estaba repleto de caparazones humeantes. Plagueis lanzó una orden que terminó abruptamente con la matanza y apagó su espada de luz. El tañido de las armas enfriándose, el siseo de las fugas de gas y el zumbido cambiante de los servomotores rompían el repentino silencio. Los miembros aleados sufrían espasmos y los fotorreceptores se cerraban, apagando su espeluznante fulgor. El aire reciclado estaba corrompido por el olor a circuitos achicharrados.

—Deléitate la vista con nuestra obra —dijo Plagueis, haciendo un gesto amplio.

Sidious apagó su arma.

—No veo nada más que droides averiados.

Plagueis asintió.

—Darth Bane advirtió: algún día la República caerá y los Jedi serán aniquilados. Pero eso no sucederá hasta que nosotros estemos preparados para tomar el poder.

—¿Cuándo? —preguntó Sidious—. ¿Cómo sabremos cuándo ha llegado el momento?

—Pronto lo sabremos. Durante mil años los Sith han permitido que los redujeran a mero folclore. De acuerdo con nuestros objetivos, no hemos hecho nada por contrarrestar la creencia de que somos una perversión de los Jedi, magos malvados; encarnaciones del odio, la ira y la sed de sangre, capaces incluso de dejar un residuo de nuestras fechorías y crueldades en los lugares con poder.

—¿Por qué no hemos visitado aún esos lugares, Maestro… en vez de mundos como Buoyant e Hypori?

Darth Plagueis le miró.

—Eres impaciente. No valoras el aprendizaje en armas y explosivos, la sugestión con la Fuerza ni las artes sanadoras. Deseas el tipo de poder que se puede encontrar en Korriban, Dromund Kaas y Zigoola. Pero déjame decirte qué encontrarás en esos relicarios: Jedi y buscadores de tesoros y leyendas. Por supuesto que hay tumbas en el Valle de los Señores Oscuros, pero fueron saqueadas y ahora solo atraen a turistas. En Dxun, Yavin Cuatro, Ziost pasa exactamente lo mismo. Si te interesa la historia, puedo mostrarte un centenar de mundos en cuya arquitectura y cultura se han introducido disimuladamente símbolos esotéricos Sith, y puedo aburrirte con los relatos de las proezas de Freedon Nadd, Belia Darzu, Darth Zannah, de la que se cuenta que llegó a infiltrarse en el Templo Jedi, o de naves estelares imbuidas de conciencia Sith. ¿Es eso lo que deseas, Sidious, convertirte en un erudito?

—Solo quiero aprender, Maestro.

—Aprenderás. Pero no de fuentes espurias. No somos una secta como los Hechiceros de Tund de Tetsu. Somos descendientes de Darth Bane, los pocos elegidos que nos negamos a dejarnos arrastra por la Fuerza, porque preferimos ser nosotros los que la utilicemos a ella. Treinta en un milenio frente a las decenas de miles dignos de ser Jedi. Cualquier Sith puede fingir compasión y santurronería, incluso dominar las artes Jedi, pero solo uno de cada mil Jedi podría convertirse en un Sith, porque el lado oscuro es solo para aquellos que valoran el autodeterminismo por encima de todo lo que ofrece la existencia. En estos últimos mil años solo un lord Sith se desvió hacia la luz, algún día te contaré esa historia. Pero, por ahora, recuerda bien que la Regla de Dos de Darth Bane fue al principio nuestra salvación ya que terminó con las luchas internas que siempre daban ventaja a la Orden Jedi. Parte de nuestra actual tarea será perseguir y eliminar a cualquier falso Sith que suponga una amenaza para nuestros objetivos finales.

Sidious se quedó en silencio durante un buen rato.

—¿También debo desconfiar de las lecciones contenidas en los holocrones Sith?

—Desconfiar no —respondió Plagueis seriamente—. Pero los holocrones contienen conocimientos específicos e idiosincrásicos de cada uno de los Sith que los construyeron.

El conocimiento verdadero pasa de Maestro a aprendiz en sesiones como esta, en las que no hay nada codificado ni grabado, ni diluido, por lo que no puedes olvidarlas. Llegará un momento en que quizá desees consultar los holocrones de Maestros pasados, pero hasta entonces es mejor que no te influencien. Debes descubrir el lado oscuro por ti mismo y perfeccionar tu poder a tu manera. Todo lo que puedo hacer yo mientras tanto es ayudarte a no perderte mientras nos ocultamos de los ojos de nuestros enemigos.

—¿Qué cuerpo celeste es más luminoso que una singularidad? —dijo Sidious—. Escondido a la vista de todos pero más poderoso que ninguno.

Plagueis sonrió.

—Estás citando a Darth Guile.

—Después compara los Sith con una célula solitaria o maligna, demasiado pequeña para ser descubierta mediante escáneres y otras técnicas, pero capaz de extenderse de manera silenciosa y letal en un sistema. Inicialmente, la víctima simplemente no se encuentra bien, después cae enferma y finalmente sucumbe.

Plagueis le miró a los ojos.

—Piensa en la mentalidad de un anarquista que planea sacrificarse por su causa. Durante las semanas, meses o posiblemente años que transcurren hasta el día en que se coloca un detonador térmico en el pecho y ejecuta su tarea, vive con su secreto y este lo refuerza, consciente del precio que pagará por su acto. Así ha sido para los Sith, viviendo en un lugar de conocimiento secreto y sagrado durante mil años, conscientes del precio que pagaríamos por nuestros actos. Eso es el poder, Sidious. Mientras los Jedi, por contra, son como seres que, puesto que se mueven entre los sanos, mantienen en secreto el hecho de estar muriendo de una enfermedad terminal.

»Pero el verdadero poder no necesita garras ni colmillos, ni anunciarse con gruñidos o ladridos guturales, Sidious. Puede someter con grilletes de brilloseda, carisma resoluto y astucia política.

La ubicación del planeta conocido por los Sith como Kursid había sido eliminada de los registros de la República en tiempos remotos y durante los últimos seiscientos años se había reservado para usarlo como lugar de recreo. Los Maestros y aprendices del linaje de Bane lo habían visitado con la suficiente regularidad para que surgiese un culto basado en el retorno periódico de los visitantes celestiales. Los Sith no se habían molestado en investigar qué pensaban los humanoides indígenas de Kursid sobre aquellas visitas, si en su religión los Sith eran considerados como equivalentes de deidades o demonios, puesto que era altamente probable que los primitivos ni siquiera le hubiesen dado un nombre a su mundo. No obstante, visitándolo como aprendices y, más frecuentemente, como Maestros, los lores Sith habían percibido el lento avance de la civilización de Kursid. En las primeras visitas, los primitivos se habían defendido con mazas de madera y piedras pulidas lanzadas con hondas. Doscientos años después, muchos de los pequeños

asentamientos habían crecido hasta convertirse en ciudades o centros ceremoniales construidos en piedra tallada, con clases sociales, gobernantes, sacerdotes, comerciantes y guerreros. Gradualmente las ciudades se habían rodeado de armamento tosco y murallas defensivas inclinadas adornadas con símbolos guardianes mágicos. En algún momento previo a la visita de Darth Tenebrous como aprendiz, se habían construido réplicas de las naves Sith en el centro de una meseta árida que se utilizaba como campo de batalla y se habían dibujado enormes figuras totémicas, visibles solo desde encima, moviendo los millares de piedras volcánicas del tamaño de un puño que cubrían el suelo. En la primera visita de Plagueis, unos cincuenta años antes, los guerreros que se habían enfrentado a Tenebrous y él iban armados con arcos y lanzas con puntas metálicas.

El hecho de que los Sith jamás hiciesen nada que no fuese combatir no había evitado que los primitivos intentasen adoptar una política de contemporización, dejando en el perpetuo punto de aterrizaje de las naves alimentos, víctimas de sacrificios y obras de arte forjadas con materiales que consideraban preciosos o sagrados. Pero los Sith se habían limitado a ignorar aquellas ofrendas, esperando en la llanura pedregosa que los primitivos desplegasen a sus guerreros, igual que hacían ahora mientras Plagueis y Sidious esperaban.

Tras anunciar su llegada volando bajo sobre la ciudad, habían aterrizado y esperado durante seis días, mientras las lúgubres llamadas de los cuernos perturbaban los áridos silencios y grupos de primitivos se congregaban en las laderas desde las que se dominaba el campo de batalla.

—¿Recuerdas lo que dijo Darth Bane sobre matar inocentes? —había preguntado Plagueis.

—Nuestra misión —parafraseó Sidious—, no es matar a los que no son aptos para vivir. Todo lo que hacemos debe servir a nuestro verdadero propósito: la preservación de nuestra Orden y la supervivencia de los Sith. Debemos trabajar para hacer crecer nuestro poder, y para lograrlo tendremos que interactuar con individuos de muchas especies y de infinidad de mundos distintos. Así los Jedi terminarán enterándose de nuestra existencia.

Para abstenerse de matar absurdamente, blandían picas de fuerza en vez de espadas de luz. Las picas, armas para el combate cuerpo a cuerpo de un metro de longitud utilizadas por los echani y la Guardia del Senado, estaban equipadas con puntas aturdidoras capaces de provocar una descarga que podía apabullar los sistemas nerviosos de la mayoría de seres inteligentes, sin causar daños permanentes.

—Las próximas horas pondrán a prueba los límites de tu agilidad, velocidad y precisión —dijo Plagueis, mientras centenares de los guerreros más corpulentos, valientes y dotados, con el cuerpo embadurnado con pigmentos derivados de plantas, arcilla o tierra, empezaban a apartarse de la multitud—. Pero esto es algo más que un simple ejercicio de aptitud; es un rito de iniciación para esos seres, porque nos asisten en nuestro ascenso definitivo al poder, lo que los convierte en servidores del lado oscuro de la Fuerza. Dentro de unos siglos, con el avance de los Sith, podrán enfrentarse a nosotros con armas de proyectiles o rayos de energía. Pero para entonces habremos evolucionado,

hasta superar quizás este rito, y vendremos para ser reverenciados en vez de combatir. Con poder, obtengo victoria, y con victoria mis cadenas se rompen. Pero el poder solo es un medio para alcanzar un fin.

Entre el clamor de los tambores y los gritos de los espectadores, los guerreros blandieron sus armas, lanzaron un ensordecedor grito de guerra y atacaron. Plagueis hizo un gesto con la cabeza y los dos Sith corrieron por la llanura para ir a su encuentro, volando entre ellos como espectros, esquivando flechas, puntas de lanza relucientes y golpes de hachas de combate; combatiendo contra uno, dos o tres rivales a la vez; derribando oponente tras oponente con golpes de sus picas de fuerza, hasta que solo quedó uno en pie entre centenares de cuerpos espasmódicos.

Fue entonces cuando Plagueis tiró la pica aturdidora y encendió su espada carmesí, provocando un lamento colectivo entre los congregados en las laderas de las colinas.

—Ejecuta a uno, aterroriza a miles —dijo.

Lanzando al guerrero al suelo con un empujón con la Fuerza, utilizó la espada de luz para abrirle con destreza la cavidad pectoral; después metió una mano dentro y extrajo su corazón aún latiente.

El rumor del público alcanzó un tono febril cuando levantó el corazón por encima de su cabeza; aunque terminó abruptamente. Tras un largo momento de silencio, los guerreros caídos fueron rescatados del campo de batalla y la multitud empezó a dispersarse, desconsolada pero animada por el hecho de haber cumplido su deber. Los cuernos volvieron a sonar y un canto comunal que era a la vez sombrío y festivo se propagó con el viento. En la ciudad principal, se tallaría y erigiría una estela de piedra en honor a los muertos y empezaría la cuenta atrás hasta el regreso de los Sith.

Plagueis colocó el corazón ya inerte en el pecho del primitivo y utilizó el dobladillo de su toga para limpiarse la sangre de la mano y el antebrazo.

—En una época, aunque aceptaba que los muuns somos seres de una clase más elevada, me desconcertaba que otros seres me cediesen sus asientos o se echasen a la cuneta para dejarme pasar. Pero al principio de mi aprendizaje me di cuenta de que las especies más bajas no me cedían el paso por ser un muun, sino porque, en realidad, era superior a ellos en todos los sentidos. Es más, no basta con que se aparten para cederme el paso, sino que deben dejarse pisar para que yo vaya donde quiera, porque los Sith somos su salvación, su única esperanza verdadera. En el futuro mejoraremos las vidas de sus descendientes, por lo que nos deben la máxima cortesía, cualquier sacrificio, incluidas sus propias vidas.

»Pero a muchos de ellos les esperan tiempos oscuros, Sidious. Una era de guerras necesarias para purgar la galaxia de aquellos que han permitido su decadencia. Porque la decadencia no tiene cura; debe ser erradicada con las llamas del fuego purificador. Y los Jedi son los principales culpables.

Paralizados por la empatia, encadenados a la obediencia —a sus Maestros, su Consejo, su querida República— perpetúan el mito de la igualdad, sirviendo a la Fuerza como si fuese una especie de religión con la que los hubiesen programado. Con la

República se comportan como padres indulgentes que permiten que sus hijos experimenten con decisiones que no tienen ninguna consecuencia, apoyando su obcecación con el único fin de mantener la familia unida. Se pisan sus propias togas en una carrera por sostener un gobierno galáctico que lleva siglos deteriorándose. Cuando, en realidad, deberían decirle: sabemos qué es lo mejor para ti.

»La galaxia no puede recuperar el rumbo apropiado hasta que la Orden Jedi y la corrupta República hayan sido derrocadas. Solo entonces los Sith podrán iniciar el proceso de reconstrucción desde cero. Por eso estimulamos las rivalidades entre sistemas y apoyamos los objetivos de cualquier grupo que pretenda fomentar el caos y la anarquía. Porque cualquier tipo de destrucción favorece a nuestros fines.

Plagueis se detuvo para volver a tomar el corazón del guerrero entre sus manos.

—A través de nosotros, los poderes del caos se arrean y explotan. Las épocas oscuras no surgen así, sin más, Sidious. Los seres iluminados, las inteligencias influyentes manipulan los acontecimientos para provocar una tormenta que otorgará el poder a una élite dispuesta a tomar las decisiones difíciles que la República no se atreve a tomar. Los seres pueden elegir a sus líderes, pero la Fuerza nos ha elegido a nosotros.

Miró a su aprendiz.

—Pero debes recordar que un político astuto es capaz de provocar más caos que dos lores Sith armados con vibrocuchillos, espadas de luz o picas de fuerza. Y en eso es en lo que debes convertirte, conmigo asesorándote desde la sombra.

—¿Somos lo bastante grandes? —dijo Sidious.

—Deberías preguntarte si somos lo bastante salvajes —Plagueis hizo una leve sonrisa—. No vivimos en una era de gigantes, Sidious. Para alcanzar el éxito debemos convertirnos en bestias.

Tras darle un bocado al corazón del guerrero, le pasó el órgano ensangrentado a su aprendiz.

14: LA FORMA DE SU SOMBRA

—Parece que está disfrutando de su filete, embajador Palpatine.

—Está exquisito —dijo, sosteniendo la mirada de su interlocutor una fracción de segundo más de lo que debería.

Bebiendo su tercera copa de vino desde el principio de la cena, ella interpretó su sonrisa como un permiso para hablarle abiertamente.

—¿No sabe demasiado fuerte?

—Apenas quedan rastros de su naturaleza salvaje.

La mujer, una belleza humana de pelo negro y grandes ojos azules, tenía algún tipo de relación con el consulado eriaduano en Malastare; los anfitriones de la gala en la que se homenajeaba a los dug ganadores de la Clásica de la Cosecha de Vinta.

—¿Ha venido a Malastare por negocios o por placer?

—Con un poco de suerte, por ambas cosas —dijo Palpatine, limpiándose los labios con una servilleta—. Kinman Doriana y yo formamos parte de la comitiva del senador Kim.

Señaló al joven bien afeitado y ligeramente alopécico de la silla contigua.

—Encantada —dijo la mujer.

Doriana sonrió de oreja a oreja.

—Es un placer.

La mujer miró a la mesa vecina, que Vidar Kim compartía con miembros del Protectorado Gran y políticos de los cercanos Sullust, Darknell y Sluis Van.

—¿El senador Kim es el alto de la barba pintoresca?

—No, es el de los tres ojos tentaculares —dijo Doriana.

La mujer parpadeó y después se rió con él.

—Una amiga me ha preguntado antes por el senador Kim. ¿Está casado?

—Desde hace años. Y felizmente —le dijo Palpatine.

—¿Y usted? —dijo ella, volviéndose hacia él de nuevo.

—Viajo demasiado para eso.

Ella lo miró por encima del borde de su copa de vino.

—Está casado con la política, ¿no es así?

—Con el trabajo —dijo él.

—Con el trabajo —dijo Doriana, levantando la copa para brindar.

Con solo veintiocho años, Palpatine llevaba su pelo rojizo en una larga melena, en la tradición de los estadistas de Naboo, e iba impecablemente vestido. Muchos de los que lo conocían lo definían como un joven elocuente y carismático de gustos refinados y fortaleza serena. Era un buen conversador, apacible, políticamente astuto y asombrosamente bien informado para llevar solo siete años en el ramo. Era un aristócrata en una época en que pocos podían definirse como tal y tenía un gran destino por delante. También había viajado mucho, gracias a su posición como embajador plenipotenciario de

Naboo, aunque también por ser el único heredero de la riqueza de la Casa de Palpatine. Se había recuperado de la tragedia que había azotado a su familia más de una década antes, aunque era un tanto solitario, quizá por haber quedado huérfano a los diecisiete años. Un hombre cuyo amor por la soledad daba indicios de una faceta oculta de su personalidad.

—Dígame, embajador —dijo ella tras posar la copa sobre la mesa—. ¿Es usted de esos hombres que tienen una amiguita en cada puerto espacial?

—Me gusta hacer amigos —dijo Palpatine en un tono plano que la hizo ruborizar—. En eso nos parecemos.

Ella se mordió el labio inferior y volvió a coger su copa.

—¿No será uno de esos Jedi que saben leer el pensamiento camuflado bajo la toga de embajador?

—Ni mucho menos.

—Siempre me he preguntado si los Jedi tienen relaciones secretas —dijo ella en tono conspirativo—. Si vagan por la galaxia y emplean la Fuerza para seducir a seres inocentes.

—No sabría decirle pero, francamente, lo dudo —dijo Palpatine.

Ella le dedicó una mirada calculadora y alargó la mano para acariciarle la barbilla con un dedo.

—En Eriadu algunos creen que las barbillas con hoyuelo identifican a los que la Fuerza ha elegido.

—Qué suerte la mía —dijo él con una seriedad burlona.

—Sí, qué suerte la suya —dijo ella, pasándole una tarjeta de plastifino por encima de la mesa—. Debo atender a mis tareas como anfitriona, embajador. Pero estoy libre a partir de medianoche.

Palpatine y Doriana la miraron mientras se alejaba de la mesa, balanceándose ligeramente sobre sus tacones altos.

—Bien jugado —dijo Doriana—. Estoy tomando apuntes.

Palpatine le pasó la tarjeta de plastifino.

—Te la regalo.

—Pero si es para ti —Doriana negó con la cabeza—. No estoy tan desesperado. Aún, al menos.

Los dos se rieron. La encantadora sonrisa y el atractivo inocente de Doriana escondían una personalidad siniestra que había hecho que Palpatine se fijase en él varios años antes. Natural de Naboo, tenía un pasado complicado y, puede que como consecuencia, unos talentos que lo hacían muy útil. Así que Palpatine se había hecho amigo de él y lo había atraído clandestinamente hacia su telaraña, siguiendo las instrucciones de Plagueis de buscar siempre aliados y potenciales conspiradores. Que Doriana no fuese potente en la Fuerza no suponía ninguna diferencia. En once años de aprendizaje Sith y de viajes por toda la galaxia, Palpatine aún no había encontrado ningún

ser cuya capacidad en la Fuerza hubiese pasado desapercibida o no hubiese sido explotada ya.

En la mesa vecina, Vidar Kim y sus acompañantes se divertían, con su intimidad garantizada por una sombrilla silenciadora transparente. La envidia corroía a Palpatine cuando miraba a Kim… El puesto que gozaba en el Senado Galáctico, el haber sido destinado a Coruscant, su fácil acceso a la élite de la galaxia. Pero sabía que debía esperar su momento; que Plagueis le trasladaría a la capital galáctica solo cuando tuviese buenos motivos para hacerlo.

Por mucho que Plagueis asegurara que la Regla de Dos había terminado con su unión, el muun seguía siendo el poderoso y Palpatine el codicioso. A pesar de la máxima de Bane, la negación seguía siendo un factor clave en el entrenamiento Sith; un factor clave para ser «roto», como decía Plagueis, para ser moldeado por el lado oscuro de la Fuerza. En ocasiones de manera cruel y dolorosa. Pero Palpatine estaba agradecido, porque la Fuerza lo había convertido gradualmente en un ser de poder oscuro y le había proporcionado una identidad secreta. La vida que había llevado —como noble cabeza de la Casa de Palpatine, legislador y más recientemente embajador plenipotenciario— no era más que los arreos de su alter ego; su riqueza, un subterfugio; su atractiva cara, una máscara. En el terreno de la Fuerza sus pensamientos ordenaban la realidad y sus sueños preparaban la galaxia para un cambio monumental. Era una manifestación de los objetivos oscuros, colaborando en el avance del Gran Plan Sith y adquiriendo poco a poco un poder que algún día, en palabras de su Maestro, le permitiría controlar a otro ser, después a otros seres, después una orden, un mundo, una especie y la propia República.

El codo de Doriana lo arrancó de sus ensoñaciones.

—Kim viene hacia aquí.

—No creas que no lo he visto —dijo el senador cuando llegó hasta Palpatine.

Este no ocultó su perplejidad.

—La tarjeta de plastifino que te ha dado esa mujer —dijo Viciar—. Supongo que la has divertido con tus patrañas habituales.

Palpatine se encogió de hombros candorosamente.

—Puede que le dijese que conozco bien la galaxia.

—Que conoce bien las mujeres de la galaxia, quiere decir —intervino Doriana.

Kim se rió efusivamente.

—¿Cómo puede ser que mis ayudantes vayan dejando un rastro de conquistas a su paso y mi hijo se dedique a meditar sobre la Fuerza en el Templo Jedi?

—Precisamente por eso es tan completo.

Más incluso que Plagueis, Kim había sido el mentor de Palpatine en la esfera de la política mundana. Su relación había comenzado quince años antes, cuando Palpatine había sido inscrito a la fuerza en una escuela privada de Theed y Kim terminaba de completar su etapa en el programa de Aprendiz de Legislador. Desde entonces, Palpatine había visto crecer la familia de Kim con tres hijos, uno de los cuales, Ronhar, seis años más joven que él, había sido entregado a la Orden Jedi cuando solo era un niño. Cuando

Plagueis se enteró de aquello, animó a Palpatine a profundizar en su amistad con Kim, con la expectativa de que, antes o después, su camino y el del Jedi Ronhar se cruzasen.

Ordena el futuro ocupándote de él con tus pensamientos, solía decirle su Maestro.

—Acompáñanos en nuestra mesa —dijo Kim.

Palpatine se levantó y acompañó a Kim hacia la mesa más grande.

—Algún día me sustituirás en este trabajo —le dijo el senador en voz baja—, y cuanto antes te acostumbres a él, mejor —suspiró—. ¿Quién sabe? Unas horas de cotilleos de senadores quizá sean suficientes para disuadirte por completo de dedicarte a la política galáctica.

Una docena de seres estaba agrupada en círculo, todos ellos varones aunque no todos humanos. Las sillas más prominentes las ocupaban el senador Pax Teem, del Protectorado Gran, y su asistente, Aks Moe. A ambos costados de ellos se sentaban los senadores de Sullust y Sluis Van. También estaban presentes el senador eriaduano Ranulph Tarkin y su asistente, Bor Gracus; el embajador de Darknell; y los dugs Jefe Cabra, un Vigo de Sol Negro, y su hijo, Darnada, invitados de los ganadores de las carreras de vainas e invitados en la última Reunión de Sojourn.

Para entonces, Palpatine había visitado tres veces la Luna de los Cazadores, pero solo para observar y familiarizarse con algunos de los seres más importantes de la galaxia. Plagueis, como Hego Damask, había hecho grandes esfuerzos para que nadie lo identificase como el benefactor de Palpatine. Solo el primer ministro del rey Tapalo, Ars Veruna, sabía que Damask lo estaba preparando para la carrera política galáctica y, como favor personal al muun, lo había nombrado embajador de Naboo.

—Ah, sangre nueva —dijo Pax Teem después de que Kim hubiese presentado a Palpatine a todos los comensales.

—Las carreras de vainas me han encantado —dijo Palpatine tras sentarse.

Las orejas en forma de hoja de Teem se sacudieron.

—Eres demasiado joven para haber vivido su momento de esplendor, embajador. Antes de que Tatooine lograse ganarse el favor de los entusiastas de las carreras —el gran pronunció Tatooine con desagrado.

Palpatine sabía que Plagueis había sido el responsable del ascenso de Tatooine y del debilitamiento del anteriormente lucrativo comercio de combustible de Malastare al ayudar a Naboo a comercializar sus recursos de plasma en muchos mundos.

—¿Tus obligaciones te han llevado alguna vez a tan espantoso lugar? —preguntó Aks Moe.

Palpatine asintió.

—Hace solo dos meses.

—¿Y qué te pareció? —dijo Cabra.

Palpatine se giró hacia el capo mafioso dug.

—Agitado. Con los hutts Desilijic y Besadii compitiendo por el control.

Aquella afirmación fue recibida con murmullos por la concurrencia.

Teem fue el que habló.

—Puede que la rivalidad de Gardulla y JabbaTiure lleve algún día al resurgimiento de Malastare —sus ojos tentaculares se giraron hacia los dugs—. Aunque estoy seguro de que Jefe Cabra está a favor de Gardulla, como agradecimiento por la ayuda que le proporcionó en Nar Shaddaa.

Aquel comentario molestó al joven Darnada.

—La marca que dejamos en Nar Shaddaa es solo cosa nuestra. Pregúntale a cualquier Sol Negro…

Interrumpiéndole antes de que pudiese seguir, Cabra dijo:

—Siempre estaremos en deuda con Gardulla, por los esfuerzos que hizo en nuestro nombre.

Kim observó a los dugs, después hizo un gesto despreocupado.

—En cualquier caso, Tatooine es demasiado remoto y anárquico para influir en los acontecimientos galácticos. Son las actividades de la Federación de Comercio las que deberían preocupar a la República. Fijaos en lo que la Federación le ha hecho a nuestro Naboo.

Todos lo miraron. Abiertamente crítico con el rey Tapalo y Ars Veruna, siguió sirviendo en el Senado solo para apaciguar a aquellas casas nobles que se habían alineado contra el regente.

—Tengo entendido que Naboo aceptó el acuerdo —dijo Ranulph Tarkin.

—Algunos lo aceptaron.

—Nadie puede negar que tu mundo ha prosperado gracias a él —intervino Teem.

—Prosperado sí —dijo Kim—, pero no tanto como debería. De no ser por los acuerdos alcanzados por Hego Damask con el Clan Bancario, la Federación de Comercio y… —miró a Cabra—, …Construcciones del Borde Exterior, Naboo sería tan rico como Kuat o Chandrila.

Los dug permanecieron en silencio mientras Kim proseguía.

—El plasma de Naboo se vende por diez, incluso veinte veces más de lo que la Federación paga por él.

—El monstruo que nosotros mismos creamos —masculló Tarkin—. La Federación de Comercio no se hizo poderosa gracias a explotar el Borde Exterior. Contó con el apoyo de la Casa Valorum de Eriadu, además del de Tagge y otros.

—En ese caso, quizá ha llegado la hora de que manifestemos públicamente nuestro descontento —dijo Kim, mirando a los demás comensales—. Los muuns solo son avariciosos, pero la Federación de Comercio es potencialmente peligrosa.

—Estoy de acuerdo con el buen senador de Naboo —dijo el delegado de Sullust—. Ahora mismo la Federación de Comercio quiere introducir a sus mundos clientes en el Senado, como medio para reforzar su bloque de votos. Mechis, Murkhana, Felucia, Kol Horo, Ord Cestus, Yinchorr… La lista sigue y sigue.

El senador sluissi hizo un ruido de desaprobación y un temblor pareció recorrer su torso humanoide.

—No subestimes demasiado a la ligera el papel que juegan los muuns en todo esto. Yinchorr logró el escaño en el Senado gracias a Explotaciones Damask —miró a Cabra—. ¿No es así?

El dug encogió sus potentes hombros.

—No estoy en posición de saberlo.

Las risas de los demás hicieron que Darnada abriese la boca lo suficiente para mostrar la punta de sus colmillos.

El sluissi miró a Kim y Palpatine.

—Quizá Sol Negro no sabe que el hijo del jefe de operaciones de Hego Damask, Larsh Hill, es candidato a sustituir a Tonith como presidente del Clan Bancario.

Tarkin apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—He oído rumores de que Damask se ha reunido con los líderes de los gremios, la Alianza Corporativa y la Unión Tecnológica. ¿Qué pasará con el comercio, del tipo que sea, si promueve un acuerdo entre ellos y la Federación de Comercio?

—Esa es la cuestión —dijo Kim—. Si queremos evitar que la Federación de Comercio, y los muuns, estrechen su control sobre el Senado, debemos aliarnos y votar contra las leyes que proponen.

Antes de que Kim pudiese añadir nada más, Tarkin le dijo a Palpatine:

—¿Estás de acuerdo en que es necesario cortarle un poco las alas a la Federación de Comercio, embajador?

Palpatine miró a Kim, quien le dijo:

—Habla sin tapujos.

—El senador Kim y yo estamos completamente de acuerdo en este asunto, desde hace mucho. No se puede permitir que ninguna entidad corporativa se haga demasiado poderosa; sobre todo a expensas de mundos en vías de desarrollo. Naboo debe defender sus intereses, igual que Eriadu, Sullust y Sluis Van han defendido los suyos.

Tarkin lo miró atentamente.

—¿Naboo está preparado para asumir el control del transporte de su plasma? ¿No corréis el peligro de morder la proverbial mano que os da de comer?

—Naboo no tiene intención de planetalizar las instalaciones de la Federación de Comercio. Solo presionamos para que se renegocien los contratos originales.

Tarkin reflexionó un momento.

—Y pensáis que una derrota en el Sentado puede hacer que la Federación de Comercio sea más… maleable, por decirlo de alguna manera.

Palpatine hizo una leve sonrisa.

—El Senado solo debería aprobar aquellas leyes que apoyen una regulación razonable.

—Bien dicho —dijo Tarkin.

Palpatine esperaba que alguien dijese que lo que había dicho era insustancial, pero nadie lo hizo. Ni siquiera Kim se dio cuenta de que lo estaba desautorizando.

Pax Teem estaba a punto de hablar cuando un mensajero gran entró en su dosel privado.

—Senador Kim, hemos recibido un comunicado urgente de Naboo.

Mientras Kim se excusaba, Palpatine se sumergió en la Fuerza. La conversación en la mesa se difuminó, y las formas físicas de Pax Teem y los demás se hicieron borrosas, como destellos de energía parpadeante. Se quedó quieto mientras le llegaba un eco perturbador. Cuando Kim, completamente pálido, regresó a la mesa, Palpatine ya se había levantado y acudía a su encuentro.

—¿Qué hay? ¿Qué ha pasado?

Kim le miró como desde otro planeta.

—Están muertos. Todos. Mi esposa, mis hijos…

Y se derrumbó entre sollozos sobre los hombros de Palpatine.

El funeral de la familia Kim fue todo lo que no había sido el de los Palpatine. Siguiendo la tradición, los cuerpos de la esposa de Kim, sus dos hijos y el piloto y copiloto de la nave habían sido repatriados a Theed desde el lugar del accidente, en la costa de Kaadara, e incinerados en el Templo Funerario. Una procesión de centenares de seres liderada por el rey Tápalo y sus principales asesores fue a pie desde el Templo hasta la cercana Torre Livet, donde todo el mundo se congregó un momento alrededor de la Llama Eterna para reflexionar sobre la transitoriedad de la vida y la importancia de vivirla armoniosamente; después avanzaron con solemne precisión hasta las orillas del río Solleu, donde el afligido senador esparció las cenizas y lloró abiertamente mientras la corriente se las llevaba por la Catarata Verdugo hacia las llanuras.

Tras la ceremonia, los dolientes se acercaron a expresarle sus condolencias a Vidar Kim, que llevaba una toga verde oscura sobre una túnica blanca. Cuando le llegó el turno a Palpatine, se abrazaron.

—Solo queda una esperanza para mi familia, Palpatine, una —Kim tenía los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas—. Ronhar.

Palpatine apretó los labios por la incertidumbre.

—Es un Caballero Jedi, Vidar. Su familia es la Orden.

Kim insistió.

—Yo lo necesito más que la Orden. Solo él puedo continuar el linaje Kim… Igual que tú algún día continuarás el linaje Palpatine.

Palpatine no dijo nada.

Con el tránsito rodado prohibido en las estrechas calles de Theed, la ciudad tenía casi el mismo aspecto que diez años atrás, antes de que se derogaran las leyes anticuadas y la riqueza hubiese hecho su dudosa magia; antes de que los deslizadores Flash y los droides astromecánicos R2 causasen furor, y llegasen las modas —en el vestir, el transporte y la comida— desde el Núcleo.

Los asesinatos de Cosinga y demás familiares habían dejado a Palpatine emancipado y rico. Aunque le interrogaron muchos funcionarios, fue absuelto; dando su historia, su coartada, por buena. Algunos de los nobles más influyentes sospechaban que Palpatine había proporcionado información confidencial a Explotaciones Damask para garantizar la elección de Bon Tapalo, pero la mayoría de Naboo le ofreció su simpatía y apoyo. Tras el ascenso de Tapalo al trono, Palpatine vendió la mansión del País de los Lagos y compró un apartamento en Theed, que llenó con obras de arte de otros sistemas llegadas a Naboo desde mundos del Núcleo y el Borde Medio. En los primeros años de su aprendizaje con Darth Plagueis, había estado en el servicio público obligatorio; después pasó cinco años en el programa de Aprendiz de Legislador, hasta que fue nombrado embajador, cuando Tapalo fue reelegido.

Palpatine sospechaba que podría haber presionado para lograr un cargo más prestigioso, pero a riesgo de desautorizar a Plagueis. Además, un cargo de alto rango podría haberle planteado dificultades para reunirse con su Maestro Sith en mundos remotos, donde podían dejarse ver juntos sin consecuencias.

Cuando dejó a Kim para que recibiese al siguiente doliente, vio que Ars Veruna se apartaba de un grupo en el que estaban los aliados de Palpatine, Kinman Doriana y Janus Greejatus.

—Una cosa, embajador —le dijo Veruna cuando se acercó.

Palpatine permitió que lo llevase por el codo hasta un mirador vacío cercano al puente Solleu.

—Mi corazón está con el pobre Vidar —empezó Veruna. Aproximadamente de la misma altura que Palpatine, llevaba una capa brocada y un tocado alto—. Y encima un accidente de nave estelar. Alguien podría pensar que una tragedia como esta le llevaría a retirarse de la política, pero no parece que sea el caso —apoyó los codos en la balaustrada de piedra y miró el río—. Bueno, nadie mejor que tú para prever el efecto de un suceso tan imprevisto.

—Vidar planea regresar a Coruscant antes de que termine el mes.

—¿Por asuntos del Senado?

—Personales, sospecho.

Veruna se quedó pensativo, después dijo:

—La última vez que tú y yo estuvimos juntos fue en la ceremonia inaugural del generador de plasma —se giró para mirar a Palpatine—. Tienes buen aspecto. Algo cambiado, diría. Por tus viajes.

—Me he ensanchado —dijo Palpatine.

—Esa es justo la palabra que estaba buscando —Veruna hizo una breve pausa—. Ha llegado hasta mis oídos que le causaste una gran impresión al senador Ranulph Tarkin del sector Seswenna en tu reciente visita a Malastare.

Palpatine se encogió de hombros.

—No lo sabía.

—Le gustaron tus opiniones respecto al plan de la Federación de Comercio de introducir en el Senado a algunos de sus mundos clientes. ¿Puedes contarme con más detalle qué le dijiste?

Palpatine sonrió levemente.

—No dije nada sustancial. De hecho, fue mera politiquería.

Veruna asintió para mostrar que lo entendía.

—Me alivia enormemente oír eso —echó un vistazo alrededor antes de proseguir—. Como bien sabes, el rey *y yo* tenemos acuerdos independientes con la Federación de Comercio. Ahora, sin embargo, nos vemos obligados a tener en cuenta el descontento de nuestros votantes. Por desgracia, el principal responsable de la elección de Tápalo y de la popularidad sostenida de nuestro partido no va a tomarse muy bien que Naboo planee votar contra las leyes que Explotaciones Damask ha presionado para que sean aprobadas.

—Puedo entenderlo —dijo Palpatine—. ¿Por qué no ordenas al senador Kim que vote a favor de la Federación de Comercio?

Veruna se rió brevemente.

—Ojalá fuese tan sencillo. El problema es que Kim conoce nuestros acuerdos independientes y pretende aprovechar la oportunidad para mandarle un mensaje a la Federación de Comercio, además de a los detractores de Tapalo, advirtiéndoles que Naboo no permitirá que lo sigan explotando —inhaló profundamente—. Retirarlo del cargo sería tanto como admitir que Naboo sigue a merced de la Federación de Comercio y podría poner en peligro nuestra posición entre los mundos de los que ahora dependemos.

Palpatine simuló reflexionar sobre aquellas palabras.

—Quizá merezca la pena correr el riesgo de votar contra la Federación de Comercio.

Veruna le miró con repentino interés.

—Continúa.

—Tanto si la ley es aprobada como si se enreda durante la tramitación, los contratos de Naboo con la Federación de Comercio seguirán vigentes e inalterables. La Federación seguirá haciéndose con nuestro plasma a cambio de exiguos créditos y vendiéndolo a precios inflados. Pero en los registros quedará escrito que Naboo se opuso a los conglomerados galácticos.

—Más politiquería, ¿verdad?

Palpatine movió la cabeza de lado a lado, pero no dijo nada.

—¿Y qué pasa con el Magistrado Damask?

—Infórmale del plan de antemano. Es un ser bastante razonable.

Veruna se tocó la barba mientras pensaba.

—Eso podría funcionar —sonrió furtivamente—. Qué lástima que Naboo ya tenga un representante en el Senado.

Palpatine inspiró.

—Si algún día se diese la oportunidad, por supuesto que la aceptaría. Pero hasta entonces, me contento con servir a mi manera.

—Con servir a Naboo.

—¿A quién o qué si no?

Veruna se frotó las manos.

—Algún día, si las cosas salen como quiero, nuestro Cuerpo Espacial contará con una flota de veloces cazas de Nubian capaces de expulsar a la Federación de Comercio de nuestro sistema.

—Yo también estoy deseando que llegue ese día —dijo Palpatine.

Veruna volvió a reírse.

—Ah, ¿pero cuándo? ¿Cuánto tendremos que esperar, Palpatine?

—Solo hasta que Hego Damask te conceda el trono.

15: SER CUÁNTICO

Regalo del Consejo de Ancianos a Damask con motivo de la entrada de Yinchorr en el Senado, el enorme asesino reptiliano condenado avanzó penosamente hasta el centro del campo de energía que era su jaula en Aborah y, con la confusión retorciendo los rasgos de su cara picuda, se postró sobre el suelo de permacreto y masculló en básico:

—Es un honor estar aquí para realizar cualquier tarea que me pida.

De pie junto al reluciente perímetro del campo, 11-4D giró la cabeza hacia Plagueis.

—Felicidades, Magistrado. Por fin responde a su sugestión. Ha derribado su determinación.

Plagueis había descubierto, tras más de dos años de experimentos con el yinchorri, que aquella determinación era de hecho una especie de burbuja de Fuerza creada por el limitado número de midiclorianos inusualmente obstinados de aquellos alienígenas parecidos a tortugas. Eso sugería que, en realidad, el yinchorri era potente en la Fuerza, a pesar de su lamentablemente baja tasa de midiclorianos. Tal descubrimiento había supuesto un gran avance y Plagueis aún estaba lidiando con sus implicaciones.

La burbuja de Fuerza en sí era parecida a las generadas por criaturas que recurrían a la Fuerza para evitar la depredación de sus enemigos naturales. La relación entre el ysalamir arbóreo y su adversario, el vornskr, era un ejemplo curioso, ya que este último se sentía atraído por el primero gracias al mismo mecanismo que el ysalamir utilizaba como defensa. Aunque una tasa de midiclorianos extremadamente baja podría haber reforzado las posibilidades de supervivencia, la naturaleza en realidad había hecho potente en la Fuerza a la especie del ysalamir. Tan potente, de hecho, que varias de estas criaturas actuando en grupo podían crear una burbuja de Fuerza que abarcase kilómetros de terreno. En cierto sentido, la Orden Jedi había hecho lo mismo a escala galáctica, creía Plagueis, bañando la galaxia en la energía del lado luminoso de la Fuerza; más exactamente, creando una burbuja de Fuerza que había impedido la penetración del lado oscuro, hasta que el Maestro de Tenebrous consiguió reventar la burbuja, o como mínimo encogerla. Que los actos de la Orden pudiesen verse como un equilibrado de la Fuerza había desconcertado a generaciones de Sith, que no se engañaban respecto a la habilidad de la Fuerza de autorregularse.

El convicto yinchorri no era la única nueva adquisición en el laboratorio de Plagueis en la isla. En los once años que habían pasado desde la captura de Venamis y el reclutamiento de Sidious, Plagueis había recogido a más de una docena de seres de diversas especies, con los que había realizado una amplia gama de experimentos relacionados con la volición, telepatía, curación, regeneración y prolongación de la vida, con algunos resultados prometedores. En cuanto al bith aspirante a lord Sith, seguía sano y salvo, aunque lo mantenía en coma la mayor parte del tiempo, y siempre bajo la vigilancia de los fotorreceptores de 11-4D o de diversos droides de custodia.

Plagueis no había perdido interés en Venamis, pero la inmunidad del yinchorri a la sugestión con la Fuerza —una inmunidad que aquella especie compartía con hutts, toydarianos y otros— le había proporcionado una nueva línea de investigación. A diferencia de los ysalamari, que creaban una burbuja de Fuerza cuando se encontraban ante un peligro, los yinchorri vivían en un estado perpetuo de inmunidad involuntaria a la sugestión con la Fuerza. El hecho de que esta inmunidad estuviese de alguna manera programada en ellos significaba que tal habilidad era una adaptación, provocada por alguna amenaza pretérita para la supervivencia de la especie. Para Plagueis, esto significaba que los midiclorianos de los yinchorri habían evolucionado para ofrecer protección a una especie que era por naturaleza potente en la Fuerza. Si realmente aquello era así, los yinchorri eran la prueba viviente de que los Sith del linaje de Bane habían seguido el camino correcto desde el principio.

Porque aunque derrocar a la Orden Jedi y la República era esencial para poder restaurar el orden en la galaxia, aquel objetivo pertenecía a la esfera de lo ordinario; a un mundo que no era más que un derivado de la lucha eterna entre las fuerzas de la luz y la oscuridad, ambas más allá de cualquier concepto de bien o mal. El gran objetivo de los Sith implicaba derrocar a la propia Fuerza y convertirse en la encarnación del principio que daba vida a la galaxia.

Tanto Jedi como Sith habían teorizado que el equilibrio entre los lados luminoso y oscuro se debía a la orientación de un grupo de entidades incorpóreas —los llamados Celestiales, quizá— que se habían fusionado con la Fuerza miles de generaciones atrás y habían seguido guiando el destino de la galaxia desde entonces. Eran, de hecho, una orden más alta de intermediarios cuyos poderes superaban el entendimiento de los seres mortales. Pero muchos Sith veían este concepto con desdén, ya que la existencia teórica de ese grupo tenía poca relación con el objetivo de someter a la Fuerza a la voluntad de una élite de iluminados. Solo los Sith comprendían que la vida inteligente estaba a punto de realizar un avance transformador; que mediante la manipulación de los midiclorianos —o el derrocamiento del grupo de sensibles a la Fuerza que los supervisaban— la separación entre vida orgánica y la Fuerza podría superarse, y la muerte podría borrarse de aquel continuo.

Como habían demostrado los pocos lores Sith que habían logrado perpetuar sus espíritus tras la muerte física —el más destacado entre ellos el Emperador Vitiate, de quien se decía que había vivido mil años—, los antiguos Sith se habían quedado a mitad del camino. Pero aquellos pocos que lo habían logrado estaban tan concentrados en el poder mundanal que habían terminado atrapándose a sí mismos entre ambas esferas. El hecho de que jamás le hubiesen ofrecido su orientación a la Orden desde el más allá demostraba que su influencia había sido insignificante y se había disipado hacía mucho.

De la misma manera que los Sith anteriores a Bane habían sido responsables de su propia extinción, los grandes lores del lado oscuro del pasado se habían condenado al reino de las tinieblas con sus intentos de derrotar a la muerte alimentándose de las energías de otros, en lugar de manipular el estrato más profundo de la Fuerza y aprender

a hablar el lenguaje de los midiclorianos. Plagueis por fin estaba aprendiendo a hacerlo, estaba empezando a descubrir la forma de persuadirlos, motivarlos, engatusarlos y hacerlos actuar. Ya era capaz de ordenarles que promovieran la curación y ahora había logrado convencerlos de que bajasen sus defensas. Si podía hacer que un asesino yinchorri se convirtiese en pacífico, ¿podría, con mera sugestión, lograr lo contrario, es decir convertir a un ser pacífico en un asesino? ¿Algún día sería capaz de influir a los líderes de mundos y sistemas para que actuasen según sus designios, por perversos que estos fuesen? ¿Algún día derrotaría no solo a la muerte sino también a la vida manipulando los midiclorianos para producir seres sensibles a la Fuerza, incluso sin fertilización, como Darth Tenebrous había intentado hacer con técnicas de empalme génico y sus ordenadores?

Quizá.

Pero no hasta haber extinguido de la galaxia la singular llama del lado luminoso. No hasta haber aniquilado la Orden Jedi.

Desde el principio de su aprendizaje con Plagueis, su Maestro había querido saber cuál consideraba Palpatine que era su mayor fortaleza, para descubrir la mejor manera de minarlo; cuál era su mayor miedo, para obligarle a afrontarlo; qué era lo que más apreciaba, para poder quitárselo; y qué deseaba para poder negárselo.

Una combinación de restricciones —o quizás el reconocimiento por parte de Plagueis del incesante deseo de su aprendiz de visitar mundos Sith— había llevado a Palpatine hasta el pintoresco Dathomir. Poco poblado y escasamente explorado, Dathomir no era Korriban ni Ziost, pero era potente en la Fuerza, en parte por su fecundidad, pero principalmente debido a la presencia de grupos de hembras adeptas que practicaban la magia del lado oscuro.

Vagaba sin un objetivo claro por uno de los barrios más polvorientos de Ciudad Desierto Azul, alejado del centro, cuando percibió un leve latido de energía de la Fuerza de origen borroso pero cercano.

Recurriendo más profundamente a la Fuerza, permitió que aquella fuente misteriosa le atrajera, como una nave estelar rindiéndose al abrazo de un rayo tractor. Una tortuosa serie de vericuetos lo llevó hasta un mercado repleto de objetos de imitación, bisutería y chatarra llegada hasta Dathomir quién sabe desde dónde y que había terminado en una pequeña y bulliciosa plaza. En una esquina de la plaza había una mujer humana con manchas simétricas en la cara del color del duracero bruñido y una vestimenta llamativa que la identificaba como una visitante de la ciudad, probablemente de algún pueblo del otro extremo del planeta. Llevaba puesta la capucha de su toga carmesí y de un hombro le colgaba una bolsa del tamaño de una maleta pequeña.

Palpatine se dirigió a la esquina contraria de la plaza para observarla. Ella miraba a los transeúntes, no como si buscase a alguien en particular sino como si estuviese

espiando. A Palpatine no le pareció que se tratase de una ladrona o una carterista, aunque rezumaba una energía oscura formada a partes iguales por urgencia y engaño. Él se hizo abruptamente perceptible en la Fuerza y la humana inmediatamente giró la cabeza hacia él y se apresuró a cruzar la plaza en dirección a Palpatine.

—Buen señor —dijo en básico cuando estuvo cerca.

Él, simulando interesarse por los utensilios baratos de un vendedor ambulante, fingió sorprenderse cuando ella se le acercó por su lado ciego.

—¿Me hablas a mí? —preguntó, girándose hacia ella.

—Sí, señor, si tiene un momento para un ser necesitado.

Sus ojos oblicuos estaban rodeados de manchas oscuras que se combinaban con el tono de sus gruesos labios; en los afilados dedos de las manos, que asomaban de las mangas anchas de su toga, llevaba unas uñas largas como garras.

Palpatine fingió impaciencia.

—¿Por qué me has elegido a mí, entre esta multitud de seres mejor ataviados que yo?

—Porque usted tiene el aspecto y el porte de un hombre inteligente e influyente —ella hizo un gesto amplio con la mano—. Los demás son chusma, a pesar de sus capas delicadas y sus sombreros.

Él simuló reprimir un bostezo.

—Guárdate tu adulación para los catetos, mujer. Pero ya que me has identificado correctamente como mejor que los demás, debes ser plenamente consciente de que no tengo tiempo para jueguecitos. Así que si lo que quieres son créditos, te sugiero que busques a alguien más caritativo.

—No busco créditos —dijo ella, estudiándolo abiertamente.

—¿Entonces qué? Habla claro.

—Tengo un regalo para usted.

Palpatine se rió sin alegría.

—¿Qué podrías ofrecerle tú a alguien como yo?

—Solo esto —ella abrió la bolsa que llevaba colgada al hombro para mostrar un bebé humano de menos de un año estándar de edad. La cabeza calva del niño estaba salpicada de varios cuernos pequeños pero aún flexibles y todo su cuerpo había sido tatuado de forma estridente y ceremonial con pigmentos rojos y negros.

Un zabrak macho, pensó Palpatine. Pero no del tipo iridoniano; sino un dathomiriano.

—¿De dónde has sacado a este recién nacido? ¿Lo has robado?

—No lo entiende, buen señor. Es mi propio hijo.

Palpatine puso mala cara.

—Dices que es un regalo pero lo llevas escondido. ¿Has acumulado una deuda lo bastante grande como para querer separarte de tu propio hijo? ¿O quizás eres adicta a la especia o algún otro estupefaciente?

Ella se puso rígida.

—Ni una cosa ni la otra. Solo quiero salvarle la vida.

La expresión de Palpatine cambió.

—Pues habla claro. Estás muy lejos de tu aquelarre, Hermana de la noche. Y las practicantes de la magia tienen recursos más que suficientes para mantener a sus hijos fuera de peligro.

Ella abrió los ojos como platos y lo atravesó con la mirada, buscando una explicación.

—¿Cómo ha…?

—No importa cómo lo haya sabido, bruja —dijo Palpatine con aspereza—. El niño, sea tuyo o no, es un Hermano de la noche, concebido para servir a la hermandad como guerrero y esclavo.

Ella no apartaba los ojos de él.

—Usted no es un Jedi.

—Está claro que no, como seguro que habrás intuido. Pero aún no has respondido mi pregunta. ¿Por qué intentas deshacerte del bebé?

—Salvo a uno por el bien del otro —respondió ella al cabo de un momento—. Este es la mitad de un par. Y quiero que uno viva libre, ya que el otro no podrá.

—¿Quién lo amenaza?

—Talzin.

—¿Quién es Talzin?

—La Madre Hermana de la noche.

Palpatine archivó aquella información.

—¿Dónde está el padre?

—Muerto… Por la tradición.

Palpatine resopló.

—¿Y no lo echaran en falta?

—Talzin solo conoce a uno, no al otro.

—Te engañas.

Ella le tendió la bolsa.

—Pues lléveselo. Por favor.

—¿Qué voy a hacer con él?

—Este es potente en la Fuerza. En buenas manos, puede ser de gran valor.

—Otro tipo de servidumbre.

Ella ignoró el comentario.

—Lléveselo. Sálvelo.

Palpatine volvió a mirar al recién nacido.

—¿Tiene nombre?

—Maul 1, se llama.

—Como el poder que le vaticinas.

Ella asintió.

—Lléveselo.

Palpatine la miró, hizo un movimiento con la mano y dijo:

—Olvidarás este encuentro.

Ella le miró a los ojos.

—Lo intentaré.

—Espero que lo hagas, por tu propio bien. Ahora, vete. Antes de que cambie de idea.

Tras colocarle la bolsa entre las manos, se dio la vuelta y se marchó apresuradamente, desapareciendo entre la multitud.

Palpatine examinó el fardo de vida que sostenía. Que el bebé fuese potente en la Fuerza era motivo suficiente para no permitir que vagase por el mundo desprotegido, pudiendo terminar en manos de los Jedi.

Ahora Palpatine solo debía pensar qué iba a hacer con él.

Desde una alta torreta de la vieja fortaleza de Sojourn, Plagueis y Sidious observaban la fiesta en el patio que tenían debajo. Allí, entre hogueras llameantes, olor de sangre fresca y carne asada, una cacofonía de cantos guturales, música estridente y gritos de desenfreno, se estaba celebrando una Reunión. Regresados de las cacerías, seres de muchas especies se contaban patrañas y se reían vulgarmente, mientras bailarinas exóticas se contorsionaban subidas a mesas repletas de comida y bebidas embriagadoras. Alejados de los asadores había seres apiñados en el bochorno nocturno, formando alianzas, revelando planes secretos, incubando conspiraciones. Las pasiones, las envidias y las conspiraciones campaban a sus anchas. Desde la alta torreta, los dos Sith podían ver a los Guardias Sol de Damask y los muuns yendo de un lado a otro, con Larsh Hill presentando a su hijo mayor, San, a los representantes del Gremio de Comerciantes y la Unión Tecnológica. El gotal que era Gran Mago de la Orden del Círculo Inclinado estaba conversando con Narro Sienar, el diseñador de naves espaciales y Consejero Delegado de Santhe/Sienar. Jefe Cabra también estaba haciendo su ronda, tocando la carne, las escamas o la piel dura de socios y potenciales aliados. También había miembros de la Federación de Comercio, incluido un neimoidiano vestido opulentamente. Y por primera vez en décadas, había representantes de varias especies colmena; el prelado xi charriano, el archiduque geonosiano, incluso una pareja de colicoides insectoides recelosos y de aspecto amenazante, de la empresa Nido de Creación Colicoide.

—No nos rechazarán —dijo Plagueis con un fastidio inusual—. Entraremos en el Senado, pese a lo que el Protectorado Gran, Sol Negro y el resto deseen. Dejemos que los seres de la Vía Hydiana y la Ruta Comercial Rimma sigan pensando que la Federación de Comercio quiere estrechar su control del comercio intersistemas. El verdadero peligro de introducir a los mundos clientes de la Federación en el Senado surgirá cuando este ignore las necesidades de esos mundos y la falta de derechos se empiece a extender por los Bordes Medio y Exterior. El remolino se volverá contra la República y nosotros cosecharemos los frutos.

Exhaló con desagrado.

—Pax Teem y los demás no actúan así porque les preocupe la República sino porque temen perder sus derechos si el comercio deriva hacia los sistemas exteriores. La mitad

de ellos tienen escaño en la Rotonda porque yo lo he querido. Han olvidado lo fácil que es remplazarlos —dio la espalda al patio para mirar a Sidious—. En cuanto a Veruna, debes animarlo para que lleve adelante sus planes de formar un Cuerpo Espacial para defender Naboo de la Federación de Comercio. Cuando lo hagamos rey, le meteremos en un atolladero que creerá haber creado él mismo.

Plagueis bajó la vista hacia el patio.

—El clima empieza a cambiar, Darth Sidious. El cuerpo político empieza a dar síntomas de contagio. El resurgimiento de la ira, el odio y el miedo indican una pérdida de fe en la Fuerza. La luz se está disipando, empujada por la materia oscura y el universo empieza a parecer adverso en lugar de confortable. En momentos así, los seres suelen buscar soluciones en la promulgación de leyes duras, el ostracismo de los extranjeros y la guerra. Cuando la República caiga, los Jedi se convertirán en un mero recuerdo y los seres de la galaxia solo podrán recurrir a nosotros, que les daremos lo que necesitan para sentir que hay estabilidad y orden: una lista de enemigos, armas capaces de diezmar sistemas estelares enteros y cárceles de duracero en las que podrán sentirse seguros —hizo un gesto hacia el patio—. Mira cómo desean la oscuridad.

Una luz feroz iluminó los ojos de Plagueis.

—Debemos solicitar la atención del lado oscuro para que nos ayude a dictar el futuro. Nos ocuparemos de eso juntos y por separado, y cuando hayamos superado estos asuntos del Senado, prepararemos el escenario para el siguiente acto. Con la promesa de fondos ilimitados, los gremios y sindicatos se aliarán, y las especies colmena dedicarán sus pinzas y zarpas a la fabricación de armas, incluso en ausencia de conflictos o guerras abiertas.

Un atisbo de duda asomó en las comisuras de la boca de Sidious.

—Los Jedi no se quedarán de brazos cruzados, Maestro. No les tengo el menor afecto, pero respeto su poder. Y debilitar a la República sin debilitar a los Jedi podría darles el pretexto para intentar dar un golpe. Y son los suficientes para lograr llevarlo a buen puerto.

Plagueis consideró aquellas palabras.

—Se acerca su hora, Sidious. Las señales están en el aire. Su Orden ya habría sido diezmada de no ser por el contratiempo que supuso Darth Gravid para los Sith. Pero su aprendiz continuó el imperativo y cada sucesivo lord Sith lo mejoró, Tenebrous y su Maestro más que ningún otro, aunque desperdiciaron muchos años intentando crear un virus enfocado que pudiese desplegarse contra los Jedi y los apartase de la Fuerza. Como si hubiese alguna diferencia entre los practicantes de los lados luminoso y oscuro. ¡Como si nos comunicásemos con el lado oscuro mediante distintos tipos de intermediarios celulares! Cuando de hecho, nos impulsa el mismo poder que estimula la pasión de los seres reunidos ahí abajo. Apunta a los midiclorianos y apuntarás a la propia vida.

—De todas formas, ese tipo de ataque fracasará —dijo Sidious, como si pensase en voz alta—. Los Jedi están muy dispersos y es muy improbable que pudiésemos actuar lo bastante deprisa para matarlos a todos en el mismo instante. Necesitaríamos asignar un

asesino para cada Jedi y no habría manera de contener las lenguas de tantos asesinos. Nuestro plan quedaría al descubierto. Nos traicionarían y sería a nosotros hacia quien apuntarían.

Plagueis se alejó de la ventana de la torreta, con las manos cruzadas a la espalda.

—Pero no queremos que mueran rápidamente. Es decir, no hasta que la República esté tan devastada, tan debilitada, que los seres abracen voluntariamente la estabilidad que nosotros impondremos.

—¿Las armas que producirán los colicoides y demás están pensadas para usarlas contra los Jedi?

—Ya lo veremos. Hasta entonces debemos aceptar el hecho de que ningún ejército normal puede derrotar a los Jedi. Los antiguos Sith eran decenas de millares y no lo lograron. Antiguamente, la galaxia estaba plagada de guerreros y naves de guerra. Ahora solo tenemos bandas aisladas de mercenarios y fuerzas de defensa de sistemas estelares. Por eso debemos prosperar para devolver la galaxia a un estado en el que la barbarie sea la norma.

—A los Jedi habrá que destruirlos desde dentro —dijo Sidious, que seguía con la mirada los paseos del muun—. Hay que atraparlos en una trampa que ellos mismos tiendan, como dices que haremos con Veruna.

Plagueis se detuvo para mirar a su interlocutor.

—Desarrolla esa idea.

Sidious esperó un momento.

—Tenemos que explotar su vanidad y su obediencia ciega a la República —dijo con mayor aplomo, como si la verdad fuera evidente—. Deben parecer los enemigos de la paz y la justicia en lugar de sus guardianes.

—Los enemigos de la paz y la justicia en lugar de sus guardianes —repitió Plagueis, como si fuese una revelación—. Incluso los supervivientes de la purga deberán esconderse… —al recuperar la compostura, miró a Sidious—. Debemos tener mucho cuidado de no convertirlos en mártires, Darth Sidious… Si queremos que los seres de la galaxia terminen dándole la espalda al lado luminoso de la Fuerza.

—Seguirán naciendo seres sensibles a la Fuerza.

—Sin entrenamiento y lavado de cerebro no podrán hacernos ningún daño. Tú te ocuparás de eso, Canciller Supremo Palpatine.

Sidious miró al suelo y negó con la cabeza.

—Tú debes ser Canciller, Maestro.

—No —dijo Plagueis con firmeza—. Debes ser tú. Tienes habilidad política y, aún más adecuado, eres un humano. En esta era solo un humano puede alcanzar la cima de la tendenciosa política de Coruscant.

—Humano o no, mi conocimiento del lado oscuro nunca igualará al tuyo. El título, la corona, debe ser tuyo.

—Y lo será, cuando tú me nombres cocanciller. Temido y respetado por los seres más poderosos de la galaxia, Hego Damask será visto como un gran beneficio para la

República. Pero incluso entonces solo te asesoraré en secreto, escondido detrás de tu trono.

Sidious hizo una reverencia con la cabeza.

—En los anales de la historia Sith serás conocido como Plagueis el Sabio.

Plagueis esbozó una sonrisa maliciosa.

—Me adulas.

—Maestro, haré cualquier cosa que me pidas.

Plagueis se quedó en silencio un momento y después dijo:

—Ahora debo contarte la primera misión que realicé para Darth Tenebrous. Hace veinticinco años. En aquel entonces, Tenebrous quería expandir su red de seres influyentes acercándose a un industrial humano llamado Kerred Santhe…

—El antiguo dueño de Corporación Santhe.

—Ese mismo —dijo Plagueis—. Corporación Santhe llevaba generaciones diseñando naves de carga, pero no tenía demasiado éxito con sus naves estelares personales. Mi Maestro creía que podía convencer a Kerred para que se aliara a él ofreciéndole derechos exclusivos sobre una nave de Rugess Nome. Santhe aprovechó la oportunidad, pero solo para manipular a Tenebrous y que unos agentes de Seguridad Santhe pudiesen robar los planos.

Plagueis se detuvo, como si estuviese reflexionando.

—Fue una de las pocas ocasiones en que vi que alguien le ganaba la partida a mi Maestro. Pero no quiso vengarse; no inmediatamente, al menos. La nave estelar tuvo tal éxito que Kerred Santhe se interesó por Tecnologías Sienar y Sistemas Sienar de la República. El presidente de Sienar, Narro, solo pudo conservar su puesto como diseñador jefe aceptando el matrimonio concertado de su hija pequeña con Santhe. Pero, para entonces, Narro había alcanzado un acuerdo secreto con Tenebrous.

Plagueis caminaba mientras hablaba.

—Explotaciones Damask acababa de nacer, aunque ya me había labrado cierta reputación entre la élite galáctica, así que recibí una invitación para asistir a una conferencia sobre diseño en Corulag, que entonces no solo era la sede de Tecnologías Sienar sino también de Hipernáutica Aether, Artífice Danthe y otra docena de empresas. El ponente invitado era el senador representante del sector Bormea, y asistieron muchas celebridades de Coruscant, Corellia y Kuat. Desde el lejano Lianna llegó Kerred Santhe y su joven e infeliz esposa, acompañado de un séquito de sirvientes y guardias de Seguridad Santhe. Yo estaba sentado a una mesa directamente frente a él y el plato especial aquella noche fue bloateel. ¿Lo has probado alguna vez, Sidious?

—De adolescente. En una cena de gala celebrada en la Casa de Palpatine.

—En ese caso sabrás que esa criatura es una de las más venenosas de la galaxia. Su preparación es tan peligrosa como emocionante, ya que debe despellejarse aún viva para impedir que sus toxinas se infiltren en la carne. No es necesario decir que nada anima más un banquete que la posibilidad de una muerte inminente y los asistentes apenas podían contener la expectación mientras se servían las porciones individuales.

»Esperé a actuar hasta ver que Santhe masticaba su primer bocado.

Plagueis acercó el pulgar y el dedo índice de su mano izquierda y Sidious, desprevenido, sintió que se le cerraba la garganta. Jadeó en busca de aire.

—Mantuve la presión hasta que la cara empezó a ponérsele roja y se echó las manos al cuello. Sus llamadas de socorro apagadas hicieron acercarse a todo el mundo. Creo que sus ojos se toparon con los míos cuando cerré por completo su tráquea. Por supuesto, había médicos preparados por si sucedía una emergencia de este tipo; ithorianos, si no recuerdo mal, provistos de dosis de antitoxinas y medicinas para contrarrestar los efectos del choque anafiláctico. Pero aquella noche no funcionaron, porque el lado oscuro de la Fuerza tenía bien atrapado a Santhe y ninguna droga ni técnica de reanimación podía mantenerlo con vida.

Plagueis se tocó la barbilla.

—Muchos dijeron que Rugess Nome y Narro Sienar habían urdido de alguna manera el asesinato. Otros que se había contratado a los Envenenadores Malkite o una secta de los GenoHaradan para matarlo. Pero al final solo condenaron a los cocineros a largas penas de cárcel. Posteriormente, varios escuadrones de Seguridad Santhe intentaron en repetidas ocasiones terminar con la vida de mi Maestro, pero nos deshicimos de ellos. Mucho después nos enteramos de que el cadáver de Santhe se había colocado en congelación de carbonita y que todos sus órganos internos se habían sustituido por otros creados en probetas. Los equipos quirúrgicos habían logrado incluso reanimar su cuerpo, pero el Kerred Santhe que habían conocido era irrecuperable.

Plagueis se quedó un instante en silencio y después prosiguió:

—En tu caso será distinto. No tendrás la satisfacción de ver morir a tu oponente personalmente, porque queremos asegurarnos de que nadie pueda acusarte de nada. Un asesinato público en Coruscant será lo mejor para enviar un mensaje.

—¿El senador Pax Teem? —dijo Sidious con voz rugosa y un deje de ira residual.

Plagueis negó con la cabeza.

—Teem aún puede sernos útil. Me refiero al senador Vidar Kim. Sus sentimientos lo han convertido en un lastre. Y lo más importante, su muerte nos permitirá colocarte donde siempre has querido estar.

16: AUDAZ COMO EL AMOR

Con la capucha de su elegante toga puesta para protegerse del viento gélido, Palpatine avanzaba a toda prisa por las calles de Theed. El repentino cambio en el clima incrementaba sus ganas de evitar cruzar la mirada con extraños o, peor aún, encontrarse con alguien conocido. A medida que se hacía más fuerte en el lado oscuro, el mundo profano se iba convirtiendo en un lugar cada vez más extraño, arrastrado por corrientes de las que antes no era consciente y poblado por formas de vida de contornos vagos que veía como magnitudes de la Fuerza. Como Plagueis le había ordenado, estaba viviendo en el futuro, asociándose al lado oscuro para ejecutar los planes que su Maestro y él habían diseñado.

La oficina de Vidar Kim estaba en la parte este de la ciudad, a una buena distancia a pie del apartamento que Palpatine tenía alquilado los últimos años, y la ruta más rápida le obligaba a cruzar todos los afluentes del Solleu que definían los distritos y vecindarios de Theed. La ciudad nunca le había gustado mucho, con sus edificios antiguos, sus plazas públicas y sus decenas de miles de residentes. Ahora Theed empezaba a parecer una especie de escenario de una elaborada producción teatral y el propio Naboo un nodulo en una enorme red tejida por el lado oscuro que terminaría atrapando a muchos planetas y especies.

Durante la visita a Sojourn, Darth Plagueis no le había preguntado en ningún momento cuáles eran sus sentimientos respecto a la orden que le había dado de matar a Vidar Kim. Y no era de extrañar, puesto que Palpatine le había dado su palabra de hacer cualquier cosa que le pidiese. Pero era obvio que el muun había percibido su conflicto interno. El miedo y el odio le habían impulsado a matar a sangre fría a su familia, pero su relación con Kim era lo más parecido a una amistad auténtica que había tenido nunca; aunque, como senador de Naboo, Kim se interponía entre Palpatine y su objetivo inmediato. En Sojourn, las palabras que Plagueis le dedicó para despedirse fueron estas: Recuerda por qué los Sith son más poderosos que los Jedi, Sidious: porque no temen sentir. Nosotros abrazamos el espectro emocional, desde las alturas de la alegría trascendente hasta las profundidades del odio y la desesperación. Sin miedo, le damos la bienvenida a cualquier camino que el lado oscuro nos ponga delante y a cualquier cosa que el destino nos depare.

Era evidente que Plagueis sabía que Palpatine había ayudado a sellar el destino de Kim animándolo a oponerse a la Federación de Comercio, y por tanto también a Plagueis. Que su Maestro no hubiese dicho nada al respecto era quizá la manera de recordarle que debía estar preparado para aceptar cualquier consecuencia que se derivase de sus maquinaciones. Era una lección sutil, pero a Palpatine le quedó bien grabada. A partir de entonces, sería sumamente meticuloso al planear sus maniobras y, más importante aún, al permitir que el lado oscuro completase su preciso trabajo de convertirlo en un ser poderoso. Recordando el repentino estrangulamiento con la Fuerza de Plagueis, también

se juró no volver a bajar la guardia jamás. Aunque veía aquella lección como parte del proceso de aprender a confiar el uno en el otro hasta convertirse en un equipo. Unidos en el lado oscuro, no podían guardarse secretos; no podían actuar sin que el otro lo supiera. Tenían que aprender a cuidar el uno del otro.

Palpatine no pretendía adular a Plagueis cuando le llamó sabio; al menos no del todo. El muun era poderoso hasta un nivel que escapaba al entendimiento presente de Palpatine. Era el único ser capaz de guiar la galaxia hacia el futuro. En crescendo. En ocasiones resultaba complicado asimilar que iban a ver con sus propios ojos la caída de la República y la aniquilación de la Orden Jedi, pero Palpatine parecía saber que era cierto. Se estaba desarrollando un gran diseño, en el que no era un simple actor sino uno de sus arquitectos.

Resignarse a la muerte de Kim la resultaba más sencillo de lo que imaginaba porque este también se había convertido en un hombre roto tras las muertes de su esposa e hijos pequeños. El hecho de intentar acercarse al hijo que había entregado voluntariamente a los Jedi fue un acto desesperado; basado únicamente en el deseo de garantizar la continuidad de su linaje, algo muy habitual entre los nobles entre los que Palpatine se había criado. ¡Tan entusiasmados por ser recordados por las generaciones posteriores!

En lugar de pedirle o hacer que Palpatine se volviese a ensuciar las manos, Plagueis había insistido en proporcionarle un agente que se ocuparía del asesinato. Plagueis le había dicho que necesitaba garantizar su seguridad y que ningún indicio de escándalo pudiese afectarlo. Pero ahora empezaba a preguntarse: a pesar de todas esos discursos sobre la colaboración y la sinceridad, ¿acaso Plagueis le estaba poniendo excusas porque albergaba dudas sobre sus habilidades?

Palpatine pensó en la historia que su Maestro le había contado sobre el asesinato de Kerred Santhe. La culpa había recaído sobre los cocineros que habían preparado la bloateel. Sin embargo, la muerte de Kim no sería consecuencia de una intoxicación alimenticia sino un asesinato público. ¿Y quién iba a ser el más beneficiado por aquella muerte? Estaba claro que no iban a ser Naboo ni el Protectorado Gran. Sabía que todos los dedos apuntarían hacia la Federación de Comercio y eso le llevaba a preguntarse por qué Plagueis quería colocarla en una posición que pondría en peligro sus posibilidades de introducir más mundos en el Senado. Así que de nuevo se preguntó: ¿Plagueis tiene algún motivo oculto para no querer que la Federación de Comercio tenga éxito?

Quería que la muerte de Kim se interpretase como un mensaje. ¿Pero para quién? Quizás el destinatario era el propio Palpatine. Cuando Plagueis dijo que muchos de los senadores eran prescindibles, que solo conservaban sus escaños porque él quería, ¿le estaba diciendo también que Palpatine, incluso como Sidious, era también prescindible y fácilmente sustituible por otro aprendiz sensible a la Fuerza? Aunque el muun le animaba a ser transparente, él era en ocasiones opaco. ¿Algún día le transmitiría todo su conocimiento, o se contendría para mantenerse siempre en una posición de fuerza?

—Gracias por venir tan rápido, Palpatine —dijo Kim apresuradamente, acompañándolo a un despacho abarrotado de discos de datos e impresos de plastifino que olía a sudor, aire estancado y comida estropeada. Las altas ventanas que quedaban frente a las puertas de madera de la entrada daban al palacio, incluida la nueva torre que Tapalo, siguiendo la tradición, había hecho construir al ser elegido monarca.

Palpatine disimuló una mueca de recelo y señaló el sofá.

—Por favor, Vidar, siéntate y desahógate.

Kim se detuvo, exhaló cansadamente e hizo lo que Palpatine le sugería. Tenía la cara demacrada, el pelo desordenado y la barba y el bigote, normalmente tan perfectos, descuidados.

—Palpatine, tengo motivos para sospechar que Tapalo y Veruna urdieron el accidente que acabó con las vidas de mi familia.

La sorpresa de Palpatine fue sincera.

—Vidar, el choque se investigó y se dictaminó que fue un accidente. Algún problema con la antigrave…

—Los accidentes pueden simularse… ¡planearse! Has pilotado deslizadores desde que te conozco. Sabes que los sistemas pueden sabotearse.

Palpatine estaba sentado frente a él.

—¿Qué motivo podrían tener para matar a tu familia?

Los ojos inyectados de Kim se clavaron en los suyos.

—Conozco sus secretos más sucios, Palpatine. Que han recibido pagos de la Federación de Comercio desde que Tapalo asumió el cargo. Las leyes que han aprobado para abrir Naboo a la exploración y la explotación del plasma. Los acuerdos que cerraron con ciertos miembros del electorado para manipular la inaudita victoria de Tapalo en la última elección.

—Aun así —dijo Palpatine al cabo de un momento—, ¿por qué iban a meter a tu familia en esto?

Kim se limitó a gruñir.

—Si me relevasen de mis tareas plenarias correrían el riesgo de molestar a muchos de los nobles que me apoyan. En lugar de eso esperan convencerme de que dimita dócilmente; por pena, miedo o lo que sea.

—Tapalo no sería tan insensato como para cometer un acto tan despreciable.

—No lo creas. El accidente debía ser un mensaje para mí. Pero ha tenido el efecto opuesto.

—¿Por qué? —dijo Palpatine, inclinándose hacia él.

—Me marcho a Coruscant esta misma tarde. Y lo primero que haré será explicárselo a la Orden Jedi.

Palpatine se enderezó en su silla.

—Vidar, los Jedi solo atienden al Senado y al Canciller Supremo. No puedes entrar así sin más en su templo…

—Contactaré con los miembros del Consejo a través de mi hijo. Si puedo convencer a Ronhar de que abandone la Orden, esta información será mi regalo para los Jedi.

—¿Y si Ronhar no quiere participar en esto? —Palpatine cruzó los brazos frente al pecho—. ¿Has podido hablar con él? Tengo entendido que los Jedi no permiten el contacto de sus adeptos con sus padres.

Kim frunció el ceño y miró la alfombra.

—Pues conseguí ponerme en contacto con él.

-¿Y?

La expresión de Kim al levantar la vista era de tristeza.

—Me dijo que me considera un extraño y que el nombre de Kim no significa nada para él.

Palpatine suspiró.

—Eso es el final.

—No. Ha aceptado hablar conmigo en persona en Corus-cant. Estoy decidido a convencerlo, Palpatine. La familia debe ser lo primero.

Palpatine se tragó lo que estaba a punto de decir y volvió a empezar:

—¿Me prometes que me tendrás informado? ¿O me harás saber al menos cómo podré ponerme en contacto contigo?

Kim fue hasta el escritorio y buscó entre el revoltijo de documentos hasta que encontró un plastifino concreto.

—Este es mi itinerario de la semana próxima —dijo, pasándole el impreso a Palpatine—. Palpatine, si me sucede algo inesperado en Coruscant…

—Alto, Vidar. Nos estamos precipitando.

Kim se pasó una mano por la cabeza.

—Tienes razón —volvió al sofá y se sentó—. Palpatine, tenemos edades demasiado parecidas para que yo te haya visto nunca como un hijo, pero te considero el hermano pequeño que nunca tuve.

Palpatine asintió sin decir palabra.

—Si no consigo llegar hasta Ronhar o los Jedi, como mínimo podré alertar a mis colegas del Comité Investigador del Senado.

Palpatine contuvo el impulso de levantarse.

—Creo que te equivocas con Tapalo y Veruna, Vidar. Pero puedo garantizarte que pondrás en peligro tu vida si haces públicas esas acusaciones.

—Soy plenamente consciente de eso, Palpatine. Pero si Ronhar rechaza mi petición, ¿por qué debo seguir viviendo?

Palpatine puso una mano sobre el hombro de Kim.

Por el pequeño papel que jugarás en la venganza de los Sith.

Cuando salió de la oficina de Kim el clima se había hecho abruptamente más frío. Los copos de nieve se arremolinaban alrededor de las torres del palacio y las aguas de los afluentes del Solleu brillaban por el hielo que se estaba formando. El agente de Coruscant que Plagueis le había proporcionado, Sate Pestage, le estaba esperando en una pequeña plazuela tras el Museo de Arte Parnelli, calentándose las manos con su aliento.

—¿Los naboo no conocen los sistemas de aclimatación? —comentó cuando Palpatine se acercó.

Recordando sus sesiones de aclimatación en el glacial Mygeeto, Palpatine estuvo a punto de reírse del comentario de aquel tipo. En vez de eso dijo:

—Los cambios radicales son lentos en este mundo.

Pestage echó un vistazo a las imponentes columnas que rodeaban al museo abovedado.

—No hay duda de eso.

Ligeramente más alto y mayor que Palpatine, era fibroso y parecía muy competente. Tenía unos ojos marrones bastante juntos y brillantes, y una nariz puntiaguda y mejillas angulosas enfatizadas por un pelo negro con entradas en la frente y las sienes. Plagueis le había dicho que Pestage había nacido en Daplona, en Ciutric IV; una ecumenópolis industrializada a las afueras de la cual habían vivido clandestinamente Darth Bane y Darth Zannah. Plagueis no le había revelado cómo había descubierto a Pestage —puede que Explotaciones Damask tuviese tratos con su influyente y extensa familia— pero sí le había dicho que quizá debía plantearse añadirlo a su creciente entorno de ayudantes y confidentes.

Palpatine sacó del bolsillo de su toga el plastifino que Vidar Kim le había dado y se lo pasó a Pestage.

—Su itinerario hacia Coruscant.

—Perfecto —Pestage se lo guardó en el bolsillo.

—Quiero que esperes a que haya terminado sus gestiones en Coruscant.

—Como tú digas.

—Amenaza con alertar a la Orden Jedi y el Comité Investigador del Senado sobre varios asuntos turbios.

Pestage gruñó.

—En ese caso, se merece lo que le va a pasar —examinó el entorno sin mover la cabeza—. ¿Has decidido a quién debemos usar con los datos que te he suministrado?

—Los maladianos —dijo Palpatine.

Pestage asintió.

—¿Puedo preguntar por qué?

Palpatine no estaba acostumbrado a tener que justificar sus decisiones, pero respondió de todas formas.

—La Guardia de la Muerte mandaloriana tiene sus propios problemas y los Bando Gora una agenda galáctica propia.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Pestage—. Además, los maladianos son célebres por cumplir siempre sus encargos.

—¿Cuándo puedes tenerlos en Coruscant?

Pestage le miró de reojo.

—Quizá sea mejor que esa información solo te la proporcione en el caso de que sea necesaria.

La osadía de aquel hombre impresionó y refrenó a Palpatine.

—No pueden haber errores, Sate.

En la cara de Pestage se dibujó una expresión de sufrimiento, pero respondió con un tono dócil.

—Si los hay, estoy seguro de que esta será nuestra última conversación. Sé muy bien de qué sois capaces el Magistrado Damask y tú, y espero seguir mereciendo vuestra confianza. Quizás algún día empecéis a pensar en mí como uno más de la familia, como seguro que hace el senador Kim contigo.

¿Qué sabe este hombre?, se preguntaba Palpatine.

—¿No te resulta complicado llevar una doble vida, Sate?

—Algunos hemos nacido para ello —dijo Pestage, sin prestar atención a la mirada penetrante de Palpatine.

—¿Te pondrás en contacto conmigo?

—En cuanto el trabajo esté hecho. Asegúrate de tener a mano tu comunicador.

—¿También te pondrás en contacto con el Magistrado Damask?

Pestage negó con la cabeza.

—Me parece que no estará disponible durante las próximas semanas. Pero creo que podemos dar por supuesto que el desenlace no le pasará desapercibido.

En un planeta situado en un extremo del espacio conocido, sobre el holopozo de una reluciente mesa metálica, una imagen tridimensional de un cuarto del tamaño real de un alto bípedo rotaba entre gráficos y datos anatómicos y fisiológicos. En un asiento de cuchara suspendido del alto techo blanco estaba sentado Hego Damask, rodeado por un trío de esbeltos científicos con cola; dos machos crestados y una hembra cuya tez era más gris que blanca.

—¿Este ser es un buen ejemplo de su especie? —preguntó el científico llamado Ni Timor en un tono amable, casi susurrante.

—Mató a seis miembros de su especie —dijo Damask—, pero, por lo demás, es un ejemplar típico de yinchorri.

Tenebrous había conocido el planeta Kamino en los inicios de su aprendizaje, aunque hacía más de tres años que no lo visitaba. Para abastecer los bosques de greel de Sojourn con fauna rara y en algunos casos extinguida, había contratado a los kaminoanos para que crearan clones a partir de muestras biológicas que le procuraban comerciantes de material

genético. Los ojos vidriosos, cuellos largos y cuerpos esbeltos de los indígenas bípedos delataban su pasado marino, aunque de hecho habían habitado en tierra durante millones de años antes del gran diluvio que inundó Kamino. Con la catástrofe global que les acechaba, la mayoría de especies inteligentes tecnológicamente avanzadas habrían abandonado el planeta y se habrían encaminado hacia las estrellas, pero, en vez de eso, los kaminoanos habían construido enormes ciudades sobre pilotes que terminaron al mismo tiempo que los océanos de su mundo crecían y sumergían continentes enteros. También habían dedicado su considerable intelecto a la ciencia de la clonación como medio para garantizar la supervivencia de su especie, y eso les había permitido llevar la replicación genética mucho más allá que ninguna otra especie de la galaxia. Habitantes de un mundo fuera del borde galáctico, los kaminoanos trabajaban en secreto y solo para clientes muy ricos. En cualquier caso, era poco probable que hubiesen acatado las restricciones de la República respecto a la clonación. Parecían haber dejado los principios morales relacionados con la selección natural en el lecho de lo que ahora era el océano planetario de Kamino, lo que podía explicar que fuesen tan poco reacios a proporcionar animales de caza para Sojourn como a suministrar clones con manos en forma de pala para trabajar en las minas del inhóspito Subterrel.

Damask los consideraba una de las especies más progresistas de la galaxia: casi como los Sith en cuanto a distanciamiento emocional y objetividad científica.

La científica hembra, Ko Sai, había resaltado una zona del cerebro medio del yinchorri.

—La falta de caminos neuronales hacia el lóbulo frontal indica una proclividad innata a la violencia. Aunque su ausencia podría ser idiosincrásica.

El tercer kaminoano, Lac Nor, solicitó una ampliación de la zona resaltada.

—La naturaleza violenta del yinchorri podría complicar las cosas, Magistrado. Sin acceso a estudios sociológicos, no tenemos manera de determinar hasta qué punto una cultura violenta moldea a los seres nacidos en su seno. Un clon criado en el entorno de un laboratorio puede exhibir un comportamiento feroz, a no ser que le proporcionemos un medio para expresar su agresividad.

—Un desahogo —dijo Ko Sai.

—Hay estudio científicos disponibles —dijo Damask—. La cuestión es, ¿se le puede inculcar la obediencia sin afectar a sus tendencias violentas?

—Sin alterar la matriz básica de personalidad es poco probable —dijo Ko Sai—. Podemos producir un clon que sea yinchorri únicamente en el aspecto, pero que carezca de las características distintivas de la especie.

Damask frunció el ceño.

—Eso no servirá.

—¿Se ha planteado utilizar una especie más dócil? —preguntó Ni Timor.

—¿Cuál me recomendaríais?

—Alguna especie plácida. Ithorianos, por ejemplo. O caamasi.

Damask negó con la cabeza.

—Ninguna de las dos se adaptaría a mis necesidades. ¿Y qué me decís de los humanos?

—Nuestra experiencia con humanos es limitada; aunque hemos creado muchos órganos de sustitución, por supuesto.

—La emotividad humana resulta un tanto problemática —añadió Ko Sai—, aunque no es irresoluble.

Damask reflexionó sobre aquel comentario y coincidió con la valoración de la kaminoana.

La emoción de los seres humanos era una tara fatal. La misma característica que estimulaba su necesidad de formar vínculos fuertes y les hacía creer que toda vida era sagrada, los hacía compasivos a más no poder. Solo unas semanas antes, en Sojourn, se había dado cuenta de que incluso Sidious, a pesar de toda su creciente fuerza en el lado oscuro, seguía siendo prisionero de sus emociones. Que Sidious sintiera el impulso de proyectarse con sus nuevos poderes era algo previsible y fomentable, pero debía enseñarle la lección que todo Sith debía aprender. Con gran sutileza, su aprendiz había manipulado a Vidar Kim hasta el punto de convertirlo en un lastre, por lo que debía ser eliminado. No se había molestado en plantearle la cuestión directamente porque había llegado la hora de que Sidious iniciase la carrera política que iba a llevarle hasta la cancillería. Aun así, la reacción de Sidious a la orden de asesinarlo, aunque fugaz, había convencido a Plagueis de la necesidad de someterlo a pruebas adicionales. Sidious no necesitaba que nadie le explicase los errores que cometía; solo necesitaba experimentar las consecuencias de ellos.

—Magistrado —dijo Lac Ñor—, si supiésemos cuáles son sus planes para los clones yinchorri…

—Querría utilizarlos como soldados.

—Ah —dijo Ni Timor—. En ese caso la obediencia es un aspecto crucial.

—Y también la necesidad de un cierto libre albedrío —apuntó rápidamente Ko Sai—. Si no, ¿por qué no usar simples autómatas de combate?

Los grandes ojos de Lac Ñor se clavaron en Damask.

—Este yinchorri parece diseñado especialmente para la guerra, Magistrado. ¿Tan pocos hay en la galaxia que necesita clonar un ejército?

Había evitado deliberadamente mencionar la inmunidad del yinchorri a la sugestión con la Fuerza porque en teoría no debía saber nada sobre ese respecto, ni sobre el comportamiento de los midiclorianos. Pero era precisamente la capacidad de aquellos reptilianos de crear burbujas de Fuerza lo que pretendía estudiar.

—Como ya habéis apuntado —dijo al cabo de un momento—, su belicosidad innata interfiere con su capacidad de cumplir órdenes.

Casi para sí mismo, Ni Timor dijo:

—Necesitaríamos asegurarnos de que sus tendencias violentas se mantuviesen intactas y su comportamiento fuese menos obstinado.

—Sí —dijo Damask.

Ko Sai estiró su largo cuello.

—Muy estimulante. Aunque quizá si nos proporcionase una plantilla para experimentación… —hizo un gesto hacia la imagen 3-D—. ¿Podemos disponer de espécimen para más estudios?

—Podría hacer que lo trajesen a Kamino —dijo Damask—. Presuponiendo por ahora que podáis descubrir la manera de proporcionarme lo que necesito, ¿cuánto tiempo se necesitaría para crear un clon maduro?

Los tres científicos intercambiaron miradas.

—En el caso de los yinchorri —dijo finalmente Ni Timor—, seguro que no menos de doce semanas estándar, para permitir tanto su desarrollo físico como mental. Como sabe, hemos logrado ciertos avances en la aceleración de la tasa de crecimiento gracias a la plasticidad del cerebro juvenil.

—Pero lo más importante —dijo Lac Ñor—, es que, aunque podemos crear unos cuantos clones, nuestras instalaciones no tienen capacidad para producir un ejército, por pequeño que sea.

—También necesitaríamos consultar con especialistas militares respecto a la programación —añadió Ko Sai.

—Todo eso puede solucionarse —dijo Damask—. ¿Tenéis alguna objeción a trabajar con Ingeniería Pesada Rothana?

—Por supuesto que no —dijo Ni Timor.

—En ese caso, Explotaciones Damask podrá proporcionaros toda la financiación que sea necesaria.

Los ojos de Ko Sai parecieron ensancharse.

—El Primer Ministro estará muy contento cuando se lo comuniquemos —dijo con una expresión que en Kamino habrían considerado alegría.

En su apartamento de la nevada Theed, Palpatine miraba una reemisión de la HoloRed en la que se veía al Caballero Jedi Ronhar Kim saltando en marcha de un taxi de Coruscant y cayendo sobre un monodeslizador pilotado por el maladiano contratado para asesinar a su padre. Al mismo tiempo, Palpatine estaba hablando por comunicador con Sate Pestage.

—¿La historia se está divulgando en Naboo? —preguntó Pestage.

—En todas las redes.

Ultimas noticias, Coruscant, decía una corresponsal hembra. *El senador Vidar Kim del sector Chommell, natural de Naboo, ha sido asesinado esta mañana cuando se dirigía al puerto espacial de Mezzileen. Una cámara flotante situada en el Nodulo SSJ del distrito Sah'c ha grabado el momento en que un monodeslizador se acerca por detrás al taxi del senador Kim y el piloto, con la cara cubierta por el casco, dispara una descarga de bláster, matando en el acto al senador y rozando a un segundo pasajero… Un Caballero Jedi aún no identificado. La grabación de la cámara flotante muestra al Jedi humano, armado con una espada de luz activada, lanzándose del taxi y tirando al piloto asesino del asiento del monodeslizador. Los testigos presenciales aseguran que el*

Jedi consiguió llevar al agresor hasta una pasarela peatonal, cerca de la cual se estrelló y ardió el deslizador, pero Noticias en Tiempo Real aún no puede confirmar si el asesino sobrevivió a la caída. El piloto del taxi, herido en el ataque, ha sido trasladado al hospital Sah'c, donde se ha diagnosticado su estado como grave.

—¿La maladiana sigue viva? —le preguntó Palpatine a Pestage.

—No. Se inyectó una neurotoxina mientras Ronhar intentaba sonsacarle información.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Qué idiota —Palpatine estaba furioso—. ¿Por qué no esperó a que Kim se bajara del taxi en Mezzileen?

—Tus instrucciones fueron que lo asesinara públicamente y eso es exactamente lo que yo le dije. Se aseguró de disparar a la vista de la cámara de seguridad, pero no he podido determinar si sabía o no que Kim iba acompañado de un Jedi. Basándome en la ubicación de las descargas de bláster, creo que planeaba liquidarlos a los dos.

—De haberlo logrado, los Jedi habrían iniciado su propia investigación.

—La han iniciado —dijo Pestage—. Porque Ronhar ha emitido un comunicado a los medios en el que afirma que el objetivo podía ser él.

Palpatine frunció el ceño ante la cámara del comunicador.

—¿Por qué no le advertiste sobre Ronhar?

—Lo hice. Quizá quería añadir otro Jedi a su historial homicida.

—¿Otro?

—Cómo te dije, los maladianos son muy buenos en lo que hacen.

Palpatine reflexionó sobre eso.

—Si Ronhar tiene la impresión de que el objetivo podía ser él, es posible que Kim no le hubiese revelado sus sospechas sobre Tapalo y Veruna.

—No lo hizo. Lo tuve vigilado desde el momento en que puso los pies en Coruscant y no se acercó al Templo Jedi ni se reunió con nadie del Comité Investigador del Senado. Tengo grabaciones de los tres encuentros que mantuvo con Ronhar en su despacho del Anexo del Senado y no hizo más que veladas referencias a las intrigas de Naboo.

—¿Consiguió convencer a Ronhar de que dejase la Orden?

—No. Ronhar dijo que respetaba a Kim por ser su… ¿cómo lo dijo? Progenitor. Pero que su hogar es el Templo y los Jedi su familia.

Palpatine exhaló forzadamente.

—Se lo advertí.

—Kim intentó convencerlo de que lo primero es la familia sanguínea, pero era como si Ronhar escuchase un capítulo de *Confesiones de Coruscant*.

—Al Magistrado Damask no le va a gustar esto. ¿Qué rumores circulan en el Senado?

—Que Kim podía estar involucrado en negocios turbios; que traicionó a un grupo de presión. El Senado está inquieto… Si esa era la idea.

A Plagueis aquello le iba a gustar, pensó Palpatine. El mensaje, ahora lo entendía, no iba dirigido a nadie en particular, sino al Senado. Aparte del objetivo de hacer progresar

rápidamente la carrera política de Palpatine, el asesinato de Kim había extendido los recelos en la capital galáctica.

—En cualquier caso, ya está hecho —dijo finalmente.

—Y no hay ninguna pista que la policía o los Jedi puedan seguir. Estás completamente fuera de peligro.

Palpatine se relajó un poco.

—Has hecho un buen trabajo, Sate… Aunque por los pelos. Tengo un lugar reservado para ti en mi grupo de apoyo, si te interesa.

Pestage también parecía aliviado.

—En ese caso supongo que volveremos a vernos en Coruscant. Senador Palpatine.

17: DÍAS DE VINO E INTRIGAS

El Canciller Supremo Thoris Darus era el principal responsable de la atmósfera de excitación que imperaba en Coruscant. Darus, un humano nativo de Corulag, había aportado un toque de estilo a la capital galáctica que había faltado una década antes, cuando Vaila Percivas ocupó el cargo, y que no se había visto en realidad desde la era de Eixes Valorum. Darus era soltero, un mujeriego incorregible y un entusiasta del deporte, la ópera, las apuestas legítimas y la alta cocina; su primer mandato se caracterizó por un marcado ascenso de la intemperancia y, finalmente, la corrupción desenfrenada. Siguiendo el ejemplo del Canciller Supremo, las decenas de miles de seres que servían en el Senado o ejercían presiones en nombre de empresas y cárteles autocráticos habían transformado Coruscant en un reducto de autocomplacencia sin igual en todo el Núcleo o el Borde Interior. De todas partes de la galaxia llegaron seres dispuestos a atender las necesidades de la nueva élite política; desde cocineros hasta artistas o especialistas del placer. Cortesía de la Federación de Comercio y sus numerosas filiales y socios empresariales, las mercancías llegaban desde millares de mundos, provocando la aparición de nuevas modas, nuevos alimentos y novedosas formas de extravagancia. Los privilegiados coruscanti, decididos a disfrutar de la vida en el centro de la galaxia, hicieron la vista gorda ante las tormentas que se estaban formando en los límites de la civilización —rivalidades intersistemas, piratería, crimen organizado— y que avanzaban en espiral hacia el Núcleo. En tres años el planeta había recibido más inmigración que en los anteriores cien, principalmente del Borde Exterior, cuyas especies no humanoides llegaban ignorando por completo las adversidades que les esperaban.

Para Palpatine, Coruscant superaba todas sus expectativas. Cinco años viajando por la Región de Expansión y las Colonias le habían permitido saborear lo que era la vida de verdad y ahora estaba un lugar en el que no solo podía satisfacer sus deseos más oscuros, sino también donde podía poner a prueba sus talentos únicos. Su topografía de edificios que cortaban las nubes era un microcosmos de la galaxia: repleto de seres dispuestos a hacer todo lo necesario para salir del pozo, supervisados por una élite escalonada que perpetuaba su miseria. Aunque Coruscant era un imán para los que no tenían habilidades ni futuro alguno, también era un paraíso para los que disponían de créditos y contactos. Y con la ayuda de muchos de los vástagos de los ricos a los que Palpatine había conocido ejerciendo de embajador de Naboo, junto a la camarilla de compinches y esbirros de Hego Damask, sintió que iba camino a la cima del Podio del Senado desde el momento en que sus botas pisaron aquel terreno artificial.

Entendió inmediatamente que la única manera en que la República podría salvarse era trasladar el Senado a un mundo el que la tentación no acechase tras cada esquina; las oportunidades en cada terraza de café; el vicio en cada desfiladero. Aunque el chanchullo que tenían montado el Canciller Supremo Darus y el Senado solo era evidente si uno sabía dónde mirar, y para eso a menudo se necesitaba acceso ilimitado a clubes privados

y cuartos traseros en los que se tramaban los sobornos. Incluso sin la Fuerza, Palpatine sabía que allí le habría ido de maravilla. La única clave era ganarse la confianza de los de su rango. Con todo el mundo esforzándose por superar al de al lado, solo debía asegurarse de vestir bien, cenar en los sitios adecuados, tener las compañías apropiadas y renovar sus pases de temporada de la Ópera de las Galaxias. Al mismo tiempo, entendió que podría ser casi tan anónimo como quisiera, solo debía cambiar unos sitios por otros, vestirse mejor o peor, mezclarse con comerciantes en lugar de políticos, o relacionarse con los charlatanes, picapleitos, estafadores y timadores que poblaban los niveles más bajos.

Su primer apartamento no era lujoso pero estaba situado en el distrito del gobierno y disponía de espacio suficiente para albergar su creciente colección de arte, que ahora incluía una cara escultura de neuranio y bronzio del antiguo sabio Sistros, muy apropiada para el pudiente cabeza de la Casa de Palpatine, y que contenía su espada de luz original fabricada a mano, escondida en una cavidad cilindrica indetectable para los escáneres de seguridad.

El hecho de que su primera tarea oficial como senador interino de Naboo fuese atender un funeral, el segundo en un año, parecía de lo más apropiado, vistos los planes que el Sith tenía para Coruscant.

La orden de asistir al funeral de Vidar Kim llegó tanto de Naboo como de Plagueis, quien le dijo que debía aprovechar la oportunidad para conocer a Ronhar Kim y hablar personalmente con él. Palpatine aún no se había encontrado nunca cara a cara con un Jedi y conversar con Ronhar le permitiría poner a prueba su habilidad para ocultarle su verdadera naturaleza a otro usuario de la Fuerza.

—A pesar de lo retorcido que es Coruscant —le había dicho Plagueis—, la Fuerza es potente allí, por la presencia de tantos Jedi. Si consigues ocultarte a la vista de todos, serás capaz de esconderle tu verdadera naturaleza hasta al más poderoso de ellos. Gánate la confianza de Ronhar y, cuando la tengas, dedica parte de tu tiempo en Coruscant a familiarizarte con el cuartel general repleto de agujas de nuestros enemigos. Y después pregúntate: ¿no es esta una fortaleza diseñada para mantener alejada para siempre la oscuridad?

Aparte de eso, el silencio de Plagueis respecto al asesinato de Kim había sido ensordecedor. Tras enterarse de que el rey Tapalo había nombrado senador interino a Palpatine, Plagueis lo felicitó, sin más. Después de meses sin verlo, Palpatine había esperado encontrar a Plagueis en Coruscant, pero Hego Damask y los muuns que formaban Explotaciones Damask estaban haciendo negocios no especificados en el remoto Serenno.

El funeral se celebró en la embajada de Naboo, que estaba situada bajo la Plaza de los Monumentos y el Senado, hacia el oeste de ambos. Vestido con una capa de cuello alto y

toga púrpura, Palpatine llegó a la mónada ornamentada acompañado de Kinman Doriana, Sate Pestage y Janus Greejatus, al que Tapalo había enviado a Coruscant y de quien Palpatine sospechaba que tenía cierta capacidad en la Fuerza. Kinman y Sate se habían entendido muy bien desde el primer momento. El juvenil Doriana estaba hecho para un mundo como Coruscant y no podía haber encontrado mejor guía para descubrir el excitante submundo de la capital galáctica que Pestage, quien parecía conocer todos sus rincones y recovecos.

Ronhar Kim estaba con una docena más de invitados al funeral. Palpatine esperó que el Jedi se quedase solo en la sala mirador para acercarse a él.

—Al ocultarte, no podrás confiar en tus dones oscuros —le había dicho Plagueis—. Tendrás que ser tú mismo, sumergido en el patrón unificado con el que están armonizados los Jedi; visible en la Fuerza, pero no como Sith. Puesto que no puedes permitir que te vean, debes asegurarte de que te subestimen. Camúflate en la vulgaridad, en la rutina; en aquellos terrenos desde los que podrás atacar sin previo aviso cuando sea necesario.

Ronhar, un joven alto y musculoso vestido con toga oscura, tenía el pelo negro y recogido en un moño en la nuca, con largos mechones sueltos colgando por delante de las sienes hasta la barbilla. Palpatine vio en aquel muchacho a Vidar, cuyo cuerpo estaba en una capilla ardiente, postrado en un enorme féretro rectangular de piedra. Una simple sábana cubría el cadáver desde los hombros hasta las rodillas y sobre el pecho tenía un bol metálico poco profundo lleno de flores púrpura y una vela encendida que simbolizaba la Llama Eterna de la Torre Livet. Janus Greejatus trasladaría sus cenizas a Naboo, donde se arrojarían al río Solleu.

—Jedi Ronhar Kim —dijo Palpatine al entrar en la sala—, le ruego disculpe la intromisión, pero quería ofrecerle mis condolencias personalmente.

Arrancado de sus pensamientos, Ronhar se giró hacia él, casi a la defensiva y lo examinó de la cabeza a los pies.

—¿Quién es usted?

—Palpatine —dijo él—. Me han nombrado sucesor de Vidar Kim como senador de Naboo. Conocí bien a su padre.

Los recelos de Ronhar se suavizaron.

—Perdone que no sepa más sobre Naboo, senador… Palpatine. Pero, de hecho, hasta hace unas semanas ni siquiera sabía que Vidar Kim era mi padre biológico, ni que Naboo es el mundo en que nací.

Palpatine se mostró falsamente comprensivo.

—No es necesario que se disculpe. Imagino que la Fuerza, en cierto sentido, es un mundo en sí misma.

Ronhar asintió.

—Apenas lo conocí. De no haber sido senador republicano, el Consejo Jedi ni siquiera me hubiese concedido el permiso para conocerlo.

Palpatine se permitió proyectarse con la Fuerza, pero solo un momento y fundamentalmente para evaluar la reacción del Jedi, que resultó ser imperceptible.

—Perdone que se lo pregunte pero, en ese caso, ¿por qué ha decidido asistir al funeral?

Ronhar se quedó pensativo.

—Seguro que está al corriente de la tragedia que terminó con las vidas de su esposa e hijos.

—Por supuesto.

—Vidar Kim se puso en contacto conmigo para preguntarme si consideraría la posibilidad de renunciar a mi juramento con los Jedi y evitar que el nombre de la familia se perdiera.

Palpatine se acercó al Jedi y añadió un toque de compasión a su voz.

—Me lo contó, Ronhar. ¿Su presencia aquí refleja alguna duda respecto a sus obligaciones?

—No —dijo el Jedi, quizá con mayor firmeza de la que pretendía—. Solo estoy aquí por respeto a ese hombre. Como puede que sepa también, murió a manos de un asesino cuando estaba conmigo —la voz de Ronhar delataba más decepción que ira—. Si hubiese reaccionado antes, aún estaría vivo, y no estoy seguro de que las descargas de bláster del asesino no estuviesen destinadas a mí, en lugar de a Vidar Kim.

—¿Quién en su sano juicio dispararía a un Caballero Jedi?

El Jedi inspiró y entrecerró sus ojos negros.

—A los Jedi no nos faltan enemigos, senador. A algunos seres no les termina de gustar que hagamos respetar la justicia y garanticemos la paz.

—El mundo de la política no es mucho más seguro. No en esta época, con tantos necesitados. Demos gracias a la Fuerza por tener a los Jedi.

—Quién sabe —dijo Kim.

Palpatine lo miró con interés. El Jedi no parecía tan interesado en resolver el asesinato de Vidar como en agonizar por su incapacidad para evitarlo.

—¿Quién sabe qué, Ronhar?

—Qué habría sido de mi vida de no haberme convertido en Jedi.

Palpatine simuló una expresión de sorpresa.

—No lo eligió usted. Posee la Fuerza. Su destino era ineludible.

Ronhar se quedó pensativo.

—¿Y si Vidar Kim hubiese decidido no entregarme a la Orden?

—Esa es una línea de pensamiento imposible que no lleva a ninguna parte —dijo Palpatine.

El Jedi lo miró y se enderezó.

—El camino está lleno de bifurcaciones, senador. Si me hubiese quedado en Naboo quizá hubiese seguido los pasos de Vidar Kim y hubiese entrado en política. Puede que aún no sea demasiado tarde.

Palpatine le dedicó una sonrisa tolerante y se acercó a él, plenamente confiado de que su verdadera naturaleza era indetectable.

—Debo admitir que la idea de un político con valores Jedi tiene su atractivo. De hecho, la República antiguamente era gobernada solo por Cancilleres Jedi. Pero me temo que eso es una especie de anacronismo, Ronhar. La galaxia parece haber rechazado la idea de los líderes iluminados. El mejor político actual es meramente excepcional, mientras que todos los Jedi son extraordinarios.

Ronhar se rió brevemente.

—Senador Palpatine, suena cada vez más como mi antiguo Maestro.

—Ojalá tuviese tanto talento —dijo Palpatine, restándose importancia—. Pero tengo una propuesta, Ronhar. No solo soy nuevo en el Senado, también soy nuevo en Coruscant. Y estaría bien poder confiar en alguien como amigo. ¿Qué le parecería una alianza entre un político y un Jedi? Gracias a mí usted podría conocer las interioridades de la República, y gracias a usted yo podría entender mejor a los Jedi y su papel de guardianes de la paz.

Ronhar inclinó la cabeza en una reverencia.

—Respeto aún más a Vidar Kim por haber propiciado este encuentro. Que la Fuerza le acompañe, senador Palpatine.

En Serenno, en una zona muy alejada del Núcleo de la Vía Hydiana, una sirviente del conde Vemec, vestida con un atuendo de épocas pasadas, escoltaba al cuarteto de Jedi humanos hasta la sala de conferencias del castillo, costosamente modernizada. El primero en ser presentado a los reunidos —dignatarios y políticos representantes de Serenno y el cercano Celanon, además del núcleo muun de Explotaciones Damask— fue la Maestro Jedi y miembro del Consejo Jocasta Nu, una mujer atractiva de pelo liso, mejillas pronunciadas y brillantes ojos azules. La acompañaban los distinguidos Maestros Jedi Dooku y Sifo-Dyas, y un Caballero Jedi alto y corpulento llamado Qui-Gon Jinn, que se quedó de pie mientras los demás se sentaban en los lugares que tenían designados en la mesa redonda. Los tres hombres se comportaban con una seguridad palpable y llevaban barbas de distintos estilos; la de Dooku terminaba en una elegante punta; la de Sifo-Dyas seguía el contorno de su fuerte mandíbula; la de Qui-Gon era larga y espesa.

Plagueis, que raramente perdía la oportunidad de interactuar con los Jedi, había planeado dejar que Larsh Hill y los demás se ocupasen de los negocios en Serenno; hasta que se enteró que Dooku iba a estar presente.

De unos cincuenta años estándar, Dooku era nativo de Serenno, de una familia noble análoga a los Palpatine de Naboo. De no haber nacido siendo potente en la Fuerza, habría sido conde, de la misma manera que Palpatine habría sido miembro de la realeza. Pero en las pocas ocasiones en que Plagueis había coincidido con Dooku, había percibido algo en él que requería ser investigado más profundamente. Se decía que Dooku era uno de los

mejores Maestros con la espada de luz y se había ganado también la reputación de diplomático habilidoso; pero su pasión e inquietud eran lo que habían llamado la atención de Plagueis. A pesar de todas sus décadas en la Orden, parecía tener un pie aún anclado en lo mundanal. En lugar de las sencillas togas marrones que utilizaban la mayoría de Jedi, como el robusto Qui-Gon Jinn, Dooku prefería capas y togas más apropiadas para una noche en la ópera de Coruscant. Además, era abiertamente crítico con el Canciller Supremo Darus y las prácticas corruptas del Senado.

Lo más importante, quizá, era que Dooku estaba conectado con el Gran Plan Sith de maneras que superaban lo circunstancial. Unos veinte años antes, en un plan urdido por Tenebrous para remplazar el senador humano Blix Annon por un joven advenedizo llamado Eero Iridian, Dooku y su padawan de aquel entonces, Qui-Gon Jinn, se vieron involucrados en el caso y lograron enviar a algunos de sus principales protagonistas a la cárcel. Dooku también había saboteado, sin saberlo, varios planes de Tenebrous para fomentar las disensiones intersistema en la Región de Expansión.

Tras el asesinato casi desastroso de Vidar Kim, el interés de Plagueis por Dooku había adquirido nueva importancia. Estaba seguro de que Sidious progresaría hasta convertirse en un líder Sith, pero en aquel momento el joven naboo estaba embriagado por el poder y era proclive a cometer errores. Si la oscuridad te reconocía como un verdadero aliado, un novato podía perder el norte, como había estado a punto de sucederle a Plagueis tras asesinar a Kerred Santhe. Los Maestros Sith que idolatraban a Bane, como Tenebrous, habrían aprovechado el encuentro en Serenno para amenazar a sus aprendices con su sustitución. Plagueis, no obstante, no tenía esa intención, por lo que no le había mencionado a Sidious la asistencia de los Jedi. Aun así, se preguntaba si un Jedi insatisfecho como Dooku podría ser su seguro de vida contra cualquier revés de la fortuna, algún suceso inesperado que le dejase sin Sidious, o si se le podría convertir a la oscuridad sin alistarlo formalmente y manipularlo para instigar un cisma en la Orden.

Como le había dicho a Sidious, incluso un Jedi entrenado podía sucumbir al atractivo del lado oscuro. Ciento treinta años antes, en un antiguo mundo Sith del sistema Cularin, un padawan llamado Kibh Jeen fue tan afectado por el poder que aún flotaba en una fortaleza de Almas que se abandonó al lado oscuro y desencadenó un conflicto en todo el sistema. Quizá Plagueis podía influir para que el Maestro Dooku hiciese algo parecido. Debía estudiar al Jedi más detenidamente.

Cuando todos estuvieron sentados, el primero en hablar fue uno de los abogados legales de Celanon.

—Celanon protesta por la presencia del Maestro Dooku en esta reunión, puesto que hemos sabido que es serenniano de nacimiento.

El arrogante conde Vemec de Serenno hizo ademán de responder pero Dooku no se lo permitió al dirigirse directamente al letrado.

—Si hubiesen investigado mejor, también sabrían que renuncié a todos mis vínculos con mi familia y Serenno cuando fui aceptado en la Orden Jedi —desvió su penetrante

mirada al embajador de Celanon—. Le aseguro que seré tan imparcial como cualquiera de ustedes.

El embajador de Celanon, un humano grueso y presuntuoso, se aclaró la garganta.

—La reputación de imparcialidad del Maestro Jedi Dooku le precede. Confiamos que será tan justo en esta materia como se sabe que lo ha sido en otras.

—Superada esta cuestión —dijo Vemec—, propongo que se inicie oficialmente el procedimiento.

La cuestión que los ocupaba tenía que ver con la construcción prevista de un repetidor de hiperondas fabricado por Aqualish en el espacio de Celanon que expandiría el alcance de la HoloRed hasta el sector Corporativo; una enorme región del Brazo Tingel que se había convertido en el patio de recreo del Clan Bancario y la Alianza Corporativa gracias a los lucrativos acuerdos propiciados por Explotaciones Damask. Como compensación por el hecho de que el emplazamiento del repetidor iba a provocar modificaciones en las rutas comerciales hiperespaciales, Celanon había anunciado que las naves que entrasen en su espacio aéreo desde los sistemas de la parte superior de la Hydiana deberían pagar sustanciales tasas de tránsito. Plagueis no estaba demasiado interesado en el debate. Secretamente esperaba que la mediación fracasara. Gracias a la controversia, Explotaciones Damask podría retirarse y el proyecto se desbarataría, enfureciendo a los sistemas del Brazo Tingel, que serían las víctimas de una estúpida riña entre dos mundos ricos de la República.

Tras cuatro horas de tiras y aflojas inútiles, era Plagueis el que empezaba a sentirse la víctima. Cuando el conde Vemec finalmente interrumpió las negociaciones para hacer un descanso, muchos de los participantes se encaminaron hacia las mesas con comida y Plagueis se quedó a solas con Dooku, Sifo-Dyas y Qui-Gon Jinn, por lo que se envolvió en su capa de normalidad.

—Estos contenciosos son cada vez más frecuentes —comentó sin dirigirse a nadie en particular—. Si no se encuentra una solución, los que más sufrirán serán los sistemas periféricos.

Dooku asintió.

—El repetidor de hiperondas debería ser un proyecto de la República. El Senado se equivocó al permitir la privatización de la HoloRed.

Qui-Gon Jinn aguzó los oídos y miró a Plagueis.

—El descontento en los sistemas exteriores concuerda con los objetivos de Explotaciones Damask, ¿verdad, Magistrado?

—Al contrario —replicó Plagueis sosegadamente—. Defendemos los intereses de los mundos menos favorecidos siempre que podemos.

El alto Jedi no parecía muy convencido.

—¿Apoyando a la Federación de Comercio y otros cárteles?

—La Federación de Comercio ha llevado prosperidad a muchos mundos subdesarrollados, Maestro Jinn.

—Gracias a una explotación que terminará conduciéndolos a la ruina.

Plagueis extendió las manos.

—El progreso a veces tiene un coste. Algún mundo pasará por crisis de desarrollo, pero llamar ruina al resultado final es claramente exagerado —estudió a Qui-Gon—. Seguro que los Jedi han tenido que ignorar consecuencias de la misma magnitud para hacer cumplir las leyes de la República.

Las cejas oscuras de Sifo-Dyas formaron una V. Hombre bajo y musculoso, tenía la nariz ancha, mejillas prominentes y un pelo lustroso recogido en un moño alto. Sus manos eran grandes y callosas, como si hiciese trabajo físico. En sus ojos marrones se dibujó la preocupación.

—La idea de que solo servimos a la República es equivocada, Magistrado. Nuestra Orden sirve al bien común.

—Como manda la Orden —dijo Plagueis, para restar importancia al comentario—. Pero ustedes tienen la ventaja de actuar en armonía con la Fuerza, mientras que los demás debemos intentar encontrar el camino correcto a tientas. De todas formas, Explotaciones Damask intenta ver las cosas en todo su contexto.

—Igual que los Jedi —dijo Qui-Gon—. Pero en varios casos en que hemos tenido que resolver conflictos ha aparecido su nombre.

Plagueis se encogió de hombros.

—Los ricos son juzgados con más severidad que los pobres.

Dooku pensó en aquellas palabras.

—Para mí la culpa es del Senado por animar a la galaxia a concentrarse en los créditos.

Plagueis miró a Dooku y después a Qui-Gon.

—Estoy dispuesto a reconocerle al Maestro Jinn que los muuns han monopolizado el mercado financieramente, si me reconoce que los Jedi lo han monopolizado éticamente.

Qui-Gon le hizo una reverencia circunspecta a Plagueis.

—Eso nos coloca en bandos distintos, Magistrado.

—No necesariamente. Quizá busquemos un mismo fin.

—¿Diferentes caminos para un mismo fin? Inteligente razonamiento, pero me niego a aceptarlo —Qui-Gon se cruzó de brazos—. Si me disculpa…

Dooku sonrió levemente mientras el Jedi más alto se alejaba.

—Mi antiguo aprendiz no tiene pelos en la lengua.

—La franqueza es poco frecuente hoy en día —dijo Plagueis—. El Senado podría aprender mucho de seres como Qui-Gon Jinn.

Dooku hizo una expresión taciturna.

—El Senado solo se escucha a sí mismo. Incesantemente y sin objetivo ninguno. Si el Canciller Supremo Darus y el Senado perpetúan un clima que permite el avance de las injusticias, estas aumentarán.

Sifo-Dyas estaba cada vez más incómodo.

—Ni siquiera nosotros entramos en la Rotonda —dijo monótonamente—, excepto como espectadores.

Plagueis no pudo reprimir una sonrisa.

—Pero se sabe que, en ocasiones, han ejercido presiones —prosiguió antes de que Sifo-Dyas o Dooku pudiesen responder—. El Senado es como un circo. Aunque una cosa está clara: el Núcleo, no se sostiene. Se necesita un nuevo liderato.

—No hay duda de que Darus será elegido para otro mandato —dijo Dooku.

Plagueis fingió estar preocupado.

—¿No hay nadie que pueda derrotarlo, Maestro Dooku?

—Frix, posiblemente. Kalpana… más adelante. Ahora mismo es lo bastante fuerte para derrotar a los grupos de presión.

La incomodidad de Sifo-Dyas iba en aumento.

—En cualquier caso, hemos jurado no tomar ningún papel activo.

—Es evidente que Kalpana aportaría un tono distinto —dijo Plagueis—, aunque puede que igual de arriesgado.

Su postura contra la piratería, el contrabando e incluso el esclavismo es de sobras conocida. Por desgracia, muchos de los sistemas exteriores sobreviven únicamente gracias a esas prácticas.

—Esos mundos deberían encontrar alternativas —dijo Sifo-Dyas.

Plagueis se giró hacia él.

—¿Sin la ayuda de la República? Me parece que los Jedi tendrían que sudar la gota gorda.

Sifo-Dyas frunció los labios.

—Los Judiciales y los Jedi mantendrán la paz.

—Parece muy seguro de eso —dijo Plagueis—. Pero deje que le haga una pregunta: ¿Si el descontento se extiende y estalla un conflicto intersistema, si los mundos miembros amenazan con la secesión, como hizo Serenno en el pasado, no habrán disensiones en su seno?

—La República será preservada.

Plagueis sonrió.

—Siempre la misma seguridad reconfortante. Pero suponga que los objetivos de la República no concuerdan con el bien común. Suponga que el conflicto crece y provoca un cisma.

Los dos Jedi intercambiaron miradas.

—Si no hay ejércitos no puede haber guerra —dijo Dooku.

—¿Los Jedi no son un ejército… o no son al menos capaces de convertirse en uno si la necesidad los obliga?

—Fuimos un ejército en el pasado, pero nuestros enemigos fueron derrotados —dijo Sifo-Dyas con deliberada vaguedad—. No importa la dimensión del conflicto, nosotros intentaríamos forjar una paz… Sin convertirnos en el cuerpo gobernante que tanto parece temer.

Plagueis no respondió inmediatamente. Sifo-Dyas estaba resultando más interesante aún que Dooku, aunque de distinta manera. Solo un erróneo sentido de lealtad a la Orden Jedi le impedía manifestar el verdadero alcance de sus recelos.

—Ha dicho forjar una paz. Interesante semántica, Maestro Sifo-Dyas. Pero, solo como hipótesis, ¿qué pasa si los sistemas descontentos crean un ejército? ¿No estarían los Jedi obligados a servir y proteger la República?

Sifo-Dyas exhaló forzadamente.

—¿De dónde iban a salir esos hipotéticos ejércitos? Los sistemas periféricos no disponen de recursos… —al darse cuenta de su error, se calló.

Plagueis esperó un momento, disimulando su satisfacción.

—No pretendía sugerir que la República esté privando intencionadamente a los sistemas periféricos de su derecho a la autodeterminación. Solo especulo porque percibo una amenaza creciente.

Dooku lo miró.

—No es el único que la percibe, Magistrado.

—Una última pregunta, si se me permite. ¿Si alguien les atacase, contraatacarían?

—La República juró mantenerse desmilitarizada —dijo Dooku—. Eso solo cambiaría en el caso que hubiese una amenaza clara.

—Vuelve a reformular su pregunta inicial, Magistrado Damask —interrumpió Sifo-Dyas con una mirada ardiente—. Está hablando de un hipotético ataque a la propia Orden Jedi.

—Sí, supongo que sí —dijo Plagueis modestamente—. Supongo que pensaba en el reciente asesinato del senador Vidar Kim. Un Jedi se vio envuelto, si no me equivoco.

—Eso se está investigando —dijo Sifo-Dyas en un tono controlado—. No hay ninguna prueba que sugiera que el objetivo fuese el Jedi en cuestión.

El silencio que siguió lo rompió la voz de Jocasta Nu, que llamaba a los Jedi desde el otro extremo de la sala de conferencias. Plagueis estudió a Sifo-Dyas periféricamente. Mientras Nu hablaba con ellos, pensó en la conversación que había tenido con Sidious en Sojourn.

«Tendremos que explotar su santurronería y su obediencia ciega a la República», le había dicho Sidious. «Los Jedi deben parecer los enemigos de la paz y la justicia en lugar de sus guardianes».

Reflexionando nuevamente sobre aquello, Plagueis empezó a preguntarse si se había equivocado de planteamiento en Kamino. Quizá, pensó, sería mejor que los kaminoanos creasen un ejército capaz de combatir junto a los Jedi en vez de contra ellos…

Sifo-Dyas fue el primero que regresó al rincón de la sala en que estaba Plagueis, como si desease continuar con la conversación.

—A no ser que esté pensando en invertir en iniciativas militares, Magistrado, puedo asegurarle que la República no renegará de su promesa de desmilitarización —sus palabras eran enérgicas pero ausentes de convicción—. La Reforma de Ruusan no será revocada.

Plagueis mostró las palmas de sus manos.

—Y yo puedo asegurarle, Maestro Jedi, que mis preguntas no estaban motivadas por ningún posible interés. Nosotros no queremos que nadie pueda encontrar a la República con la guardia baja. De momento confiaré en los Jedi y en la idea de que, si fuese necesario, podría montarse un ejército.

La mirada de Sifo-Dyas vaciló.

—¿De la nada? Es poco probable, Magistrado.

—Podría crearse.

—¿Quiere decir fabricarlo?

—No, lo digo literalmente —dijo Plagueis—. Aunque solo conozco a un grupo capaz de hacerlo. El mismo que creó obreros para las minas de Subterrel.

Sifo-Dyas frunció el gesto asombrado.

—No estoy familiarizado con Subterrel.

Plagueis estaba a punto de mencionar a los kaminoanos cuando vio que se acercaba Jocasta Nu y una sensación surgida de las profundidades del lado oscuro corrió por su interior y ahogó su voz, como si quisiese impedirle decir aquella palabra.

—Disculpe, Maestro Jedi —dijo en cuanto pudo—. Tenía el nombre del grupo en la punta de la lengua, pero parece que me lo he tragado.

18: TRUCOS ASTUTOS

Palpatine llevaba poco más de dos meses estándar en Coruscant cuando el Senado acordó someter a votación la incorporación de Felucia, Murkhana y otra media docena de planetas considerados mundos clientes de la Federación de Comercio. Con la esperanza de generar interés público, el centro de control de clima de Coruscant prometió proporcionar un clima perfecto al distrito del gobierno. Las nubes se habían barrido y se habían ajustado los espejos orbitales para proporcionar máxima luz diurna. Los droides de mantenimiento habían renovado los adoquines de la Plaza del Senado y pulido las estatuas de treinta metros de altura que flanqueaban la Avenida de los Fundadores del Núcleo. La policía había acordonado grandes zonas del distrito entre los niveles 55 y 106, y había desplegado unidades de francotiradores, escuadrones de autómatas detectores de explosivos y el triple de cámaras flotantes de seguridad de lo habitual. Había infinidad de reporteros, documentalistas, periodistas independientes y columnistas de opinión, todos ellos solicitando favores que les permitieran acercarse lo máximo posible a la acción. Los servicios de limusinas trabajaban a destajo y resultaba casi imposible encontrar un taxi, lo que obligaba a los auxiliares y asistentes a espabilarse por su cuenta, llegando a pie o en aerotren, con sus trajes recién lavados, los gorros bien calados, el pelo bien peinado y las botas lustradas. Incluso los Caballeros y padawans Jedi, apostados en toda la plaza como exhibición de fuerza, parecían lucir sus togas y túnicas más limpias.

Los analistas aseguraban que la votación era muy relevante, aunque lo cierto es que aquella había sido una semana floja en noticias en Coruscant. Es más, a la gran mayoría de residentes de la capital les traía sin cuidado el desenlace final, ya que en general solo conocían la Federación de Comercio por los anuncios que emitía en la HoloRed. En cualquier caso, los cotilleos locales siempre eran mucho más interesantes que la política.

No obstante, durante semanas, opositores y partidarios de las enmiendas que revisarían las reglas concernientes al estatus de miembro de la República habían explicado sus argumentos en la gran Rotonda, a menudo con tanto entusiasmo que sus plataformas repulsoras temblaban, o gesticulando con las manos u otros apéndices para añadir énfasis o acusar a alguien, desafiando las llamadas al orden y el decoro del vicecanciller.

Palpatine, de pie junto a Sate Pestage y Kinman Doria bajo la estatua abstracta del Fundador del Núcleo Tyler Sapis Praji, se sintió un paso más cerca de su meta, aunque la escena de la plaza le pareció más una feria de vanidades que una asamblea del Senado. Como muchos otros, había pasado la mitad de la noche fuera de casa, bebiendo y cenando con grupos de presión deseosos de ganarse su favor. En tapcafés, cantinas, restaurantes y clubes nocturnos de todos los distritos de entretenimiento habían corrido los créditos alegremente, se habían ofrecido sobornos entre susurros, se habían hecho promesas y alcanzado acuerdos. Ahora algunos de los seres que había encontrado durante la larga velada atravesaban arrastrando los pies y con cara de sueño las puertas abiertas

de par en par del edificio en forma de sombrilla del Senado: senadores y sus asistentes; comisionados del sector inversor y el mercado de valores; miembros de la delegación de la Federación de Comercio y el consejo del Clan Bancario InterGaláctico.

Por toda la amplia avenida —en los cruces claves, las paradas de taxi y las salidas de los aerotrenes— había grupos de Jedi, unos pocos con las empuñaduras de sus espadas de luz claramente a la vista. A Palpatine la visión de tantos en un mismo sitio le resultaba excitante y le hacía pensar. Aunque bien camuflado en la cotidianía, podía sentir su orgullo colectivo filtrándose hacia su interior a través de la Fuerza. Solo la vileza del populacho de Coruscant, la casi total ausencia de nada natural, impedía que el planeta fuese tan fuerte en la luz como Korriban lo era en la oscuridad. Aunque aceptaba que Plagueis y él eran incluso mejores que los más poderosos de la Orden Jedi, entendía que no eran rival para su fuerza combinada; a pesar del imperativo Sith. Los Jedi solo caerían con la absoluta colaboración del lado oscuro; es decir, solo cuando el lado oscuro de la Fuerza estuviese preparado y dispuesto a conspirar para su ruina.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por una repentina ráfaga de viento provocada por un lujoso deslizador terrestre que descendía en el centro de la avenida. Precedido por una vanguardia de guardias ceremoniales enfundados en togas azules que llegaban al suelo, apareció el Canciller Supremo Darus, saludando a la multitud y las cámaras flotantes que se apresuraban a inmortalizar cada uno de sus gestos. Palpatine lo examinó mientras los guardias lo escoltaban entre el gentío, con un séquito de periodistas seleccionados a su estela: su manera relajada de comportarse; la forma en que se detenía y saludaba a unos mientras ignoraba a otros; la forma en que sonreía en el momento justo…

Pensó en las dos coronaciones a las que su padre y él habían asistido en Theed y pudo recordar como si hubiese sido ayer la envidia que había emanado de Cosinga como un sudor agrio. ¡Cuánto había ansiado el inepto de su padre aquel poder! Si Cosinga pudiese ver ahora a su hijo, tan cerca del centro de la galaxia, observando el Senado como Cosinga había hecho con las tierras de los Palpatine en el País de los Lagos, pensando: todo lo que ven mis ojos será mío: esos edificios; esas mónadas; esas estatuas, que haré derribar; el espacio aéreo, cuyo uso restringiré a los poderoso; ese ático del República 500; el Senado…

Alguien volvió a interrumpir sus pensamientos. Esta vez fue el senador Pax Teem, del Protectorado Gran, que caminaba hacia él seguido de cerca por los senadores de Lianna, Eriadu y Sullust.

—¿Estás preparado para hacer historia, senador? —dijo Teem, cuyos ojos tentaculares se agitaban por la emoción.

—Más que para ser víctima de ella —le dijo Palpatine.

El gran gruñó divertido.

—Bien dicho, joven caballero. No hace falta decir que somos muchos los que confiamos en ti.

—Mejor muchos que todos. No se puede gustar a todo el mundo.

Teem se puso serio.

—Quizá no. Pero podemos romper una lanza a favor del utilitarismo. El bien común para la mayoría.

Palpatine sonrió igual que le había visto hacer a Darus.

—Romperemos esa lanza, senador.

—Bien, bien —dijo alegremente Teem—. Nos vemos dentro, donde se dirimen los asuntos de la galaxia.

Pestage se rió cuando Teem se alejó.

—El bien común para el mayor gran.

Era cierto. Teem no tenía nada contra la Federación de Comercio. Solo deseaba que Naboo metiese la pata, bajarle los humos a Hego Damask y devolver Malastare a la grandeza de antaño.

El contingente de senadores apenas se había marchado cuando Palpatine oyó que alguien le llamaba por su nombre; al darse la vuelta vio a Ronhar Kim acompañado por dos Jedi humanos más mayores. Sumergió tranquilamente sus poderes más profundamente en su interior y adoptó una expresión de fingida cordialidad.

—Jedi Ronhar —dijo, inclinando su cabeza para saludarlo.

El Jedi de pelo negro le devolvió la reverencia.

—Senador Palpatine, deje que le presente a los Maestros Dooku y Sifo-Dyas.

Palpatine conocía al primero, pero solo por su reputación.

—Es un gran honor, Maestros.

Dooku lo examinó abiertamente y arqueó una ceja.

—Perdone que le observe, senador, pero por la descripción que Ronhar me hizo de usted esperaba a alguien más mayor.

—Disimulo muy bien, Maestro Dooku. Mi edad, quiero decir.

—En cualquier caso —dijo Sifo-Dyas—, es un talento necesario para su cargo.

—Tan cierto como innoble, Maestro Sifo-Dyas. Pero me esfuerzo por mantenerme fiel a mi conciencia.

Dooku sonrió francamente.

—Manténgase firme en eso, senador Palpatine. No hay ninguna duda de que Coruscant pondrá a prueba su determinación.

Ronhar Kim abrió la boca como si fuese a hablar cuando oyó otra voz familiar.

—No sabía que se conocían.

Por encima del hombro de Dooku, Palpatine vio sorprendido que Hego Damask, Larsh Hill y otros dos muuns en togas negras avanzaban hacia él. El hecho de no haber detectado a su Maestro daba muestras del poder de Plagueis para ocultarse por completo, incluso de otro Sith.

—Magistrado Damask —dijeron al unísono Dooku y Sifo-Dyas, girándose para saludarlo.

Damask miró a Palpatine.

—Recientemente, en Serenno, los Maestros Dooku, Sifo-Dyas y yo mantuvimos una animada conversación sobre el estado actual de la galaxia y nuestras esperanzas para el futuro.

—Serenno —dijo Palpatine, para sí mismo y ligeramente confundido.

Damask no le había dicho que asistirían Jedi a la reunión que debía celebrarse allí. ¿Qué mensaje estaba enviando ahora? Mirando al trío de Jedi, pensó en lo que su Maestro le había dicho de que incluso los Jedi podían ser convertidos a la oscuridad. ¿El chapucero asesinato de Vidar Kim había convencido a Plagueis para seducir y reclutar un Jedi que le sirviese como aprendiz?

—Ronhar acaba de presentarnos al senador —estaba explicando Sifo-Dyas.

Dooku miró a Damask, después a Palpatine y de nuevo a Damask.

—¿Puedo preguntar cómo es que se conocen usted y el senador?

Damask avanzó hacia Palpatine.

—El senador Palpatine y Explotaciones Damask compartimos un sueño para Naboo… —hizo un gesto que incluía a Hill y los otros muuns—. Palpatine fue uno de los pocos que entendió desde el principio la necesidad de iniciar un nueva era en su mundo natal.

Palpatine sintió que alguien le escrutaba desde fuera del círculo que formaban ellos diez. Junto a la Gran Puerta del edificio del Senado, Pax Teem se había detenido y estaba mirándolo, con sus ojos tentaculares extendidos. Y Palpatine no podía culparlo, porque le había pillado desprevenido el entusiasmo con el que Plagueis había demostrado conocerlo en público.

—¿Qué se siente al ver realizado sus deseos para su planeta natal? —dijo Dooku.

Palpatine volvió a centrarse.

—Uno no puede interponerse en el camino del destino.

De nuevo, Dooku miró a Palpatine y después a Damask.

—La voluntad de la Fuerza crea amistades poco comunes.

Sonaron unas campanas que anunciaban el inicio de la sesión y todo el mundo empezó a entrar en el enorme edificio, dirigiéndose cada uno hacia sus sitios desde el atrio; unos hacia los palcos de espectadores o zonas de prensa y otros, como Palpatine, Sate y Kinman, hacia los turboascensores que conducían a la estación de Naboo en la grada media, una de las mil estaciones de atraque idénticas de la Rotonda, equipadas con una plataforma de repulsores móvil y una serie de despachos privados. En el centro de aquel espacio artificialmente iluminado se alzaba una elegante torre engalanada con el escudo de la República, en cuya cima estaba el podio del Canciller Supremo. Darus, el vicecanciller y el asistente administrativo ya estaban presentes y tras unos breves comentarios introductorios del Canciller Supremo, el vicecanciller procedió a iniciar los trámites de la votación.

Unos pocos senadores hablaron, aunque la mayoría se limitó a votar. El recuento de votos iba proyectándose en las pantallas de los monitores de cada estación y en la curva interior de la cúpula. Cuando el vicecanciller solicitó el voto del sector Chommell, el

recuento estaba empatado. Aunque el voto de Palpatine rompiera las tablas, aún faltaban varios sistemas por intervenir.

Tras separarse de la estación de atraque, la plataforma llevó a Palpatine hacia las gradas inferiores, sumergiéndolo en las profundidades de la Rotonda, de varios kilómetros de diámetro. Una parte del Senado susurró y él se empapó profundamente del momento. La plataforma siguió moviéndose hacia el podio, como si incluso el Canciller Supremo quisiera verlo de cerca, y le complació saber que su reputación hubiese llegado tan lejos.

—La Federación de Comercio llegó a Naboo hará unos diez años. No llegó por la fuerza sino invitada, después de que se descubriera un gran depósito de plasma bajo el frondoso manto del planeta; lo bastante grande para suministrar energía limpia a miles de mundos desfavorecidos de la Vía Hydiana y, al mismo tiempo, introducir a Naboo en la comunidad galáctica.

»Tras meses de razonable debate, nuestro recién elegido monarca decidió que Naboo debía compartir sus recursos con la galaxia. Nuestro mundo alcanzó acuerdos con la Federación de Comercio y otros conglomerados de construcción. Se iniciaron las perforaciones, se construyeron plantas procesadoras y se ampliaron los puertos espaciales para acomodar la flota de lanzaderas necesaria para transportar el plasma hasta naves de carga estacionadas en órbita.

»Tres años después, el plasma salía hacia la galaxia y la riqueza entraba en Naboo y los mundos del sector Chommell, dando inicio a una era de prosperidad sin precedentes.

»La prosperidad tuvo costes complementarios, pero Naboo estaba dispuesto a asumirlos, principalmente por el bien de aquellos seres que se estaban beneficiando de lo que la naturaleza le había legado a nuestro pequeño mundo.

Hizo una pausa y se giró ligeramente hacia la plataforma de la Federación de Comercio.

—Se ha acusado a la Federación de Comercio de fijar precios, de explotación y de prácticas monopolísticas, pero no es eso lo que hoy nos ocupa. Hoy se le pide a la República que extienda los brazos e incorpore varios planetas de sistemas periféricos a los que muchos consideran mundos clientes de la Federación. Muchos de ustedes están preocupados porque la entrada de estos mundos pueda desequilibrar la balanza de poder, dándole a la Federación de Comercio y sus aliados corporativos una voz demasiado potente en el Senado. ¿Pero esa cuestión no se resolvió cuando los Tribunales de Justicia dictaminaron que la Federación de Comercio debía ser tratada como un mundo? Aquella decisión abrió la puerta a entidades como el Gremio de Comerciantes, la Unión Tecnológica y la Alianza Corporativa, y todas ellas cuentan ahora con plataformas propias en este Senado. Por lo tanto, la cuestión de su legalidad no es debatible.

»En vez de eso, debemos centrarnos en la tarea de decidir si la Federación de Comercio está siendo demasiado agresiva en su búsqueda de una voz más potente.

Hizo otra pausa, esta vez para dejar que los debates individuales se apagaran.

—No hace ni tres meses estándar —dijo finalmente—, el antiguo senador del sector Chommell fue asesinado aquí, en Coruscant. Muchos de ustedes conocían al senador Kim y saben que era un ser honesto, preocupado por la creciente influencia de los cárteles y el potencial desplazamiento de poder en el Senado. Su trágica muerte provocó declaraciones de todo tipo y dio pie a varias investigaciones, aunque no se ha hecho ningún progreso aún en la identificación de los autores ni motivos de su asesinato. Y eso ha sido así a pesar de las investigaciones de los Judiciales, el Comité Investigador del Senado e incluso la Orden Jedi.

»Como consecuencia y como protesta por la manera en que se ha manejado la investigación de la muerte del senador Kim, el monarca de mi mundo, Su Majestad el rey Tapalo, me ha dado instrucciones para que anuncie que Naboo y los mundos del sector Chommell se abstendrán en la votación.

El murmullo que se había iniciado en una sección del Senado se propagó a toda la Rotonda. Después, el estruendo que estalló, tanto favorable como reprobatorio, fue tan clamoroso y prolongado que el vicecanciller finalmente desistió en sus intentos de restaurar el orden y dejó que reinase el caos.

19: LAS PRUEBAS

Tras la victoria de la Federación de Comercio en el Senado, Felucia, Murkhana y otros antiguos mundos clientes se convirtieron en miembros de la República, inquebrantables en su lealtad a las necesidades de la Federación de Comercio. Aunque Pax Teem y un puñado de senadores igualmente decepcionados rehuyeron a Palpatine, acusándolos a él y a Naboo de dejarse comprar por el cártel, la mayoría del Senado rechazó estas alegaciones con desdén. Palpatine era nuevo en el juego y, de hecho, solo estaba expresando los deseos del rey Tapalo. Más importante aún, la entrada de nuevos mundos significaba nuevos ingresos y más oportunidades para tejemanejes. Ronhar Kim le agradeció personalmente que no lo hubiese mencionado en su discurso al Senado. Conmovido por las palabras de Palpatine, el Canciller Supremo Darus le envió un mensaje personal informándole de que había dado instrucciones al Comité Judicial para que utilizase sus poderes de gran abasto para esclarecer el asesinato de Kim.

Plagueis estaba satisfecho con los resultados, puesto que solo era cuestión de tiempo que los mundos recién incorporados se viesen atrapados entre la República por un lado y la Federación de Comercio por otro; pagando impuestos a la primera y explotados por la segunda; la receta perfecta para el resentimiento. Los dos Sith no se encontraron en persona, pero Plagueis le notificó a su aprendiz que los demás muuns y él mismo se quedarían en Coruscant en el futuro inmediato, principalmente para asistir al ingreso de Larsh Hill en la arcana Orden del Círculo Inclinado, muchos de cuyos miembros eran habituales de las Reuniones de Sojourn.

Para Darth Sidious, las semanas posteriores a la votación supusieron volver a sus asuntos habituales. Con el Senado aún en sesión, pasaba la mayor parte de los días en la Rotonda y la mayoría de las noches explorando Coruscant, a menudo en compañía de Pestage y Doriana. En secreto siguió con su entrenamiento Sith, aceptando la ausencia de orientación práctica de su Maestro como una señal de que debía progresar por sí solo. Y eso hizo, sumergiéndose en muchos de los textos antiguos que Plagueis rechazaba por considerarlos inútiles, incluidos tratados sobre magia Sith y construcción de holocrones.

Al final de la tercera semana se puso en contacto con él un representante de un consorcio energético conocido como Energía del Rastro Silvestri. En varias conversaciones por comunicador, el miembro del consorcio, un sullustano, le dejó claro que podía extraer un gran beneficio apoyando a ERS en el Senado, y sugirió que se encontrasen para discutir los detalles. Probablemente daba por supuesto que Sidious no investigaría demasiado los orígenes de ERS, ni descubriría los vericuetos que el consorcio había hecho para impedir tales investigaciones, pero lo hizo y le intrigó descubrir que ERS había sido antiguamente una empresa pantalla creada por Recursos de Combustible Zillo, con base en Malastare.

Sospechando que se trataba de un intento de encerrona, Sidious aceptó reunirse a plena luz del día, aunque el lugar de reunión que le propusieron hizo que sus sospechas se

acentuaran. A diferencia de los restaurantes del nivel superior frecuentados por la clase política, el Brilloseda estaba en un distrito de nivel bajo conocido coloquialmente como PDU, que la mayoría de seres interpretaban como «periferia de Ustru», pero que para los más informados significaba «peligro de Ustru»; una zona que progresaba lentamente y a la que accedía la línea Núcleo Profundo del aerotren, y que antiguamente había sido un refugio para bandas delictivas, asesinos en serie, pederastas, ladrones y otros habitantes de los bajos fondos, en un mundo cuyo fondo era inusualmente profundo. Con los residentes atacándose unos a otros, la policía no veía motivo para patrullarla e incluso las cámaras de seguridad escaseaban, ya que era frecuente que las robasen y las desmontaran para venderlas por piezas. Aun así, el riesgo de tumultos o asesinatos atraía a los miembros de la Rotonda y no era extraño encontrar algún senador y algunos de sus asistentes dándose una vuelta por PDU, mezclándose con seres turbios, consumiendo sustancias prohibidas o flirteando con el peligro.

Sidious se planteó llevar consigo a Pestage y Doriana, pero finalmente desestimó la idea. Como no podía realizar un entrenamiento formal con Plagueis estaba deseando ver qué podía hacer por sí solo.

Pequeño y desvencijado por el paso frecuente de los cercanos aerotrenes, el Brilloseda tenía lo que parecía clientela local. Vestido de manera informal para la reunión, igual que Sidious, el sullustano estaba esperando en una mesa situada en un rincón, con la espalda contra una pared adornada con holoimágenes baratas. Solo había otras seis mesas ocupadas, principalmente por parejas no humanas, y lo atendían tres camareros humanos bastante torpes y un barman dug. Una música jatz instrumental, apenas audible, se propagaba por un aire manifiestamente enrarecido.

Sidious adoptó un aspecto de inocencia candorosa cuando se sentó frente al sullustano. Empezaron a hablar sobre sucesos del momento y asuntos del Senado, antes de que el sullustano llevase la conversación hacia la necesidad de ERS de que el Senado aprobase expandir sus operaciones por la Ruta Comercial Rimma. Pidieron bebidas y algo para picar, varias veces, y Palpatine no tardó mucho en perder interés.

—Creo que le ha exagerado mi valía a ERS —dijo finalmente—. No soy más que el portavoz del rey de Naboo.

El sullustano hizo un gesto desdeñoso con su pequeña mano.

—Y yo creo que usted se subestima. Su breve discurso al Senado le ha puesto en el mapa, senador. Los seres hablan de usted. ERS cree que puede ser de gran utilidad.

—Y yo también saldré beneficiado, como me dijo.

—Naturalmente… —dijo el sullustano, pero Sidious lo interrumpió.

—En realidad, no está aquí para reclutarme —hizo un gesto despreocupado y repitió—: No está aquí para reclutarme.

El sullustano parpadeó confundido.

—En realidad, no estoy aquí para reclutarle.

—Entonces ¿por qué está aquí?

—No sé por qué estamos aquí. Recibí instrucciones de reunirme con usted.

—¿Instrucciones de quién?

—Esto, yo…

Sidious decidió no presionarlo demasiado.

—¿Qué decía?

El sullustano volvió a parpadear.

—Decía… ¿Qué estaba diciendo?

Los dos se rieron y dieron un sorbo a sus copas. Al mismo tiempo, Sidious utilizó la Fuerza para mover el delantal de uno de los camareros lo suficiente para ver debajo la empuñadura de un bláster de mano que llevaba a la cintura. Levantando la copa para dar otro trago, hizo lo mismo con otro camarero, cuyo delantal escondía otra arma idéntica. Ambas las había fabricado BlasTech, pero no para consumo común. La serie El-9, llamada adecuadamente Golperrápido, solo estaba disponible para los miembros de élite de Seguridad Santhe, con sede en Lianna.

—Será mejor que afloje el ritmo —dijo con deliberada torpeza—. Creo que estoy empezando a marearme.

El comportamiento del sullustano cambió, aunque de manera casi imperceptible.

—Solo necesita comer algo más —le pasó una carta por encima de la mesa—. Elija lo que quiera. No se preocupe por el precio —se levantó—. Si me disculpa un momento, pediremos en cuanto vuelva.

Sidious notó que el sullustano no era el único que se ponía de pie. Entre las comandas en voz baja de los camareros, los clientes iban pidiendo sus cuentas y marchándose. Dentro de poco sería el único cliente del Brilloseda. Mientras se giraba ligeramente en la silla para mirar hacia un rincón de la sala, empezó a dibujarse un escenario en su imaginación. El sullustano, el vínculo de ERS con Malastare, los agentes de Seguridad Santhe, incluso el barman dug… Sus problemas no eran con él sino con Explotaciones Damask. No le estaban tendiendo una trampa para posteriormente acusarlo de corrupción; se estaba urdiendo un engaño mucho más siniestro e inmediatamente volvió a sentirse muy interesado.

Lo primero que pensó fue que habían intentado drogado. Sus investigaciones en magia Sith le habían enseñado la manera de anular los efectos de muchos venenos comunes, que había puesto en práctica de manera rutinaria antes incluso de sentarse a la mesa. Quizás estaban esperando que se desmoronase sobre la mesa y quedase inconsciente o empezase a echar espumarajos por la boca y a sacudirse por los espasmos…

Cuando pensaba que tendría que poner a prueba su capacidad interpretativa, dos de los camareros se acercaron a él, mostrando sus discretas pero potentes armas.

—Hay alguien que quiere hablar con usted, senador —dijo el más alto.

—¿Aquí? —dijo Sidious con aparente confusión.

El otro señaló una puerta.

—Por allí.

Sidious disimuló una sonrisa: el Brilloseda tenía cuarto trasero.

Se levantó torpemente, inclinándose deliberadamente hacia uno de los guardias de seguridad, evaluando su temperatura corporal, ritmo cardíaco y respiración.

—Estoy ligeramente ebrio. Quizá necesite apoyarme en usted.

El hombre hizo un ruido de exasperación pero permitió que Sidious le apoyase un brazo sobre el hombro.

Qué fácil sería, pensó a medida que la oscuridad empezaba a crecer en su interior, abrasadora y hambrienta, deseosa de asumir el control de su cuerpo y liberarse, romperle el cuello a los dos, arrancarles los corazones aún latientes del pecho, lanzarlos y aplastarlos contra las paredes, derribar entero este lugar apestoso sobre sus cabezas…

Pero no lo hizo. Necesitaba conocer a su secuestrador. Necesitaba descubrir los nombres de todos los responsables. Necesitaba demostrarle a su Maestro que era diestro y capaz; un auténtico lord Sith.

El cuarto trasero tenía una segunda puerta que daba a un pasillo oscuro que conducía hasta un viejo turboascensor. Empujado adentro por los guardias, Sidious calculó la distancia que habían recorrido desde el Brilloseda hasta el turboascensor. Se quedó en silencio cuando empezó a subir y dedicó su atención a calcular el grado de elevación. Estimó que habían subido cincuenta plantas cuando el turboascensor se detuvo, dejándolo en un pasillo tan viejo como el primero, aunque más amplio, embaldosado e iluminado por candelabros de pared. Puede que fuese un pasillo de mantenimiento de las mónadas de encima, aunque todavía mucho más abajo de lo que constituía su subsótano más profundo. Los hombres de Seguridad Santhe lo llevaron hacia el norte por un tramo con suelo de permacreto manchado hasta una intersección en la que había un deslizador para cuatro pasajeros al ralentí, con un rodiano fuertemente armado a los controles.

Este no es de Santhe, se dijo Sidious. Un mercenario o un asesino independiente.

Tras subirlo rudamente al asiento trasero del deslizador le recordaron que no hiciese ninguna estupidez. Reprimiendo el impulso de decirles que eran ellos los que la habían hecho, siguió interpretando el papel de rehén intimidado, acurrucado en el asiento, con las manos cruzadas sobre el regazo, evitando todo contacto visual. El deslizador viajó en dirección este a velocidad moderada hasta la primera intersección, allí giró hacia el distrito del gobierno y siguió un buen rato a la misma velocidad. Sidious se dio cuenta de que estaban unos veinte niveles por debajo de los edificios periféricos del Senado cuando el deslizador giró al oeste por un corredor aún más amplio hacia un distrito conocido como Los Llanos o Los Talleres; una especie de llanura industrial situada bastante por debajo de la meseta del gobierno desde la que podía verse al norte el Templo Jedi y las plataformas de aterrizaje horizontales del puerto espacial de Pius Dea, y al sur los resibloques y las torres comerciales del distrito Fobosi.

Donde Plagueis estaba asistiendo al ingreso de Larsh Hill en la Orden del Círculo Inclinado.

El piloto rodiano del deslizador lo llevó hasta un turboascensor antigravedad. Fingiendo temblar de miedo, Sidious llegó a otra conclusión: el hecho de que sus secuestradores se hubiesen tomado tantas molestias para mantenerlo escondido de la vista

de todo el mundo significaba que iban a pedir un rescate por él o que lo iban a ejecutar clandestinamente en vez de públicamente.

El ascensor lo llevó hasta una zona de atraque del nivel medio de una fábrica abandonada, donde le esperaban varios guardias más. Una luz diurna oblicua repleta de partículas se colaba por los enormes ventanales que aún no había roto las bandas que gobernaban Los Llanos, alumbrando objetos que los dueños de la fábrica habían considerado desechables cuando abandonaron Coruscant en busca de mundos menos caros de los Bordes Medio o Exterior. Los guardianes humanos de Sidious le obligaron a sentarse sobre el cuerpo cuadrado de un droide de energía colocado boca abajo. Le colocaron un holoproyector portátil delante y una rejilla de transmisión bajo sus pies.

Uno de los guardias Santhe dedicó un momento a activar el proyector, después se apartó mientras se formaba una imagen levemente azul a tamaño natural del senador Pax Teem del Protectorado Gran. Iba vestido con una toga suntuosamente brocada y una túnica de brilloseda atada con una faja ancha. La calidad estable y bien detallada de la imagen sugería que su origen era Coruscant o algún mundo cercano del Núcleo, no Malastare.

—Disculpa que no te ofrezcamos un asiento más adecuado a tu posición, senador. No dudo que el cabeza de la Casa de Palpatine está acostumbrado a entornos más confortables.

Sidious descartó la ira e indignación y optó por una curiosidad afligida.

—¿Aquí es donde se espera que pregunte por qué me habéis secuestrado? Los ojos tentaculares de Teem se estiraron.

—¿No te interesa saberlo?

—Supongo que tiene algo que ver con la abstención de Naboo en la votación.

—Esa es parte de la razón. Deberías haber votado como pensaba hacerlo tu predecesor, senador.

—Esas no fueron las instrucciones que recibí.

—Oh, no tengo la menor duda sobre eso.

Sidious cruzó los brazos frente a su pecho.

—¿Y el resto?

Teem se frotó con ansiedad sus manos de seis dedos.

—Esto no tiene que ver contigo sino con los seres a los que sirves. Por así decirlo, simplemente has tenido la mala suerte de encontrarte en medio.

—No creo en la mala suerte, senador, pero entiendo que mi secuestro es una represalia. Y como tal, demuestras que el Protectorado Gran está dispuesto a emplear las mismas tácticas utilizadas por los que ordenaron el asesinato de Vidar Kim.

Teem se inclinó hacia la cámara que transmitía su imagen y permitió que la ira le retorciera los rasgos.

—Lo dices como si fuese un misterio, cuando los dos sabemos que el asesinato no fue ordenado por la Federación de Comercio sino por tu señor muun, Hego Damask.

La expresión de Sidious no cambió.

—No se puede decir que sea mi señor, senador. De hecho, apenas le conozco.

—Te saludó frente al edificio del Senado, como si fueseis buenos amigos.

—Vino a saludar a dos Maestros Jedi que casualmente estaban conmigo.

Teem apuntó a la cámara con el dedo corazón de la mano derecha.

—No te engañes creyendo que tus mentiras van a salvarte. Damask y tú os conocéis desde hace más de diez años. Desde entonces le has ayudado a garantizar la elección de Bon Tapalo.

Sidious hizo un gesto despreocupado.

—Ese es un rumor sin base alguna, difundido y perpetuado por los rivales de la Casa de Palpatine.

—Vuelves a mentir. Traicionaste a tu padre y sus aliados de la realeza. A cambio de la información que enviaste y el posterior espionaje que hiciste para Damask, él te recompensó convenciendo a Tapalo de que te nombrase embajador.

Sidious ocultó su tristeza. Que sus enemigos de Nabóo hubiesen logrado acceder a Teem no era ninguna sorpresa. Pero aquello le reafirmaba en su decisión de eliminar a esos enemigos en cuanto surgiese la oportunidad. Y también de hacer desaparecer cualquier información relacionada con su pasado de los registros públicos.

—El nombramiento como embajador se produjo muchos años después —dijo—. Como consecuencia directa de mis logros políticos en Naboo.

Teem se rió.

—¿Y tu nombramiento al Senado también fue consecuencia de tus logros?

—Habla claro, Teem —dijo Sidious, con una voz plana y amenazante.

Teem esbozó una sonrisa amarga.

—Puede que no intervinieras directamente en la muerte de Kim, pero sospecho que fuiste cómplice —hizo una pausa y continuó—: El discursito que hiciste en el Senado… entiendo que llamase la atención del Canciller Supremo. Está claro que tienes madera de político. Por desgracia, hemos decidido terminar abruptamente con tu carrera.

Sidious se cepilló el polvo del hombro de su toga.

—Acúsame públicamente de lo que consideres oportuno. Servirá de material para chismorrear un día y estará olvidado al siguiente.

Teem se colocó sus grandes manos sobre las caderas y se rió con ganas.

—No me has entendido, Palpatine. No nos interesa mancillar tu reputación ni pedir un rescate por ti. Pensamos matarte.

Sidious esperó un momento para responder. Ahora le resultaba extraño pensar que en el pasado había conocido el miedo. Aunque nunca había sido un miedo paralizador y nunca lo había sentido mucho tiempo. Pero de niño había sentido miedo como respuesta condicionada a la amenaza. A pesar de aquella voz interior que le aseguraba que no podían hacerle daño, durante un tiempo había existido la posibilidad de que le sucediese algo terrible. Su padre le había levantado la mano más de una vez, haciéndolo encogerse. Finalmente, entendió que él mismo había conjurado aquella voz; que no se había estado engañando estúpidamente con la infantil fe en la invulnerabilidad. Y ahora entendía que

era el lado oscuro el que le decía que no podía sufrir ningún daño, precisamente porque era invulnerable. Desde el principio de su entrenamiento, la voz se había silenciado porque la había interiorizado. Que Teem creyese tener algún poder sobre él quizá le hubiese llevado a la compasión tiempo atrás, en lugar de provocarle ira y aversión. Las emociones descarnadas eran consecuencia de la doble vida que llevaba. Aunque disfrutaba de su identidad secreta, al mismo tiempo quería que se supiese que no era un ser con el que se pudiera jugar; que poseía una autoridad definitiva; que el mero hecho de mirarlo era equivalente a mirar la materia oscura que unía y regía la galaxia…

—¿Y qué esperas ganar matándome?

—Ya que lo preguntas: librar al Senado de otro esbirro inútil y enviarle un mensaje especial a Hego Damask, advirtiéndole que sus días de influir al Senado han terminado. Llevamos diez años esperando ejecutar esta… represalia, como la llamas tú. Algunos de nosotros incluso más. Desde la remota asociación de Damask con un bith llamado Rugess Nome.

El asesinato de Kerred Santhe, pensó Sidious.

—Senador, me temo que no lo has pensado suficiente.

La cara de Teem se enrojeció.

—¿Repercusiones, Palpatine? Ya hemos pensado en eso y hemos tomado las precauciones necesarias.

Sidious asintió.

—Te daré una última oportunidad de reconsiderarlo.

Teem se giró hacia alguien que quedaba fuera de cámara y lanzó una carcajada.

—¿Cómo se te ocurre decirle eso a los seres que tienen tu vida en sus manos, Palpatine…? Conténtate con haber logrado tantas cosas en tu breve carrera.

En cuanto la holoimagen se diluyó los dos guardias de seguridad se dirigieron hacia él. Sidious se preparó para la acción. Un golpe de Fuerza los lanzó de espaldas hacia el holoproyector. Después saltó con los brazos extendidos y las manos enroscadas como garras, una para cada tráquea, que iba a arrancar de sus gargantas…

La Fuerza se inmiscuyó, atrayendo su atención hacia las ventanas de las paredes superiores.

De repente, oyó sonido de blásters de repetición y gritos de dolor en las salas adyacentes; después un estremecedor ruido de cristales rotos en el momento en el que los Guardias Sol atravesaban los altos ventanales y descendían en rappel hasta el suelo, disparando mientras se deslizaban por las cuerdas de microfilamentos, alcanzando a los hombres de Santhe y al rodiano con tantas descargas que sus cuerpos quedaron descuartizados.

Otros echanis rubios entraron corriendo por los costados, algunos armados con picas de fuerza, otros con blásters. Sidious aún no había movido ni un músculo cuando una hembra de ojos plateados se acercó a él apresuradamente.

—Está a salvo, senador Palpatine.

Él le sonrió.

—Ya lo veo.

Un macho echani apostado junto al holoproyector estaba utilizando un artefacto con mango para extraer información de este. Al cabo de un momento, una imagen de Hego Damask vestido con una toga ceremonial apareció donde antes había estado la de Teem; el droide 11-4D estaba junto a él.

—Tenemos el origen, Magistrado —dijo el Guardia Sol—. La Instalación Orbital Panoplia.

Damask asintió.

—Reunios con el resto del equipo y proceded al asalto.

El Guardia Sol asintió rápidamente.

—¿Debo dejar personal con el senador Palpatine?

—No —le dijo Damask—. El senador Palpatine no necesita vuestra protección. Dejadnos solos.

Sidious pudo oír los aerodeslizadores elevándose en el exterior de la fábrica. Sin decir nada más, los Guardias Sol empezaron a salir a toda prisa de la sala.

—Es evidente que has estado vigilándome atentamente —dijo Sidious acercándose al holoproyector.

Darth Plagueis asintió.

—Tu secuestro se ha estado urdiendo desde hace algún tiempo.

—Desde que decidiste saludarme públicamente en el Senado.

—Desde antes incluso. Veruna me alertó de que un grupo de nobles insatisfechos habían contactado con los gran —Plagueis se detuvo un momento—. Quizá quieras plantearte la posibilidad de utilizar a Sate Pestage para saldar cuentas con ellos.

—Se me ha pasado por la cabeza.

—En cuanto a nuestro encuentro público, necesitaba ponerte como cebo.

—Sin que yo lo supiera —el rubor que había aparecido en la tez de Sidious se acentuó—. ¿Otra prueba?

—¿Qué necesidad tengo de probarte?

—Quizá pensabas que la vida en Coruscant me tenía tan fascinado que no sería capaz de reconocer el peligro.

—Era evidente que no era así. Pude ver desde el primer momento que estabas atento. Estabas decidido a complacerme y lo has hecho.

Sidious inclinó la cabeza en una reverencia respetuosa.

—Incluso asociados con Seguridad Santhe, Teem y los demás gran son unos repugnantes aficionados —prosiguió Plagueis—. Nuestros agentes les convencieron para que utilizasen el bar de Uscru y la fábrica en la que te encuentras, que, dicho sea de paso, es propiedad nuestra a través de un conglomerado empresarial llamado Energía LiMerge. Sin embargo, no pudimos determinar dónde iban a refugiarse los gran.

—Y ahora ya lo sabéis —dijo Sidious—. ¿Pero por qué llegar tan lejos para tenderles una trampa? ¿Por qué no los matáis sencillamente?

—Esto no es un asunto Sith, aprendiz. Por el bien de las apariencias debemos justificar lo que estamos a punto de hacerles. No entendieron nuestro mensaje y ahora deben aprender la lección. Aun así, nuestro razonamiento debe convencer a otros interesados.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Ya has hecho tu parte. Ahora puedes volver a tus asuntos habituales. Volveremos a hablar cuando termine la ceremonia en la Orden del Círculo Inclinado.

Sidious se quedó en silencio un buen rato y después dijo:

—¿Algún día se terminarán estas pruebas?

—Sí. Cuando dejen de ser necesarias.

20: EL CÍRCULO INCLINADO

El escenario estaba listo.

Un círculo perfecto, de veinte metros de diámetro, recortado de un solo bloque de piedra importada y construido de manera que un extremo tocase el suelo mientras el otro quedaba sujeto diez grados por encima por generadores de antigravedad ocultos. Aquel era el Círculo Inclinado, conocido solo por los miembros de la orden —la cual a lo largo de su larga historia nunca había superado los quinientos miembros— y estaba situado en la cima de la bóveda clara de la mónada de la sociedad esotérica, en el corazón del distrito Fobosi de Coruscant. La leyenda decía que aquel edificio de techo redondo, considerado uno de los más antiguos de aquella parte del planeta, se había construido sobre el lecho de un lago y había sido el único superviviente de un movimiento sísmico que lo había inclinado diez grados hacia el suroeste. Un siglo después del terremoto, la estructura se había vuelto a enderezar, excepto la parte central del suelo inclinado de su planta más alta, que más adelante dio nombre a una organización clandestina fundada por los influyentes seres que habían comprado el edificio durante el mandato de Tarsus Valorum.

En ese momento, Larsh Hill, envuelto en togas negras, estaba de pie en el extremo elevado del círculo y Plagueis, 11-4D y otros diez muuns —también vestidos con atuendos negros, aunque distintos de la toga con capucha de la orden— estaban en el otro. La ceremonia de iniciación comenzaría con el alto oficial uniéndose a Hill en el círculo, iniciándolo y colocándole en el cuello el colgante característico de la orden. Plagueis había declinado la oferta de unirse veinte años atrás, pero había seguido haciendo negocios con el Gran Mago y muchos de los miembros más prominentes de la orden, varios de los cuales eran asiduos de las Reuniones de Sojourn. La Orden del Círculo Inclinado se contentaba con servir como club exclusivo para algunos de los seres más influyentes de la galaxia; sus objetivos eran limitados y sus rituales universalmente alegóricos, repletos de frases secretas y encajadas de manos. Plagueis entendía la necesidad de inculcar en los miembros una sensación de fraternidad furtiva, pero no podía correr el riesgo de que los altos oficiales excavasen demasiado profundamente en su pasado. El pasado de Larsh Hill, por otra parte, era ejemplar; incluso durante las décadas que había trabajado con el padre de Plagueis. Una vez iniciado, Hill se convertiría en el principal agente de Explotaciones Damask en Coruscant, y su hijo, San, pasaría a ser la mano derecha de Hego, como preparación para su futuro papel como presidente del Clan Bancario InterGaláctico.

De vuelta de su breve holocomunicación con Sidious, Plagueis rebosaba de una sensación triunfal. Antes de que la noche cayese sobre el distrito Fobosi, los miembros del Protectorado Gran dejarían de ser una molestia. Pax Teem y los demás creían haber encontrado un buen refugio en una de las instalaciones orbitales de Coruscant, pero los Guardias Sol —excepto un par a los que Plagueis se había quedado en la sala de

iniciación de la orden— iban hacia allí en número suficiente para aplastar cualquier resistencia que Seguridad Santhe pudiera ofrecer. Sidious había cumplido su parte a la perfección y se había redimido completamente a ojos de Plagueis. Había llegado el momento de profundizar en su aprendizaje de los misterios Sith que llevaba investigando la mayor parte de su vida; de introducirlo en los milagros que estaba realizando en Aborah.

Desde una serie de puertas arqueadas situadas a lo largo de toda la circunferencia de la sala llegó el sonido de un canto solemne mientras unas tres docenas de miembros de la orden vestidos con togas negras empezaban a entrar y ocupar sus puestos alrededor del perímetro del Círculo Inclinado. El último en aparecer fue el alto oficial, que lucía una máscara y llevaba el emblemático colgante circular sujeto con ambas manos, colocadas como si estuviese orando. Los antiguos Sith hacían rituales parecidos, pensó Plagueis, mientras Larsh Hill se arrodillaba ante el alto oficial.

En cuanto Hill apoyó la rodilla derecha sobre el suelo pulido, un presentimiento inquietante recorrió la espina dorsal de Plagueis. Girándose ligerísimamente, vio que 11-4D había rotado su cabeza hacia él en un gesto que Plagueis asociaba con alarma. El lado oscuro cayó sobre él como un sudario, pero en lugar de actuar impulsivamente, se contuvo, temeroso de desvelar su verdadera naturaleza demasiado prematuramente. En ese instante de duda, el tiempo se detuvo y sucedieron varios acontecimientos al mismo tiempo.

El alto oficial dio un tirón al colgante que había colocado alrededor del cuello de Hill y la cabeza del viejo muun cayó de sus hombros y empezó a rodar por el escenario inclinado. La sangre brotó del cuello de Hill, su cuerpo cayó de costado con un ruido sordo y empezó sacudirse atrás y adelante mientras sus corazones fallaban.

Sacando las manos de las anchas mangas opuestas de sus togas, los miembros encapuchados de la orden hicieron lanzamientos laterales que hicieron volar docenas de discos decapitadores por el aire. Los muuns situados a ambos lados de Plagueis cayeron de rodillas, con sus últimos alientos atrapados en sus gargantas. Uno de los Guardias Sol, con un disco clavado profundamente en la frente, se retorció frente a Plagueis como una marioneta enloquecida. La sangre brotaba como en una fuente, convirtiéndose en rocío. Alcanzado por tres puntos y perdiendo lubricante, 11-4D intentaba torpemente llegar hasta Plagueis cuando otro disco impactó en su cuerpo de aleación, provocando una tormenta de chispas y humo.

Plagueis se apretó el lado derecho del cuello con la mano derecha y descubrió que un disco le había arrancado un trozo considerable de mandíbula y cuello, y en su cruel camino le había seccionado la tráquea y varios vasos sanguíneos. Se cubrió la herida con la Fuerza para evitar quedar inconsciente pero aun así se desmoronó, con la sangre brotando sobre el suelo de piedra ya resbaladizo. Alrededor de él, sesgados en su visión debilitada, los asesinos habían sacado vibrocuchillos de las otras mangas de sus togas y avanzaban metódicamente hacia los pocos muuns que seguían en pie. Una ráfaga de

descargas salió del bláster que sujetaba el otro Guardia Sol, eliminando a media docena de seres encapuchados del borde del círculo, antes de ser masacrado.

Engañado, pensó Plagueis, tan dolido por aquella certeza como por la herida. Superado por un grupo de seres inferiores que, como mínimo, han tenido la suficiente sensatez de poner la astucia por encima de la arrogancia.

Desde su pequeña pero ordenada oficina del Senado Palpatine contemplaba un pedazo de Coruscant. En el extremo más alejado de una corriente interminable de tráfico del nivel medio estaba la imponente pared de un pardusco complejo gubernamental.

Puedes volver a tus asuntos habituales, le había dicho Plagueis. ¿Pero cómo podía esperar que actuase como si nada hubiese pasado, aunque solo fuese por tener una coartada? ¿Plagueis esperaba que volviese a Uscru para terminar de comer? ¿Que fuese a pasear por la Plaza de los Monumentos? ¿Que mantuviese la cita con el intrascendente bothano que presidía el Comité Financiero?

Se apartó bruscamente de la ventana de su despacho, víctima de su propia ira no liberada.

Aquella no era la vida que había imaginado para sí diez años antes, cuando había jurado lealtad al lado oscuro de la Fuerza. Sus ganas de establecer un contacto más cercano con la Fuerza, de ser un Sith aún más poderoso, no tenían límite. ¿Pero cómo iba a saber cuándo había alcanzado algo parecido a la maestría? ¿Cuando Plagueis se lo dijera?

Se miró las manos temblorosas.

¿Le resultaría más fácil invocar rayos? ¿Qué poderes no le había mostrado Plagueis?

Estaba de pie en el centro de la sala cuando sintió la presencia de alguien en el pasillo. Llamaron la puerta, esta se abrió y Sate Pestage irrumpió en la oficina. Al ver a Palpatine, se detuvo abruptamente y su expresión de pánico se transformó en evidente alivio.

—He intentado ponerme en contacto contigo —casi le gritó, pasándose una mano por la frente.

Palpatine le miró socarronamente.

—Estaba ocupado. ¿Qué ha pasado?

Pestage se derrumbó sobre una silla y lo miró.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —hizo una pausa y continuó—: Será lo mejor para no mezclar mis asuntos con los tuyos…

Los ojos de Palpatine brillaron.

—Deja de malgastar mi tiempo y ve al grano.

Pestage hizo rechinar los dientes.

—El comandante maladiano con el que traté durante el asunto de Kim…

—¿Qué pasa con él?

—Se ha puesto en contacto conmigo… hará dos o tres horas. Me ha dicho que se sentía avergonzado por la forma en que se había hecho lo de Kim y que quería compensármelo. Acababan de informarle de que una facción maladiana había aceptado un encargo para dar un gran golpe en Coruscant, en el que había implicado alguien muy próximo a Explotaciones Damask —Pestage seguía mirando a Palpatine—. Temía que pudieras ser tú.

Palpatine se giró hacia la ventana para pensar. ¿Los guardias de Santhe planeaban entregarlo a los maladianos después de la holocomunicación con Pax Teem?

Se dio la vuelta hacia Pestage.

—¿Quién los ha contratado?

—Miembros del Protectorado Gran.

—Encaja —dijo Palpatine, casi para sí mismo.

—¿Qué es lo que encaja?

—¿Dónde están ahora esos gran?

—En cuanto terminé de hablar con el maladiano, le pedí a Kinman que los encontrase. Están refugiados en la residencia del embajador de Malastare.

Palpatine parpadeó.

—¿Aquí? ¿En Coruscant?

—Aquí, por supuesto.

—¿No puede ser que estén fuera del planeta?

—No, están aquí abajo.

Palpatine se apartó de Pestage. Se abrió completamente a la Fuerza y lo dejó pasmado un influjo de malevolencia abrumadora. Apoyó la mano izquierda en el escritorio para aguantarse y respiró entrecortadamente. En algún lugar cercano, el lado oscuro se estaba desplegando.

—¡Palpatine! —dijo Pestage tras él.

—Hego Damask —dijo Palpatine sin girarse.

Pestage estaba demasiado anonadado para responder.

¡Los gran les habían pagado con la misma moneda! A los dos. Plagueis había estado tan concentrado en ejecutar sus propios planes que no había considerado que quizá los gran también tuviesen un plan. ¿Pero cómo? ¿Cómo podía haber estado tan ciego?

—¡Prepara un deslizador, Sate!

Oyó que Pestage se ponía en pie.

—¿Adonde vamos?

—A Fobosi. A la madriguera del Círculo Inclinado.

Tirado sobre el costado derecho, con las rodillas contra el pecho y los ojos abiertos pero inmóviles, Plagueis vio que el segundo echani sucumbía a las múltiples puñaladas de los vibrocuchillos de los asesinos. Con la sangre manando bajo la mano derecha de Plagueis

y brillando en un charco bajo su cuello, le habían dado por muerto. Pero ahora estaban repasando todos los cadáveres de los muuns caídos, en busca de señales de vida para terminar lo que habían dejado a medias. Algunos se quitaron las capuchas negras, revelando que eran maladianos; el mismo grupo que Sidious había utilizado para deshacerse de Vidar Kim.

Por un instante se preguntó si Sidious los había vuelto a contratar en secreto, pero descartó inmediatamente la idea; en realidad lo pensó porque no quería admitir que los gran se la habían jugado. Se preguntó si los maladianos habían sido lo bastante audaces para matar a los prominentes miembros del Círculo Inclinado a los que estaban suplantando. Era poco probable, puesto que aquellos asesinos eran célebres y muy respetados por su profesionalidad. Probablemente los habían dejado inconscientes con gas o de algún otro modo.

A menos de un metro estaba 11-4D, con cinco discos decapitadores sobresaliendo de su cuerpo de aleación y las elocuentes luces parpadeantes de la rutina de autodiagnóstico. Plagueis también se había hecho un examen parecido y sabía que había perdido muchísima sangre y que uno de sus corazones subsidiarios estaba en fibrilación. Las técnicas Sith le habían ayudado a realizar cardioversiones químicas en sus otros dos corazones, pero uno de estos estaba trabajando tan duro para compensar el fallo del tercero que también corría peligro de entrar en arritmia. Plagueis movió los ojos solo lo necesario para ubicar a algunos de las dos docenas de asesinos que habían sobrevivido al contraataque de los Guardias Sol; después excavó más profundamente en la Fuerza y se catapultó para ponerse en pie.

El más cercano de los asesinos se giró hacia él con los vibrocuchillos levantados y le atacó, aunque salió disparado de espaldas sobre el escenario inclinado y se estrelló contra las paredes curvadas de la sala. Plagueis abatió a otros con sus manos, rompiéndoles el cuello o atravesando sus pechos acorazados con los puños. Abrió los brazos ampliamente y dio una palmada, convirtiendo todos los objetos volátiles de las inmediaciones en proyectiles letales. Pero los maladianos no eran ni mucho menos asesinos de poca monta. Miembros de aquella secta habían matado y herido a Jedi, y aunque se enfrentaban a poderes de la Fuerza no se encogieron ni escaparon, simplemente cambiaron de táctica, moviéndose con asombrosa agilidad para rodear a Plagueis y esperar a que este les ofreciese un resquicio.

La espera solo duró hasta que Plagueis intentó lanzar sus rayos. Su segundo corazón subsidiario falló, paralizándolo por el dolor y estando a punto de dejarlo inconsciente. Los asesinos no perdieron ni un segundo, lanzándose contra él en grupos, aunque no lograron penetrar en el campo de Fuerza que había erigido. Volvió a recuperarse, esta vez con un ruido irregular que salió de su interior como un arma sónica y que hizo estallar los tímpanos de todos los que estaban a menos de diez metros de él y que los demás se tapasen los oídos con las manos.

Con movimientos apenas visibles, sus manos y pies aplastaron cráneos y tráqueas. Se detuvo un momento para conjurar una ola de Fuerza que pulverizó literalmente a otra

media docena. Pero ni siquiera aquello fue suficiente para desalentar a sus agresores. Volvieron a arremeter contra él, aprovechando al máximo sus flaquezas momentáneas para hacerle cortes en los brazos y hombros. Postrado sobre una rodilla, hizo levitar el bláster de uno de los Guardias Sol del suelo y lo hizo volar hasta él; pero uno de los asesinos pudo alterar su trayectoria interponiéndose en el camino del arma voladora.

Provisto solo de la Fuerza de su mente, Plagueis hizo temblar el suelo, abatiendo a algunos asesinos, aunque otros se apresuraron a ocupar sus puestos, lanzándole puñaladas con sus vibrocuchillos desde todos los ángulos. Sabía que le quedaba vida suficiente para conjurar una última contraofensiva. Estaba a punto de liberar un infierno sobre los maladianos cuando percibió que Sidious entraba en la sala.

Sidious y Sate Pestage, armado con un bláster de repetición que desató su propio infierno, una ráfaga de luz que separó miembros de torsos y cabezas encapuchadas de hombros. Corriendo al lado de Plagueis, Sidious lo levantó y entre los dos dieron rápida cuenta del resto.

En el silencio posterior, 11-4D, brillando por el lubricante perdido, se reactivó a sí mismo y caminó rígidamente hacia donde estaban los dos Sith, sujetando jeringuillas en dos de sus brazos.

—Magistrado Damask, deje que le ayude.

Plagueis extendió el brazo hacia el droide y se tendió en el suelo cuando las drogas empezaron a hacer efecto. Levantó la mirada hacia Pestage, después miró a Sidious, quien le dedicó una mirada a Pestage que dejaba muy claro que se había incorporado a su fraternidad secreta, lo quisiera o no.

—Maestro tenemos que marcharnos inmediatamente —dijo Sidious—. Lo que he sentido yo, pueden haberlo sentido los Jedi, así que vendrán hacia aquí.

—Que vengan —rugió Plagueis—. Déjales respirar el aroma del lado oscuro.

—No podemos explicar esta carnicería. Tenemos que irnos.

Tras un momento, Plagueis asintió y logró decir con voz balbuceante:

—Retira a la Guardia Sol. Cuando terminen con esto…

—No —dijo Sidious—. Sé dónde están los gran. Esta vez no será un trabajo como los habituales, Maestro.

La residencia del embajador de Malastare ocupaba tres plantas del nivel medio de un edificio estrecho situado en el límite del distrito del gobierno. La parte delantera de la residencia daba hacia el edificio de los Tribunales Galácticos de Justicia, mientras la trasera daba a un estrecho cañón que tenía más de cincuenta niveles de profundidad y estaba prohibido al tráfico. Siguiendo las indicaciones de Pestage, Sidious utilizó turboascensores y pasarelas peatonales para llegar a una pequeña balconada, diez niveles por encima de la planta superior de la residencia. A pesar de la furia que sentía, habría preferido esperar hasta el anochecer, que caía pronto sobre aquella parte de Coruscant,

pero estaba seguro de que los gran esperaban que los maladianos les confirmaran que habían cumplido su encargo con éxito y no podía arriesgarse a que huyeran hacia las estrellas antes de poder echarles el guante. Así que esperó en la balconada hasta que esta y la pasarela quedaron vacías, entonces saltó desde el mirador recurriendo a la Fuerza para llegar hasta una cornisa estrecha que recorría las plantas más bajas de la residencia. Allí se quedó solo el tiempo necesario para activar la espada de luz que había sacado de la nave estelar de Plagueis, con la que quemó la pared para abrirse paso hacia un amplio conducto de mantenimiento que penetraba el edificio.

Reptando hasta la primera salida del conducto, a unos diez metros, entró en un oscuro almacén y volvió a activar la espada de luz. Construida para la gran mano del muun, la espada parecía poco manejable para Sidious, así que optó por una sujeción a dos manos. Moviéndose con una cautela que contradecía sus intenciones homicidas y atento a posibles cámaras u otros dispositivos de seguridad, salió del almacén hacia un estrecho pasillo, que siguió hasta la parte delantera del edificio. Allí, en una entrada elegante, hacían guardia dos dugs, aunque no parecían demasiado atentos. Moviéndose con rapidez, como un mero borrón para los sentidos humanos, los pilló desprevenidos, abriéndole el pecho y abdomen a uno y decapitando al otro mientras el primero intentaba evitar que sus entrañas se derramaran sobre el lustroso suelo de mosaico. Un breve escaneado del vestíbulo reveló la presencia de cámaras instaladas en las paredes y el techo alto. Se preguntó qué le deberían haber parecido los asesinatos a cualquiera que estuviese controlando las imágenes de seguridad. Seguramente le habría parecido como si los dos dugs hubiesen sido masacrados por un fantasma.

Aun así, era un motivo más para no demorarse.

Subió corriendo las escaleras hasta la planta superior, donde oyó una cacofonía de voces humanas amortiguada por una gruesa puerta. Tras abrir la puerta hacia dentro con un empujón de la Fuerza, se colocó en el umbral con las piernas abiertas y el filo de la zumbante espada de luz frente a él. A través del fulgor del arma vio una docena o más guardias Santhe uniformados, sentados alrededor de una mesa llena de comida y bebida, que le miraron con incredulidad y echaron mano a las armas que llevaban en sus cintos o buscaron las que habían quedado enterradas bajo los restos de comida.

Sidious entró en la sala, devolviendo las ráfagas de bláster de los que dispararon primero, y atacó. Levantando la mano izquierda hizo levitar a dos guardias a los que atravesó con la espada. Rugiendo como una bestia, giró sobre sí mismo, cortándole la cabeza a tres guardias y al cuarto por la mitad, a la altura de la cintura. Con la espada empaló a un guardia que se había tirado en el suelo, completamente aterrorizado, y después se la clavó en la boca aullante del último.

Cuando este cayó al suelo, Sidious se vio fugazmente en un espejo ornamentado: la cara retorcida por la ira, el pelo rojo en una maraña electrificada, la boca manchada con hilos de saliva espesa, los ojos con un tono amarillo radioactivo.

Volvió a toda prisa a la escalera y subió a la planta siguiente, donde encontró una gran sala llena de niños y mujeres gran, además de sirvientes gran y dugs. Al haber oído

el alboroto del piso de debajo, algunos ya se habían levantado; mientras otros estaban demasiado impactados para moverse.

Mejor para él. No dejó ni uno solo vivo.

Después atravesó un laberinto de salas lujosamente adornadas y encontró otra puerta cerrada, de la cual salían los sonidos de un banquete; un banquete que probablemente había empezado hacía horas y que no se preveía que terminase hasta varias horas después, con las muertes confirmadas del senador Palpatine, Hego Damask y los demás muuns.

Sidious dejó crecer su ira. Tras derribar la puerta, aterrizó en el centro de una mesa cubierta con platos de cereales y yerbajos rodeada por un rebaño de grans, congelando sus risas bulliciosas en sus gargantas. A la cabeza de la mesa, Pax Teem lo miraba boquiabierto, como si fuese una criatura escapada de su peor pesadilla. Pero no iba a ser el primero en probar la espada de Plagueis, sino el último. Después de haberle obligado a contemplar cómo descuartizaba, desde las pezuñas hasta los ojos tentaculares, a todos sus acompañantes; después de que Sidious derribara el techo pintado con un tirón de la Fuerza; después de que las llamas de una bonita chimenea de gas se convirtieran en un fuego infernal que Sidious arrastró cuando salto desde la mesa hasta el suelo y se acercó a su víctima final.

Huyendo desesperadamente del Sith y las llamas, Pax Teem reculó hasta una alta ventana enmarcada por unas cortinas que llegaban hasta el suelo. Todo tipo de súplicas intentaban abrirse paso entre su laringe y dientes, pero ninguna lo logró.

Sidious desactivó la espada de luz, atrajo las llamas con los dedos y las hizo saltar de la mesa a las cortinas. Una especie de balido aullado surgió finalmente del estrecho hocico de Teem cuando la llameante tela le cayó encima. Y Sidious contempló como ardía hasta morir.

21: INVESTIDURA

Los asesinatos, homicidios y demás crímenes no superaban los códigos de silencio que habían gobernado la Orden del Círculo Inclinado, el Protectorado Gran, Seguridad Santhe y el Alto Consejo Jedi casi desde sus inicios. Si los miembros de élite y guardias privados del Círculo Inclinado no hubiesen aparecido drogados e inconscientes en los vestuarios y otros lugares, los investigadores de la policía llamados a la sede de la orden por dos Caballeros Jedi jamás habrían recibido autorización para entrar en aquel emblemático edificio y aún menos en la famosa sala de iniciación, donde descubrieron los cadáveres de dos echani, que se creía que eran guardaespaldas; una docena de muuns asesinados con discos decapitadores y vibrocuchillos; y el triple de asesinos maladianos enfundados en togas robadas y caídos por descargas de bláster, heridas cortantes y, en algunos casos, amputaciones traumáticas. Los maladianos estaban tan esparcidos que los investigadores inicialmente sospecharon que se había detonado un explosivo, pero no se encontró rastro de artefacto alguno. Los muuns fueron rápidamente identificados como miembros de alto rango de un grupo financiero clandestino conocido como Explotaciones Damask, aunque parecía que su fundador y jefe de operaciones, Hego Damask, no había caído en el ataque sorpresa. Los Jedi que alertaron a la policía no revelaron qué los había atraído hasta el distrito Fobosi, ni por qué mostraban tanto interés en el caso. Los miembros de la Orden del Círculo Inclinado también se negaron a responder ninguna pregunta.

En la embajada de Malastare, en pleno corazón de Coruscant, las pruebas eran aún más desconcertantes y las complicaba el incendio y la posterior explosión de gas que arrasó todo el edificio. Los bomberos y los especialistas forenses estaban analizando los restos chamuscados del resibloque de tres plantas cuando dos miembros del Consejo Jedi les hicieron una visita imprevista. De nuevo, los Jedi declinaron dar ninguna explicación sobre sus actos, pero la policía pudo hacer progresos por su cuenta. La cantidad de restos de sangre descubierta en la escena llevó a los investigadores a determinar que, antes de la llegada de la policía, se habían incinerado varios cuerpos, lo que sugería que aquello era obra de elementos del crimen organizado. Tras el reciente asesinato del senador Vidar Kim, el Comité Investigador del Senado había formado un cuerpo de trabajo especial. Este entrevistó e interrogó a muchos seres y estudió infinidad de grabaciones de cámaras de seguridad durante el curso de la investigación, pero la mayoría de los protagonistas y testigos principales se escondieron tras sus abogados, incluso cuando les amenazaron con la cárcel por obstrucción a la justicia.

Un mes estándar después de los sucesos de Coruscant, Plagueis convocó a Sidious en Muunilinst. Sidious había visitado el gancho celestial de Puerto Alto pero jamás lo habían invitado a tierra, y ahora se encontró volando sobre uno de los océanos azules vírgenes del planeta a bordo de un elegante aerodeslizador pilotado por dos Guardias Sol. Cuando el deslizador se acercó a Aborah, se sumergió profundamente en la Fuerza y su recompensa fue una visión de la isla montaña como un vórtice trascendente de energía

oscura como jamás había conocido. Era algo que solo hubiese esperado encontrar en Korriban o algún otro mundo Sith.

El droide 11-4D, completamente reparado, lo estaba esperando en la zona de aterrizaje y lo acompañó al interior, dejando a los guardias esperando junto al aerodeslizador.

—Pareces estar en mucho mejor estado que la última vez que te vi, droide —comentó Sidious mientras un turboascensor los bajaba hasta las profundidades del complejo.

—Sí, senador Palpatine, Aborah es un lugar reparador.

—¿Y el Magistrado Damask?

—Dejaré que usted mismo lo juzgue, señor.

Al salir del turboascensor, lo primero que le llamó la atención a Sidious fue la biblioteca: estante tras estante llenos de textos, pergaminos, discos y holocrones; toda la información que había ansiado desde el inicio de su aprendizaje. Deslizó amorosamente la mano por las estanterías pero apenas tuvo tiempo para deleitarse en su emoción ya que 11-4D le llevó hasta una rampa descendente que conducía a lo que parecía una instalación de investigación médica de última generación.

Sus ojos volaban de un artefacto a otro y preguntó:

—¿Todo esto se ha instalado después del ataque al Magistrado?

—Solo algunas cosas —dijo el droide—. La mayor parte de esta zona está igual que la primera vez que me trajeron.

—¿Y cuándo fue eso?

—Aproximadamente un año estándar antes de que nos presentaran en Chandrila, señor.

Sidious lo pensó y después preguntó:

—¿El Magistrado Damask es tu fabricante, droide?

—No, señor. Solo es mi actual dueño.

Adentrándose más en el complejo, pasaron junto a jaulas que contenían tantas criaturas como las que podían encontrarse en un buen zoológico. UnoUno-CuatroDé le indicó un grupo separado del resto.

—Esas son las gestaciones más recientes del Magistrado.

—¿Del Magistrado? —repitió Sidious, completamente perplejo.

—Su índice de éxitos ha aumentado.

Sidious seguía intentando descifrar las palabras del droide cuando entraron en un largo pasillo flanqueado por celdas sin ventanas. Con la Fuerza pudo sentir seres vivos tras cada una de las puertas cerradas.

—¿Cautivos?

—Oh, no, señor —dijo 11-4D—. Experimentos en curso.

Tras girar una esquina al final del pasillo, Sidious se detuvo. En el centro de una especie de quirófano se alzaba un altísimo tanque de bacta en el que flotaba un bith macho.

—Ese es Venamis —dijo Plagueis con una voz que no parecía la suya.

Sidious se dio la vuelta y vio entrar cojeando a su Maestro, con la boca, barbilla y cuello ocultos tras una máscara de respiración o algún tipo de transpirador. La mayoría de heridas de vibrocuchillo estaban curadas, pero su piel tenía un aspecto particularmente demacrado. Sidious se había preguntado si el ataque habría debilitado a Plagueis, pero ahora veía que, a pesar de todo el castigo que había sufrido su cuerpo a manos de los asesinos maladianos, el muun seguía siendo igual de potente en la Fuerza.

—Tus pensamientos te delatan —dijo Plagueis—. ¿Crees que la espada de luz de Revan debilitó los poderes de Malak? ¿O que a Bane lo debilitaron los orbaliskos? ¿Crees que la joven aprendiz de Gravid quedó impedida por las prótesis que se vio obligada a utilizar tras combatir con su Maestro?

—No, Maestro.

—Pronto seré más fuerte de lo que puedes imaginar —Plagueis se forzó a tragar saliva y después dijo—: Pero ven, tenemos muchas cosas que hablar.

Sidious lo siguió hasta una sala fría amueblada solo con una cama, dos sillas sencillas, un armario y una alfombra cuadrada exquisitamente tejida. Señalándole una silla a Sidious, Plagueis se sentó con notable dificultad en la otra. Tras un buen rato de silencio, asintió satisfecho.

—Me complace ver lo mucho que has cambiado… lo poderoso que te has hecho, lord Sidious. Lo que pasó en Coruscant tenía que pasar, pero me consuela que esos sucesos te hayan convertido en un verdadero lord Sith. Es evidente que ya estás listo para descubrir los secretos que aún no te he revelado.

—¿Qué es este lugar, Maestro?

Plagueis esperó un momento para reunir las fuerzas suficientes y continuó:

—Considéralo un recipiente que contiene todo aquello a lo que estoy consagrado. Todas las cosas que amo.

—Creo que es la primera vez que te oigo hablar de amor.

—Solo porque no existe otro término que exprese mejor mi apego incondicional a las criaturas y seres con los que comparto este lugar. Aunque es un amor sin compasión, porque la compasión no tiene nada que ver con esto.

—El bith… Venamis…

—Lo envió Tenebrous para ponerme a prueba, para eliminarme si fracasaba. Pero Venamis fue un regalo esencial para ayudarme a desentrañar algunos de los secretos más profundos de la Fuerza. Cada una de las criaturas que has visto o percibido aquí ha sido una bendición, como verás cuando te introduzca en los misterios.

—¿Qué ha querido decir el droide con las gestaciones del Magistrado?

Bajo la máscara de respiración Plagueis pareció esbozar una sonrisa.

—Significa que las gestaciones no se lograron mediante las formas normales de concepción, sino mediante la Fuerza.

En los ojos azules de Sidious se mezclaron la sorpresa y la incredulidad.

—¿La Fuerza?

—Sí —dijo pensativo Plagueis—. Pero no tomé las precauciones debidas. Cuando intentamos arrebatarle los poderes sobre la vida y la muerte a la Fuerza, cuando intentamos desequilibrar la balanza, la Fuerza se resiste a nuestros esfuerzos. Acción y reacción, Sidious. Algo parecido a las leyes de la termodinámica. He sido muy audaz y la Fuerza me ha puesto a prueba, como hizo Tenebrous. No es sencillo convencer a los midiclorianos de que ejecuten los dictados de alguien recién iniciado en los misterios. Hay que derrotar a la Fuerza, especialmente en un trabajo que implica al lado oscuro. Debe asegurarse de que el Sith es capaz de acatar la autoridad. De lo contrario, desbaratará tus intenciones. Maquinará infortunios. Contraatacará.

—Los maladianos…

—Quizá. Pero, en cualquier caso, este es el motivo por el que la Orden Jedi ha caído en decadencia y está arrastrando a la República con ella. Porque los Jedi han perdido su lealtad a la Fuerza. Sí, su habilidad de extraer energía de la Fuerza sigue ahí, pero su habilidad para utilizarla ha disminuido. Cada uno de sus actos engendra un opuesto, a menudo una consecuencia no identificada que eleva a aquellos que están en armonía con el lado oscuro; que estimula los esfuerzos de los Sith e incrementa nuestro poder. Aun así, debemos usar ese poder con delicadeza. Debemos estar atentos a los momentos en que el lado luminoso flaquea y se crean resquicios. Entonces y solo entonces, cuando se cumplen todas las condiciones, podemos actuar sin temer resistencia ni repercusiones.

»Decir que la Fuerza actúa de maneras misteriosas es admitir la propia ignorancia, ya que cualquier misterio puede resolverse mediante la aplicación de un conocimiento y esfuerzo constantes. Igual que nos hemos salido con la nuestra en el Senado, y pronto nos saldremos con la nuestra con la República y los Jedi, terminaremos saliéndonos con la nuestra con la Fuerza.

En silencio por el asombro que todo aquello le producía, Sidious apenas sabía qué decir.

—¿Qué quieres que haga, Maestro?

El transpirador emitió una serie de tonos y Plagueis inhaló profundamente.

—Voy a trasladarme a Sojourn para consagrarme por completo a nuestras investigaciones, para impulsar el imperativo y curarme a mí mismo.

—¿Y qué pasará con Aborah?

—De momento puede servir como depósito.

—¿Y Explotaciones Damask?

—No voy a reformar el grupo, aunque quizá siga celebrando las Reuniones anuales. Y tutelaré personalmente a San Hill, para prepararlo para asumir la presidencia del Clan Bancario.

—¿Por qué lo necesitamos?

En un susurro áspero, Plagueis dijo:

—Porque ahora la guerra está en nuestra agenda, Sidious. Pero nuestros actos deben ser prudentes, restringidos a aquellos sistemas estelares rebosantes de conflictos, donde se puede alentar a los seres apropiados, donde pueden financiarse las operaciones

adecuadas… Debemos conseguir que los mundos del Borde Exterior sufran mientras el Núcleo prospera. Por patéticos que puedan ser esos mundos, no tenemos más opción que utilizar lo que tenemos a mano.

»El CBI será esencial para financiar una guerra que fomentaremos lentamente. Necesitaremos al Clan Bancario para suministrar fondos a los fabricantes de armas y sostener una economía alternativa para los futuros enemigos de la República —Plagueis miró directamente a Sidious—. Nuestro éxito se medirá por señales y presagios. Tienes mucho que aprender sobre los yinchorri y los kaminoanos. Pero todo a su debido momento. Por ahora, Sidious, debes saber que eres la espada que clavaremos en el corazón del Senado, la República y la Orden Jedi. Y yo seré el guía que te ayudará a remodelar la galaxia. Juntos somos las estrellas recién nacidas que completarán la constelación Sith.

Sidious se tocó el hoyuelo de la barbilla.

—Me alivia saber que no te he decepcionado, Maestro. Pero los Jedi llamaron a la policía poco después de que nos marchásemos de Fobosi. Nuestro plan ya está en peligro.

Las mejillas de Plagueis se ruborizaron.

—Los Jedi saben desde hace mucho que el lado oscuro ha vuelto a renacer y que no pueden frenarlo. Ahora lo han sentido en su propio Coruscant.

—Aun así, no podemos seguir arriesgándonos a que nos descubran —dijo Sidious con cautela.

Plagueis lo examinó.

—Quieres decir algo más.

—Maestro, ¿te plantearías la posibilidad de entrenar a alguien en las artes Sith para ejecutar cualquier misión que le encomendáramos?

—¿Otro Venamis? ¿Que ponga en peligro nuestra asociación?

Sidious negó con la cabeza.

—No un aprendiz; ni alguien que pueda aspirar jamás a convertirse en un auténtico lord Sith. Sino alguien dotado en el sigilo y el combate al que podamos eliminar cuando ya no necesitemos.

En los ojos de Plagueis se dibujó una expresión de sorpresa.

—Ya has pensado en alguien.

—Me diste instrucciones de mantener siempre los ojos abiertos por si encontraba algún ser que pudiese resultar útil. Encontré uno en Dathomir, hace menos de un año. Un bebé zabrak macho.

—Muchos zabrak muestran capacidades en la Fuerza. Según parece es natural en ellos.

—Es el caso de este niño. La madre tuvo dos hijos y quiso salvar uno de las garras de las Hermanas de la Noche, especialmente de una conocida como Talzin.

—¿Lo compraste?

—Lo acepté como regalo.

—¿Dónde está?

—Lo llevé a las instalaciones que Explotaciones Damask tiene en Mustafar y lo dejé al cuidado de droides custodios.

Plagueis cerró los ojos un instante. Mustafar se había utilizado para deshacerse de enemigos y pruebas mucho antes de que la estación de reciclaje de Jefe Cabra estuviese a disposición de Hego Damask y otros.

—¿Y la madre? —preguntó.

—Viva… De momento.

—¿Y esa tal Talzin no buscará al niño?

Sidious se quedó pensativo.

—Puede.

Plagueis gruñó irritado.

—Pues si lo hace, será asunto tuyo.

Sidious inclinó la cabeza para mostrar que lo aceptaba.

—Deja al niño en Mustafar, al cuidado de los droides —añadió finalmente Plagueis—, pero empieza a entrenarlo. Acostúmbralo al dolor, lord Sidious, para que pueda servirnos bien. Si sus talentos en la Fuerza no llegan a madurar, elimínalo. Pero si está a la altura, trasládalo a Orsis cuando consideres oportuno. Allí encontrarás un centro de entrenamiento de élite dirigido por un falleen especialista en combate llamado Trezza. He tenido tratos con él. Trezza entrenará al zabrak para que sea fiero pero inquebrantable en su lealtad. De todas formas, tú supervisarás su entrenamiento en el lado oscuro. No le hables de los Sith ni de nuestros planes hasta que haya demostrado su valía. Y no lo lances contra ninguno de nuestros enemigos más prominentes hasta que yo pueda evaluarlo.

Sidious inclinó la cabeza.

—Entendido, Maestro.

—La Fuerza provee, Sidious —dijo Plagueis al cabo de un momento—. Como la naturaleza provee más seres machos tras una guerra, la Fuerza, siempre preocupada por el equilibrio, provee seres potentes en el lado oscuro cuando la luz ha reinado demasiado tiempo. Ese zabrak es un buen augurio.

—Los lores Sith que nos sigan rendirán homenaje a tu sabiduría, Maestro —dijo Sidious sinceramente.

Plagueis se levantó y le tocó el hombro.

—No, lord Sidious. Porque somos el final del linaje —hizo un gesto amplio—. Todo lo hecho aquí ha tenido un solo objetivo: extender nuestro reinado indefinidamente.

TERCERA PARTE:

MAESTRÍA

34 - 32 A.B.Y.

22: SERES COMUNES

El frío crepuscular de la Rotonda del Senado parecía arrullar a muchos, hasta el punto de dormirlos. Agudizando sus sentidos, Palpatine pudo oír los leves ronquidos de senadores humanos y no humanos sentados en las plataformas flotantes adyacentes a su estación; también pudo oír, con mayor claridad, a Sate Pestage y Kinman Doriana, frente a él en el asiento circular de la plataforma, chismorreando maliciosamente. Durante los últimos veinte años Naboo y el sector Chommell habían ocupado el mismo sitio en la misma grada de aquel inmenso edificio con forma de champiñón, aunque se habían añadido plataformas encima, debajo y a ambos lados de la suya durante esas dos décadas para acomodar a representantes de mundos recién incorporados a la República. En esos veinte años Palpatine también había presenciado, sesteando en alguna ocasión, los parlamentos, diatribas y tácticas dilatorias de innumerables seres, además de los discursos sobre el estado de la República de cuatro Cancilleres Supremos: Darus, Frix, Kalpana y Finís Valorum. Este último estaba cerca de completar un segundo mandato repleto de problemas cuyo origen podía encontrarse —aunque nadie lo haría hasta varias décadas después— en las maquinaciones de Hego Damask y su conspirador secreto, Palpatine, bajo sus identidades de lores Sith Plagueis y Sidious. Pero, en realidad, la mitad de los senadores llevaban dobles vidas de un tipo u otro: jurando preservar la República al mismo tiempo que aceptaban sobornos de la Federación de Comercio para facilitar el esclavismo, el contrabando de especia y varas de la muerte, y la piratería.

Palpatine recordó las palabras del viejo filósofo de la República, Shassium: todos somos seres de dos caras, divididos por la Fuerza y destinados a buscar nuestras identidades secretas por toda la eternidad.

Desde el alto púlpito de la Rotonda, el Canciller Supremo Valorum estaba diciendo:

—La crisis que se está produciendo en el sistema Yinchorr es una prueba más de que, en nuestra determinación de mantener una era de prosperidad en el Núcleo, hemos permitido que los sistemas exteriores se conviertan en territorios sin ley, en los que operan impunemente piratas, esclavistas, contrabandistas y comerciantes de armas. Materiales y tecnología prohibidos llegan hasta especies cuyas peticiones de ayuda a la República han sido desatendidas y el resultado es la animadversión y los conflictos intersistema. Unidos por las necesidades mutuas, los mundos olvidados se alian para acudir a los cárteles galácticos y obtener lo que nosotros les hemos negado: desarrollo, protección y seguridad, además de armas y entrenamiento en combate —hizo un amplio gesto hacia las plataformas senatoriales cercanas y remotas—. Mientras estamos aquí, sentados en esta fría comodidad, en el Borde Exterior se expande una confederación de mundos desfavorecidos.

Alguien bostezó con una exageración teatral, provocando un coro de risas de los seres que pudieron oírlo. El Senado debería estar de vacaciones, pero la crisis en la Región de

Expansión había obligado a Valorum a convocar al ente de gobierno en una sesión especial.

Al otro lado de la Rotonda, frente a la estación de Naboo, la plataforma de Yinchorr estaba vacante porque los yinchorri habían roto todos sus lazos con la República seis meses antes y habían repatriado a todo su personal diplomático. Seis meses antes de eso, provistos de armas que Darth Sidious les había ayudado a conseguir, los yinchorri habían lanzado ataques contra varios mundos de sistemas vecinos. Los cargamentos clandestinos, suministrados por un contrabandista devaroniano, incluían un escudo de cortosis de una excavación minera secreta del planeta Bal'demnic que se había empleado para matar a dos Jedi desprevenidos. Plagueis le había dicho que incitar a los yinchorri era sencillo, que bastaba una provocación mínima, pero incluso Sidious se sorprendió ante su fiereza.

—Desde que Yinchorr se convirtió en mundo miembro hace veinticinco años —proseguía Valorum—, y a pesar de las sanciones que hemos intentado imponer, hemos permitido que se transforme en una fuerza militarista que ahora amenaza a una amplia región del espacio republicano. Hace solo seis meses, cuando aumentaron su flota con naves incautadas en los astilleros del sistema Nyss Dorado, votamos a favor de reprobarlos, en lugar de interceder, ciñéndonos a la anticuada creencia de que la responsabilidad de controlar esos sistemas exteriores es de los mundos que los componen. Finalmente, después del reciente ataque de Yinchorr contra el sistema Chalenor, convencimos a los Jedi para que intervinieran, aunque con penosos resultados.

Valorum hizo una breve pausa.

—Como algunos de ustedes ya saben, los cadáveres mutilados del Caballero Jedi Naeshahn y su padawan, Ebor Taulk, fueron transportados hasta Coruscant y abandonados sin que se sepa cómo en mi oficina del edificio de la cancillería —cerró el puño a la vista de todos—. ¡Y ahora yo digo basta!

Palpatine juntó las yemas de los dedos de ambas manos. Valorum se estaba esforzando por resultar estimulante pero la repentina agudeza de su voz fue ahogada por la reacción de su audiencia, que en el mejor de los casos podría definirse como una indignación rutinaria.

El vicecanciller bothano pidió silencio, aunque no era necesario.

Valorum se recompuso para las cámaras flotantes, su expresión enrojecida pretendía transmitir indignación más que bochorno.

—Los Jedi han enviado una fuerza numerosa para detener y llevar ante la justicia a los responsables de este acto bárbaro y obligar a los yinchorri a regresar a su planeta. Pero me temo que sus esfuerzos no serán suficientes. Puesto que no podemos desplegar Jedi ni Judiciales allí como fuerza de ocupación, le solicito a este Senado que apruebe el uso de paramilitares privados para implantar un bloqueo tecnológico a Yinchorr que evite que los yinchorri se rearmen y renueven sus nefastos sueños de conquista.

Los gritos de asentimiento y condena que siguieron a la petición de Valorum fueron genuinos, igual que las llamadas al orden del vicecanciller bothano. Finalmente, Valorum levantó la voz para hacerse oír.

—¡No podemos tolerar el expansionismo militar! El uso de paramilitares ya tuvo precedentes bajo el Canciller Supremo Kalpana, durante el Conflicto de Stark, y en la más reciente crisis Yam'rii. En ambos casos se encontraron soluciones políticas, y creo firmemente que la diplomacia también tendrá éxito en el sistema Yinchorr.

La carrera política de Valorum se había forjado durante la Guerra Hiperespacial Stark. Vaya, pensó Palpatine, empieza a parecer a su antiguo rival, Ranulph Tarkini.

Esperó a que la Rotonda quedase en silencio.

—Los sucesos de Yinchorr demuestran el gran reto al que nos enfrentamos. El sistema Cularin, nuestro miembro más nuevo, está sufriendo una oleada de ataques piratas. Lo mismo puede decirse de Dorvalla, en el sector Videnda. Las llamadas zonas de libre comercio se han convertido en campos de batallas entre mundos indefensos y gigantes corporativos como la Federación de Comercio o cárteles criminales como Sol Negro, que están exprimiendo estos sistemas periféricos.

En un acto que a algunos les pareció juego limpio y a otros astucia política, el vicecanciller aprovechó ese momento para permitir que la plataforma de la Federación de Comercio abandonase su estación de atraque y volara hacia la oscura frialdad de la Rotonda.

—El bothano siempre sabe elegir el momento justo —le comentó Pestage a Doriana.

El senador de la Federación de Comercio era un empalagoso neimoidiano llamado Lott Dod, cuya voz susurrante de encantador de serpientes surgió de los altavoces de la sala.

—Debo protestar por las acusaciones del Canciller Supremo —sus palabras no mostraban enfado sino la arrogancia de los ricos, una estrategia que había aprendido de su predecesor, Nute Gunray—. ¿Acaso la Federación de Comercio debería asumir las pérdidas que ha sufrido por culpa de los ataques piratas? La República se niega a crear un ejército que patrulle esos sectores y al mismo tiempo nos prohíbe proteger nuestros cargamentos con armas defensivas o droides soldado.

—Ahora no es momento para esa discusión, senador —dijo Valorum, mostrando las palmas de sus suaves manos.

Pero un centenar de voces lo desautorizaron.

—Si no es ahora, ¿dígame cuándo, Canciller Supremo? —la pregunta procedió del halagador humanoide con cuernos craneales que ejercía de magistrado de la Alianza Corporativa, Passel Argente—. ¿Cuántos cargamentos tiene que perder la Federación de Comercio o el Gremio de Comerciantes para que llegue el momento oportuno de plantear este debate? Si la República no puede protegernos, no tenemos más remedio que protegernos nosotros mismos.

Valorum volvió a sonrojarse.

—Hemos enviado fuerzas paramilitares a todas las crisis…

—Con unos resultados impresionantes —la interrupción fue de Lavina Durada-Vashne Wren, la hembra humana representante del recién admitido sistema Cularin—. El ejército thaereiano se deshizo rápidamente de los piratas que estaban desvalijando nuestros transportes.

Una estridente risa ahogó el resto de sus palabras.

—¡Lo único que consiguió el coronel Tramsig en Cularin fue hacerse aún más despreciable! —bramó desde su plataforma el senador twi'lek Orm Free Taa—. La buena representante del sistema Cularin solo se dejó engañar por sus dudosos encantos.

Argente volvió a intervenir.

—¿El Canciller Supremo aboga por que cada sistema tenga una fuerza paramilitar a su mando? Si es así, ¿por qué no un ejército pangaláctico?

A Palpatine los ojos le brillaron con sádico deleite. Valorum estaba recibiendo su merecido. Había demostrado cierta habilidad diplomática durante la Guerra Hiperespacial Stark, pero su elección a la cancillería tenía más que ver con un pedigrí familiar que incluía a tres Cancilleres Supremos y a los acuerdos que había alcanzado con otras familias influyentes, como los Kalpana y los Tarkin de Eriadu. Su adulación a la Orden Jedi era bien conocida, igual que su hipocresía; gran parte de la riqueza de su familia derivaba de lucrativos contratos firmados por sus ancestros con la Federación de Comercio. Su elección, siete años antes, había sido uno de las señales que Plagueis estaba esperando, el regreso al poder de un Valorum, y había llegado justo después de un notable avance de Plagueis y Sidious en la manipulación de los midiclorianos. Un avance que el muun había descrito como «galactónico». Ambos sospechaban que los Jedi también lo habrían percibido, desde Coruscant, a años luz de distancia.

—No habrá ejército de la República —estaba diciendo Valorum, mordiendo el anzuelo lanzado por Argente—. La Reforma de Ruusan debe respetarse. Una fuerza militar necesita financiación. Las tasas que habría que imponer a los sistemas periféricos solo incrementarían la carga que ya padecen y estimularían proyectos secesionistas.

—¡Pues que paguen los mundos del Núcleo! —gritó alguien sentado por debajo de Palpatine.

—¡El Núcleo no necesita una fuerza militar! —respondió el senador de Kuat—. ¡Nosotros sabemos convivir en paz unos con otros!

—¿Por qué los Jedi no pueden actuar como ejército? —preguntó el senador de Ord Mantell.

Valorum se giró para mirarlo.

—Los Jedi no son un ejército. Además, son demasiado pocos. Interceden cuando se lo pedimos, aunque solo con su consentimiento. Es más, la Orden ha sufrido más bajas en los últimos doce años que en los anteriores cincuenta. Yinchorr se está convirtiendo rápidamente en otro Galidraan.

A Palpatine le produjo un placer secreto aquella referencia de Valorum porque lo que había ocurrido en Galidraan era una clara muestra de la acción del lado oscuro acompañada de los subterfugios de Plagueis y él mismo. Más importante aún, Plagueis

creía que aquel conflicto provincial había tenido un efecto devastador en el Maestro Jedi Dooku, acentuando su cisma con el Alto Consejo respecto a la decisión de desplegar a los Jedi como combatientes.

—Volvemos al punto de partida —resonó la voz de Orn Free Taa en la Rotonda—. La República puede destinar créditos a contratar ejércitos privados pero no a crear el suyo propio. Pero al Canciller Supremo le parece apropiado darnos lecciones sobre pensamiento anticuado. ¿Por qué no darles esos créditos directamente a los sistemas periféricos y que ellos mismos contraten sus ejércitos?

—Puede que el senador de Ryloth tenga razón —dijo Valorum cuando los aplausos amainaron—. Mejor aún, quizá ha llegado el momento de imponer una tasa a las zonas de libre comercio para lograr los fondos que necesitan los sistemas periféricos.

Palpatine se reclinó en el asiento acolchado de la plataforma mientras brotaban protestas airadas en las estaciones de los mundos de la Facción del Borde, además de las de los que pertenecían a la Federación de Comercio, el Gremio de Comerciantes, la Unión Tecnológica y la Alianza Corporativa. De qué forma más maravillosa y predecible el Senado se había deteriorado durante los últimos veinte años. Como había sucedido antes con infinidad de sesiones ordinarias y extraordinarias, aquella terminaría en pleno caos, sin nada resuelto.

En las pantallas que llenaban la Rotonda se pudo ver la expresión de tristeza e impotencia de Valorum.

Pronto, muy pronto, Palpatine sería el encargado de poner orden en la sala.

Fuera de las paredes curvadas del Senado, la crisis de los sistemas periféricos afectaba muy poco a las vidas de los miles de millones de seres que residían en Coruscant. Los que vivían en los niveles más bajos seguían haciendo todo lo que podían para sobrevivir, mientras los que vivían más cerca del cielo seguían despilfarrando en comida, elegantes capas y entradas para la ópera, que Valorum había vuelto a poner de moda. Palpatine era la excepción a la regla. En lo que a veces le parecía una especie de movimiento perpetuo, se encontraba con sus colegas en el Senado, escuchaba atentamente lo que cada uno de ellos tenía que decir sobre los acontecimientos galácticos, aunque no tan atentamente que ninguno pudiese sospechar que era algo más que un político de carrera decidido a potenciar su perfil. Si había algo que lo distinguía era la impresión que daba de tomarse su trabajo quizá demasiado en serio. Con solo un año para que terminase el segundo mandato de Valorum, la cancillería estaba en el aire, y los que lo conocían sospechaban que podría aspirar al puesto si alguien se lo proponía. Sus evasivas al respecto solo le hacían más deseable para aquellos que pensaban que podía aportar algo nuevo, un auténtico punto de vista centrista. Otros se preguntaban, vistos los retos sin precedentes del momento, qué motivo podría tener él o ningún otro para aspirar al cargo.

Varios días después de que el Senado se reuniese en sesión especial, Palpatine renunció a la intimidad que tanto apreciaba para celebrar una reunión informal en su suite del República 500. Su traslado al edificio más exclusivo de Coruscant había coincidido con el ascenso de Ars Veruna al trono de Naboo, doce años antes. La victoria de Veruna se había sustentado en una renegociación del contrato con la Federación de Comercio por el plasma de Naboo, aunque la opinión generalizada era que el rey y sus compinches se habían beneficiado más del acuerdo que los ciudadanos de Naboo. A diferencia del apartamento que Palpatine había ocupado al llegar al mundo capital, este tenía una docena de habitaciones y vistas del distrito del gobierno solo superadas por las de los espaciosos áticos del edificio. La estatua de neuranio y bronzio de Sistros, que aún escondía la espada de luz que este había construido en los inicios de su aprendizaje, compartía el espacio con antigüedades que había conseguido en mundos remotos.

Finis Valorum fue uno de los últimos invitados en llegar. Palpatine lo recibió en la puerta, mientras un contingente de guardias republicanos enfundados en capas y cubiertos por cascos tomaba posición en el pasillo. La cara redonda del Canciller Supremo parecía demacrada y el sudor perlaba su labio superior bien afeitado. De su brazo colgaba como un adorno Sei Taria, aparentemente su asistente administrativa pero también su amante. Tras pasar el umbral de la puerta, Valorum metió sus pulgares en la faja que ceñía su toga, se detuvo para contemplar la suite y asintió en muestra de su admiración.

—Lo que darían los cazanoticias de la HoloRed por ver esto.

—Ni siquiera un ático —dijo Palpatine desdeñosamente.

—Aún no, quiere decir —comentó el senador de Corellia, provocando que otros levantaran sus copas en una especie de brindis.

Palpatine fingió sentirse abochornado. En el pasado tendría que haber actuado, pero ahora le resultaba tan sencillo enfundarse el disfraz de senador de Naboo como ponerse la toga y una capa.

—Los periodistas son bienvenidos siempre que quieran —dijo.

Valorum levantó una de sus cejas plateadas, como si lo dudase.

—Ahora que los ha acostumbrado a la transparencia y la accesibilidad —añadió Palpatine.

Valorum se rió sin alegría.

—Para lo que me ha servido…

Sei Taria rompió un silencio incómodo.

—Queda claro que su color preferido no es ningún secreto, senador.

Llevaba los párpados de sus ojos oblicuos pintados a conjunto con el bermellón de su toga de septseda; tenía el pelo enrollado en un elaborado moño en la parte trasera de la cabeza, mientras que por delante unos mechones dividían su frente perfecta.

—El escarlata predomina en el escudo de la casa de mis ancestros —explicó Palpatine sosegadamente.

—También utiliza el negro y el azul en la ropa.

Palpatine mantuvo su leve sonrisa.

—Me halaga que se haya fijado.

La expresión de Taria se volvió ladina.

—Son muchos los que se fijan en usted, senador.

Los sirvientes corrieron a coger las capas de tela veda de Valorum y Taria.

—Los he contratado expresamente para la velada —dijo Palpatine en voz baja—. Soy un hombre solitario por naturaleza.

Taria habló antes de que Valorum pudiera hacerlo.

—Ese era el título del último reportaje de la HoloRed sobre usted, si no me equivoco. El senador que le da la espalda a una enorme fortuna para consagrarse a la política. Que se abre camino desde el cuerpo legislativo de Naboo hasta la embajada y finalmente el Senado Galáctico… —ella sonrió sin mostrar los dientes—. Una historia muy estimulante.

—Y cierta hasta la última palabra —dijo Palpatine—. En cierto sentido.

Los tres se rieron y Palpatine los hizo entrar para que se mezclaran con el resto de invitados, todos los cuales simpatizaban con Valorum. En la suite no había nadie que el Canciller Supremo no conociese, así que saludó a todo el mundo por su nombre. La habilidad de hacerle sentir a los demás que le importaban, tanto personal como políticamente, era una de sus escasos puntos fuertes.

Un droide de protocolo repartía bebidas con una bandeja, y Valorum y Taria se sirvieron una copa. Cuando la asistente de Valorum se disculpó para conversar con la esposa del senador alderaaniano Bail Antilles, Palpatine llevó a Valorum hasta la sala principal de la suite.

—¿Cómo has logrado el apoyo de las Facciones del Núcleo y del Borde? —le preguntó Valorum con genuino interés.

—Principalmente gracias a la ubicación de Naboo. El mío es un mundo un tanto desplazado… Está situado en el Borde pero comparte la sensibilidad de muchos mundos del Núcleo.

Valorum señaló una figurita de una hornacina de pared.

—Exquisita.

—Bastante. Regalo de la senadora Eelen Li.

—De Triffis.

Palpatine giró ligeramente la figurita.

—Una auténtica pieza de museo.

Valorum caminó junto a la pared y señaló una segunda pieza.

—¿Y esto?

—Un tambor de viento ceremonial gran. Tiene más de mil años —miró de reojo a Valorum—. Regalo de Baskol Yeesrim.

Valorum asintió.

—El asistente del senador Ainlee Teem. No sabía que tenías buena relación con el Protectorado Gran.

Palpatine se encogió de hombros.

—Durante un tiempo no fue así… Por culpa de una larga disputa sobre la abstención de Naboo en una votación senatorial bastante relevante, pero eso es agua pasada.

Valorum bajó la voz para preguntar:

—¿Crees que podrías conseguirme el apoyo de Malastare?

Palpatine se giró para mirarlo.

—¿Respecto al embargo de Yinchorr? Posiblemente. Pero no respecto a la imposición de tasas a las zonas de libre comercio. Tanto Ainlee Teem como Ales Moe se han convertido en aliados de la Federación de Comercio.

—Un cambio realmente desconcertante —dijo suspirando Valorum—. Los amigos se convierten en enemigos, los enemigos en amigos… Sospecho que voy a tener que pedir que me devuelvan todos los favores que se me deben para tener éxito con Yinchorr —apretó los labios y sacudió la cabeza—. Me temo que aquí me juego mi legado, amigo mío. Solo me queda un año de mandato, pero estoy decidido a dejarlo solucionado.

Palpatine le habló en tono compasivo.

—Si le sirve de consuelo, apoyo el uso de fuerzas paramilitares, incluso a riesgo de que la crisis se acentúe, aunque solo sea para silenciar a aquellos que han acusado a la República de debilidad.

Valorum le dio una palmadita en el hombro.

—Aprecio mucho tu apoyo —miró alrededor y después preguntó en voz aún más baja—: ¿Con quién puedo contar, Palpatine?

Los ojos de Palpatine examinaron a los congregados, deteniéndose brevemente en dos machos humanos, un anx que no habría cabido en una sala de techos más bajos, un ithoriano y finalmente un tarnab.

—Antilles. Com Fordox. Horox Ryyder. Tendau Bendon. Quizá Mot-Not-Rab…

Valorum los miró, después posó sus ojos en un rodiano.

—¿Farr?

Palpatine se rió para sus adentros; Onaconda Farr aplicaba a la política el mismo principio que sus hermanos rodianos a la caza de recompensas: dispara primero, pregunta después.

—Es bastante beligerante, pero quizá pueda convencerlo, ya que tiene vínculos estrechos con la Casa de Naberrie, de Naboo.

—¿Tikkes? —preguntó Valorum, mirando disimuladamente al senador quarren, cuyos tentáculos faciales estaban metiendo tentempiés en su boca.

—Tikkes pedirá algo a cambio, pero sí.

Los ojos azules claros de Valorum encontraron al senador wookie Yarua.

Palpatine asintió.

—Kashyyyk le apoyará.

Valorum terminó su copa y la dejó sobre una mesa.

—¿Y mis oponentes?

—¿Aparte de los obvios? Todo el grupo de Ryloth… Orn Free Taaa, Connus Trell y Chom Frey Kaa. También Toonbuck Toora, Edcel Bar Gan, Po Nudo… ¿Quiere que continúe?

Valorum parecía desanimado cuando salieron a la balconada. Se escuchó un pitido que anunciaba que el dispositivo de cancelación de ruido se había activado. Valorum siguió hasta la barandilla y miró a lo lejos.

—Una noche extrañamente oscura —dijo al cabo de un momento.

Palpatine llegó hasta él.

—Control del clima está preparando una tormenta —se giró ligeramente para ajustar el sistema de cancelación de ruido—. Escuche, truenos de tormenta sobre Los Talleres. Y allí —añadió, señalando—, rayos.

—Qué poco natural parece desde aquí. Si nosotros pudiésemos limpiarnos tan fácilmente como este vasto cielo y estos monumentales edificios.

Palpatine lo miró.

—El Senado le ha puesto palos en las ruedas, pero usted no ha deshonrado su cargo.

Valorum se quedó pensativo.

—Desde que empezó mi primer mandato sabía que encontraría oposición; que los acontecimientos desde el Conflicto Stark estaban fuera de control. Pero desde entonces he sentido que una oscuridad se acerca desde los confines más remotos de la galaxia para sacudir Coruscant hasta sus cimientos. Se podría pensar que, tras mil años de paz, la República es inquebrantable, pero no es cierto. Siempre he creído en la Fuerza, convencido de que si actuaba de acuerdo con sus principios orientadores, la galaxia actuaría del mismo modo.

Palpatine frunció el ceño en la oscuridad.

—La República se ha hecho difícil de manejar. Nos vemos obligados a hacer tratos que comprometen nuestra integridad. Nos critican tanto por lo que hacemos como por lo que no hacemos. La mayoría de seres del Núcleo no podrían ubicar Yinchorr en un mapa estelar, pero la crisis que allí se vive termina siendo un problema, Canciller.

Valorum asintió distraído.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados. Los Jedi opinan lo mismo en privado, pero incluso ellos están divididos. Si el Maestro Dooku expresa abiertamente su criticismo con el Senado y la Orden es posible que el Consejo le prohíba salir del Templo —se quedó callado y después añadió—: Bueno, no creo que te enteres ahora. Me han comentado que te has convertido en su confidente.

En lugar de responder a aquel comentario, Palpatine dijo:

—¿Y el Maestro Yoda?

—Tan inescrutable como siempre —dijo Valorum—. Pero está preocupado, creo.

Palpatine se apartó ligeramente de él.

—Los Jedi ya han derrotado a la oscuridad en el pasado.

—Es cierto. Pero si estudias la historia verás que esta también los ha vencido a ellos.

—En cualquier caso, el desenlace no está en nuestras manos.

Valorum levantó la vista hacia el cielo nocturno.
—¿Y en las de quién está, entonces?

23: BAJO EL SOL DE MEDIANOCHE

Recién llegado a la Luna de los Cazadores, Sidious examinó a Plagueis mientras el lord Sith y su droide, 11-4D, repasaban una holograbación en la que un asesino zabrak enfundado en una toga negra liquidaba rápidamente a varios autómatas de combate en su hogar de Coruscant. Algunos de los autómatas volaban, otros caminaban sobre dos patas, otros sobre bandas rodantes, y todos disparaban blásters.

Los últimos veinte años habían añadido una ligera curvatura a la postura y las venas que sobresalían bajo la piel fina del muun. Llevaba un práctico traje verde oscuro que envolvía sus delicadas formas, una capa verde que caía desde sus hombros huesudos hasta el suelo de piedra de la fortaleza y un tocado que cubría su gran cráneo. Una máscara de respiración triangular le cubría su destrozada mandíbula prognática, la boca, parte de su largo cuello y lo que quedaba de la escarpada nariz que tenía antes del ataque sorpresa de Fobosi. La máscara de aleación, que él mismo había fabricado, tenía un par de rendijas verticales y otro par de conductos finos y rígidos que la conectaban a un transpirador adherido a su pecho, bajo un arnés blindado. Había aprendido a comer y beber por sondas, y por la nariz.

Visto con la Fuerza, era un óvalo nuclear de luz moteada, una esfera rotatoria de energía terrorífica. Si el ataque maladiano le había debilitado físicamente, también había ayudado a moldear su cuerpo etérico para convertirlo en un recipiente lo bastante fuerte para contener todo el poder del lado oscuro. Decidido a que no volvieran a pillarlo desprevenido jamás, se había entrenado para no dormir y había dedicado dos décadas estándar a experimentar día y noche con la manipulación de los midiclorianos y a intentar arrebatarle los últimos secretos a la Fuerza, para así poder vivir para siempre… Él y presumiblemente su aprendiz humano. Aquel giro hacia su interior le había permitido dominar las energías igualmente poderosas del orden y el desorden, de la creación y la entropía, de la vida y la muerte.

—Lo has hecho realmente temible —comentó Plagueis sin desviar la mirada de la grabación, en la que el atlético zabrak destruía un Erradicador Colicoide y se daba la vuelta para partir por la mitad a otros dos. La cabeza calva del humanoide de ojos amarillos estaba coronada por pequeños cuernos y patrones geométricos de marcas negras y rojas.

—Y no le teme a nada —dijo Sidious.

—De todas formas, solo son droides.

—Es incluso más formidable contra seres vivos.

Plagueis miró por encima de su hombro y entrecerró los ojos.

—¿Has combatido con él en serio? —las cuerdas vocales y la tráquea reconstruidas le daban una cualidad metálica a su voz, como si hablara a través de un altavoz.

—Lo abandoné en Hypori durante un mes sin comida y con la única compañía de una horda de asesinos. Después regresé para incitarle y retarle. Teniendo todo eso en cuenta,

combatió bien, incluso cuando le quité la espada de luz. Quería matarme, pero estaba preparado a morir en el combate.

Plagueis se dio la vuelta para mirarlo cara a cara.

—En lugar de castigarlo por desobedecer, le felicitaste por su determinación.

—Ya se sentía humillado. Decidí dejar intacto su honor. Lo proclamé mi mirmidón; la encarnación de la parte violenta de nuestra asociación.

—¿Asociación? —repitió ásperamente Plagueis.

—Me refiero a la suya y mía; no a la nuestra.

—De todas formas, le permitiste creer que tiene más talento del que realmente tiene.

—¿No hiciste tú lo mismo conmigo?

Los ojos de Plagueis reflejaron su decepción.

—Jamás, Sidious. Siempre he sido sincero contigo.

Sidious inclinó la cabeza para mostrar que lo había entendido.

—No soy tan buen profesor como tú.

Plagueis dedicó un buen rato a observar la holograbación. Los puños y piernas del zabrak eran tan letales como su espada de luz y su velocidad era asombrosa.

—¿Quién le hizo las marcas?

—Su madre, en unos rituales realizados poco después de que naciera. Es una iniciación en la que el bebé zabrak dathomiriano es sumergido en un baño aceitoso, energizado con ichor conjurado por la magia las Hermanas de la Noche.

—Curiosa decisión, considerando que deseaba esconder al niño.

—Las Hermanas de la Noche apenas salen de Dathomir, pero los Hermanos de la Noche a veces son vendidos como sirvientes. Creo que la madre quería que fuese consciente de su herencia, terminase donde terminase.

Plagueis contuvo la respiración al ver que de la espada de luz del zabrak salían dos filos.

—¡Una espada de luz de doble filo! ¡El arma de Exar Kun! ¿La construyó él?

—El prototipo fueron dos espadas de luz que soldó de pomo a pomo imitando el zhaboka iridoniano. Yo le proporcioné la información que necesitaba para mejorar el diseño original y construir el que le ves usar.

Plagueis observaba cómo un droide tras otro eran empalados por los filos carmesí opuestos.

—Me parece innecesario, pero no puedo negar su dominio de la técnica Jar'Kai —volvió a girarse hacia Sidious—. Niman y la terás kási nunca sustituirán al dun móch, pero me complace ver que lo has entrenado para ser una máquina de combatir en lugar de un verdadero aprendiz.

—Gracias, Maestro.

Unas arrugas surgieron junto a los ojos de Plagueis… ¿era recelo? ¿Era diversión?

—Estoy de acuerdo contigo en que debe ser testigo del ataque yinchorri contra el Templo Jedi.

—Se lo diré. Considera a los Jedi una abominación. La visión de su santuario violentado le hará hervir la sangre.

—Aun así, contenió. Deja que su ira y odio se enconen.

Sidious inclinó la cabeza.

Plagues desactivó el holoproyector.

—El regalo que pediste para él está casi terminado. Raith Sienar ha aceptado enviar la embarcación a Sojourn y yo me ocuparé de que la lleven hasta el edificio LiMerge —hizo una seña con los dedos—. Vamos, Darth Sidious, tenemos mucho que hablar.

La antigua fortaleza no había parecido nunca tan desolada. Aún residía una compañía de Guardias Sol en Sojourn, dedicados a escoltar a los visitantes hasta la superficie y mantener los turboláseres de tierra en buen estado. Aún eran necesarios códigos de autentificación para que las naves entraran en el espacio de Sojourn, pero las coordenadas de la luna ya no eran tan secretas como en el pasado. Plagueis había vivido básicamente como un ermitaño entre sus droides, sin apenas salir del planeta, aunque seguía utilizando su enorme riqueza e influencia para apoyar a aquellas organizaciones que impulsaban la causa Sith y desbarataban los planes de sus oponentes. Durante el primer año posterior al ataque, corrieron rumores de que Hego Damask había muerto, pero poco a poco empezó a correr la voz de que en realidad estaba recluido en Sojourn. Cuatro años después, se reanudaron las Reuniones anuales, pero solo durante cinco años y ya hacía más de una década que no se celebraba ninguna. En cualquier caso, cada vez asistían menos seres ya que muchos de ellos se habían distanciados de Damask tras los asesinatos de Coruscant.

Durante el largo período entre el ataque sorpresa gran y la primera Reunión de la nueva era, Sidious había hablado con Plagueis solo por holo. Teniendo que espabilarse por su cuenta, había entrenado al zabrak secretamente en Mustafar, Tosste y Orsis, había visitado varios mundos Sith y había dedicado un tiempo considerable a estudiar los textos y holocrones Sith guardados en Aborah. Gracias a los Guardias Sol, Sidious se enteró de que Damask se había enclaustrado en la fortaleza y apenas lo veían. En las pocas ocasiones en que los había mandado llamar, habían encontrado sus aposentos hechos un desastre, con algunos de los sujetos experimentales muertos dentro de las jaulas o celdas y muchos droides averiados. Las criaturas de los bosques greel del entorno la habían invadido y se habían instalado en ella, construyendo nidos en las torretas y devorando todo lo que fuese comestible. Aunque Damask —desaseado, demacrado y errático en su comportamiento— parecía capaz de comunicarse, era 11-4D el que transmitía sus órdenes y peticiones a los guardias. En una ocasión los guardias recibieron órdenes de instalar más de dos centenares de holoproyectores en lo que había sido la armería de la fortaleza, para que Damask pudiera controlar los sucesos del momento y ver grabaciones históricas, algunas de las cuales tenían centenares de años.

Sidious sabía que sus propios poderes se habían multiplicado por diez en las últimas décadas pero no podía estar seguro de si había descubierto todos los secretos de Plagueis —«sus caminos mágicos», como los llamaban los Guardias Sol— incluida la habilidad de evitar la muerte de otros seres. A veces se preguntaba: ¿iba un paso por detrás de él?

¿Dos pasos? Aquellas preguntas eran precisamente lo que había llevado a generaciones de aprendices Sith a retar a sus Maestros. La incertidumbre sobre quién era más poderoso. La necesidad de ponerse a prueba, de enfrentarse al reto definitivo. La tentación de arrebatar por la fuerza el manto de Maestro, de aportar una perspectiva propia del lado oscuro; como había hecho Darth Gravid, con el único resultado de haber demorado a los Sith muchísimos años…

Sidious había dedicado el mismo fervor a la manipulación de los acontecimientos del mundo cotidiano que Plagueis a la de los midiclorianos. En lugar de retarse uno a otro, ambos se habían consagrado a ejecutar el Gran Plan. El dominio político y el dominio de la Fuerza. Dentro de poco, los Sith los poseerían ambos, con Sidious como cabeza visible del primero y Plagueis, entre bastidores, aconsejándole sobre el segundo. Como Plagueis, Sidious había actuado con sensatez, ya que las repercusiones imprevistas en el mundo real podían ser tan dañinas para el imperativo Sith como un revés de la Fuerza. El hecho de que la Fuerza no se hubiese revelado demostraba que su asociación era algo único y que concordaba con la voluntad de ella. El aislamiento autoimpuesto de Plagueis había perjudicado algunos de los planes que habían tramado para la Federación de Comercio y otros grupos. Pero podía decirse que Plagueis se había recuperado plenamente de sus heridas y el lado oscuro ya no estaba simplemente en ascenso sino que estaba escalando hacia su cénit.

La Crisis Yinchorri fue la primera vez que Plagueis aprobó la implicación directa de Sidious en los acontecimientos galácticos. Hasta entonces, los Sith manipulaban los sucesos mediante intermediarios. Pero cuando Sidious contrató a un contrabandista devaroniano para instigar a los yinchorri, no solo se había comunicado con él por holoproyector —sin revelar su identidad, por supuesto— sino que también lo había puesto en contacto con Pestage y Dorianna, cuya colaboración fue dejar los cadáveres de los Jedi en la puerta de Valorum y facilitar la entrada de los guerreros yinchorri encargados de infiltrarse en el Templo Jedi.

Inicialmente el plan se había diseñado como una prueba, para ver si aquellos seres reptilianos resistentes a la sugestión con la Fuerza podrían convertirse en un ejército antijedi. Pero, igual que habían fracasado diversos intentos de replicación por clonación, todos los esfuerzos por convertirlos en un ejército obediente habían resultado inútiles. Estaban hechos para atacar, pero también eran impredecibles e ingobernables. En consecuencia, pusieron en marcha una estrategia diseñada para probar la habilidad de Valorum para manejar una crisis y del Senado para resolverla. Pero ni Plagueis ni Sidious esperaban que el Canciller Supremo involucrase a los Jedi y ahora el plan rediseñado también estaba en peligro.

—Es bueno que hayan muerto Jedi —estaba diciendo Plagueis mientras Sidious, 11-4D y él entraban en su abarrotado estudio—, pero debemos evitar mostrar nuestras cartas demasiado pronto. ¿Fue buena idea transportar los cadáveres hasta Coruscant?

—Logramos el efecto deseado en Valorum —dijo Sidious.

—En cualquier caso, quizá le hayamos juzgado mal.

—Está más preocupado por su legado que por la República, pero aún puede lograr apoyo mayoritario en el Senado, incluso a costa de su caché político.

—Debemos organizar una crisis de la que no pueda recuperarse —dijo Plagueis.

—Ya he puesto en marcha algo así.

Plagueis asintió satisfecho.

—En ese caso, quizás esto tenga su lado bueno. Si el Senado aprueba el embargo, se sentirá en deuda contigo.

Sidious sonrió levemente.

—Un bloqueo aprobado para romper otro bloqueo.

—Para eso debemos empezar a colocar al virrey Nute Gunray y al rey Veruna. El neimoidiano colaboró con Valorum durante el Conflicto Stark. Esta vez los enfrentaremos.

—Conocí ligeramente a Gunray cuando era senador. Es codicioso y ambicioso, pero extrañamente inmune a la intimidación. Tendremos que ganárnoslo.

—Eso haremos. Con maniobras que le permitirán convertirse en uno de los siete que forman el directorado de la Federación de Comercio.

—¿Cómo nos acercamos a él?

—El regalo que me pediste para el zabrak me dio una idea —dijo Plagueis—. Gunray es muy aficionado a los pylats, que los neimoidianos asocian con la riqueza. Esos pájaros abundan en Neimoidia, pero en los bosques de Sojourn habita uno bastante excepcional, blanco con motas rojas, proporcionado por los kaminoanos. Jamás se dará cuenta de que es un clon.

—¿Un regalo de Hego Damask o del senador Palpatine?

Plagueis lo miró de arriba a abajo.

—De Darth Sidious, creo.

Sidious lo miró dubitativo.

—¿En su nombre?

—No solo en su nombre, sino también con su título. Es hora de que hagamos saber nuestra presencia a unos pocos elegidos.

—¿El título de Sith tendrá algún significado para él?

—Lo tendrá cuando hagamos realidad sus sueños.

Plagueis se puso a caminar.

—Ningún Sith ha estado en la posición en la que estamos nosotros ahora, Darth Sidious: en plena reemergencia del lado oscuro, fortalecidos por las señales y los presagios, seguros de que la venganza y la victoria están al alcance de la mano. Si los Jedi siguen su filosofía de actuar en armonía con la Fuerza, de hacer lo correcto, sucumbirán a la oscuridad. Pero resistirán. Yoda y el resto de miembros del Consejo volverán a sus sesiones de meditación con la intención de ver el futuro, pero descubrirán que es confuso e inescrutable. Descubrirán que la complacencia le ha abierto las puertas a la catástrofe.

»Si de verdad han actuado en armonía con la Fuerza, ¿cómo lograremos desequilibrar la balanza? ¿Cómo puede ganar terreno el lado oscuro? De hecho, los Jedi se han apartado de la tarea que se impusieron, de su noble camino. ¿Pero podrían haberlo evitado? Quizá, si hubiesen mantenido el control de la República, eligiendo y reeligiendo Cancilleres Supremos Jedi. O apartándose por completo de los asuntos de la República y dedicándose a sus rituales arcanos con la creencia de que su buen juicio podría mantener la República fuerte y la galaxia inclinada hacia la luz, en lugar de haber permitido que los convirtieran en una especie de policías.

Lanzó una mirada inquisitiva a Sidious.

—¿Ves el gran error de su estrategia? ¡Se ocupan de los asuntos de la República como si fuesen asuntos de la Fuerza! ¿Pero algún político ha sido capaz alguna vez de arbitrar lo que es correcto y justo? Qué sencillo les resulta nadar en la auto-complacencia en su castillo de Coruscant. Pero han terminado mal preparados para el mundo que llevamos mil años creando.

Se aclaró la garganta.

—Vamos a enfrentarlos a una contradicción, Darth Sidious. Vamos a obligarlos a afrontar el dilema moral de su posición y a revelar sus fallos haciéndolos intervenir en los conflictos que asolan su tan cacareada República.

»Solo Dooku y un puñado más han comprendido la verdad. Hace muchos años, cuando lo conocí en Serenno, pensé: Menudo golpe para la Orden si pudiera convencerlo de que la abandonara y abrazara el lado oscuro. Se asustarían. Porque si uno abandona, podrían seguirle veinte o treinta, y todos verían la vacuidad en el centro de la Orden.

El muun entrecerró los ojos.

—Uno no puede contentarse con seguir las reglas de la Orden Jedi o la Fuerza. Hemos logrado prevalecer haciendo que la Fuerza nos sirva. Hace ocho años cambiamos la galaxia, Darth Sidious, y ahora ese cambio es irreversible.

Se acercó y posó sus huesudas manos sobre el hombro de Sidious.

—La primera vez que visité tu mundo me di cuenta de que era un nexo de la Fuerza. Y recuerdo que pensé lo apropiado que era que el lado oscuro se ocultase en un planeta tan hermoso —hizo una pausa, se enderezó y después preguntó con repentina solemnidad—. ¿Veruna está preparado, Sidious? Me preocupa que sea tan incontrolable como los yinchorri. Quizás un líder más maleable serviría mejor a nuestros intereses.

Sidious se quedó pensativo.

—Quizá no sea necesario apartarlo, Maestro. Como Gunray, valora más la riqueza que el honor.

Plagueis asintió lentamente.

—En ese caso, ponlo a prueba, Darth Sidious. Y ya veremos hacia dónde se decanta antes de que decidamos su destino.

24: SITH'ARI

Sus blancos solo eran asteroides, pero los cazas estelares amarillos de morro de cromo disparaban a aquellas rocas con microcráteres como si fuesen una amenaza para el propio Naboo. Fabricados por la Corporación de Ingeniería de Naves Espaciales de Theed y Diseño Nubiano, eran el proyecto estrella del rey Veruna desde su coronación. Las naves, estilizadas y de alas cortas, ejemplificaban la pasión de Naboo por el diseño clásico y la extravagancia. Se decía que los motores de los cazas estelares tenían un nuevo estándar de control de emisiones, pero en un mundo que presumía de conciencia medioambiental, los N-1 parecían completamente extraños y fuera de sitio.

—Esperamos tener dos escuadrones más listos para volar a principios de año —le dijo Veruna a Palpatine mientras contemplaban desde la ventanilla de la aún más majestuosa Nave Estelar Real—. Todos dispondrán de cañones láser gemelos, lanzatorpedos de protones y escudos deflectores, además de droides astromecánicos R-2.

—Un sueño hecho realidad —dijo Palpatine—. Tanto para ti como para el Colectivo de Diseño Nubiano.

Veruna arqueó una ceja poblada y canosa.

—Nuestro acuerdo con Diseño Nubiano fue mutuamente beneficioso.

—Por supuesto —dijo Palpatine, preguntándose cuánto se habrían embolsado Veruna y sus compinches con un contrato al que se oponía la mayoría de Naboo.

Palpatine había llegado con Pestage y se había encontrado en el planeta con Janus Greejatus, antes de reunirse con Veruna y algunos de los miembros de su consejo asesor en el Hangar de Theed, entre los que estaban el Primer Consejero Kun Lago y la jefa de seguridad Maris Magneta, una hembra de rasgos fuertes. Estaba ausente la gobernadora adolescente de Theed, Padmé Naberrie, cuyo nombramiento había sido el compromiso de Veruna con un electorado que cada año que pasaba era más adverso. Veruna, sin embargo, no parecía desgastado. Con sus cejas curvadas, su larga melena canosa y su barba meticulosamente afilada, aún tenía un aspecto imponente. Lago y Magneta eran considerablemente más jóvenes y toscos, y habían dejado claro su aversión por Palpatine y su equipo desde el momento en que habían subido a la reluciente nave estelar.

Al otro lado de la ventanilla, las ráfagas de ametralladoras del Escuadrón Bravo reducían los asteroides a gravilla y polvo.

—El del Bravo Uno es el capitán Ric Olié —dijo Veruna—. Curtido en batalla en Chommell Minor.

Pestage no logró reprimir una breve risa.

—¿Aquel grupo pirata cuyas naves chocaban unas con otras?

Veruna miró con furia a Palpatine.

—Tu asistente parece haber olvidado cuál es su sitio, Palpatine.

Palpatine lanzó una mirada a Pestage y volvió a girarse hacia Veruna.

—Mis disculpas, Su Majestad.

Veruna no parecía muy convencido y clavó la mirada en el lejano ejercicio de los cazas estelares.

—Planeo terminar con nuestra asociación con la Federación de Comercio —dijo tras un largo silencio sin mirar a Palpatine.

Palpatine se movió ligeramente para colocarse en la visión periférica de Veruna, boquiabierto y genuinamente sorprendido.

—¿Ese es el objetivo de esta demostración?

El rey se giró hacia él.

—De haber querido que fuese una demostración de fuerza, habría esperado a la próxima recogida de plasma. Sin embargo, por si te interesa, tanto Ingeniería Theed como Diseño Nubiano me aseguran que los cargueros Lucrehulk de la Federación serían presa fácil para nuestros N-l.

Palpatine miró a Pestage y Greejatus y sacudió la cabeza.

—En ese caso celebro que me hayas invitado, Majestad, porque traigo noticias que pueden hacer que reconsideres tu posición.

—¿Qué noticias? —preguntó Magneta.

Palpatine la ignoró y siguió hablando con Veruna.

—Esta cuestión aún no ha llegado a la Rotonda, pero todo parece indicar que la República finalmente va a permitir que la Federación de Comercio arme sus naves.

Veruna quedó boquiabierto y parpadeó.

—¿Con qué?

Palpatine fingió nerviosismo.

—No lo sé con exactitud. Turboláseres, seguro, además de cazas droides. Cualquier autómata de combate que estén fabricando Baktoid, Haor Chali y las especies colmena —señaló hacia la ventanilla—. Armas que serían un rival letal para esos cazas estelares.

Veruna seguía intentando entenderlo.

—¿Por qué va a hacer algo así la República?

—Por lo que pasó en Yinchorr. Por los persistentes ataques de piratas y aspirantes a insurgentes. Y porque la República se niega a cambiar su postura respecto a la creación de un ejército.

Veruna se alejó de la ventanilla, se detuvo y se giró hacia Palpatine.

—No me lo creo. Valorum salió airoso de Yinchorr. Jamás se doblegaría a las presiones de la Federación de Comercio.

—No está cediendo a ninguna presión. Su estrategia es alcanzar un acuerdo con la Federación: armamento defensivo a cambio de tasas para las zonas de libre comercio.

Veruna no tenía palabras.

—Por eso te pido, Majestad, que mantengas a Naboo en el bando adecuado.

—Díganos una cosa, senador —interrumpió Lago—, ¿qué significa estar en el bando adecuado?

Palpatine desvió la mirada de Lago a Veruna.

—Cuando la cuestión llegue a la Rotonda, Naboo debe votar contra las tasas para las zonas de libre comercio.

Veruna tragó saliva y recuperó la voz.

—¿Apoyando a la Federación de Comercio? ¿Con mi reelección a la vuelta de la esquina? Debes de haberte vuelto loco, Palpatine. Naboo lleva más de treinta años bajo el yugo de la Federación. El pueblo no me lo perdonaría jamás.

—Tu base sigue siendo fuerte —dijo Palpatine—. El pueblo terminará entendiendo que tomaste la decisión correcta.

Veruna echaba humo.

—No me gusta encontrarme en esta posición, Palpatine.

Palpatine adoptó una pose pensativa y miró al rey.

—Puede que haya otra opción… Estoy seguro de que Hego Damask estaría dispuesto a renegociar un nuevo acuerdo con el bloque neimoidiano de la Federación de Comercio…

—No necesito que Damask renegocie nada —le espetó Veruna—. El momento de los muuns ya ha pasado. Son un anacronismo. Sus enemigos nos hicieron un favor a todos obligándolo a retirarse prematuramente.

Palpatine entrecerró los ojos imperceptiblemente. Un pequeño empujoncito y se muestra tal cómo es.

—Si no recuerdo mal, los enemigos de Damask lo pagaron muy caro.

Se quedó en silencio un momento, volviéndose a colocar frente a la ventanilla para que Veruna tuviera una visión directa de las ráfagas de ametralladora de los cazas estelares.

—De acuerdo, Sojourn no es la fortaleza inexpugnable que fue. Pero los tentáculos de Damask siguen llegando tan lejos como siempre y sus vínculos con el Clan Bancario nunca han sido más fuertes.

—Por si no se ha dado cuenta, senador —intervino Magneta—, los tentáculos de Naboo también llegan lejos ahora.

Palpatine miró por encima de su hombro a los cazas estelares y después clavó sus ojos en los de Veruna.

—Su Majestad, Damask no se tomará bien que lo apartemos de nuestros tratos con la Federación de Comercio. Puede crear problemas.

Veruna desvió la mirada y volvió a posarla en él.

—Que lo intente. Naboo no es el único mundo que ha explotado. No nos faltarán aliados. Me preocupa más la reacción del Senado si votamos contra las tasas a las zonas de libre comercio.

Palpatine respiró forzadamente.

—Es una situación desesperada. Los mundos de la Facción del Borde dependen de la Federación de Comercio para el suministro de mercancías, por lo que es probable que voten en contra. Los mundos del Núcleo, por contra, votarán a favor de las tasas, aunque solo sea para lograr más ingresos para la República y evitar tener que apoyar a los

sistemas periféricos. En medio quedará la Federación de Comercio, que saldrá ganando en cualquier caso, ya que finalmente la permitirán defenderse y obligará a sus clientes a asumir el coste adicional de las tasas.

—¿Y qué significa todo esto para Valorum? —dijo Lago.

—Me temo que quizá no pueda terminar su mandato.

—¿Y quién lo sucederá? —preguntó Veruna.

—Eso es difícil de decir, Majestad. Ainlee Teem, creo. Aunque Bail Antilles cuenta con algunos apoyos.

Veruna se quedó pensativo.

—¿Cuáles son las implicaciones para Naboo si el gran derrota al alderaaniano?

—En ese caso, por supuesto, tendrías un amigo en la cancillería.

Veruna se tiró de la barba.

—Tendré en cuenta tus recomendaciones. Pero deja que te lo advierta, Palpatine, no pienso tolerar ningún engaño. Ni tuyo —lanzó una mirada penetrante a Pestage y Greejatus—, ni de ningún miembro de tu camarilla. Recuerda: sé dónde están enterrados los cadáveres.

El tiempo vuela.

Las viñas y las enredaderas habían trepado por las paredes y torres de la vieja fortaleza, y las lianas unían los parapetos almenados con las frondosas copas de los árboles cercanos. Los insectos corrían bajo los pies, buscando comida o cargados con pedazos de vegetación o restos de madera astillada. Las tormentas de la noche anterior habían dejado charcos que llegaban hasta las rodillas en la pasarela y el agua caía en cascada por los agujeros de los cañones. El bosque que Plagueis había plantado y abastecido con animales de caza raros y exóticos parecía decidido a librar a Sojourn de la fortaleza que se había erigido en su centro.

Desde las torres más altas, miró por encima de las copas de los árboles el contorno del mundo pariente de la luna y la lejana estrella que compartían. Sojourn giraba deprisa y la última luz del día se estaba disipando. El aire era templado, alborotado por el zumbido y la fricción de patas de los insectos, los cantos de las aves y los tristes aullidos de las criaturas de la noche. Nubes de murciélagos salían de las cuevas del barranco, devorando parásitos engendrados por las fuertes lluvias. Una brisa surgió de la nada.

El tiempo vuela.

Aún había guardados en Aborah textos y holocrones que relataban las hazañas y habilidades de Maestros Sith que, según contaban y estaba escrito, habían sido capaces de invocar al viento o la lluvia, o de fracturar el cielo con rayos conjurados. En sus propias palabras o en las de sus discípulos, unos pocos Señores Oscuros aseguraban disponer de la habilidad de volar, hacerse invisibles o transportarse en el espacio y el tiempo. Pero Plagueis jamás había conseguido reproducir aquellas proezas.

Desde el principio Tenebrous le había advertido que no tenía talento para la magia Sith, aunque su incapacidad no se debía a una deficiencia de los midiclorianos. Es un don innato, le dijo el bith cuando lo presionó, aunque él tampoco lo poseía. En cualquier caso la magia era irrelevante en comparación con la ciencia bith. Pero Plagueis ahora sabía que Tenebrous se equivocaba con la magia, igual que con tantas otras cosas. Sí, el don era más potente en aquellos que, sin apenas esfuerzo, podían dejarse llevar por las corrientes de la Fuerza y convertirse en conductos de los poderes del lado oscuro. Pero había un camino alternativo hacia esas habilidades y partía del lugar en el que el círculo se cerraba sobre sí mismo y la voluntad pura sustituía al altruismo. Plagueis entendía también que no había ningún poder que estuviese fuera de su alcance; ninguno que no pudiese dominar mediante la fuerza de voluntad. Si lo había precedido algún Sith de igual poder, se había llevado sus secretos a la tumba o los había encerrado en holocrones que habían sido destruidos o aún no se habían descubierto.

La cuestión de si Sidious y él habían descubierto algo nuevo o redescubierto algo antiguo no tenía relevancia. Lo único que importaba era que, hacía casi una década, habían logrado que la Fuerza cambiara y se inclinase irrevocablemente hacia el lado oscuro. No era un mero cambio de paradigma, sino una alteración tangible que podía sentir cualquiera que fuese potente en la Fuerza, estuviese o no entrenado en las artes Sith o Jedi.

El cambio había sido resultado de meses de intensa meditación, en los que Plagueis y Sidious habían querido retar a la Fuerza por la supremacía y cubrir la galaxia con el poder del lado oscuro. Con descaro, sin vergüenza y poniendo en peligro sus propias vidas, habían librado una guerra etérica, conscientes de que sus propios midiclorianos, el ejército delegado de la Fuerza, podían hacer que la sangre les hirviera o sus corazones dejasen de latir. Saliendo de sí mismos, incorpóreos y como una única entidad, habían utilizado el poder de su voluntad, afianzando su supremacía sobre la Fuerza. Ninguna contrafúerza se había alzado contra ellos. En lo que parecía un estado de éxtasis, supieron que la Fuerza había cedido, como una deidad derribada de su trono. Con la palanca que habían creado, el lado luminoso cayó y el oscuro ascendió.

Ese mismo día dejaron morir a Venamis.

Después, manipulando los midiclorianos del bith, que debería haber estado inerte e inconsciente, Plagueis lo resucitó. La enormidad del acontecimiento había dejado a Sidious en un silencio estupefacto y había abrumado y desconcertado a los procesadores de 11-4D, pero Plagueis prosiguió sin ayuda, haciendo una y otra vez que Venamis muriera y regresara a la vida, hasta que los órganos del bith no pudieron más y Plagueis le concedió descanso eterno.

Pero haber alcanzado el poder de mantener a otro con vida no había sido suficiente para Plagueis. Así que después de que Sidious regresase a Coruscant, se consagró a interiorizar aquella habilidad, manipulando los midiclorianos que le daban vida. Durante varios meses no logró progresos, pero finalmente empezó a percibir un cambio moderado. Las cicatrices que habían crecido sobre sus heridas empezaron abruptamente a

suavizarse y disiparse, y empezó a respirar mejor de lo que había hecho en veinte años. Empezó a sentir no solo que sus tejidos dañados se curaban, sino que todo su cuerpo se estaba rejuveneciendo. Bajo el transpirador, algunas partes de su piel eran suaves y juveniles, y supo que más adelante dejaría de envejecer por completo.

Embriagado con aquel poder nuevo, intentó algo aún más impensable: dar vida a una creación propia. No una mera fecundación de alguna criatura desgraciada y estúpida, sino el nacimiento de un ser sensible a la Fuerza. La habilidad de dominar la muerte había sido un paso en la buena dirección, pero no era lo mismo que la creación pura. Así que se había proyectado —por supuesto, como si fuese invisible, transubstanciado— para informar a todos los seres de su existencia, e impactarlos a todos: muunoides o insectoides, seguros o desamparados, libres o esclavizados. Un guerrero ondeando una bandera triunfal en un campo de batalla. Un fantasma infiltrándose en un sueño.

Pero no sirvió de nada.

La Fuerza se quedó en silencio, como si escapase de él, y muchos de los animales de su laboratorio sucumbieron a enfermedades espantosas.

A pesar de todo, ocho largos años después, Plagueis seguía convencido de que tenía el éxito absoluto al alcance de los dedos. La prueba era su propia tasa incrementada de midiclorianos; y el poder que percibió en Sidious cuando finalmente regresó a Sojourn. El lado oscuro de la Fuerza estaba a su disposición y asociados algún día serían capaces de mantenerse con vida el uno al otro y gobernar la galaxia tanto tiempo como considerasen oportuno.

Pero aún tenía que informar a Sidious de eso.

Era más importante que Sidious siguiese concentrado en manipular los acontecimientos del mundo profano mientras Plagueis trataba de dominar el terreno de la Fuerza, del que lo mundanal era solo un reflejo vulgar y distorsionado.

Para estar seguro había que extinguir la luz, ¿pero durante cuánto tiempo y a qué precio?

Recordó un eclipse estelar que había visto en un mundo ya olvidado, cuya única luna tenía el tamaño perfecto y estaba a la distancia justa para cubrir completamente la luz de la primaria del sistema. El resultado no había sido la oscuridad total sino otro tipo de iluminación, singular y difusa, que había confundido a los pájaros y había permitido ver las estrellas en pleno día. Incluso completamente tapada, la primaria había brillado tras la circunferencia del satélite, y cuando la luna se apartó se produjo un momento de luz tan intensa que apenas podía soportarse.

Mirando el cielo crepuscular de Sojourn, se preguntó qué calamidad les tendría preparada la Fuerza para él o Sidious, o ambos, por haber desequilibrado deliberadamente la balanza. ¿El castigo simplemente los estaba acechando, como había pasado en Coruscant veinte años antes? Eran tiempos peligrosos; más peligrosos que sus primeros años de aprendiz, cuando el lado oscuro podría haberlo devorado en cualquier momento.

Ahora, al menos, su convalecencia estaba cerca de terminar. Sidious seguía haciéndose cada vez más poderoso como Sith y como político, sus planes más intrincados encontraban escasa o ninguna resistencia. Y la Orden Jedi zozobraba…

El tiempo diría, y el tiempo vuela.

El zabrak dathomiriano estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de permacreto, explicándole a Sidious la misión de vigilancia que había realizado en el Templo Jedi, unas semanas antes, en el momento álgido de la Crisis Yinchorri.

—Me puso enfermo ver la facilidad con la que engañaron a los infiltrados reptilianos, Maestro, incluso la centinela humana rubia que creían haber pillado desprevenida fuera del Templo. Desde donde los observaba supe que fingió sorprenderse cuando su espada de luz no logró penetrar el escudo de cortosis del agresor y que simplemente simulaba estar inconsciente cuando los yinchorri la derribaron, para después empalarlos con su espada activada —Maul gruñó, mostrando sus dientes afilados—. Su estupidez me permitió divertirme con el hecho de que su misión estaba condenada al fracaso… que los Jedi sencillamente los estaban atrayendo hacia una trampa.

El edificio abandonado de LiMerge se había convertido en el hogar y centro de entrenamiento del asesino; Los Talleres y la periferia del cercano distrito Fobosi, las sedes de sus rondas nocturnas. Dando vueltas alrededor de él con la capucha de la toga puesta, Sidious preguntó:

—¿Y los Jedi se han ganado tu respeto?

—Podrían haberlo hecho, si los infiltrados hubiesen mostrado algún talento. De haberlos capitaneado yo…

Sidious se detuvo.

—¿La misión habría tenido éxito? ¿Habrían muerto Caballeros y padawans Jedi? ¿Habríais masacrado a los jovencitos?

—Estoy seguro de ello, Maestro.

—¿Tú solo, contra los Maestros que componen el Alto Consejo?

—Actuando con sigilo podría haber matado a muchos.

Plagueis tenía razón, pensó Sidious. Le he hecho demasiado orgulloso.

En cualquier caso, la estrategia de los yinchorri había fallado. Habían muerto más Jedi, pero esas muertes nunca habían sido el principal motivo para instigar la crisis. Lo importante era que Valorum había salido airoso, con cierta ayuda de Palpatine, era cierto, pero principalmente por sí solo, consiguiendo que los senadores Yarua, Tikkes, Farr y otros le apoyasen y estableciesen el embargo. Pero con su crédito político ya agotado, la posición del Canciller era más débil que nunca. Un mínimo indicio de escándalo y el Senado perdería la escasa confianza que aún le tenía.

—Eres formidable —dijo Sidious finalmente—, pero no eres un ejército de un solo hombre. Y no he pasado años entrenándote para que ahora sacrifiques tu vida. Cuando te

concedí el título de Darth, no fue como recompensa por haber sobrevivido a misiones peligrosas, el hambre y los droides asesinos, sino por tu obediencia y lealtad. No hay duda de que dispondrás de muchas oportunidades de demostrar tu talento superior a los Jedi, pero acabar con la Orden no es tu objetivo, por mucho que la odies.

Maul bajó la cabeza, mostrando su corona de cuernos afilados en un cráneo rojo y negro.

—Maestro. Espero que los que son mi objetivo me proporcionen alegría y satisfacción.

—Eso ya lo veremos, mi aprendiz. Pero hasta entonces, hay asuntos de los que debemos ocuparnos.

Le hizo un gesto a Maul para que se levantase y le siguiera hasta el holoproyector y la rejilla de transmisión; los mismos que los gran habían dejado décadas antes, pero completamente actualizados y mejorados.

—No te pongas frente a la cámara —le dijo Sidious, señalándole un sitio—. De momento, queremos reservarte.

—Pero…

—Ten paciencia. Ya tendrás tu papel en esto.

Sidious se instaló en una silla de respaldo alto que lo envolvía como un trono y que disponía de un control remoto incorporado en uno de los brazos. Sus pensamientos eran un torbellino provocado por lo que estaba a punto de hacer. ¿Plagueis había sentido la enormidad del momento en Naboo, tantos años antes, cuando había revelado su verdadera naturaleza, quitándose por primera vez la máscara que utilizaba en público? Por mucho que lo hubiese fortalecido, ¿aquel momento también había estado impregnado de una especie de nostalgia, como si perdiera algo tan personal, tan definitivo? Lo que había sido secreto ya no volvería a serlo jamás…

El comunicador pilló al virrey Nute Gunray comiendo y sin la tiara con orejeras y el collar ornamentado lapislázuli que le daban aspecto de bufón.

—Hola, virrey —dijo Sidious.

Las membranas nictitantes de los ojos carmesí del neimoidiano se quedaron petrificadas y su hocico moteado tembló.

—¿Qué? ¿Qué? Esta es una dirección segura. ¿Cómo ha…?

—No se moleste en intentar rastrear el origen de esta comunicación —dijo Sidious, mientras los dedos de Gunray volaban por el teclado de su holomesa—. El rastreo solo le llevaría en círculos y malgastaría el poco tiempo del que disponemos…

—¿Cómo se atreve a inmiscuirse…?

—Hace poco le envié un regalo. Un pylat de manchas rojas.

Gunray lo miró asombrado.

—¿Usted? ¿Usted lo mandó?

—Supongo que es lo bastante sensato para haberlo escaneado en busca de dispositivos de rastreo.

Gunray se giró para mirar algo que quedaba fuera de cámara; probablemente el pájaro crestado.

—Por supuesto. ¿Qué pretendía mandándomelo? —su acento alargaba las palabras y suavizaba las tés.

—Considérelo una muestra de mi aprecio por el trabajo no recompensado que ha hecho para la Federación de Comercio. El directorado no reconoce sus contribuciones.

—Ellos… es decir, yo… ¿Por qué se esconde bajo la capucha de su capa?

—Es el atuendo de mi Orden, virrey.

—¿Es un clérigo?

—¿Le parezco un sacerdote?

La expresión de Gunray se hizo más agria.

—Exijo verle la cara.

—Tendrá que ganarse el privilegio de verme.

—¿Privilegio? ¿Quién se cree que es?

—¿Está seguro de que quiere saberlo?

—Exijo saberlo.

La sonrisa de Sidious apenas se vio bajo la capucha.

—Mejor aún. Soy un lord Sith.

Ya está. Ya lo he dicho.

Lo he dicho…

—¿Lord Sith? —repitió Gunray.

La respuesta llegó desde lo más profundo de su ser, desde el centro de su verdadero yo.

—Le doy permiso para llamarme Darth Sidious.

—Nunca he oído hablar de ningún Darth Sidious.

—Ah, ahora que lo ha hecho, nuestra asociación está sellada.

Gunray negó con la cabeza.

—No quiero ningún socio.

Sidious mostró parte de la cara.

—No finja estar satisfecho con su posición en la Federación de Comercio, ni que no tiene mayores aspiraciones. Ahora somos socios.

Gunray hizo una especie de siseo.

—Esto es una broma. Los Sith llevan mil años extinguidos.

—Eso es precisamente lo que la República y los Jedi quieren que crea, pero jamás desaparecimos. Durante siglos nos hemos ocupado de causas justas y nos hemos revelado a unos pocos seres elegidos, como usted mismo.

Gunray se reclinó en su silla.

—No lo entiendo. ¿Por qué yo?

—Usted y yo compartimos un gran interés sobre el destino de la República, y considero que ha llegado el momento de que empecemos a trabajar conjuntamente.

—No pienso participar en ninguno de sus planes secretos.

—¿En serio? —dijo Sidious—. ¿Cree que le elegiría a usted entre millones de seres influyentes si no le conociera perfectamente? Soy consciente de que sus deseos voraces nacen de las crueles condiciones de su infancia. Usted y sus larvas hermanas en una despiadada competición por las limitadas reservas de hongos. Pero lo entiendo. Todos estamos moldeados por nuestros deseos infantiles, nuestra necesidad de afecto y atención, nuestro miedo a la muerte. Y, teniendo en cuenta lo lejos que ha llegado, está claro que no ha tenido rival y sigue sin tenerlo. Sus años en el Senado, por ejemplo. Las reuniones clandestinas en el edificio Claus, el restaurante Follin del Corredor Carmesí, los fondos que desvió hacia Pax Teem y Aks Moe, los acuerdos secretos con Explotaciones Damask, el asesinato de Vidar Kim…

—¡Basta! ¡Basta! ¿Pretende chantajearme?

Sidious demoró su respuesta.

—Quizá no me ha oído cuando le he hablado de una asociación.

—Le he oído. Ahora dígame qué quiere de mí.

—Nada más que su cooperación. Propiciaré grandes cambios para usted y a cambio usted hará lo mismo para mí.

Gunray parecía preocupado.

—Afirma que es un lord Sith. ¿Pero cómo sé que lo es? ¿Cómo puedo saber que es capaz de ayudarme?

—Le encontré un pájaro excepcional.

—Eso apenas es una prueba.

Sidious asintió.

—Comprendo su escepticismo. Podría demostrar mis poderes, por supuesto. Pero soy reacio a convencerlo de esa manera.

Gunray inspiró.

—No tengo tiempo para esto…

—¿Tiene el pylat cerca?

—Justo detrás de mí —dijo Gunray.

—Enséñemelo.

Gunray abrió el plano de las cámaras de la holomesa para mostrar al pájaro, encerrado en una jaula que era poco más que un círculo de metal precioso, coronada con un generador de campo de estasis.

—Me preocupaba, cuando lo saqué de su hábitat en la jungla, que muriese —dijo Sidious—. Aunque parece estar como en casa en su nuevo entorno.

—Eso sugieren sus cantos —contestó Gunray.

—¿Y si le dijera que puedo atravesar el espacio y el tiempo y estrangularlo dentro de la jaula?

Gunray estaba horrorizado.

—No le creería. Dudo que ni siquiera un Jedi…

—¿Me está retando, virrey?

—Sí —dijo abruptamente; y después, igual de rápido—: ¡No, espere!

Sidious se movió en su silla.

—Aprecia al pájaro… ese símbolo de riqueza.

—Soy la envidia de los míos por tenerlo.

—¿No cree que la riqueza de verdad generaría más envidia?

Gunray se estaba poniendo nervioso.

—¿Cómo puedo responderle cuando sé que puede estrangularme si le rechazo?

Sidious lanzó un suspiro elaborado.

—Los socios no se estrangulan unos a otros, virrey. Preferiría ganarme su confianza. ¿No está de acuerdo?

—Podría estarlo.

—En ese caso, aquí tiene mi primer regalo: la Federación de Comercio va a ser traicionada. Por Naboo, por la República y por los miembros del directorado. Solo usted puede ser el líder necesario para evitar que la Federación se escinda. Pero antes debemos conseguir que le asciendan al directorado.

—El directorado actual jamás aceptará a un neimoidiano…

—Dígame qué haría falta… —empezó Sidious pero se detuvo—. No. Olvídelo. Deje que le sorprenda consiguiéndole el ascenso.

—¿Hará algo así sin pedirme nada a cambio?

—Por ahora. Cuando consiga, si lo consigo, ganarme su plena confianza, esperaré que usted haga caso de mis recomendaciones.

—Lo haré. Darth Sidious.

—En ese caso, volveremos a hablar pronto.

Sidious desactivó el holoproyector y se quedó sentado en silencio.

—Hay un mundo en el sector Videnda llamado Dorvalla —le dijo a Maul al cabo de un buen rato—. No habrás oído hablar de él, pero es una fuente de lommite, un mineral esencial para la producción de transpariacero. Dos empresas, Lommite Limitada y Minerales Intergalácticos, controlan actualmente su extracción y transporte. Pero hace tiempo que la Federación de Comercio tiene interés en hacerse con el control de Dorvalla.

—¿Cuál es la orden, Maestro? —preguntó Maul.

—De momento, solo que te familiarices con Dorvalla porque puede resultar clave para atrapar en nuestras garras a Gunray.

25: EL DISCRETO ENCANTO DE LA MERITOCRACIA

En veinte años no había puesto los pies, vientre, garra y mentón en Sojourn un cuarteto más extravagante. Una hembra mestiza theelin, su jefe hutt, el mayordomo twi'lek de este y su jefe de seguridad chevin atravesaron el patio cubierto de hojas de la fortaleza y entraron en la sala de recepción de Plagueis. Con la excepción de la theelin, parecían salir del bosque greel para unirse a las criaturas que habían construido nidos y madrigueras en las altas torretas y los pasillos fríos y húmedos de la fortaleza.

Plagueis y 11-4D esperaban en la amplia entrada.

—Bienvenido, Jabba Desilijic Tiure —dijo Plagueis a través de su máscara de respiración.

Los droides habían devuelto cierta apariencia de orden a la sala y habían instalado mesas y sillas. La luz de la mañana se colaba por las aperturas cuadradas de la parte alta de los muros y un fuego restallaba en la chimenea de piedra.

—Es un placer volver a verte después de tantos años, Magistrado Damask —dijo Jabba en un básico burdo. El criminal sin edad chasqueó su enorme lengua y maniobró su gran cuerpo de babosa para subirlo a la baja plataforma que habían instalado los droides. Mirando alrededor, añadió:

—Tus droides y tú debéis visitar mi modesta morada en Tatooine, en el Mar de Dunas Occidental.

—Algún día lo haremos —dijo Plagueis mientras se acomodaba sobre un sillón, justo frente a la plataforma.

Como los toydarianos y los yinchorri, los hutts eran inmunes a la sugestión con la Fuerza. Si Jabba hubiese sabido la cantidad de miembros de su especie con los que había experimentado Plagueis durante décadas, quizá no se hubiese mostrado tan sociable, aunque el gusto de los propios hutts por la crueldad y las torturas era legendario. Como demostraba un tatuaje en su brazo, solo se preocupaba por los miembros de su clan. No se molestó en presentar a sus subordinados, pero como solía suceder con muchos de los rufianes y pelagatos de los que se rodeaba, dos de ellos tenían una fama que los precedía. El twi'lek de tez rosada era Bib Fortuna, un antiguo traficante de especia al que su propia especie había dado la espalda. Alto y de ojos rojos, tenía unos dientes pequeños y afilados, y una gruesa y reluciente lekku que crecía en un cráneo sin pelo que parecía relleno de piedras. El chevin, una trompa de dos metros de altura con brazos a los lados, era Ephant Mon. Célebre guerrero entre los suyos y ligeramente sensible a la Fuerza llevaba encima una sábana que alguien debía de haberle puesto para ocultar su fealdad. Plagueis sabía por sus contactos en la Federación de Comercio que Mon estuvo implicado en una operación de contrabando en el tecnofóbico Cerea, suministrando motos deslizadoras a una banda de jóvenes insurgentes.

Plagueis no conocía a la theelin. Pálida y curvilínea, tenía un lustroso pelo naranja y unos lunares púrpura que descendían desde la cara y el cuello hasta desaparecer bajo un sugerente vestido.

—Diva Shaliqua —dijo Jabba cuando notó que Plagueis la estaba observando—. Una cantante de la banda.

—Como sugiere su nombre.

—Regalo de Ingoda, por los créditos que me debía —los grandes ojos de Jabba se posaron en la theelin—. Ella y Diva Funquita llegaron juntas, pero le regalé Funquita a Gardulla, con la esperanza de suavizar nuestra prolongada rivalidad —gruñó—. Mi primer error. El segundo: presentar a Shaliqua a Romeo Treblanc, que sería capaz de mover mundos por poseerla.

Famoso por su afición al juego, Treblanc era el dueño de la Ópera de las Galaxias en Coruscant. Por qué Jabba solía juntarse con jugadores y otros granujas era un misterio para Plagueis. En cierto sentido, el imperio ilegal del hutt era lo contrario del de Hego Damask, en el que, como mínimo, los criminales eran políticos, mandamases de empresas y financieros. Su visita a Sojourn era tan inusual como inesperada.

—¿Has venido a hablar de Treblanc o Gardulla? —preguntó Plagueis.

Jabba reaccionó con fastidio.

—Como siempre, directo al grano. Entiendo que eres un muun muy ocupado —se retorció para ajustar su posición en la plataforma—. Sé que fuiste determinante hace treinta años para que Gardulla tomase el control de Tatooine y así convertirlo en la base de sus operaciones esclavistas y las carreras de vainas. He venido hasta tan lejos para informarte de que Tatooine pronto tendrá otro líder —se señaló a sí mismo—. Yo.

Plagueis no dijo nada en un buen rato.

—Tenía la sensación de que Tatooine ya era tan tuyo como de Gardulla.

—Las apariencias engañan —dijo Jabba—. He intentado socavar su influencia fomentando la desconfianza entre los llamados Moradores de las arenas, los incursores tusken, pero sigo sin conseguir echarla del planeta.

Plagueis se ajustó la máscara de respiración.

—¿En qué puedo ayudarte?

Jabba lo miró.

—Resulta que me he enterado que Gardulla no ha podido devolverte los préstamos que le hiciste. Todo lo que gana en eventos como la Clásica del Día de Boonta, lo pierde apostando.

—Eso es cierto —dijo Plagueis—. ¿Pero y qué?

—Quiero que dejes de financiarla, así podré lograr que se rinda.

Plagueis se encogió de hombros.

—Tu información es incompleta, Jabba. Hace una década que no la financio.

Jabba apretó los puños enfurecido.

—Tienes influencia sobre los miembros del Clan Bancario y la Federación de Comercio que la financian.

Plagueis levantó la cabeza, como si tuviese una revelación.

—Entiendo. ¿Y qué puedo esperar a cambio?

—Para empezar, un mayor porcentaje de los beneficios de las carreras y otras empresas.

Plagueis frunció el ceño, decepcionado.

—Debes saber que no necesito créditos, Jabba. Y no habrías venido desde tan lejos, como dices, si no te hubieses enterado de algunas cosas que pudieran convencerme de apoyarte.

Jabba se retorció, conteniendo su ira.

—A cambio de tu ayuda, debilitaré la influencia de Sol Negro sobre el Directorado de la Federación de Comercio…

—No necesito ayuda —Plagueis se inclinó hacia delante—. ¿Qué sabes tú que yo no sepa?

Jabba hinchó su cuerpo, después dejó salir el aire con una risa larga y sin alegría.

—Sé algo que quizás aún no sepas sobre los Bando Gora.

Plagueis se enderezó ligeramente en el sillón. Los espantosos asesinos enmascarados de Bando Gora eran una preocupación creciente en el Borde Exterior y generaban problemas a los líderes de algunos cárteles a los que Plagueis daba apoyo.

—Eso me interesa, Jabba.

—La secta tiene un nuevo líder —prosiguió Jabba, feliz por dominar la situación—. Una hembra humana que ha organizado un plan con Gardulla, un dug de Malastare llamado Sebolto y un senador de la República para distribuir varas de la muerte contaminadas y así proporcionar reclutas descerebrados a Bando Gora.

Plagueis se proyectó con la Fuerza para observar al hutt. Jabba no estaba mintiendo.

—Y esa hembra humana… —dijo.

—Solo he oído rumores.

Jabba volvía a decir la verdad.

—Los rumores me bastan por ahora.

El hutt se frotó sus gruesas manos.

—Se llama Komari Vosa y corre la voz de que es una antigua Jedi.

Plagueis conocía de sobras aquel nombre. Unos diez años antes, Komari Vosa había sido padawan del Maestro Dooku.

Detrás de cada una de las plataformas flotantes de la Rotonda, las estaciones de atraque se extendían en complejos de oficinas con forma de cuña de más de medio kilómetro de longitud, en los que los senadores se reunían, recibían invitados y, en raras ocasiones, hacían el trabajo para el que habían sido elegidos o nombrados. Algunas de las oficinas eran entornos sellados, en los que se replicaban las atmósferas de los mundos miembros; otras, especialmente las que pertenecían a las especies colmena, estaban ocupadas por

centenares de seres que realizaban sus tareas en cubículos que parecían celdas de un panal. En comparación, la de Naboo era bastante prosaica en diseño y adornos, pero no tenía rival en lo que respecta al número de visitantes de alto perfil que recibía.

—Estoy pensando en abandonar la Orden —le dijo el Maestro Dooku a Palpatine en la sala sin ventanas que era el despacho privado del senador—. No puedo seguir acatando las decisiones del Consejo y tengo que ser libre para expresar libremente lo que pienso sobre el precario estado de la República.

Palpatine no respondió, pero pensó: por fin.

Con Darth Maul viajando hacia Dorvalla en su primera misión, Palpatine había pasado toda la tarde preocupado, y ahora aquella confesión de Dooku, tan esperada como sorprendente.

—Esta no es la primera vez que te exasperas con el Consejo —dijo con cautela—, y probablemente no será la última.

Dooku negó enérgicamente con la cabeza.

—Nunca más. Ni siquiera después de Galidraan. No tengo más remedio.

Habían pasado muchos años desde lo sucedido en el glacial Galidraan, pero para Dooku el incidente seguía siendo una herida abierta. Un gobernador local había logrado involucrar a los Jedi en un conflicto con mercenarios mandalorianos que había provocado la muerte de once Jedi y había aniquilado a los Verdaderos Mandalorianos, completamente inocentes de los cargos de los que se les había acusado, excepto a uno. Desde entonces, siempre que Palpatine y él se veían, Dooku parecía cada vez menos un Maestro Jedi y más el noble que habría sido en su Serenno natal. Meticulosamente acicalado, se comportaba como un aristócrata, utilizando túnicas y pantalones a medida, y una capa negra aterciopelada que le daba un aspecto elegante y teatral. La empuñadura ligeramente curvada de su espada de luz también parecía un adorno, aunque era célebre por ser uno de los mejores duelistas de la Orden. Y tras aquella máscara de urbanidad arrogante, Palpatine sabía que era capaz de ser muy cruel.

—Por petición del Senado —continuó Dooku—, el Consejo envió varios Jedi a Baltizaar y mi antigua padawan logró de alguna manera acompañarlos.

Palpatine asintió sobriamente.

—Algo he oído. El senador de Baltizaar solicitó ayuda para ahuyentar los ataques de los Bando Gora.

—Unos secuestradores y asesinos sádicos —dijo Dooku irritado—. Lo que se necesitaba era una operación militar, no la intercesión Jedi. Pero no importa, el Consejo aceptó la petición y ahora se cree que Komari Vosa y los demás están muertos.

Palpatine arqueó una ceja.

—¿La joven que se obsesionó contigo?

—La misma —dijo Dooku en voz baja—. En Galidraan combatió brutalmente contra los mandalorianos, casi como si intentase impresionarme. En consecuencia, le comuniqué al Consejo que no estaba preparada para las pruebas ni para ser nombrada Caballero Jedi.

Para agravar el error inicial de enviar Jedi, el Maestro Yoda y los demás han rechazado enviar refuerzos para buscar a los supervivientes.

Palpatine reflexionó.

—Si quería volver a impresionarte en Baltizaar, lo único que ha demostrado Komari Vosa es que tenías razón sobre ella.

Dooku lo miró.

—Quizá. Pero el fracaso es mío —se pasó una mano por su barba corta—. Con lo hábil que soy con la espada de luz, resulta que soy un profesor ineficaz. El Maestro Qui-Gon Jinn se ha convertido en un solitario sigiloso. Y ahora Vosa… —gruñó—. Decliné ser miembro del Consejo para consagrarme a la diplomacia y mira lo que ha pasado. La República se está sumergiendo más profundamente en el caos.

—Eres un hombre solo contra una galaxia repleta de canallas —dijo Palpatine.

A Dooku le brillaron los ojos.

—Un hombre debería ser capaz de marcar la diferencia si es lo bastante poderoso.

Palpatine dejó que el silencio se alargara.

—¿Reclamarías el título de Conde de Serenno?

—Estoy en mi derecho. Mi familia está de acuerdo. Ahora solo tengo que informar al Alto Consejo.

—¿Alguien ha abandonado la Orden alguna vez?

—Diecinueve antes que yo.

—¿Has compartido tu descontento con alguno de ellos?

—Solo con el Maestro Sifo-Dyas.

—Por supuesto.

Dooku miró hacia arriba.

—Le preocupa que haga algo demasiado impulsivo.

—¿Abandonar la Orden no es bastante impulsivo?

—Teme que denuncie abiertamente al Consejo y sus divisiones internas respecto a cumplir las instrucciones del Senado —miró a Palpatine a los ojos—. Estoy casi decidido a unirme a tu causa.

Palpatine se tocó el pecho.

—¿Mi causa?

Dooku sonrió picaramente.

—Entiendo de política, amigo mío. Sé que debes ser prudente con lo que dices y a quién se lo dices. Pero si los mundos desfavorecidos del Borde Exterior cuentan con algún apoyo es principalmente gracias a ti. Hablas con franqueza, defiendes a los menos privilegiados y puede que seas el único capaz de alejar a la República del borde del precipicio. A no ser, por supuesto, que me hayas estado mintiendo todos estos años.

Palpatine no dio importancia al comentario.

—Bueno, quizá te he mentido alguna vez, por omisión.

—Eso estoy dispuesto a perdonártelo —dijo Dooku—, si nos convertimos en socios además de aliados.

Palpatine entrelazó los dedos de sus manos.

—Es una idea interesante. Deberíamos profundizar en nuestras conversaciones, ser completamente honestos el uno con el otro, mostrar nuestros pensamientos y sentimientos más profundos para comprobar si de verdad compartimos los mismos objetivos.

—Te soy completamente sincero cuando te digo que la República necesita ser derribada y reconstruida desde los cimientos.

—Ese es un objetivo muy elevado.

—Sí, muy elevado.

—Podría requerir de una guerra civil.

—¿Acaso estamos muy lejos de ella? —Dooku se quedó en silencio un momento y después dijo—: El Senado se debate intentando resolver disputas que los Jedi a menudo viven en sus carnes. Las leyes se aprueban después de que nosotros hayamos desenfundado nuestras espadas de luz.

—Fueron los Jedi los que juraron apoyar a la República.

—Sifo-Dyas y yo hemos discutido incansablemente sobre el lugar de la Orden en todo esto —le espetó Dooku—. Pero los miembros del Consejo no están dispuestos a hacerlo. Están anclados en un pensamiento arcaico y les cuesta abrazar los cambios —hizo una pausa y adoptó una expresión siniestra—. No te dejes engañar, Palpatine. Ven un horizonte muy oscuro. De hecho, casi no piensan en otra cosa. Por eso han permitido que los Jedi se involucren en conflictos provinciales, como los de Galidraan, Yinchorr y Baltizaar, que son como pequeños incendios provocados por las ascuas traídas por el viento desde el enorme incendio que arde más allá del horizonte. Pero en lugar de alzarse contra la corrupción de la República, se han concentrado en la profecía. Esperan la llegada del redentor que devolverá el equilibrio a la Fuerza y restaurará el orden.

—¿Un redentor? —Palpatine lo miró con auténtica sorpresa—. Nunca me habías hablado de esa profecía.

—Ni lo hubiese hecho ahora si siguiese siendo leal a la Orden.

—Nunca había pensado que la Fuerza necesitase ser equilibrada.

Dooku frunció los labios.

—La Orden interpreta que la profecía significa que la ola oscura debe ser contenida.

—¿Y tú no estás de acuerdo?

Dooku tenía la respuesta preparada.

—La verdad es esta: los Jedi podrían hacer realidad la profecía, si estuviesen dispuestos a liberar plenamente los poderes de la Fuerza.

—¿Los poderes de la Fuerza? —dijo Palpatine—. Me temo que me he perdido.

Dooku resopló.

—Podemos hablar de esto más adelante.

—¿Tu decisión ya está tomada?

Dooku asintió.

—Si muere un solo Jedi más por culpa de la indolencia de la República y los errores morales del Consejo, dejaré el Templo sin mirar atrás.

En cuanto Dooku salió del despacho, Sidious se puso la capa y corrió a su próxima cita. Paró un taxi aéreo en la Plaza del Senado y le dijo al conductor gran que lo llevara al puerto espacial de Tannik.

Se relajó en el asiento acolchado y exhaló, como si fuera la primera vez que lo hacía en todo el día. En un año estándar había pasado de llevar una doble vida a manejar casi media docena: aprendiz de Plagueis; Maestro de Maul; senador reputado; aliado del Canciller Supremo Valorum; y líder de una creciente camarilla de conspiradores que incluía a Pestage, Doriana, Greejatus —aspirante a remplazarlo en el Senado—, el humano sensible a la Fuerza Sim Aloo, el analista de inteligencia Armand Isard, el senador de Eriadu Wilhuff Tarkin, y la telépata umbarana Sly Moore, a la que había convertido en su asistente secreta.

Y otro que llevaba una doble vida era Dooku. Ocupándose de asuntos Jedi mientras en privado flirteaba con el lado oscuro, ansioso por emplear todo el poder de la Fuerza en la esfera mundana, una lenta reorientación que era una curiosa inversión de la de Darth Gravid, a quien su búsqueda de preeminencia se le había escapado de las manos.

Para los Jedi, la Maestría se concedía cuando uno llegaba a un verdadero entendimiento de los caminos de la Fuerza; para los Sith, ese nivel de entendimiento no era más que el principio. Las sencillas capas de la Orden Jedi anunciaban: no me falta nada, porque estoy vestido con la Fuerza; las capas de los Sith: soy la luz en la oscuridad, la convergencia de energías opuestas. Pero aunque todos los lores Sith eran poderosos, no todos eran brillantes o poseían plenamente los poderes que el lado oscuro les ofrecía. Darth Millenial se había rebelado contra las enseñanzas de su Maestro, Darth Cognus, e incluso Plagueis le dijo que había llegado a un punto muerto filosófico con su Maestro, Tenebrous.

Gravid, un lord Sith humano cuyo reinado había transcurrido unos cinco siglos antes, se había convencido de que un compromiso absoluto con el lado oscuro sentenciaría a la Orden Jedi a la derrota final, así que había pretendido introducir el altruismo y la compasión Jedi a sus enseñanzas y prácticas, olvidando que un adepto que se ha sumergido en la oscuridad no puede regresar a la luz; que el lado oscuro no renunciará a alguien que ha reclamado para sí, de mutuo acuerdo. Cada vez más loco por sus intentos de estar en ambas esferas, Gravid se convenció de que la única manera de salvaguardar el futuro de los Sith era esconder o destruir la sabiduría tradicional que se había amasado durante generaciones —los textos, holocrones y tratados—, de manera que los Sith pudiesen crear un nuevo amanecer que garantizara su éxito. Atrincherado junto a su aprendiz twi’lek, Gean, dentro de los muros de un bastión que había construido en Jaguada, lo intentó, y se cree que destruyó más de la mitad del depósito de artefactos

hasta que Gean, demostrando gran voluntad y coraje, logró penetrar en los campos de Fuerza que Gravid había erigido alrededor de su baluarte y mató a su Maestro con sus propias manos, aunque le costó un brazo, un hombro y toda la parte izquierda de la cara y el pecho.

Dooku, un Maestro Jedi de gran prestigio, posiblemente poseía ya cierto conocimiento teórico del lado oscuro; incluso más si había tenido acceso a los holocrones Sith guardados en el Templo. Podía ser un estorbo para la República, pero difícilmente sería un agente del caos, como habían sido Plagueis y Sidious. Aun así, sería interesante ver lo lejos que Dooku estaba dispuesto a llegar…

Palpatine tenía que informar a Plagueis de aquella conversación. ¿O no? ¿Un aprendiz tenía permitido ocultarle cosas a su Maestro?

No. Nunca. Especialmente cuando existía la posibilidad de que Plagueis se enterase de la apostasía de Dooku por su cuenta.

Con una serie de maniobras temerarias, el conductor gran cambió de carril y descendió rápidamente hacia el puerto espacial de Tannik; una plataforma de atraque semicircular situada en la periferia del distrito Mannai y rodeada por todas partes de mónadas altísimas. Reservado para cargueros de bajo impacto ambiental, el puerto era un refugio para tripulantes drogados y secuestrados, trabajadores itinerantes e inmigrantes sin papeles de diversas especies, la mayoría de los cuales buscaban un billete de tercera clase hacia mundos remotos.

Contento por bajarse del taxi aéreo, Palpatine se abrió paso entre la multitud y puso rumbo a la sede del Movimiento de Ayuda a los Refugiados, cuya austeras oficinas estaban situadas bajo el hueco de la planta superior del puerto. A medio camino de su destino divisó al robusto naboo que había venido a ver, plantado junto a su esbelta mujer y dando órdenes a un grupo de jóvenes voluntarios. Adoptando una expresión de alegría y saludando con la mano, Palpatine gritó:

—Ruwee.

El hombre se giró al oír su voz y sonrió ampliamente.

—¡Palpatine!

Ruwee Naberrie, presidente del MAR, tenía la cabeza grande y cuadrada, los labios finos, la cara bien afeitada y el pelo corto. Antiguo habitante de las montañas, constructor de oficio y asiduo profesor no numerario de microeconomía en la Universidad de Theed, no era fácil engañarlo y su expresión habitual era de sinceridad. La organización sin ánimo de lucro que dirigía se dedicaba a proporcionar ayuda a los miles de millones de habitantes de los niveles más bajos de Coruscant.

—Qué feliz coincidencia —dijo Ruwee, encajando la mano de Palpatine.

Los dos naboo tenían una edad parecida, pero Ruwee era un producto de la educación pública, no de la serie de instituciones privadas en las que había estudiado Palpatine.

—¿Te acuerdas de Jobal?

Aquella mujer de cara triangular y ojos compasivos y separados estaba envejeciendo muy dignamente, aunque su larga melena seguía siendo morena y exuberante. Casada con Ruwee en un matrimonio concertado, era igual de seria que él y estaba igual de comprometida con el movimiento de los refugiados.

—Por supuesto —dijo Palpatine. Tras hacer una reverencia con la cabeza, dijo—: Señora Naberrie.

Ella hizo el ademán de ir a abrazarlo pero se lo pensó mejor y se limitó a sonreírle.

—Me alegro mucho de volver a verlo, senador.

Ruwee le tocó la espalda.

—No he tenido la oportunidad de agradecerte personalmente que me permitieras hablar en el Senado sobre la crisis de refugiados en Sev Tok.

Palpatine hizo un gesto para restarle importancia.

—Fue un honor participar en una causa tan noble. Por cierto, Onaconda Farr te manda recuerdos.

—Rodia debería estar orgulloso de él —dijo Ruwee—. Uno de los pocos miembros del Senado que reconoce que no debería presuponerse la buena fortuna sino que debería servir como impulso para reconfortar a los menos afortunados.

Palpatine sonrió levemente.

—¿Qué le trae a los muelles, senador? —preguntó Jobal.

—No es una simple coincidencia, señora. De hecho, se trata de una cuestión de la máxima urgencia relacionada con su hija, Padmé.

—Está aquí —dijo Ruwee.

Palpatine lo miró.

—¿En Coruscant?

—Aquí, en Tannik —señaló un muelle cercano, donde una enérgica chica de pelo moreno estaba conduciendo un palé antigravedad cargado de alimentos hacia un muelle en el que esperaba un carguero. Al ver a su padre, Padmé saludo con la mano.

—¿Quién es el joven que la acompaña? —preguntó Palpatine.

—Ian Lago —dijo Jobal.

Palpatine agudizó la vista.

—¿El hijo del consejero del rey Veruna?

Jobal asintió.

—Está un poco enamorado.

—¿Y Padmé de él?

—Esperamos que no —dijo Ruwee—. Ian es un buen chico, pero… bueno, digamos que Kun Lago no se alegraría demasiado si se enterase de que su hijo ha estado confraternizando con el enemigo, por así decirlo.

Consciente de que el joven Ian lo estaba mirando con un interés repentino, Palpatine le devolvió la mirada y después dijo:

—Esto me lleva directamente al motivo de mi visita. Como seguro que sabéis, nuestro rey me ha dado instrucciones de apoyar a la Federación de Comercio en la cuestión de la imposición de tasas a las zonas de libre comercio.

—Por supuesto —dijo Ruwee con evidente desdén—. Si no cómo podría seguir llenándose los bolsillos de su toga con las comisiones.

Palpatine asintió.

—Tú, yo y algunos otros nobles lo sabemos. Pero quizá ha llegado la hora de que el resto de Naboo descubra sus secretos.

La expresión de Jobal se agrió.

—Si está hablando de retarlo en la próxima elección, es una causa perdida.

—Lamento discrepar, señora —dijo Palpatine—. Ya he abordado, discretamente, a varios miembros del electorado y coinciden en que un candidato adecuado podría derrotar a Veruna.

Cuando desvió la mirada hacia Padmé, Ruwee se quedó boquiabierto.

—No puedes decirlo en serio.

—Pues sí, Ruwee. Miembro del Programa Legislativo Juvenil desde los ocho años; Aprendiz de Legislador a los once. Su trabajo con los refugiados en Shadda-Bi-Boran. Además, cuenta con más apoyo popular en Theed del que ha tenido ningún gobernador desde hace generaciones.

Jobal parpadeó y sacudió la cabeza incrédula.

—¡Palpatine, acaba de cumplir trece años!

Palpatine extendió las manos.

—Naboo ha elegido reinas más jóvenes, señora. Y su reinado podría durar cincuenta años —no estaba dispuesto a ceder ante Ruwee y Jobal—. En la constitución hay una disposición que permitiría que la monarquía fuese hereditaria si la dinastía fuese digna de merecerlo. ¿Y qué familia hay más digna de merecerlo que los Naberrie?

Marido y mujer se miraron.

—Eso es muy halagador, senador… —empezó a decir Jobal cuando Palpatine la cortó.

—Los naboo están hartos de monarcas como Tapalo y Veruna. Padmé permitiría que Naboo se reinventase a sí mismo.

Ruwee lo meditó un momento.

—Aunque Padmé contemplase esa posibilidad, no estoy seguro de que se la pudiese convencer de apoyar las tasas para las zonas de libre comercio, sabiendo lo que eso puede suponer para Naboo y otros mundos periféricos.

—No será necesario que se posicione al respecto —replicó Palpatine—. Solo necesita hacer campaña contra la corrupción, los acuerdos secretos y la bochornosa posición en la que Veruna ha colocado a Naboo.

Jobal entrecerró los ojos, dubitativa.

—A riesgo de meter el dedo en la llaga, senador, usted ayudó a Veruna a subir al trono y desde entonces lo ha defendido.

Palpatine negó con la cabeza.

—No lo he defendido. Siempre me he considerado a mí mismo un contrapeso y en los últimos años nos hemos encontrado en bandos opuestos prácticamente en todas las cuestiones, incluida la biblioteca que construyó y los créditos que dilapidó creando una fuerza espacial para Naboo —se quedó callado un momento, y después dijo—: Confiad en mí, puede derrotar a Veruna.

De nuevo, Ruwee y Naberrie intercambiaron miradas de preocupación.

—Somos unos provincianos, Palpatine —dijo Ruwee finalmente—. El mundo de la política… la política galáctica, nada menos…

Palpatine apretó los labios.

—Lo entiendo. Pero ¿qué os empujó a abandonar las montañas para trasladaros a Theed si no Padmé y Sola, y las oportunidades que podrían tener allí?

Palpatine sostuvo la mirada pensativa de Ruwee. Empieza a titubear.

—No me gustaría que Padmé se metiese en esto y terminase perdiendo, Palpatine.

Palpatine sonrió.

—Trabajaré conjuntamente contigo para que eso no suceda. No quisiera precipitarme, pero prácticamente puedo garantizarte el apoyo del Canciller Supremo.

—¿Valorum conoce a Padmé? —preguntó Jobal gratamente sorprendida.

—Por supuesto —Palpatine hizo una pausa—. Con Padmé como competidora, puede que Veruna vea la luz y abdique.

Jobal se rió y después miró a Palpatine muy seria.

—Corre usted mucho, senador.

26: SU NATURALEZA MÁS BÁSICA

En un día despejado, contemplando Los Talleres desde una habitación llena de escombros en la azotea circular del edificio LiMerge, Maul solo podía ver la elegante aguja central del Templo Jedi, alzándose sobre el horizonte. Con su Maestro de camino a Eriadu para asistir a una cumbre que él mismo había convocado, el zabrak se había acostumbrado a subir a la azotea al menos una vez al día, con los electrobinoculares en la mano, para mirar la distante aguja con la esperanza de ver a algún Jedi.

Pero eso no había sucedido.

Si había algún Jedi debía de estar sentado en contemplación, como él mismo sabía que debería estar haciendo. O, de no meditar, debería estar terminando la moto deslizadora elegantemente curvada que había bautizado con el nombre de Bloodfin, o el droide llamado C-P3X, o perfeccionando su manejo del lanzaproyectiles incorporado a la muñeca conocido como lanvarok. Darth Sidious habría preferido que se dedicase a cualquiera de esas tareas antes que a mirar el pináculo ornamentado del Templo, soñando con el día que pudiese enfrentarse con un Maestro Jedi. Pero desde su regreso de Dorvalla, varias semanas estándar antes, estaba demasiado inquieto para quedarse sentado en el suelo con las piernas cruzadas, inmerso en el flujo del lado oscuro, o para estudiar detenidamente los planos del droide sonda que Darth Sidious le había dado antes de marcharse.

Cuando Maul reflexionaba sobre el tiempo que había pasado en Dorvalla, sus pensamientos no se centraban en los asesinatos que había cometido. Había matado a muchos seres en su corta vida y no había nada en las muertes de Patch Bruit, Caba'Zan y los demás implicados en el negocio de la extracción de lommite que las distinguiera de asesinatos previos. De hecho, la imprudencia de los mineros debería haberlos condenados a muertes lentas en lugar de los rápidos finales que Maul les había dispensado. Lo que recordaba era la sensación de pertenencia que la misión le había dado. No solo había sido capaz de recurrir a sus talentos para infiltrarse sigilosamente, rastrear y combatir, sino que los había utilizado de una manera que impulsaba el Gran Plan Sith, algo que no había sucedido durante sus años de entrenamiento en Orsis ni durante las incursiones que Darth Sidious le había permitido hacer en otros mundos. Al regresar a Coruscant, el Señor Oscuro lo había felicitado, lo que, suponía Maul, debía de ser suficiente recompensa. Y pudiera haberlo sido si a aquella misión le hubiese seguido otra. Pero Darth Sidious lo había excluido de la operación Eriadu y se había mostrado muy vago respecto a los planes futuros.

Como consecuencia directa de lo que Maul había hecho en Dorvalla, Lommite Limitada y Minerales InterGalácticos se había fusionado y las había absorbido la Federación de Comercio, lo que había provocado el ascenso de Nute Gunray al directorado de siete miembros de la compañía. En posteriores conversaciones con el virrey, Darth Sidious le había pedido que los neimoidianos sacrificasen voluntariamente

uno de sus cargueros Lucrehulk, junto a un cargamento de lingotes de aurodio, para financiar a un grupo insurgente del Borde Exterior conocido como Frente Nebulosa. Maul se había mostrado desconcertado por la decisión de su Maestro de revelar su identidad al líder del grupo, igual que había hecho en su primera comunicación con Gunray; después le consternó enterarse de que su líder, un humano llamado Havac, había traicionado a Darth Sidious intentando asesinar al Canciller Supremo Valorum en Coruscant. Darse cuenta de que su Maestro podía ser engañado, que no era infalible, tuvo un efecto curioso en Maul. Le había causado inquietud, una repentina preocupación por la seguridad de su Maestro que se había inmiscuido en su habilidad para aquietar su mente y encontrar consuelo en el lado oscuro. No era miedo, ya que el miedo era algo ajeno a Maul, sino un desasosiego fastidioso. Desasosiego por el ser que una vez había intentado matar y que quizá se esperaba que matara. Todas aquellas semanas siguió deambulando por el edificio LiMerge, como una mascota doméstica buscando el olor de su dueño.

Pero cuando expresó el deseo de participar en la operación Eriadu, aunque eso solo supusiera ayudar a los neimoidianos a conseguir armas de las especies colmena o iniciar las operaciones de fabricación en Alaris Prime u otros mundos remotos, su Maestro había rechazado la idea sin pensárselo dos veces.

Tú no formas parte de esto, le había dicho sin más explicaciones, y para compensarlo, suponía Maul, le había dado los planos de Ojo Oscuro.

Aquel rechazo también había dado pie a preguntas nuevas. Entre todos los seres de la galaxia, el Señor Oscuro lo había elegido a él para servirle como aprendiz y eventual sucesor, pero Darth Sidious no le había proporcionado las herramientas que necesitaría para llevar adelante el imperativo Sith. A pesar de todos sus intentos por familiarizarse con el panorama político y las organizaciones criminales —algunas aliadas con Darth Sidious, otras opuestas a sus planes—, tenía un conocimiento limitado de cómo funcionaba exactamente la galaxia. Entendía que la guerra de los Sith era contra la Orden Jedi y no contra la República, pero no tenía la menor idea de cómo se iba a hacer realidad su venganza.

¿Qué pasaba si le sucedía algo inesperado a su Maestro? ¿Había un plan de emergencia? A diferencia de Darth Sidious, que se hacía pasar por el senador de la República Palpatine y debatía cuestiones complejas en el Senado, Maul no tenía identidad secreta. Con sus ojos amarillos y una cabeza cornuda que era una máscara negra y roja de marcas arcanas, hacía todo lo posible por merodear por Los Talleres sin aterrorizar a todos los seres que lo veían.

Maul había esperado que su vida cambiase cuando Darth Sidious lo trasladó a Coruscant. Pero en muchos sentidos el traslado le parecía una vuelta a sus días como aprendiz de combate en Orsis, esperando permiso para combatir, recibiendo felicitaciones y recompensas, sin más encargo que entrenar más duro. Las visitas ocasionales de su Maestro le habían permitido soportar el aislamiento y la superficialidad de su existencia.

Solo cuando empezó su instrucción en las artes Sith sintió que era singular, que tenía un propósito…

Pero no perdía completamente la esperanza.

Ocasionalmente, Darth Sidious le hablaba de una misión de máxima importancia que debían llevar a cabo juntos; una que les obligaría a utilizar todos sus poderes. Aún tenía que darle más detalles, incluso respecto a los estudios de Maul. Pero seguía insinuando que la misión era inminente. Y, cada vez más, Maul percibía que estaba conectada de alguna manera con el mundo natal de su Maestro, Naboo.

Después de que el rey solicitase su presencia, Palpatine interrumpió su viaje a la cumbre de Eriadu para detenerse en Naboo. El puerto espacial estaba abarrotado de naves de diseños inusuales y Theed era un hervidero de ciudadanos que llenaban a rebosar las calles que rodeaban la Plaza del Palacio para oír hablar a Padmé Amidala. En marcado contraste con el entusiasmo que mostraba la multitud, y organizada aparentemente como una especie de contraprogramación, en la sala del trono del palacio se celebraba una fiesta extravagante a la que habían asistido los más corruptos partidarios de Veruna del electorado y varias docenas de extranjeros de carácter dudoso. El anuncio de la llegada de Palpatine fue recibido con insinuaciones susurradas y risas maliciosas, que prosiguieron mientras lo acompañaban hasta un asiento en la mesa del rey, frente a Veruna y atrapado entre Kun Lago y la jefa de seguridad Magneta.

Haciendo un gesto con su bastón real para pedir orden, Veruna recibió a Palpatine con una sonrisa exagerada.

—Bienvenido, Palpatine —la bebida le hacía farfullar levemente. Dio una palmada y dijo—: Traed vino para el célebre senador de Naboo.

—Gracias, Majestad —dijo Palpatine, imitando la falsedad de Veruna—. Llevo demasiado tiempo sin beber vino de flores.

Veruna golpeó con un puño la larga mesa de madera.

—Pues traedle dos copas y servidle hasta que sacie su sed.

Palpatine se reclinó en el asiento mientras los sirvientes se apresuraban a cumplir las órdenes de Veruna. A ambos extremos de la mesa había seres que conocía por referencias aunque no personalmente. En el extremo a la derecha de Veruna se sentaba Alexi Garyn, líder del sindicato criminal Sol Negro; y en el extremo izquierdo, subida sobre unos cojines y fumando una pipa de agua, había una hembra hutt llamada Gardulla, de Tatooine. Entre el séquito que la acompañaba había dos humanoides cuyos uniformes militares identificaban como miembros del grupo terrorista Bando Gora.

Más munición para Padmé Naberrie, pensó.

—Dinos, Palpatine —le dijo Veruna después de limpiarse los labios con la manga de su llamativa toga—, ¿qué te ha llevado a convocar esa cumbre en Eriadu?

Palpatine ignoró las copas de vino.

—La cumbre proporcionará la oportunidad a todos los implicados de expresar sus pensamientos y quejas respecto a la imposición de tasas en las zonas de libre comercio.

—Estoy seguro de que tus amigos de la Federación de Comercio deben estar muy contentos.

Palpatine esperó a que todos terminasen de reír, satisfecho porque la conversación fuera por los derroteros que esperaba.

—Naboo se juega mucho en esta cumbre, Majestad.

—Ah, o sea que lo has hecho por el bien de Naboo —Venina alzó la voz para que todos los reunidos en la mesa pudieran oírle—. ¡Palpatine lo ha hecho por el bien de Naboo! —su expresión se endureció mientras se inclinaba hacia delante—. No dudo que también pensabas en Naboo cuando les planteaste a los Naberrie que su hija se opusiera a mí en la próxima elección.

—Piénselo dos veces antes de negarlo —le dijo en voz baja Magneta.

Lago se inclinó hacia él para añadir:

—Mi hijo estaba presente cuando les hiciste el ofrecimiento.

—Con Padmé Naberrie, si no me equivoco —dijo Palpatine en tono conspirativo. Mientras Lago intentaba entenderlo, miró a Veruna—. Charlamos sobre el movimiento de apoyo a los refugiados.

El monarca le miró con furia, después hizo un gesto desdeñoso con la punta de los dedos.

—Bueno, eso ya es pasado. Y me temo que tú también, senador —haciendo un gesto amplio en dirección a la Plaza del Palacio, dijo—: ¿De verdad crees que esa pequeña insurgente puede derrocarme? ¿La hija de unos campesinos?

Palpatine se encogió de hombros.

—La multitud que ha congregado parece creer que sí.

—Idealistas —dijo Veruna desdeñosamente—. Retrógrados. Sueñan con el Naboo de hace cincuenta años, pero no van a hacer realidad sus sueños —cortaba el aire con un dedo frente a la cara de Palpatine—. Mi primer acto oficial tras la reelección será cesarte como senador —miró a Lago—. Kun será el nuevo representante de Naboo.

Palpatine frunció el ceño con una decepción fingida.

—Janus Greejatus sería mejor elección.

Veruna se puso furioso.

—¡Tu recomendación es su condena! Y te sugiero que te quedes en Coruscant, porque no serás bienvenido en Naboo —bajó la voz—. Recuerda que dispongo de información que puede acabar contigo, Palpatine. Igual que tú, los Naberrie y los demás intentáis acabar conmigo.

La mesa se quedó en silencio cuando un escuadrón de cazas estelares N-l pasó frente a las ventanas arqueadas para molestar a la congregación de la plaza.

Palpatine sonrió.

—Los naboo se alegrarán al ver que su fuerza espacial sirve para algo, Majestad.

La cara abotargada de Veruna enrojeció.

—Más de lo que te imaginas. Te dije que quería terminar con nuestra asociación con la Federación de Comercio y Hego Damask, y eso haré.

Palpatine miró a la hutt y sus esbirros de Bando Gora.

—Con la ayuda de tus nuevos socios. ¿Y qué harás… expulsar a los cargueros de la Federación de Comercio del sector Chommell? ¿Retar abiertamente a Damask?

—Damask ha traicionado a todo el mundo. Pregúntale a Gardulla. Pregúntale a Alexi Garyn. El muun debería haber aprendido la lección que los gran intentaron darle hace treinta años.

Palpatine se complació secretamente con el comentario. Y tú cometes las mismas meteduras de pata atroces que ellos.

—¿Por qué piensas que no lo ha hecho?

Veruna empezó a hablar, pero se calló lo que iba a decir y volvió a empezar.

—A partir de este momento, Naboo controlará sus propios recursos. Gardulla y Sol Negro supervisarán la exportación de plasma y la importación de mercancías; y los Bando Gora protegerán nuestros intereses en las vías espaciales. Es una lástima, pero tú no formarás parte de esto.

—Está claro que es una lástima —dijo Palpatine poniéndose de pie—. Hasta que me remplaces, Majestad, seguiré defendiendo los intereses de Naboo, en Eriadu y en Coruscant. Si veo a Damask, me aseguraré de decirle que subestimó… tus ambiciones.

Veruna le miró fijamente.

—No te preocupes demasiado, Palpatine. No volverás a verlo.

Con el transpirador adherido a la cara, Plagueis avanzó con ágil resolución por las gélidas habitaciones que habían albergado veinte años de experimentos. La mayoría de jaulas y celdas estaban ahora vacías, los cautivos que contenían habían sido liberados. Se preguntaba si los bosques greel de Sojourn se convertirían en una especie de laboratorio, un escenario de madera escarlata para la evolución mutante. UnoUno-Cuatro-Dé pasó junto a él arrastrando los pies camino del patio, cargado con cajas de almacenaje de aleación en sus cuatro brazos.

—Asegúrate de que todos los datos se borran definitivamente —dijo Plagueis.

El droide asintió.

—Me aseguraré por tercera vez, Magistrado Damask.

—Y, CuatroDé, dile a la Guardia Sol de que contactaré con ellos en Thyrsys.

—Me ocuparé de ello, Magistrado.

Plagueis entró en la sala que había utilizado como cámara de meditación. Aunque ya tenía grabado en la memoria aquel espacio de techo alto, examinó en silencio el escaso mobiliario, como si buscase algún detalle que se le hubiese pasado por alto. Sus ojos se detuvieron en la pequeña antecámara en la que Sidious y él se habían sentado cuando

provocaron el cambio, y la fuerza de aquel recuerdo fue tal que lo catapultó a un momento de intenso ensimismamiento.

Desde hacía algún tiempo sabía que Sidious era cada vez más crítico con su fijación con los secretos de la vida y la muerte. Seguro que Sidious pensaba que Plagueis se había obsesionado demasiado con el proyecto, descuidando muy a menudo el Gran Plan; que había terminado dando más importancia a su propia supervivencia que a la de los Sith. Mientras, sobre Sidious había recaído la responsabilidad de organizar y ejecutar los planes que les llevaría a los dos al poder en Coruscant. Sidious dirigiendo los acontecimientos galácticos de forma muy parecida a como Plagueis supervisaba las corrientes del lado oscuro. Aun así, el arreglo era como debía ser, ya que Sidious tenía un don para los subterfugios que superaba el de cualquier lord Sith precedente, Bane incluido.

A Plagueis le parecía irónico que Sidious sintiese respecto a él lo mismo que él había sentido respecto a Tenebrous al final de su largo aprendizaje. Tenebrous confiaba más en la ciencia bith y en los pronósticos informáticos de lo que él confiaba en las artes Sith… Pero Plagueis entendía también que había llegado el momento de poner en marcha la fase más importante de su plan: el ascenso de Palpatine a la cancillería y el inaudito nombramiento de Hego Damask como cocanciller de la República. Un Hego Damask eternamente joven, como podría comprobar todo el mundo. Cuando hubiesen superado esa fase, podrían dedicarse a la tarea mayor de aniquilar la Orden Jedi.

Los titubeos del Maestro Dooku respecto a la posibilidad de abandonar la Orden no le sorprendieron. Yoda había sacado a Dooku de Serenno, pero no había podido sacar a Serenno de Dooku. Veinte años antes, Plagueis había visto la agitación del lado oscuro en él y desde entonces había intentado —siempre que había podido— hacer salir a la superficie esos poderes latentes. En Galidraan, asociándose clandestinamente con el gobernador local y miembros de la Guardia de la Muerte para conducir a los Jedi a un enfrentamiento perdido con los Verdaderos Mandalorianos; en Yinchorr y Malastare; y más recientemente, gracias a los esfuerzos de Sidious, en Asmeru y Eriadu. Potente en la Fuerza, entrenado en combate y tratándose también un diplomático, Dooku podría haber sido un socio poderoso en otras circunstancias. Excepto por el hecho de que Dooku, a diferencia del zabrak dathomiriano al que Sidious había entrenado, jamás se contentaría con servir como aprendiz o mero asesino. Exigiría convertirse en un verdadero Sith y eso causaría problemas. Era preferible dejar que Dooku encontrase su propio camino hacia el lado oscuro; cualquiera que fuera la versión a la que pudiese acceder mediante el estudio de los holocrones Sith que poseían los Jedi. Era mejor que dejase la Orden por su cuenta y se convirtiese en el benevolente portavoz de los desfavorecidos, como uno esperaría de un ser de tan elevado estatus. Sí, mejor dejarle convencer a los mundos y sistemas para que se secesionasen de la República, fomentando una guerra civil en la que los Jedi deberían intervenir…

El repentino estruendo de bocinas terminó abruptamente con sus cavilaciones.

El tiempo vuela.

UnoUno-CuatroDé regresó, moviéndose rápidamente para ser un droide.

—Hemos detectado cinco naves de combate.

—Antes de lo previsto.

—Quizá sus enemigos recibieron información de que su plan de ataque estaba en peligro.

—Sensata especulación, CuatroDé. ¿La nave está lista?

—Está esperándolo, Magistrado.

Tras echar un último vistazo alrededor, Plagueis salió apresuradamente por la puerta que conducía al patio, donde esperaba la elegante nave estelar diseñada por Rugess Nome y construida por Raith Sienar. Inspirada libremente en una nave correo que había sido muy popular durante el antiguo Imperio Sith, el Infiltrador parecía haber llegado volando desde el pasado. Con algo menos de treinta metros de longitud y forma de dardo, tenía dos alas cortas que sobresalían de un módulo de mando redondo que terminaba en unos alerones curvados que envolvían el módulo cuando se desplegaban. Pero lo que la hacía única era una matriz de ocultamiento alimentada por cristales de estigio que ocupaba la mayor parte de la larga y afilada proa del fuselaje.

Cuando Plagueis entró en la cabina, 11-4D se levantó del asiento de piloto y se sentó en uno de los que había en la circunferencia trasera del módulo.

—Los sistemas están activados, Magistrado.

Tras sentarse en la silla giratoria, Plagueis se apretó el arnés, sujetó el timón y elevó la nave, que trazó una espiral mientras se alzaba sobre los altos muros de la vieja fortaleza y salía disparada hacia el cielo opaco de Sojourn, invisible a cualquier escáner que pudiese apuntar hacia la superficie. Los primeros rayos de energía de la flotilla enemiga ya habían empezado a caer sobre los bosques greel, volando la vegetación e iniciando tormentas de Riego. Una nueva extinción para algunas de las criaturas que se habían clonado exclusivamente para la luna, pensó Plagueis. Una segunda ráfaga de rayos láser alcanzó la torre en la que había pasado tantas horas en contemplación, derribándola sobre el patio. En el exterior del Infiltrador, el aire era cada vez más caliente y las descargas que llegaban desde más arriba estaban creando vientos repentinos. A estribor, a lo lejos, la luz de las estrellas se reflejó en una nave de ataque que descendía a toda velocidad hacia la superficie.

Las baterías de turboláser de tierra empezaron a responder, creando la sensación de que era el cielo mismo el que estaba en guerra. En el límite del espacio, se oyeron explosiones breves, mientras los escudos de las naves a las que disparaban las baterías se veían superados. Otras superaron la cortina de fuego, reduciendo partes del bosque a cenizas y haciendo saltar por los aires pedazos de roca del barranco. El suelo tembló y se elevaron grandes columnas de humo hacia el cielo. Después otra plataforma de cañones estalló, llevándose con ella una pared entera de la fortaleza.

Plagueis examinó los monitores de la cabina mientras el Infiltrador seguía ganando velocidad y altitud, abriéndose paso entre el humo y las nubes.

—Las coordenadas del punto de encuentro ya están programadas en la computadora de navegación —dijo 11-4D a su espalda—. La frecuencia de comunicación también está preestablecida.

Plagueis se giró hacia la computadora de navegación cuando unos golpes sacudieron la nave. Había colocado una mano sobre el teclado del dispositivo cuando el cielo pareció engendrar una esfera de luz cegadora. Tras un momento de absoluta quietud, una cascada de energía infernal descendió sobre lo que quedaba de la fortaleza y unos anillos de poder explosivo irradiaron hacia fuera, arrasándolo todo en un radio de veinte kilómetros desde la zona de impacto. El Infiltrador sufrió una sacudida, como un pájaro atrapado en un termal, y por un momento fallaron todos los sistemas.

Plagueis seguía sentado, furioso e incrédulo.

De alguna manera, Veruna y sus cómplices —Gardulla, Sol Negro y los Bando Gora— se habían hecho con un artefacto nuclear prohibido. Ninguno de los Guardias Sol podía haber sobrevivido a la explosión; aunque eso solo significaba que no lo merecían. Las armas nucleares eran escasas y era evidente que los echani no habían controlado a los pocos suministradores del mercado negro que tenían acceso a ellas.

Una turbia columna de fuego y humo desgarraba el cielo, abriéndose en la atmósfera cada vez más rala para convertirse en una nube en forma de champiñón. Los bosques de greel eran yermos ennegrecidos; la fortaleza estaba derruida y convertida en cristal. Profundamente conmovido, Plagueis se dio cuenta de que no había sentido emociones tan fuertes desde que se había despedido de Mygeeto, muchas décadas antes, para ponerse bajo la tutela de Darth Tenebrous.

Manteniendo el rumbo, el Infiltrador se elevó sobre el tumulto. Las estrellas aparecieron y la veloz nave se liberó repentinamente de la gravedad de la luna, atraída ahora por la del padre de Sojourn. En cuanto entraron en el lado nocturno del planeta el tablero de comunicaciones emitió un pitido insistente.

—Magistrado Damask, no encontramos rastro de su nave en ninguno de nuestros escáneres, pero confiamos en que está ahí fuera.

Plagueis desactivó el dispositivo de ocultamiento de la nave y se giró hacia el tablero.

—Joya Estelar, Damask al habla. Sus escáneres ahora deberían poder encontrarnos.

—Afirmativo, Magistrado Damask. Tiene permiso para dirigirse al muelle de atraque cuatro.

A media distancia podía verse un crucero espacial gigantesco y ostentoso. La nave, con forma de flecha, estaba fuertemente armada y era lo bastante grande para acomodar media docena de cazas estelares. Mientras Plagueis maniobraba hacia ella, en los altavoces del tablero de comunicación se escuchó una risa reverberante.

—Espero convencerte para que algún día me expliques el secreto de tu nave invisible, Magistrado Damask.

—Agradezco tu puntualidad, Jabba Desilijic Tiure. Igual que las informaciones que me han permitido evitar terminar pulverizado.

—Así se solidifican las colaboraciones duraderas, Magistrado. ¿Cuál es nuestro destino?

—Coruscant —dijo Plagueis—. Pero tengo que pedirte un favor más antes de que lleguemos.

—Solo tienes que pedirlo.

—En ese caso, prepara una comunicación con Naboo. El rey Veruna debe ser informado de lo que acaban de buscarse él y sus aliados.

Jabba volvió a carcajearse.

—Será un placer.

27: AJUSTES

Hego Damask no tenía solo un ático en Coruscant, era dueño de todo un edificio. Aunque no era tan majestuoso como el República 500, Agujas Kaldani era el edificio más codiciado del centro galáctico fuera del distrito del Senado. Alzándose junto a la Plaza de los Monumentos, el imponente edificio era un ejemplo tan perfecto de la arquitectura del período Hassenan como cualquiera que pudiese encontrarse en todo el planeta, y desde sus suites más altas los residentes podían ver desde los picos de la montañas Manarai hasta el mar Occidental; los únicos ejemplos de piedra desnuda y agua superficial de Coruscant. El distrito, un barrio que no era para políticos ni para recién llegados, albergaba a los potentados de toda la vida: financieros, jefes de empresas, industriales y banqueros.

La residencia de Damask ocupaba toda la parte más alta del Kaldani.

Un par de Guardias Sol subieron con Palpatine en el turboascensor privado, y los recibieron otros dos plantados en el atrio lleno de luz del ático. Pero fue el droide 11-4D quien le acompañó hasta el despacho de Damask, con sus altas cortinas brocadas que ocultaban algo de luz y repleto de obras maestras del arte galáctico. El muun enmascarado se levantó de un sofá afelpado para saludar a Palpatine cuando este entró en la habitación.

—Maestro —dijo Sidious, entrecruzando los dedos de ambas manos frente a él y haciendo una reverencia.

Plagueis inclinó la cabeza en un gesto de respeto mutuo.

—Bienvenido, Darth Sidious. Me alegro de verte.

Igual que la habitación era justo lo contrario de aquella en que solía recluirse en Sojourn, Plagueis tampoco parecía el místico con los ojos como platos de unos meses atrás. Excepto por el dispositivo respirador que seguía llevando, a Palpatine le pareció una versión algo más mayor del muun que lo había visitado en Naboo muchas décadas antes.

Los dos Sith se sentaron frente a frente. Plagueis llenó dos copas con vino blanco y le pasó una a su aprendiz. El acto de beber por sus conductos nasales parecía casi rutinario.

—Después de Sojourn, me resulta un tanto extraño estar de vuelta en el gran mundo.

—Maestro, lamento no haber sido el primero en informarte sobre el ataque —dijo Sidious—. No creía que Veruna tuviera el valor de llevar a cabo sus amenazas veladas. Quizá lo presioné demasiado.

Se produjo un largo silencio.

—Lo que hiciste o dejaste de hacer es irrelevante —dijo Plagueis finalmente—. Llegado cuando lo hizo, casi al mismo tiempo que los miembros del Directorado de la Federación de Comercio se enfrentaban a su destino, el ataque fue obra de la Fuerza, fortaleciendo nuestras ambiciones —bebió más vino y dejó la copa—. Yo jamás habría tenido agallas para destruir Sojourn, aunque era necesario; y la Fuerza lo vio. El incidente

nos recuerda la necesidad de estar preparado para eventualidades repentinas, tanto si están en armonía con nuestros planes como si nos son adversas, y que debemos adaptarnos a las circunstancias.

—Y ahora nuestras represalias están justificadas —dijo Sidious.

—Ya no necesitamos justificar nuestros actos ante nadie. Pero recuerda lo que te dije hace mucho: matando a uno podemos asustar a muchos.

Sidious asintió.

—Le debemos muchísimo a Jabba.

—Hablé brevemente con Veruna desde la nave del hutt.

Sidious sonrió levemente.

—Sospeché que lo harías cuando me enteré, antes de la cumbre, que había abdicado y que Padmé Naberrie había sido nombrada reina. Al parecer se ha escondido en las Extensiones Occidentales de Naboo.

—Eso no es esconderse —dijo Plagueis en tono amenazante—. ¿Fue todo bien en Eriadu?

—Mejor de lo previsto, con los Jedi corriendo en círculos y convencidos de que Valorum era el objetivo. Me deleité con su consternada incredulidad al descubrir que los droides habían vaciado sus cargadores sobre los miembros del directorado. Al final, murieron los líderes del Frente Nebulosa, también, y nuestro amigo Wilhuff Tarkin les está poniendo las cosas difíciles a los investigadores de la República. Pronto se descubrirá que el aurodio robado del carguero de la Federación de Comercio se invirtió en Transportes y Fletes Valorum, lo que hará que parezca que las presiones del Canciller Supremo para imponer tasas estaban motivadas por la codicia y el enriquecimiento ilegal. Está acabado. Le quitaran incluso el poder de desplegar a los Jedi o los Judiciales.

Plagueis entrecerró los ojos.

—¿Y Gunray?

—Justo donde lo queremos: líder interino de la Federación de Comercio y ocupado adquiriendo las armas droides que el Senado autorizará. Los neimoidianos deberían estar agradecidos al senador Palpatine por proponer la cumbre, aunque están furiosos. Todo está listo para iniciar el bloqueo.

—Casi todo —dijo Plagueis—. Primero está la cuestión de nuestra venganza.

—¿Debo encargarle a Maul que le haga una visita a Veruna?

Plagueis negó con la cabeza.

—Quiero verlo personalmente. ¿El zabrak, Maul, es capaz de ocuparse de Alexi Garyn y sus Vigos?

—No nos fallará.

Plagueis lo pensó un momento y después dijo:

—El Infiltrador está custodiado en el puerto espacial de Championne Oeste. Que Pestage transporte la nave al edificio LiMerge, así puedes regalársela a tu aprendiz. Yo te informaré del paradero actual de Garyn.

—Eso solo nos deja al hutt y los Bando Gora —dijo Sidious.

—Gardulla se la he prometido a Jabba. En cuanto a los Bando Gora… —Plagueis se levantó de la silla, caminó hacia las ventanas y miró al exterior entre las cortinas—. Corre un rumor, que merece la pena comprobar, según el cual la antigua aprendiz de Dooku, Komari Vosa, no solo está viva sino que es la nueva líder de la secta y que está ansiosa por vengarse de la Orden Jedi por haberlos abandonado a ella y sus compañeros en Baltizaar.

—Vosa convertida al lado oscuro —dijo Sidious, como si pensase en voz alta—. Dooku la entrenó mejor de lo que piensa.

—Sí, pero es un Jedi caído, no un Sith. Ya nos vengaremos de los Bando Gora en otro momento.

Sidious se levantó y fue junto a Plagueis.

—Avisaré al virrey Gunray para que prepare sus naves armadas para reubicarlas en el sistema Naboo.

En un hangar del nivel medio del edificio LiMerge, Sidious miraba a Maul mientras este subía la última herramienta y sus artilugios construidos a mano a bordo del Infiltrador, el cual, como su moto deslizadora, ahora tenía nombre: Cimitarra. Tras cerrar la escotilla de carga de la parte delantera del casco, Maul se alejó unos pasos para admirar la nave, después se giró hacia Sidious y se arrodilló.

—No merezco semejante regalo, Maestro.

Sidious frunció el ceño.

—Si eso es lo que piensas, demuéstrate lo que vales, y demuéstramelo a mí, cumpliendo tu misión con éxito.

—Juro que lo haré.

Sidious lo observó detenidamente.

—Necesitamos desmantelar el cártel criminal Sol Negro. Los Vigos tienen fuertes vínculos con algunos miembros del Directorado de la Federación de Comercio y sospechan que en Eriadu hubo juego sucio. Ahora están vigilando a los neimoidianos y no podemos correr el riesgo de que interfieran en nuestros planes.

No mencionó la complicidad de Sol Negro en el ataque a Sojourn.

Maul asintió.

—Entendido, Maestro.

Sidious gesticuló con las manos.

—Levántate y escucha atentamente, Darth Maul. No tenemos tiempo para atrapar a Alexi Garyn y sus Vigos uno por uno. En consecuencia, Jefe Darnada debe ser tu primera víctima. Encontrarás al dug en su estación de reciclaje del espacio profundo. Después haz saltar tu nave a Mon Calamari y mata al Vigo llamado Morn. Para entonces, Garyn habrá tenido noticia de tus asesinatos y es muy probable que convoque a los restantes siete Vigos en su fortaleza de Ralltiir. Narees, Madre Dean, Nep Chung y el resto. Deberás

ponerte en contacto conmigo cuando estés seguro de que están todos allí —miró la Cimitarra—. Será la oportunidad de poner a prueba tus droides sonda.

Una mirada de entusiasmo tomó forma en la temible cara de Maul. Sidious se acercó a él y colocó sus manos sobre los hombros del zabrak.

—Te enfrentarás con muchos oponentes habilidosos, aprendiz. El guardaespaldas twi'lek de Darnada, Sinya; el propio Garyn, que tiene cierta conexión con la Fuerza; y la jefe de seguridad de Garyn, Mighella, que es una Hermana de la Noche y te identificará inmediatamente como un Hermano de la Noche.

Maul frunció el ceño.

—Una Hermana de la Noche no es un Sith.

Sidious entrecerró los ojos.

—Como bien sabes. Pero, como en Dorvalla, recuerda no dejar testigos.

Maul mostró sus dientes afilados.

—Así se hará. Y Sol Negro dejará de ser un estorbo.

Sidious asintió.

—En ese caso, ya puedes marcharte, Darth Maul. Que el lado oscuro te acompañe.

Maul inclinó la cabeza y subió apresuradamente la rampa de embarque, entrando en el módulo de la cabina. Sidious esperó para ver la nave despegando y saliendo del hangar, haciéndose invisible mientras sobrevolaba Los Talleres. Con el lado oscuro, siguió el rastro de la Cimitarra mientras viraba al norte, hacia el Templo Jedi, alejándose del distrito del Senado. Sidious recordó los viajes que había hecho diez años antes para ver a Maul combatiendo en encuentros de gladiadores en Orsis y mundos cercanos. Decidido a ganar contra todo pronóstico, impasible al dolor, audaz y terrorífico. Un contendiente prometedor con diez años y un campeón con doce. Bajo las marcas que ocultaban su cara, sus brazos y se retorcían alrededor de sus piernas y torso, podían verse las cicatrices de aquellos combates a muerte.

Pero no estará contento hasta que haya matado a un Maestro Jedi, pensó Sidious.

Suponiendo que el orgullo no lo derrotara antes.

Tras salir del hangar, Sidious se dirigió al holoproyector de la única habitación renovada del edificio. ¿Qué sería de Maul cuando Palpatine y Damask asumieran el control de la República?, se preguntaba a sí mismo. Como arma secreta, seguiría siendo útil, ¿pero podría habituarse a la vida pública? ¿Cómo reaccionaría al descubrir que su Maestro tenía a su vez su propio Maestro?

Con los pies sobre la rejilla de transmisión, Sidious se sentó en la silla colocada frente a las cámaras del holoproyector, ajustó los controles incorporados en uno de los brazos y se tapó la cabeza con la capucha. Durante veinte años había disfrutado de su doble vida, pero ahora sentía la necesidad de que lo conociesen por lo que era y lo temieran por lo poderoso que podía ser. Dirigió sus pensamientos hacia el futuro, buscando una visión clara del mismo, pero no llegó ninguna. ¿Acaso el lado oscuro cegaba incluso a sus abogados más devotos respecto a lo que se cernía en el horizonte? Plagueis había dicho

que debían estar preparados para eventualidades repentinas. ¿Acaso estaba ocultándole lo que sabía sobre sucesos inminentes?

El vigor renovado del muun había tomado por sorpresa a Sidious. El mero hecho de que hubiese escapado de la devastación de Sojourn le hacía parecer casi omnipotente. A pesar de estar resguardado en su pudiente ciudadela del distrito Manarai, nunca relajaba su vigilancia ni se rendía al sueño.

Reprimiendo un repentino sentimiento de envidia, Sidious empezó a preguntarse si, cegado por el lado oscuro, no había sido capaz de vaticinar el ataque de Veruna contra Sojourn, o si no se había permitido a sí mismo vaticinarlo.

Un toque con su dedo corazón activó el holoproyector y al cabo de unos momentos un eidolon de Nute Gunray, de la mitad de su tamaño, surgió en el aire. Como en las transmisiones más recientes, los secuaces del virrey neimoidiano, el fiscal jefe Rune Haako, el capitán Daultay Dofine y el virrey adjunto Hath Monchar merodeaban tras él.

—Lord Sidious —dijo Gunray, con un ligero tartamudeo—. Estábamos esperando…

—¿Tan importante te crees como para que abandone otras ocupaciones para comunicarme puntualmente?

—No, lord Sidious, solo quería decir que…

—¿Estás satisfecho con tu nuevo puesto, virrey?

—Muy satisfecho. Aunque parece que he logrado el control de la Federación de Comercio en un momento de crisis.

—Ahórrate los lloriqueos, virrey, porque las cosas están a punto de empeorar.

Las membranas nictitantes de Gunray lanzaron un espasmo.

—¿Empeorar? ¿Cómo es posible?

—El Senado de la República está a punto de aprobar leyes que promulgarán la imposición de tasas a las zonas de libre comercio.

—¡Eso es una atrocidad!

—Por supuesto. Pero te advertí que iba a pasar. El Canciller Supremo Valorum ha perdido toda credibilidad y, después de lo sucedido en Eriadu, el Senado está decidido a debilitar aún más a la Federación de Comercio. Puede que el rey Veruna fuese capaz de entorpecer al Senado, pero ha abdicado y la joven reina Amidala y el senador de Naboo lideran la petición de tasas. Con el Senado preocupado, es el mejor momento para que congregues una flota de cargueros armados e impongas un bloqueo.

—¿Un bloqueo? ¿De qué sistema, lord Sidious?

—Te informaré a su debido momento —como Gunray no contestó, Sidious dijo—: ¿Qué pasa, virrey? A través del vacío espacial puedo percibir las vacilaciones de tu débil cerebro.

—Perdóneme, lord Sidious, pero, como han señalado mis asesores, la redistribución de nuestras naves conlleva un considerable riesgo financiero. Empezando por el coste del combustible. Además de la alteración, con tantas naves desplazadas para aplicar el embargo, del comercio en los Bordes Medio y Exterior durante todo el tiempo que se

mantenga ese bloqueo. Y, finalmente, no hay manera de saber cómo reaccionarán nuestros inversores a la noticia.

Sidious se inclinó hacia delante.

—Así que todo es cuestión de créditos, ¿no?

El hocico de Gunray dio unas sacudidas.

—Lord Sidious, en definitiva somos una empresa comercial, no un ejército.

Sidious no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo su voz revelaba su desagrado.

—Después de todo lo que he hecho por ti aún no has entendido que aliándote conmigo estás invirtiendo en el futuro —hizo un gesto con la mano derecha para mostrar su rechazo—. Pero no importa. ¿No se te ha ocurrido que vuestros inversores más valiosos pueden sacar grandes beneficios del hecho de que sepas lo que está a punto de suceder? ¿No aprovecharán que saben que los xi char, los geonosianos y otros insectoides sindicados han puesto sus pinzas y garras al servicio de la fabricación de armas? ¿No puedes equilibrar tu preciado balance ganando con otras compañías de transporte los ingresos que la Federación de Comercio corre el riesgo de perder?

Gunray parecía inseguro.

—Tememos que ese tipo de actuación pueda debilitar el efecto sorpresa, lord Sidious.

—Por eso debes actuar con rapidez.

Gunray asintió.

—Ordenaré que reúnan una flota.

Sidious se reclinó en la silla.

—Bien. Recuerda, virrey, que puedo quitarte todo lo que te he dado.

Sidious terminó la transmisión y se quitó la capucha.

¿Era aquello una visión del futuro? ¿Pasarse la vida ocupándose de los asuntos de seres incompetentes mientras Plagueis y él ponían en marcha las fases finales del Gran Plan? ¿O había quizás otra manera de que gobernase él?

Incluso sin aquella lluvia torrencial, el terreno hubiese estado blando bajo las botas de Plagueis, compuesto por eones de materia orgánica putrefacta. El agua caía desde la máscara del transpirador y la capucha de su capa hasta los charcos que se formaban a sus pies. El castillo que había pertenecido antiguamente al conde de Vis, un antepasado de Veruna, coronaba una colina desolada, no había carretera que llevase hasta él y tenía vistas hacia todas direcciones de aquel terreno extenso sin un solo árbol. Por los electrobinoculares de visión nocturna Plagueis examinó los escáneres esparcidos por los muros del castillo y la disposición de los guardias, algunos de los cuales estaban resguardados bajo un arco que coronaba una verja levadiza ornamentada. Aparcada cerca de la entrada había toda una flota de deslizadores terrestres, y a un lado, en el centro de una plataforma de aterrizaje circular, había un yate espacial con un casco tan reluciente que ni siquiera la lluvia torrencial conseguía opacar. Las matrices de iluminación brillaban tras la cortina de agua.

Siguiendo un riachuelo profundo y bravo, Plagueis descendió la colina que hasta el lugar en que había aterrizado su nave estelar, entre un carnaval de flores silvestres y

bayas halcón. UnoUno-CuatroDé estaba esperando al pie de la rampa de embarque. Las gotas de lluvia rebotaban contra su casco de aleación.

—Sus escáneres pueden haber detectado la nave —dijo Plagueis.

—Con todas las contramedidas que hemos activado me parece poco probable, Magistrado.

—Han inundado de luz toda la zona.

—Como haría cualquier ser vigilante en una noche como esta.

—Una noche mala tanto para los muuns como para los shaaks.

Los fotorreceptores del droide lo enfocaron.

—Esa referencia se me escapa.

—Sella la nave y quédate en la cabina. Si me comunico contigo, recoloca la nave sobre la esquina suroeste del castillo y baja la rampa de embarque.

—¿Espera resistencia, Magistrado?

—Solo por si acaso, CuatroDé.

—Entiendo. Yo haría lo mismo.

—Me reconforta saberlo.

Plagueis se colocó la empuñadura de su espada de luz en la cintura y se marchó a buen paso, intentando dejar atrás la lluvia. Si los escáneres y los detectores de movimiento eran tan precisos como parecían, lo encontrarían, aunque su velocidad podía hacer que aquel que estuviese supervisando los dispositivos de seguridad le confundiera con uno de los cuadrúpedos salvajes de cola espesa que habitaban la región. Se detuvo en el borde nebuloso de la zona iluminada para confirmar su rumbo, después se dirigió directamente hacia la pared sur de diez metros de alto y saltó sin detener el paso. Con la misma rapidez y facilidad cayó sobre el jardín de debajo y corrió hacia las sombras que proyectaba un arbusto ornamental podado para hacerlo parecerse a algún tipo de bestia extravagante. Plagueis pensó que la seguridad debía de ser laxa en el interior de la mansión, pero que el ala de habitaciones de Veruna debía estar equipada con dispositivos de control redundantes y quizá suelos sensibles a la presión.

El hecho de no haber conseguido un plano interior del castillo daba testimonio de la hipervigilancia del regente autoe-xiliado.

Plagueis avanzó hasta un vitral justo cuando dos humanos pasaban corriendo por un pasillo que quedaba más adelante. Con la lluvia cayendo a borbotones por un canalón elevado, se sintió como si estuviese debajo de una catarata.

—Compruébalo con él y vuelve para informarme —decía la hembra.

Plagueis reconoció la voz de la jefa de seguridad Magneta. Pegado a la pared externa, imitó el movimiento del subordinado hasta el final del pasillo, después realizó un giro de noventa grados hacia un vestíbulo más grande que conducía a una sala de control situada bajo el hueco de una gran escalera. Plagueis agudizó su sentido auditivo para oír cómo el hombre de Magneta preguntaba por Veruna y una hembra humana contestaba:

—Durmiendo como un niño.

—Menuda suerte. Mientras los demás nos calamos hasta los huesos.

—Si tan mal lo pasas, Chary —dijo la mujer—, deberías plantearte volver a Theed.

—Lo estoy pensando.

—Pues no esperes que te siga.

Plagueis se apartó de la pared para mirar las ventanas del piso superior, todas ellas a oscuras excepto por una abertura arqueada hacia el final de la pared. Agachado, maniobró entre los arbustos bajo una serie de amplios ventanales, después empezó a escalar la pared, pegado a ella como un insecto. La alta y estrecha abertura hacia la que iba resultó ser una hoja fija de cristal grueso; la fuente de luz, un par de candelabros fotónicos que flanqueaban unas puertas dobles de madera elaboradamente tallada. Mirando a través del cristal, hizo un gesto con los dedos hacia la cámara de seguridad situada en la parte alta de la pared interior y la apuntó hacia la entrada, cegando el mecanismo y congelando la imagen de una antecámara vacía. Después, colocando la mano izquierda sobre el centro del cristal, invocó la Fuerza, empujando la hoja hacia dentro hasta que se liberó de la junta hermética que la mantenía fija. Telequinéticamente, manipuló la hoja para depositarla sobre una mesa pegada a la pared opuesta de la antecámara, esperando a que se le secasen la capa y las botas, y examinando el suelo estampado y las puertas dobles en busca de más dispositivos de seguridad. Satisfecho al comprobar que la cámara inutilizada era la única, plantó los pies sobre el suelo y caminó hacia las puertas, utilizando la Fuerza para hacer que se abriesen lo bastante para permitirle pasar entre ellas.

La única luz de la enorme habitación de Veruna provenía de una cámara similar a la de la antecámara, que inutilizó con la misma facilidad. El antiguo rey estaba durmiendo bajo sabanas de brilloseda en el centro de una cama con baldaquín lo bastante grande para acomodar a media docena de humanos de tamaño normal. Plagueis desactivó un panel de alarmas de seguridad que había junto a la cama, movió una silla antigua hasta los pies y encendió una lámpara de mesa que proporcionaba una luz tenue y amarillenta. Después se sentó y despertó a Veruna.

El anciano se sobresaltó, parpadeando por la luz e incorporándose sobre un montón de cojines para examinar la habitación. Los ojos se le abrieron como platos de puro asombro al encontrar a Plagueis sentado justo al límite de la luz.

—¿Quién…?

—Hego Damask, Su Majestad. Bajo esta máscara que mis antiguos enemigos tuvieron la cortesía de regalarme.

Puesto que Veruna no podía abrir más los ojos, lo que abrió fue la boca y se giró rápidamente hacia el panel de alarmas de seguridad, golpeando los botones con fuerza al ver que no respondían.

—Los he desactivado —le explicó Plagueis—, igual que las cámaras de seguridad. Así tú y yo podemos conversar sin que nadie nos interrumpa.

Veruna tragó saliva y recuperó la voz.

—¿Cómo has podido despistar a mis guardias, Damask?

—Ya hablaremos de eso más tarde.

—Magne… —Veruna intentó gritar hasta que se le cortó la voz y se echó las manos al cuello.

—Ni lo intentes —le advirtió Plagueis.

—¿Qué quieres de mí, Damask? —le preguntó Veruna jadeando.

—Finiquitar lo nuestro.

Veruna lo miraba incrédulo.

—Ya tuviste lo que querías. ¿No es suficiente que abdicara?

—Tu abdicación habría sido suficiente, si antes no hubieses intentado matarme.

Veruna hizo rechinar los dientes.

—Todo lo que había construido estaba en peligro, podía perderlo… ¡incluso la monarquía! ¡No me diste más opción!

Plagueis se levantó y se volvió a sentar al borde de la cama, como una especie de confesor macabro.

—Entiendo. Ante una situación similar yo habría hecho lo mismo. La diferencia es que yo habría logrado lo que tú no pudiste.

—Me quedaré aquí —dijo Veruna intentando parecer comprensivo—. No os causaré ningún problema más, ni a ti ni a Palpatine.

—Eso es verdad —Plagueis hizo una pausa, y después prosiguió—: Quizá debí ser más sincero contigo desde el principio. Te ofrecí la Federación de Comercio; yo coloqué en el trono aTapalo y después a ti. ¿Cómo imaginaste que conseguí tener semejante poder?

Veruna se pasó una mano temblorosa por su pelo ralo.

—Eres el hijo de un muun rico que ha transformado su riqueza en poder.

Plagueis emitió un sonido de decepción.

—¿Aún no te has dado cuenta de que lo que mueve la galaxia no son los créditos?

Veruna tragó saliva.

—¿Cómo conseguiste semejante poder, Damask? —preguntó en un susurro de genuino interés.

—Un bith llamado Rugess Nome me enseñó el camino del poder.

—Conozco ese nombre.

—Sí, pero su verdadero nombre era Darth Tenebrous, fue el Señor Oscuro de los Sith. Y yo su aprendiz.

—Sith —dijo Veruna, como debilitado por aquella palabra.

Veruna encontró fuerzas para sacudir la cabeza.

—El poder político es una cosa, pero lo que tú representas…

Plagueis apretó los labios hasta convertirlos en una línea delgada.

—Agradezco tu honestidad, Veruna. ¿Estás empezando a cansarte de mi presencia?

—No… de ti —dijo Veruna, con los ojos medio cerrados.

—Déjame que te explique qué está pasando —dijo Plagueis—. Las células que componen a todo ser vivo contienen en su interior unos orgánulos conocidos como midiclorianos. Son, además de la base de la vida, los elementos que permiten que los

seres como yo perciban y utilicen la Fuerza. Gracias a toda una vida de estudio, he aprendido a manipularlos y he ordenado al limitado número que posees que regresen a su fuente. En básico puro y simple, Veruna, te estoy matando.

La cara de Veruna estaba perdiendo color y su respiración se había ralentizado.

—Déjame… volver. Aún puedo… serte… útil…

—Lo eres, Majestad. Un célebre poeta antiguo dijo una vez que todas las muertes lo menoscababan, porque se consideraba hermano de todos los seres vivos. Yo, por contra, he llegado a entender que cada muerte que controlo me alimenta y fortalece, porque soy un verdadero Sith.

—No eres… mejor que… los anzati.

—¿Los devoradores de cerebros? ¿Qué significa mejor que para aquellos de nosotros que hemos superado las nociones de bien y mal? ¿Eres mejor tú que Tapalo? ¿Eres mejor que la reina Padmé Amidala? Solo yo puedo contestar a eso. Mejores son aquellos que hacen lo que yo quiero —Plagueis puso una mano sobre la de Veruna—. Me quedaré contigo un rato, mientras te reúnes con la Fuerza. Pero en un punto, tendré que dejarte en el umbral para que continúes solo.

—No lo hagas… Damask. Por favor…

—Soy Darth Plagueis, Veruna. Tu pastor.

Mientras la vida abandonaba el cuerpo de Veruna, el camino que Plagueis y él seguían se sumergió más profundamente en la oscuridad y la ausencia. Después Plagueis se detuvo, abrumado por la repentina sensación de haber visto y recorrido ya aquel camino.

¿Lo había hecho?, se preguntó cuando Veruna lanzó su último suspiro.

¿O la Fuerza le había concedido una visión del futuro?

28: CADENA DE MANDO

Ya de vuelta de Raltiir, Maul estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas en el edificio LiMerge mientras Sidious le daba instrucciones. Recién terminada una comunicación con los neimoidianos, Sidious no estaba de humor para juegos.

—Tal como lo explicas, aprendiz, parece casi una indignidad que nadie sobreviviera para hacer correr la voz de tu masacre.

—Tus órdenes eran que ninguno podía hacerlo, Maestro.

—Sí —dijo Sidious, sin dejar de presionarlo—. ¿Y ninguno planteó ninguna dificultad?

—No, Maestro.

—¿Ni siquiera Sinya?

—Decapité al twi'lek.

—¿Ni Mighella?

—A la Hermana de la Noche la partí por la mitad con mi espada cuando intentó derrotarme invocando rayos de la Fuerza.

Sidious hizo una breve pausa.

—¿Ni siquiera Garyn?

—No.

Sidious detectó un matiz de duda.

—¿No qué, Darth Maul?

—Lo ahogué.

Sidious, plantado delante del zabrak, se tocó la barbilla.

—Bueno, alguien tuvo que hacerte la herida que tienes en la mano izquierda. A no ser, claro, que te la hicieras tú mismo.

Maul apretó la mano enfundada en un guante.

—No hay dolor cuando hay fuerza.

—No te he preguntado si te dolía la herida. Sino quién te la hizo.

—Garyn —dijo Maul en voz baja.

Sidious fingió sorprenderse.

—O sea, sí que planteó dificultades. Era ligeramente sensible a la Fuerza.

—No era nada comparado con el poder del lado oscuro.

Sidious lo miró detenidamente.

—¿Se lo dijiste, aprendiz? Honestamente.

—Él mismo llegó a esa conclusión.

—Entendió que eres un Sith. ¿Dio por supuesto que eres un lord Sith?

Maul miró al suelo.

—Yo…

—Le confesaste que tienes un Maestro. ¿Estoy en lo cierto?

Maul se obligó a responder.

—Sí, Maestro.

—Y puede que llegaras tan lejos como para hablarle de la venganza de los Sith.

—Lo hice, Maestro.

Sidious se acercó a él, con la cara retorcida por la ira.

—¿Y si por milagro Garyn hubiese logrado escapar, o incluso derrotar al ejército de un solo hombre que es Darth Maul, a qué repercusiones podríamos tener que enfrentarnos, aprendiz?

—Te ruego que me perdones, Maestro.

—Puede que al final no seas digno del Infiltrador. En cuanto permitiste una distracción, el líder de Sol Negro te hizo un corte en la mano.

Maul se quedó en silencio.

—Espero que le dieses las gracias antes de matarlo —continuó Sidious—, porque te ha enseñado una lección valiosísima. Cuando te enfrentas con alguien poderoso en la Fuerza debes mantener la concentración; incluso cuando estás convencido que tu oponente está incapacitado. No puedes deleitarte con la gloria de la victoria ni regodearte. Debes asestar el golpe letal y terminar con él. Espera a deleitarte con tu victoria a haberla conseguido, o sufrirás más que una herida en la mano.

—Lo recordaré, Maestro.

El silencio se atenuó.

—Por ahora quiero que te marches de Coruscant.

Maul levantó la vista alarmado.

—Coge el Infiltrator y tus droides de combate y vuelve a tu antiguo hogar. Una vez allí, entrena y medita hasta que vuelva a llamarte.

—Mi lord, te ruego…

Sidious levantó las manos.

—¡Basta! Ejecutaste la misión bien y estoy satisfecho. Ahora aprende de tu error.

Maul se levantó lentamente, hizo una reverencia con la cabeza y se dirigió al hangar. Mirándolo marchar, Sidious estudió la naturaleza de su desazón.

¿En una situación similar se habría rendido al impulso de alardear y revelar su verdadera identidad?

¿Eso es lo que había hecho Plagueis antes de matar a Veruna? ¿Se había sentido obligado a quitarse la máscara? ¿A ser honesto?

¿O la revelación de Maul a Garyn no era más que un síntoma de la creciente impaciencia del lado oscuro y su exigencia de absoluta transparencia?

—Sol Negro es un caos —le dijo Palpatine a Hego Damask mientras paseaban entre los turistas que abarrotaban la Plaza de los Monumentos. Había centenares arremolinados alrededor de la cima del Umate, que se elevaba desde el centro del parque en forma de cuenco, además de grupos de seres diversos que seguían a los guías turísticos hacia el ágora del viejo Senado o el Museo Galáctico—. El príncipe Xizor y Sise Fromm heredarán lo poco que queda.

—El zabrak vuelve a demostrar su valía —dijo Damask—. Lo has entrenado bien.

—Puede que no lo bastante —dijo Palpatine al cabo de un momento—. Cuando le pregunté sobre una herida que sufrió, me confesó que le había revelado su identidad a Alexi Garyn.

Desviando su cara enmascarada de Palpatine, Damask dijo:

—Garyn está muerto. ¿Qué importa eso ahora?

El tono frívolo del muun irritó aún más a Palpatine, aunque mantuvo la compostura.

—Esta puede ser la última vez que se me permite aparecer en público sin escolta armada —dijo en tono desenfadado—. Cuando la reina Amidala me informó de la inesperada muerte de Veruna, mencionó que su nuevo jefe de seguridad, un hombre llamado Panaka, va a tomar medidas sin precedentes para garantizar la seguridad de todos los diplomáticos de Naboo. La reina, por ejemplo, estará rodeada de un grupo de doncellas, todas con cierto parecido a ella.

—¿Y vas a estar acompañado en todo momento? —preguntó Damask—. Eso no nos conviene.

—Convenceré a Panaka para que no sea así.

Se detuvieron a observar un grupo de niños que jugaba bajo uno de los estandartes de la plaza. Plagueis señaló un banco cercano, pero el desasosiego de Palpatine no le permitía sentarse.

—¿La reina te manifestó alguna preocupación por la presencia de tantos cargueros de la Federación de Comercio?

Palpatine negó con la cabeza.

—La flota está estacionada al borde del sistema, esperando que les dé la orden de saltar hacia Naboo. Con lo molesto que está Gunray por la ley de tasas, tuve que convencerlo de que Naboo es lo bastante relevante para garantizar el interés galáctico en el bloqueo. Le aseguré que Amidala no permitirá que su pueblo sufra y que en menos de un mes firmará un tratado que hará que Naboo y su plasma sean propiedad de la Federación de Comercio.

El transpirador ocultó la sonrisa de Damask pero era evidente que le gustaba lo que oía.

—Mientras Valorum titubea, el senador Palpatine se gana la simpatía del electorado —miró a Palpatine—. ¿Acaso no demuestra nuestro éxito que podamos repartir mundos como si fueran meros contratos mercantiles?

Un grupo de twi'leks bien vestidos pasaron junto a ellos, asombrados al reconocer a Palpatine. Que estuviese confraternizando abiertamente con un muun daba testimonio del poder e influencia de ambos seres.

Había sido Damask el que había recalcado la importancia de dejarse ver juntos en público; por eso, en las semanas posteriores a la llegada del muun a Coruscant, habían cenado varias veces en el Manarai y otros restaurantes exclusivos y habían asistido a recitales en la Ópera de las Galaxias y en la de Coruscant. Recientemente habían acudido a una reunión de élite en el República 500, auspiciada por el senador Orn Free Taa, en la que Plagueis había oído al twi'lek rutiano comentando planes para proponer a Palpatine

para la cancillería. Lo siguiente en su apretada agenda era un mitin político que iba a celebrarse en la Instalación Orbital Perlemiana de Coruscant, donde los potenciales candidatos al cargo de Canciller Supremo tendrían la oportunidad de departir con ejecutivos empresariales, miembros de grupos de presión, candidatos e incluso algunos Maestros Jedi.

—El bloqueo seguido de una invasión no hará que la Federación de Comercio se gane muchos aliados —estaba diciendo Damask—. Pero, al menos, podremos evaluar el desempeño del ejército droide de Gunray y hacer los ajustes necesarios.

—Gracias a su propia negligencia, los neimoidianos consiguieron poner en peligro sus fundiciones en Eos y Alaris Prime —dijo Palpatine, mostrando parte de su exasperación.

Damask le miró a los ojos.

—Por ahora, tienen todo lo que necesitan. La absorción de Naboo demostrará el fracaso de la diplomacia, y dará lugar a la militancia entre los Jedi —sin apartar la mirada de Palpatine, añadió—: En preparación para la guerra inminente, trasladaremos Blindaje Baktoid a Geonosis. De todas formas, ni siquiera entonces podremos suministrar a nuestros aliados las suficientes armas para garantizar una victoria rápida. Un conflicto dilatado hará que la galaxia termine hecha jirones y ansiosa por recibirnos.

Palpatine finalmente se sentó.

—Aún necesitamos crear un ejército que comanden los Jedi, pero que responda básicamente al Canciller Supremo.

—Se podría diseñar un ejército clonado para eso —dijo Damask.

Palpatine lo consideró.

—Suena demasiado simple. No es fácil pillar por sorpresa a los Jedi. Preparados para la guerra serán aún más difíciles de engañar.

—¿Al final de una guerra larga, quizá? ¿Con la victoria a la vista?

—Para conseguir eso, habrá que manipular a ambos bandos —Palpatine exhaló—. Aunque se pudiese lanzar un ataque sorpresa, no todos los Jedi estarían en el campo de batalla.

—Solo deben preocuparnos los aptos para el combate.

Palpatine rompió un largo silencio.

—Los clonadores kaminoanos ya te fallaron una vez.

Damask asintió, reconociendo que era cierto.

—Porque les di una plantilla yinchorri. Entonces me dijeron que tu especie podría ser más fácil de replicar.

—¿Volviste a ponerte en contacto con ellos?

—Nadie debe relacionar ese ejército con nosotros. Pero hay alguien a quien quizá pueda convencer para que haga el pedido inicial.

Palpatine esperó, pero Damask no tenía nada más que añadir. El hecho de que hubiese dicho todo lo que quería decir sobre la cuestión hizo que Palpatine se sintiese igual de consternado que al principio. Abruptamente, se levantó y se alejó del banco.

—Da instrucciones a los neimoidianos para que inicien el bloqueo —le dijo Damask a su espalda—. Es importante que el plan esté en marcha antes del congreso de la instalación orbital —al ver que Palpatine no respondía, Plagueis se levantó y lo siguió—. ¿Qué te preocupa, Sidious? Quizá sientes que te has convertido en un mero mensajero.

Palpatine se dio la vuelta.

—Sí, a veces. Pero sé cuál es mi sitio y me doy por satisfecho.

—En ese caso, ¿qué es lo que te tiene tan furioso?

—Los neimoidianos —dijo Palpatine con una convicción repentina—. Además de Gunray, he tratado con otros tres: Haako, Daultay y Monchar.

—Conozco ligeramente a Monchar —dijo Damask—. Tiene una suite en el Agujas Kaldani.

—La última vez que hablé con Gunray no estaba presente.

Los ojos del muun mostraron suspicacia, y siseó:

—¿Dónde estaban?

—A bordo de su nave insignia. Gunray dijo que Monchar se había puesto enfermo tras una comilona.

—Pero sabes que no es verdad.

Palpatine asintió.

—Sabe lo del bloqueo. Sospecho que va por libre e intenta sacar beneficio.

Los ojos de Damask emitieron un fulgor amarillo.

—¡Esto es lo que pasa cuando se asciende a seres por encima de su nivel de competencia!

Palpatine se puso tenso.

—No me refiero a ti —dijo Damask rápidamente—. ¡Sino a Gunray y los suyos! ¡La Fuerza nos tortura y penaliza por asociarnos con seres demasiado ignorantes para apreciar y ejecutar nuestros designios!

A Palpatine le reconfortó que incluso Palpatine también tuviera sus límites.

—No presté suficiente atención cuando hablaste de reveses repentinos.

Damask frunció el ceño y después se relajó.

—Yo mismo ignoré mi propio consejo. El bloqueo debe esperar.

—Haré regresar a Maul —dijo Palpatine.

Dos semanas después de la inesperada desaparición del neimoidiano de la nave Saak'ak, Plagueis y Sidious solo sabían que Darth Maul había logrado localizar y matar a Hatj Monchar, aunque con no pocos daños colaterales, y que el zabrak había pilotado el sigiloso Infiltrador hasta una estación de atraque conectada por una serie de compartimentos herméticos de gravedad cero con la principal cúpula de recepción de la Instalación Orbital Perlemiana, un gran recinto con vistas a una gran extensión de Coruscant y las estrellas circundantes diseñado para parecer más un jardín en el espacio que una aséptica sala de conferencias. Justo en ese momento la cúpula estaba llena de senadores, jueces, líderes empresariales, embajadores, intermediarios políticos, analistas de los medios y contingentes de Guardias del Senado y Jedi.

—¿Por qué le has ordenado que venga precisamente aquí? —le preguntó Damask a Palpatine cuando interrumpieron un momento las encajadas de mano, las conversaciones informales y la cordialidad forzada. Vestidos con sus mejores trajes, estaban de pie junto a una cascada iluminada por detrás, saludando con la cabeza a los seres que pasaban, incluso mientras conspiraban—. Ha dejado un rastro de destrucción en el Corredor Carmesí y matado a dos Jedi, además de seres de una docena de especies, incluido un hutt. No podemos pensar que no haya nadie siguiéndole la pista; si no son Jedi, será algún miembro de las fuerzas de seguridad. Si por alguna casualidad fuese detenido, posee la habilidad de confundir las mentes de seres ordinarios, pero no es capaz de ocultarse de un Jedi. Podría poner en peligro tanto nuestra existencia como nuestros planes para el bloqueo.

—Los Jedi le seguían la pista —le explicó Palpatine—. Precisamente por eso le ordené que saliera del planeta.

Damask empezó a responder, pero se detuvo y volvió a empezar.

—¿Está en posesión del holocrón que grabó Monchar?

Palpatine asintió.

—Le di instrucciones a Pestage para que despejase el camino hasta un muelle de atraque poco utilizado. Solo tengo que encontrarme con Maul en el lugar y momento convenidos.

Damask seguía sin estar demasiado convencido. El asunto de Monchar había estado a punto de terminar en catástrofe. Era como si la Fuerza, tan frecuentemente comparada con una corriente, se hubiese desviado hacia un cañón escarpado y se hubiese retorcido sobre sí misma para generar contracorrientes traicioneras.

—¿Por qué no le hacías entregarle simplemente el cristal a Pestage? —preguntó finalmente.

—No sabemos que otros datos delicados puede contener el holocrón.

Damask exhaló enfáticamente a través de la máscara.

—Confío que, como mínimo, le hayas dado órdenes de no dejarse ver —miró alrededor—. No hay duda de que un zabrak tatuado y vestido de negro de la cabeza a los pies llamaría poderosamente la atención entre estos seres.

Palpatine no podía negarlo. A un lado tenían al senador Bail Antilles y sus asistentes. Príncipe de su mundo, Alderaan, y presidente del Comité de Actividades Internas del Senado, el apuesto Antilles, con su pelo negro, estaba rodeado por un grupo de gente que incluía senadores de los mundos del Núcleo y seres de negocios, todos los cuales habían prometido apoyarlo en las siguientes elecciones, y el Maestro Jedi Jorus C'baoth, que había sido reclutado para arbitrar una disputa entre algunas de las casas reales de Alderaan. C'baoth, un humano arrogante de mirada salvaje, estaba cortado con el mismo patrón que Dooku, cuya ausencia en la reunión política no había pasado desapercibida. Antilles había sido el peón utilizado por los Sith para sacar a la palestra las acusaciones de las malas prácticas de Valorum durante la crisis de Eriadu, pero la notoriedad que

había ganado en consecuencia, en el Senado y en los medios, había reforzado su campaña y le convertía en ese momento en el principal candidato a la cancillería.

Ningún Jedi se había acercado a Ainlee Teem, al que también veían desde donde estaban. Pero el gran de Malastare era muy popular en muchos de los mundos de los Bordes Medio y Exterior, y contaba con el apoyo del senador Lott Dod, de la Federación de Comercio y de Shu Mai, del Gremio de Comerciantes.

En el centro de la sala abovedada estaban Valorum y Sei Taria, que era tan desenvuelta con los medios como adorable. Aunque era inelegible para la reelección, recientemente le habían arrebatado algunos de sus poderes senatoriales y había tenido que defenderse frecuentemente de las acusaciones del Comité de Ética. Valorum había conseguido ser el centro de atención, debido a la presencia entre sus seguidores de los Maestros Yoda, Mace Windu y Adi Gallia. Con el mero hecho de estar junto al Canciller Supremo, los Jedi estaban enviando el mensaje de que seguirían apoyándole por lo que restaba de su mandato, a pesar de las calumnias de enriquecimiento ilegal.

Con la flota de la Federación de Comercio aún esperando en el sector Chommell y sin un mundo asediado para generar simpatía y apoyo para su nombramiento, Palpatine podría haber sido otro más de los potenciales aspirantes; de no ser por el apoyo de Hego Damask; el copresidente del Clan Bancario San Hill; el recién nombrado vicepresidente del Senado Mas Amedda; y el senador Orn Free Taa, un blanco en movimiento de las investigaciones sobre corrupción de Antilles y ahora condenado al ostracismo por la Facción del Borde por su apoyo a Palpatine.

—Casi es la hora —dijo Palpatine. Señaló una zona ajardinada de árboles y arbustos enanos cercana al lugar en que Ainlee Teem estaba conversando con un puñado de senadores—. Bromearé con el gran y después me disculparé con algún pretexto.

Damask gruñó indeciso.

—En cualquier caso, ya he visto a mi objetivo.

Sin decir nada más, se separaron y Damask se abrió paso entre la multitud hacia un Jedi humano con barba y una cara siniestra que estaba apartado de todo el mundo, observando la escena.

—Maestro Sifo-Dyas —lo llamó.

El Jedi, que lucía un moño, se giró y, al reconocerlo, hizo un gesto con la cabeza para saludarlo.

—Magistrado Damask.

—Espero no molestar.

Sifo-Dyas negó con la cabeza, sin apartar la mirada de la máscara respiratoria.

—No, estaba… —exhaló y volvió a empezar, cambiando de postura—. Hasta su reciente regreso a Coruscant estaba convencido de que se había retirado.

Damask lanzó un suspiro exagerado.

—Los muuns no somos de retirarnos. Ahora trabajo con solo unos pocos clientes poderosos pero invisibles.

El Jedi arqueó una de sus cejas canosas.

—Pues yo no veo un solo holonoticiario en el que no aparezca usted con el senador Palpatine, que es cualquier cosa menos invisible.

—En mi opinión es el único capaz de impedir que la República caiga en el precipicio.

Sifo-Dyas gruñó.

—Mantenerse alejado de escándalos durante veinte años es extraordinario en sí. Así que puede que tenga razón.

Damask espero un momento y después dijo:

—No he olvidado nuestra conversación de Serenno.

—¿Qué conversación, Magistrado?

—Hablamos bastante extensamente sobre las amenazas que ya entonces se cernían sobre la República.

Sifo-Dyas se quedó pensativo.

—La recuerdo vagamente.

—Bueno, con los asesinatos, las tasas de las zonas de libre comercio, la conducta de la Federación de Comercio y las acusaciones de indecencia política, últimamente he tenido muy presente aquella conversación. Insurrecciones, sectarismo, conflictos intersistema… Incluso en esta sala los Jedi parecen estar divididos en sus lealtades. El Maestro C'baoth por aquí, los Maestros Yoda y Gallia por allí, y ni rastro del Maestro Dooku.

Sifo-Dyas no dijo nada.

—Maestro Jedi, quiero compartir con usted una sospecha que tengo y que llevo como una carga —Damask hizo una pausa—. Tengo motivos para sospechar que la Federación de Comercio ha conseguido más armas de las que nadie imagina.

Sifo-Dyas arrugó la frente.

—¿Tiene pruebas de eso?

—Pruebas claras no. Pero mis negocios requieren de un conocimiento profundo de los mercados de inversiones. Además, mis clientes a veces me revelan información privada.

—En ese caso, está quebrantando la confidencialidad al contármelo.

—Así es. Pero solo porque creo que lo que antes eran especulaciones son ahora un hecho. Es más, predigo que se está fraguando una guerra civil. Le doy quince años, como mucho, a la República. Dentro de poco veremos sistemas estelares insatisfechos empezando a secesionarse. Solo les falta un líder fuerte y carismático que los una —se quedó brevemente en silencio, antes de añadir—: Le seré franco, Maestro Sifo-Dyas: la República estará vulnerable. Los Jedi serán demasiado pocos para revertir la situación. Es necesario crear un ejército ahora mismo, cuando aún es posible.

Sifo-Dyas cruzó los brazos frente al pecho.

—Le animo a que le cuente esto al Canciller Supremo Valorum, o al senador Palpatine, Magistrado.

—Pienso hacerlo. Pero bajo la presidencia Valorum este Senado no derogará la Ley de Reforma. Demasiados senadores tienen intereses financieros en la guerra galáctica.

Han invertido fuertemente en empresas cuyos beneficios aumentarán considerablemente con el armamento y las reconstrucciones. La guerra será beneficiosa para una economía que ahora consideran estancada.

—¿Está dispuesto a declarar esto ante un comité de investigación?

Damask frunció el ceño.

—Debe entender que algunas de esas empresas son de clientes míos.

En la cara del Jedi se dibujó una expresión sombría.

—Me ha leído los pensamientos, Magistrado. Yo también he percibido que la guerra es inminente. Eso mismo le confesé al Maestro Yoda y otros, pero fue inútil. Parece que no les preocupa. O que están absortos. Ya no estoy seguro.

—¿El Maestro Dooku también?

Sifo-Dyas inspiró.

—Por desgracia, Magistrado, las recientes declaraciones de Dooku sobre las desavenencias de la República y la «santurronería» de nuestra Orden solo incrementan mi preocupación.

—Dice que recuerda vagamente nuestra conversación de Serenno. ¿Recuerda que les hablé de un grupo de donadores muy talentosos?

—Lo lamento pero no.

—Son nativos de un mundo extragaláctico llamado Kamino. He hecho algunos negocios con ellos en nombre de clientes que querían animales clonados, o trabajadores clonados capaces de trabajar en entornos severos.

El Jedi sacudió la cabeza con incertidumbre.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Creo que se podría convencer a los kaminoanos para que crearan y entrenaran un ejército clonado.

Sifo-Dyas se tomó un buen rato para responder.

—Usted mismo ha dicho que la República jamás autorizaría la creación de un ejército.

—La República no tiene por qué saberlo —dijo Damask con cautela—. Ni tampoco la Orden Jedi. Quizá fuese un ejército que no necesitase utilizar jamás, aunque estaría siempre disponible, por si las moscas.

—¿Quién en su sano juicio financiaría un ejército que quizá no se utilice jamás?

—Yo mismo —dijo Damask—. Junto con algunos de mis socios del Clan Bancario… Y en colaboración con mis contactos en Ingeniería Pesada Rothana, que suministrarían las naves, el armamento y demás material.

-Sifo-Dyas le miró fijamente.

—Vaya al grano, Magistrado.

—Los kaminoanos no crearán un ejército para mí, pero sí para la Orden Jedi. Llevan miles de años fascinados con los Jedi.

Sifo-Dyas abrió sus ojos marrón oscuro como platos.

—No me estará proponiendo clonar un Jedi…

—No. Además, me han asegurado que eso no es posible. Pero también me han asegurado que podrían tener listo un ejército humano de un millón de efectivos en solo diez años.

—¿Me está sugiriendo que actúe sin informar al Alto Consejo?

—Supongo que sí. Los kaminoanos solo necesitan un modesto pago inicial, del que podría ocuparme yo mediante cuentas irrastreables que tengo en bancos del Borde Exterior.

El Jedi volvió a quedarse en silencio un momento.

—Necesito tiempo para pensarlo.

—Por supuesto —dijo Damask—. Cuando haya tomado una decisión, puede ponerse en contacto conmigo en mi residencia de Coruscant.

Sifo-Dyas asintió con una taciturna introspección. Damask se dio la vuelta y desapareció entre la multitud. Palpatine estaba regresando al lugar en el que habían estado antes, sus ojos y movimientos sugerían una excitación inusual.

—¿Tienes el holocrón? —dijo Damask al acercarse.

—Sí, pero no me lo ha dado Maul.

Damask esperó a que se explicase.

—Me lo ha entregado el informador que Maul había estado persiguiendo y que creía muerto, Lorn Pavan. El hecho de que a Pavan le hayan amputado la mano derecha recientemente confirma que los dos han combatido en uno de los compartimentos herméticos.

—¿El tal Pavan ha derrotado a Maul?

Palpatine negó con la cabeza.

—Pero sospecho que ha podido engañarlo y pillarlo por sorpresa.

—Increíble —dijo Damask, asombrado de que los acontecimientos pudiesen ser aún más enrevesados—. En ese caso, Pavan debe saber qué contiene el holocrón.

—Se supone que debo entregárselo a los Jedi —dijo Palpatine, claramente divertido; tras mirar alrededor, dijo—: Quizás a Yoda o Windu…

—¿Y Pavan? —espetó Damask.

Palpatine se enderezó.

—Pestage y Doriana lo escoltan a la superficie, donde recibirá atención médica, puede incluso que una mano nueva, y una confortable habitación de hotel para pasar el último día de su vida.

—Un premio que deberíamos concederle a Maul, pero que probablemente no haremos —Damask miró a Palpatine—. En cualquier caso, no ha sido Pavan el que te ha entregado el holocrón. Te lo ha dado el lado oscuro.

Palpatine pensó en eso durante un momento.

—¿Y Sifo-Dyas? ¿Lo hará?

—Aunque no acepte, encontraremos la manera de hacer el pedido a su nombre. Pero la Fuerza me dice que aceptará. —Eso lo convertirá en un peligro potencial para nosotros. Damask asintió.

—No importa. Ahora somos invencibles.

Esto no servirá, pensó Palpatine, sentado frente a Valorum en la altísima oficina del Canciller Supremo en el edificio del Senado, mientras este le daba la tabarra con sus problemas con el Comité de Ética.

La vista desde las grandes ventanas triangulares era bastante agradable, pero el despacho era demasiado pequeño. Peor aún, parecía más una reliquia de tiempos pasados que el centro neurálgico del Nuevo Orden. Ninguna remodelación podría transformarlo en el espacio que Palpatine imaginaba para sí mismo. Quizá se necesitaba un nuevo edificio; algún tipo de anexo o, mejor aún, un edificio para la oficina ejecutiva; aunque solo fuese para hacer creer a los que allí trabajaban que sus lamentables esfuerzos servían de algo…

—Cuanto más profundizan en el asunto mis abogados y contables, más callejones sin salida encuentran —le estaba diciendo Valorum. Unas ojeras negras se dibujaban bajo sus ojos y las manos le temblaban levemente—. Los lingotes de aurodio que el Frente Nebulosa robó del carguero de la Federación de Comercio se convirtieron en créditos, que utilizaron para financiar sus operaciones en Asmeru y Eriadu. Pero los lingotes en sí pasaron por una serie de bancos de dudosa reputación y otras instituciones financieras y, finalmente, los invirtió algún grupo desconocido en Transportes Valorum. Digo desconocido porque los seres que figuran como inversores parecen no haber existido jamás.

—Incomprensible —dijo Palpatine, alargando la palabra—. No sé qué pensar.

Había pasado una semana desde la reunión política Perlemiana. Lorn Pavan estaba muerto, lo había matado la espada de luz de Maul un día antes de que le implantasen una mano artificial en el muñón de su antebrazo. Recortando gastos, había comentado Plagueis entonces.

Valorum se sujetaba la cabeza con las manos.

—Alguien o alguna organización preparó esto para castigarme, no hay duda. La cuestión de por qué alguien, ni mis detractores más incondicionales del Senado, desecharía decenas de millones de créditos para hacer esto en mis últimos meses de mandato es inexplicable —levantó la cabeza hacia Palpatine—. Mis inmediatos predecesores eran valientes y sabían manejar al Senado. Yo creí que podría aportar algo distinto al cargo. Una diplomacia más discreta, basada en la Fuerza y en los ideales de la Orden Jedi.

Palpatine reprimió el impulso de saltar por encima del escritorio y estrangularlo.

—Me doy cuenta de que he tomado algunas decisiones malas. ¿Pero algún canciller del último siglo tuvo que afrontar más retos que yo? ¿Algún canciller tuvo que lidiar con un Senado más corrupto y egoísta? ¿O con empresas más megalómanas? —Valorum cerró los ojos y exhaló—. Lo único que quiere el que está detrás de estas maquinaciones

es destruir por completo mi legado; hacer que el nombre de Valorum parezca una mancha en la historia…

—En ese caso debemos redoblar nuestros esfuerzos para exculparte —dijo Palpatine.

Valorum se rió sin alegría.

—Si no somos capaces de hacerlo, no le serviré de nada a la República. Hasta que se resuelva este asunto, no puedo aprobar la intervención de los Jedi ni los Judiciales en ninguna disputa. No tengo permitido convocar sesiones especiales sin el consentimiento expreso del nuevo vicecanciller, Mas Amedda, que bloquea cada una de mis propuestas y venera los procedimientos como si fueran textos sagrados.

—El engaño empieza en la burocracia —dijo Palpatine.

Valorum se quedó en silencio un momento y después adoptó una expresión resuelta.

—No me faltan ideas.

Tocó una pantalla táctil instalada en su escritorio y sobre el holoproyector apareció una gran retahila de datos. Tras levantarse de la silla, indicó un gráfico en el que constaban varias docenas de empresas.

—Uno podría suponer, a la luz de las acusaciones que se me imputan, que la empresa de mi familia en Eriadu podría sufrir una repentina caída en el mercado. Pero está sucediendo justo lo contrario. Están entrando créditos en Transportes Valorum a un ritmo nunca visto, y lo mismo pasa con otras empresas de transportes y fletes, muchas de ellas con base en el Borde Exterior. Y eso no es todo.

Volvió a tocar la pantalla táctil y apareció un segundo gráfico junto al primero.

—Las inversiones en pequeños proveedores de plasma y conglomerados de energías alternativas se han triplicado. Pero lo más importante es que se ha disparado el sector de suministros militares, con un crecimiento asombroso de Talleres de Blindaje Baktoid, Ingeniería Haor Chal, el Nido de Creación Colicoide y otras compañías similares.

Palpatine, muy a su pesar, estaba impresionado.

—¿Qué sugieren esos datos?

—Que se está preparando algún asunto perverso ante nuestras narices. Que el escándalo en el que estoy envuelto puede formar parte de un plan mayor.

Palpatine estaba a punto de responder cuando la voz de la secretaria personal de Valorum salió por el intercomunicador.

—Canciller Supremo, perdone la interrupción, pero hemos recibido una comunicación urgente de la reina Amidala, de Naboo.

—¡La reina! —dijo Palpatine con una sorpresa teatral.

—¿Puedes derivar la comunicación a mi despacho? —dijo Valorum.

—Nuestros técnicos en comunicaciones me dicen que la señal es muy débil, pero que harán todo lo que puedan.

Palpatine y Valorum se giraron hacia la mesa holoproyec-tora de la oficina y esperaron. Al cabo de unos momentos, apareció una imagen tridimensional ruidosa y fluctuante de la pálida reina adolescente.

—Canciller Supremo Valorum —dijo ella—. Tengo que informarle de un grave suceso en nuestro planeta. Sin previo aviso, la facción neimoidiana de la Federación de Comercio ha iniciado un bloqueo. Sus enormes cargueros rodean nuestro planeta y no permiten la entrada ni salida de ninguna nave.

Palpatine y Valorum se miraron estupefactos.

Qué bien hace su papel, pensó Palpatine. Sentada en el trono como si fuese una especie de muñeca de animación excesivamente maquillada. La postura majestuosa, la voz sin inflexión alguna, el asesor barbudo Sio Bibble a un lado, el jefe de seguridad de tez oscura al otro…

—Alteza, ¿los neimoidianos os han comunicado alguna exigencia? —preguntó Valorum mientras la imagen azulada parpadeaba, se estabilizaba y volvía a parpadear.

—El virrey Gunray dice que el bloqueo se ha lanzado como protesta por la decisión del Senado de imponer tasas al transporte en las zonas de libre comercio. Asegura que cualquier intento de romper el embargo será repelido con fuerza letal. Si la nueva ley no se revoca, está dispuesto a dejar morir de hambre a todos los habitantes de Naboo.

Valorum cerró los puños.

—Majestad, el senador Palpatine está aquí conmigo.

Ni la expresión ni el tono de voz plano de Amidala variaron.

—Senador Palpatine, celebramos que puedas enterarte de esto en persona.

—Su Alteza —dijo Palpatine, dando un paso para ponerse frente a las cámaras del holoproyector e inclinando la cabeza—. Contactaré inmediatamente con los delegados de la Federación de Comercio y les exigiré que abandonen ese bloqueo.

—Puede que no baste con exigírselo, senador. Naboo solicita que la República intervenga lo más rápido posible.

—Lo hará, Su Alteza —dijo Valorum demasiado precipitadamente—. Convocaré una sesión especial… Juro que Naboo recibirá toda mi atención.

Amidala asintió.

—Nos ha tratado con gran cortesía en el pasado, Canciller Supremo. Confiamos en que hará todo lo que esté en su poder, ya que es nuestra única esperanza.

La transmisión terminó abruptamente.

—El asunto perverso por fin da la cara —dijo Palpatine.

Valorum regresó a su escritorio y se sentó.

—Te doy mi palabra, por tu ayuda durante la Crisis Yinchorri y por tantos años de amistad, que esta situación no se alargará. Aunque tengo las manos atadas, encontraré la manera de resolverlo.

—Sé que lo intentarás, Canciller Supremo.

Valorum respiró profundamente.

—Un consejo, Palpatine. Prepárate para convertirte en el centro de atención.

29: LA FUERZA CONTRAATACA

Aunque el bloqueo de Naboo se había planteado como un desafío directo a las leyes de la República, tanto una protesta contra las tasas como un reto a la jurisdicción de los Jedi, no logró el efecto inmediato que Plagueis y Sidious habían previsto. Alejado del Núcleo, Naboo no había sido invadido, ni habían muerto seres importantes, como había ocurrido en la Crisis Yinchorri y en la cumbre de Eriadu. Por tanto el bloqueo era visto por muchos como un mero ruido de sables provocado por la enojada Federación de Comercio; un inconveniente para aquellos mundos que dependían del consorcio para la llegada de mercancías; el último de una serie de enfrentamientos destinados a exponer la incompetencia de un Senado irremediablemente escindido.

En cualquier caso, los dos Sith habían trabajado incansablemente para explotar al máximo el problema de Naboo y asegurarse el apoyo de los colegas de Palpatine, garantizando no solo que su nombre estuviese entre los postulados, sino también que pudiese ganar si era candidato. Otro aspecto igual de importante era asegurarse de que Palpatine pudiese controlar suficientes votos en el Senado para ratificar su decisión de nombrar cocanciller a Hego Damask.

Para variar, Damask había tomado las riendas, reuniéndose con unos y otros, haciendo promesas, pidiendo que le devolvieran antiguos favores y deudas; mientras Palpatine, para guardar las apariencias, hacía varios intentos vanos de reunirse en privado con el representante de la Federación de Comercio, Lott Dod. Pestage, Doriana, Janus Greejatus, Armand Isard y otros andaban ocupados entre bambalinas, colocando pruebas incriminatorias donde fuese necesario y ocupándose de que todos los tejemanejes saliesen a la luz pública.

Sus esfuerzos conjuntos no constituían una campaña política sino un ejercicio en subterfugios elaborados.

—Bail Antilles sigue siendo el favorito —le dijo Plagueis a Palpatine cuando llegó al ático del muun—. Irónicamente, la crisis de Naboo ha estrechado las relaciones entre los mundos del Núcleo. Aunque Antilles siempre ha corrido el peligro de ser descartado como candidato con más posibilidades de sustituir a Valorum, ahora es el predilecto de los que abogan por una autoridad fuerte y centralista.

—Podemos debilitarlo —dijo Sidious—. ¿Qué hay de Teem?

—Además de la Federación de Comercio, Teem cuenta ahora con el apoyo de la Liga de Política Corporativa.

Sidious se mostró indiferente.

—El Senado no está preparado aún para elegir un activista, aún menos un activista gran. Contar con el apoyo de la LPC es lo mismo que prometer la derogación de las restricciones antiesclavistas.

La frustración de Plagueis era evidente, aunque intentase ocultarla.

—El interés por Naboo está empezando a decaer. Y con él la simpatía en el voto con la que contábamos.

Sidious abrió la boca para responder cuando su comunicador emitió un pitido y se llevó el aparato a la oreja.

—Es una noticia fantástica —dijo al aparato, como aturdido—. No me lo esperaba… Buena elección, creo… Estoy seguro de eso, Canciller Supremo… Sí, estoy seguro de que lo decía completamente en serio.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Plagueis cuando Palpatine cortó la comunicación.

Sidious sacudió la cabeza incrédulo.

—Valorum ha conseguido convencer al Consejo para que envíe dos Jedi a Naboo.

A pesar de todo lo que había dicho sobre su invencibilidad, Plagueis parecía confuso.

—¿Sin la aprobación del Senado? ¡Está colocando la soga alrededor de su propio cuello!

—Y del nuestro —dijo Sidious—, si los neimoidianos se asustan y deciden confesar la verdad sobre el bloqueo.

Plagueis se alejó de él, muy irritado.

—Debe haber hablado con el Consejo en secreto. Si no, Mas Amedda nos habría informado.

Sidious seguía con la vista los movimientos nerviosos del muun.

—Dooku dijo que el Consejo seguiría apoyándolo.

—¿Te ha dicho Valorum qué Jedi han enviado?

—Qui-Gon Jinn y su padawan, Obi-Wan Kenobi.

Plagueis se detuvo abruptamente.

—Eso es aún peor noticia. Conozco a Qui-Gon, y no tiene nada que ver con los otros que entrenó Dooku.

—Son un dúo de lo más inoportuno —dijo Sidious—. El peor enemigo del Frente Nebulosa en Dorvalla, Asmeru y Eriadu.

—Gunray y sus aduladores no tienen ninguna posibilidad contra ellos.

Sidious tenía una respuesta lista.

—Dos Jedi solos no son rival para miles de droides de combate y droidekas. Le ordenaré a Gunray que los mate.

—Y tendremos otro Yinchorr, además del peligro adicional de que Gunray divulgue nuestros actos, pasados y presentes —Plagueis se quedó pensativo un momento—. Qui-Gon evitará ser detectado por los droides y provocará el caos de forma lenta pero inevitable en la nave.

—En ese caso, le ordenaré a Gunray que lance la invasión antes de lo previsto. Proteger Naboo se convertirá en el problema inmediato, en lugar de detener a los neimoidianos. Puede que Gunray se oponga, pero le aseguraré que la República no intervendrá.

Plagueis estuvo de acuerdo.

—Amedda puede denegar todas las peticiones que haga Valorum para convocar al Senado en una sesión especial. Aun así…

Se miraron en un silencio gélido; después Sidious asintió.

—Me ocuparé de que Maul esté listo.

Plagueis juntó las manos.

—Es voluntad del lado oscuro que finalmente nos mostremos —dijo en tono solemne.

No era, ni mucho menos, que no confiase en Darth Sidious. Pero Plagueis jamás había visto de cerca a Maul y sentía curiosidad por ver qué relación tenía con Sidious. Sabía que apenas se habían encontrado fuera de Los Talleres, ni mucho menos paseado juntos por la terraza de una de las mónadas más elegantes de Coruscant en plena noche, envueltos en sus capas con capucha. Pero era el momento perfecto para que lo hicieran. Con 11-4D al lado, Plagueis los observaba desde lejos, minimizando su presencia en la Fuerza.

La invasión y ocupación de Naboo estaban yendo según los planes previstos y los pantanos se estaban inspeccionando con la intención de localizar y aislar los principales hábitats submarinos de los gungan indígenas, antes de que pudiesen convertirse en una amenaza. Pero los dos Jedi, la reina Amidala y su séquito de dobles y guardias habían logrado superar el bloqueo. Con la ayuda de Maul, se habían transmitido mensajes falsos del asesor de la reina Sio Bibble a la nave estelar ausente y una transmisión había devuelto un leve rastro de conexión a Tatooine, el mundo propiedad de los hutt. Al enterarse, Plagueis se había planteado pedirle a Jabba que detuviera a la reina, pero lo descartó rápidamente, preocupado por lo que el lado oscuro podría exigirle a cambio.

—Tatooine está escasamente poblado —dijo 11-4D, repitiendo lo que el zabrak de Dathomir le estaba diciendo a Sidious—. Si la pista es buena, los encontraré rápidamente, Maestro.

—Continúa —le dijo Plagueis en voz baja.

—En respuesta, Sidious le está indicando a Maul que los Jedi deben ser su prioridad. Cuando haya terminado con Qui-Gon y Obi-Wan, Maul debe llevar a la reina Anúdala de vuelta a Naboo y obligarla a firmar un tratado de paz que ceda el control del planeta y sus reservas de plasma a la Federación de Comercio.

El droide hizo una pausa, después añadió:

—Maul dice: «Por fin nos mostramos a los Jedi. Por fin tendremos nuestra venganza».

A lo lejos, Sidious se giró hacia Maul.

CuatroDé agudizó sus sensores auditivos.

—Sidious dice: «Has sido bien entrenado, mi joven aprendiz. No serán rival para ti».

Aquellas palabras despertaron profundos recelos en Plagueis y se proyectó con la Fuerza, en armonía con sus turbulentas corrientes. Momentáneamente, las puertas que

oscurecían el futuro se abrieron y pudo atisbar los sucesos venideros, o posibles sucesos venideros.

En cualquier caso, no le animaron.

¿Sidious y él lo habían entendido mal? ¿Sería mejor abortar el plan y confiar en que Palpatine fuera el elegido, aunque Naboo no cayese en manos de la Federación de Comercio?

Cuando los Jedi descubrieran la existencia de un Sith, ¿se lanzarían a una persecución intensa del otro?

Sidious tenía casi un vínculo paternal con Maul. Apegado al presente, no lograba captar la verdad: que esta era la última vez que su aprendiz y él se verían en carne y hueso.

Los acontecimientos se estaban desarrollando rápidamente.

A pesar de los obstáculos inesperados, las habilidades de rastreo de Maul le habían llevado hasta la reina desaparecida. Pero había fracasado en su misión. A pesar de un breve enfrentamiento con Qui-Gon Jinn, el Maestro Jedi y su grupo habían logrado escapar por segunda vez. No habían matado al zabrak, como Plagueis temió inicialmente, pero su filo carmesí lo había delatado como Sith, y ahora los Jedi, Amidala y su séquito de guardias y doncellas se dirigían a Coruscant en la reluciente nave de la reina. Sidious le había ordenado a Maul que fuese a Naboo para supervisar la ocupación neimoidiana.

—Pestage y Doriana han puesto en marcha un plan que debilitará la campaña de tus principales rivales —estaba diciendo Plagueis mientras Palpatine y él se dirigían presurosos hacia el saltacielos que debía llevarlos hasta la plataforma antigravedad en la que habían autorizado a aterrizar a la nave estelar real—. Coruscant sabrá muy pronto que el senador Ainlee Teem ha estado protegiendo a un dug muy involucrado con la red de distribución de varas de la muerte de Gardulla el hutt y los Bando Gora.

—¿Otro favor de Jabba? —preguntó Sidious.

—El hutt se ha convertido en un aliado —contestó Plagueis.

—Con Sol Negro descabezado, tendrá rienda suelta en el tráfico de especia.

—Durante un tiempo —dijo Plagueis—. La información sobre el senador Teem se ha enviado a Antilles, que lleva años intentando echarlo del Senado. Cuando se anuncie la investigación por corrupción, Teem se quedará sin apoyo. Igual que Antilles, cuya ambición no le ha dejado ver que nadie en el Senado quiere un reformador demasiado entusiasta en la cancillería. La Fracción del Borde acudirá en manada hacia ti, con la esperanza de poder manipularte y la humanocéntrica Facción del Núcleo te apoyará porque eres uno de ellos.

Sidious lo miró.

—De no ser por ti…

Plagueis le hizo un gesto con la mano para que se callara y se detuvo en seco.

Sidious dio unos pasos más y se dio la vuelta hacia él.

—¿No vas a acompañarme a recibir a la reina?

—No. Los Jedi siguen con ella y nuestra presencia juntos podría permitirles percibir nuestras inclinaciones.

—Por supuesto, tienes razón.

—Hay otra cuestión —dijo Plagueis—. La crisis de Naboo por fin ha llamado la atención de Coruscant. Si podemos provocar una crisis similar en el Senado, tu elección estará garantizada.

Sidious se lo pensó.

—Quizá haya una manera —miró con dureza a Plagueis—. Promoviendo una moción de confianza a Valorum.

—Si tú…

—Yo no —le cortó Sidious—. La reina Amidala. Le llenaré la cabeza de dudas sobre la incapacidad de Valorum de resolver la crisis y de temores de lo que el gobierno de la Federación de Comercio puede suponer para Naboo. Después la llevaré al Senado para que pueda ver por sí misma lo insostenible que es la situación.

—Una actuación perfecta —susurró Plagueis—. No solo pedirá una moción de confianza, también se marchará pitando a casa para estar con su pueblo.

—Que es donde queríamos tenerla desde el principio.

—Confío que la comida sea mejor que la vista —dijo Dooku sin sarcasmo mientras se unía a Palpatine en una mesa junto a la ventana del Comidas Baratas de Mok, al día siguiente. Se trataba de pequeño establecimiento frecuentado por personal de las fábricas con vistas al corazón de Los Talleres.

—El Senado está evaluando planes para desarrollar proyectos urbanísticos en las llanuras.

Dooku frunció el ceño asqueado.

—¿Por qué no construyen directamente sobre un vertedero radioactivo?

—Si se pueden ganar créditos, las vidas de los ciudadanos comunes tienen poca relevancia.

Dooku arqueó una ceja.

—Espero que lo detengas.

—Prefiero que Los Talleres sigan como están durante algún tiempo.

Dooku hizo un gesto al camarero y miró a Palpatine con interés.

—Así que el bloqueo te impide ir a Naboo y Naboo viene hasta ti. Parece magia.

Palpatine le sonrió levemente.

—Sí, mi reina ha llegado.

—Tu reina —dijo Dooku, tirándose de la barba—. Por lo que he oído puede que pronto tú seas su Canciller Supremo.

Palpatine hizo un gesto como restando importancia al comentario y después adoptó una expresión más seria.

—En parte ese es el motivo por el que te he pedido que te reunieses conmigo aquí.

—¿Te preocupa no recibir el apoyo de los Jedi si te ven conmigo en público?

—Ni mucho menos. Pero si me eligen, y si tú y yo tenemos que empezar a trabajar juntos, nos conviene dar la impresión de estar en bandos opuestos.

Dooku cruzó los brazos y lo miró fijamente.

—¿Trabajar en calidad de qué?

—Eso aún está por ver. Pero nuestro objetivo común sería destruir la República para devolverle su esplendor.

Dooku no dijo nada en un buen rato y cuando habló lo hizo como si estuviese ensamblando sus pensamientos al vuelo.

—¿Y tu mundo natal será como la chispa que desencadena la conflagración? Es evidente que la crisis te ha beneficiado políticamente. Y eso ha hecho que algunos seres se pregunten cosas —examinó la cara de Palpatine—. En circunstancias normales, el Consejo no habría subvertido la autoridad del Senado aceptando la petición de Valorum de enviar Jedi a Na-boo. Pero para Yoda, Mace Windu y los otros, Valorum es lo malo conocido, mientras que los senadores Antilles, Teem y tú aún debéis revelar vuestros verdaderos planes. Por ejemplo tú. La mayoría saben que eres un político de carrera y que hasta ahora has logrado mantenerte al margen de escándalos. ¿Pero qué sabe nadie más allá de tu historial de voto o que resides en el República 500? Todos pensamos que eres mucho más de lo que aparentas, por así decirlo; que aún hay cosas sobre ti por descubrir.

En lugar de responder directamente al argumento de Dooku, Palpatine dijo:

—Me sorprendió tanto como al que más enterarme que los Maestros Qui-Gon y Obi-Wan Kenobi habían sido enviados a Naboo.

—Sorprenderte, por supuesto. ¿Pero te complació?

—Naboo es mi mundo natal. Quiero que la crisis se resuelva lo antes posible.

—¿En serio?

Palpatine le sostuvo la mirada.

—Empiezo a preguntarme qué puede haber provocado tu ánimo belicoso. Pero, ciñéndome al argumento, deja que te diga que no me avergüenzo de haber aprovechado la crisis. ¿Eso te hará distanciarte de mí?

Dooku sonrió con la mirada, pero sin alegría.

—Al contrario, como dices tú. Puesto que me interesa saber más sobre esa posible alianza.

Palpatine entrecerró los ojos.

—¿Estás decidido a abandonar la Orden?

—Más incluso que la última vez que hablamos.

—¿Por la decisión del Consejo de intervenir en Naboo?

—Eso puedo perdonárselo. El bloqueo debe romperse. Pero ha pasado algo más —Dooku eligió cuidadosamente sus siguientes palabras—. Qui-Gon regresó de Tatooine con un niño esclavo al que liberó. Según la madre, el niño no tiene padre.

—¿Un clon? —preguntó Palpatine extrañado.

—No es un clon —dijo Dooku—. Puede que lo concibiera la Fuerza. Como cree Qui-Gon.

Palpatine echó la cabeza hacia atrás.

—No formas parte del Consejo. ¿Cómo te has enterado de eso?

—Tengo mis fuentes.

—¿Esto tiene algo que ver con la profecía de la que me hablaste?

—Por supuesto. Qui-Gon cree que el niño, llamado Anakin, está en el centro de una convergencia de la Fuerza y que el hecho de encontrarlo fue voluntad de la Fuerza. Al parecer se han hecho análisis de sangre y la concentración de midiclorianos del chico es inaudita.

—¿Crees que es el profetizado?

—El Elegido —corrigió Dooku—. No. Pero Qui-Gon lo da por hecho y el Consejo quiere hacerle pruebas.

—¿Qué se sabe de ese Anakin?

—Muy poco, excepto que nació siendo esclavo hace nueve años y junto a su madre fue, hasta hace poco, propiedad de Gardulla la hutt y después de un vendedor de chatarra toydariano —Dooku sonrió con suficiencia—. Y también que ganó la carrera de vainas de la Clásica del Día de Boonta.

Palpatine había dejado de escuchar.

Nueve años… concebido por la Fuerza… ¿era posible…?

Rebobinó sus pensamientos a una velocidad frenética: hasta la plataforma de aterrizaje en la que Valorum y él habían recibido a Amidala y su grupo. En realidad no era Amidala sino una de sus dobles. Pero allí estaba el niño con pelo color arena, ese Anakin, envuelto en harapos, junto con un gungan y los dos Jedi. Anakin había pasado la noche en una pequeña habitación de su apartamento.

Y no percibí nada en él.

—Qui-Gon es un imprudente —estaba diciendo Dooku—. A pesar de su fijación con la Fuerza viva, demuestra sus propias contradicciones creyendo firmemente en la profecía… Un vaticinio más en la línea de la Fuerza unificadora.

—Nueve años —dijo Palpatine cuando pudo—. Demasiado mayor para entrenarlo.

—Si el Consejo muestra algo de sensatez.

—¿Y qué pasará con el niño?

Dooku se encogió de hombros.

—Aunque ya no es un esclavo, probablemente se le enviará de vuelta con su madre a Tatooine.

—Comprendo tu desencanto —dijo Palpatine.

Dooku sacudió la cabeza.

—No te lo he contado todo. Como si el anuncio de haber encontrado al Elegido no fuese suficiente, Qui-Gon descubrió que la Federación de Comercio podría haber tenido la ayuda de poderosos aliados en la planificación y ejecución del bloqueo de Naboo.

Palpatine se enderezó en su silla.

—¿Qué aliados?

—En Tatooine, Qui-Gon combatió contra un asesino bien entrenado en las artes Jedi. Pero descartó que fuese algún Jedi renegado. Está convencido de que es un guerrero Sith.

Ignorando las reacciones de los aprensivos residentes y el precavido personal de seguridad, Plagueis avanzaba apresuradamente por un pasillo afelpado del República 500 en dirección a la suite de habitaciones carmesí de Palpatine. Su intención había sido estar en el Senado para escuchar a Anúdala solicitando un voto de confianza a Valorum, que supondría el primer golpe de muerte para la República. Sin embargo, en el último momento, Palpatine se había puesto en contacto con él para contarle la conversación que había tenido con Dooku. El hecho de que Qui-Gon Jinn hubiese identificado a Maul como Sith era previsible; pero las noticias de Dooku sobre un niño humano en el centro de una convergencia de la Fuerza le habían causado auténtica conmoción. Y por si no fuera poco, ¡Qui-Gon veía al niño como el Elegido de las profecías!

Tenía que ver a aquel Anakin Skywalker con sus propios ojos; tenía que sentirlo personalmente. Tenía que averiguar si la Fuerza había vuelto a contraatacar, nueve años antes, concibiendo a un ser humano para devolver el equilibrio a la galaxia.

Plagueis se detuvo a la entrada del apartamento de Palpatine. Finalmente, una de las doncellas prácticamente idénticas a Anúdala acudió a abrir, como una aparición en una toga oscura con capucha. Sus ojos se clavaron en la máscara de respiración.

—Perdone, señor —dijo ella—, el senador Palpatine no está.

—Lo sé —dijo Plagueis—. Estoy aquí para hablar con un invitado del senador. Un niño humano.

Ella seguía con la mirada clavada en la máscara.

—No tengo permiso para…

Damask hizo un gesto rápido con la mano izquierda, conminándola a responderle.

—Tienes mi permiso para hablar.

—Tengo su permiso —dijo ella en tono distraído.

—Bien, ¿dónde está el niño?

—¿Se refiere a Anakin?

—Sí, Anakin —dijo él con prisa—. Es él. Ve a buscarlo… ¡Ahora!

—Acaba de irse, señor —dijo la doncella.

Plagueis miró hacia el interior de la suite de Palpatine.

—¿Acaba de irse? —se enderezó, muy irritado—. ¿Adonde? —El Maestro Jedi Qui-Gon Jinn vino para llevárselo, señor. Sospecho que podrá encontrarlo en el Templo Jedi. Plagueis dio un paso atrás, la cabeza le daba vueltas.

Aún había la posibilidad de que el Consejo decidiera que Anakin era demasiado mayor para ser entrenado como un Jedi. En ese caso, suponía que lo enviarían de regreso a Tatooine…

Pero si no… si Qui-Gon lograba convencer a los Maestros del Consejo y estos incumplían sus propios dictados…

Plagueis se pasó una mano por la frente. ¿Es esta nuestra perdición?, pensó. ¿Vas a ser nuestra perdición?

30: ACEPTANDO EL FUTURO DESDE EL PRESENTE

El Magistrado Damask seguía nervioso cuando llegó al edificio del Senado y recorrió a toda prisa el laberinto de pasillos y turboascensores para llegar hasta la estación de Naboo a tiempo para el acontecimiento.

Durante el receso posterior a la petición de la moción de confianza, la reina Anúdala y la pareja de sirvientes con los que había llegado habían decidido regresar al República 500. Pero Panaka seguía allí, con su gorra y jubón de cuero marrón, junto a Sate Pestage y Kinman Doriana. Sin saludarlos apenas, Plagueis dejó atrás a los tres hombres y se reunió con Palpatine en la plataforma flotante.

—¿Has hablado con él? —preguntó Palpatine, mientras la voz del senador de Kuat resonaba en los altavoces de la Rotonda.

El muun negó con la cabeza, enfadado.

—Qui-Gon ya había ido. Se lo han llevado al Templo.

—Aún hay una posibilidad…

—Sí —dijo Damask—. Pero si la concentración de midiclorianos del niño es tan alta como dijo Dooku es muy poco probable que los Jedi le dejen escapar de sus garras.

—Las tasas altas de midiclorianos no siempre equivalen a talentos en la Fuerza. Tú mismo me lo dijiste.

—No es eso lo que me preocupa —dijo Damask, pero no se extendió. Haciendo un gesto amplio, preguntó—: ¿Por dónde vamos?

—Com Fordox ha propuesto a Antilles. Y Edcel Bar Gan a Teem.

—Traidores —Damask echaba humo—. Fordox y Bar Gan.

Palpatine estaba a punto de responder cuando la voz de Mas Amedda llenó la Rotonda.

—El Senado cede la palabra al senador Orn Free Taa de Ryloth —dijo el chagriano desde el podio. Sei Taria estaba allí, también, pero Valorum, sencillamente destituido del poder, había desaparecido o estaba sentado donde nadie podía verlo.

El corpulento twi’lek azul se alzó orgullosamente en la parte delantera de la plataforma mientras esta volaba hacia el centro de la Rotonda, flanqueada por cámaras flotantes. En la parte trasera curvada de la plataforma estaba la consorte de Free Taa, una pequeña twi’lek de piel roja, y el cosenador de Ryloth y distribuidor de varas de la muerte Connus Trell.

—Ryloth se enorgullece de proponer a alguien que no solo ha dedicado veinte años de incansable servicio a la República sin desviarse de su rumbo entre las tormentas que siguen azotando a esta institución, sino cuyo mundo natal se ha convertido en el último objetivo de la codicia y la corrupción empresarial. Seres de todas las especies y mundos, propongo al senador Palpatine de Naboo.

Surgieron vítores y aplausos desde prácticamente todos los sectores de la sala, haciéndose más ruidosos y entusiastas cuando la plataforma de Naboo se separó de la estación de atraque y voló para unirse a las de Alderaan y Malastare.

—Lo has conseguido, Darth Plagueis —dijo Palpatine en voz baja y sin mirarlo.

—Aún no —fue la respuesta—. No descansaré hasta que esté seguro de la victoria.

Casi entrada la noche, Plagueis se dirigió a un observatorio público que ofrecía una vista privilegiada sobre el característico arabesco de una plataforma de aterrizaje en la que la nave real de la reina Amidala nadaba en la luz ambiental.

Con la capucha puesta, se dirigió a uno de los puestos de macrobinoculares fijos y miró por los visores acolchados. Qui-Gon Jinn, Obi-Wan Kenobi y el niño habían llegado a la plataforma en una nave Jedi; Amidala, sus doncellas y guardias, y un gungan de miembros largos llegaron a bordo de un taxi aéreo descapotable. Justo entonces este último grupo estaba subiendo por la rampa de embarque de la nave estelar, pero Qui-Gon y el niño del desierto de cara redonda se habían detenido cerca de la nave para hablar.

¿Qué?, se preguntó Plagueis. ¿Qué era lo que provocaba aquella mirada tan seria de Qui-Gon y aquella urgencia confundida en el niño?

Apartando la cara de los macrobinoculares, se proyectó con la Fuerza y fue presa de un asalto de imágenes desconcertantes: batallas feroces en el espacio profundo; el choque de espadas de luz; diafragmas de luz radiante; un cyborg con un casco negro levantándose de una mesa… Cuando su mirada volvió a posarse en la plataforma, Qui-Gon y el niño habían desaparecido.

Intentando desesperadamente desentrañar el sentido de las imágenes que la Fuerza le había ofrecido, se quedó plantado, observando cómo la nave estelar se alzaba de la plataforma y volaba hacia el cielo nocturno.

Luchó para reprimir la verdad.

Aquel niño iba a cambiar el curso de la historia.

A no ser…

Maul debía matar a Qui-Gon para impedir que el niño fuese entrenado.

Qui-Gon era la clave de todo.

Plagueis y Sidious pasaron el día previo a la votación del Senado en el edificio de LiMerge, comunicándose con Maul y Gunray y ocupándose de otros asuntos. Los primeros informes de Naboo indicaban que Amidala era mucho más audaz de lo que ninguno de los dos había previsto. Había logrado la reconciliación entre los naboo y los gungan, y había convencido a estos últimos para formar un ejército en los pantanos. Inicialmente, Sidious les había prohibido a Maul y los neimoidianos que tomaran cartas

en el asunto. Lo último que necesitaban los Sith era que Amidala se convirtiese en la heroína de su drama prefabricado. Pero cuando el ejército gungan había iniciado la marcha sobre la ciudad de Theed, no tuvo más remedio que ordenarle a Gunray que repeliera el ataque y provocara una auténtica masacre.

Plagueis no le dio ningún consejo ni contradijo sus órdenes, aunque sabía que la batalla estaba perdida y que el niño no moriría.

En vez de eso, organizó una comunicación con los líderes del Sindicato de Comerciantes, la Unión Tecnológica, la Alianza Corporativa y otros, para decirles que, a pesar de la legalidad del bloqueo, la Federación de Comercio se había buscado la ruina.

—Tomad nota de la manera en que la República y la Orden Jedi se han ocupado de ellos —le dijo Hego Damask a su holoaudiencia—. La Federación será desmantelada y eso sentará precedente. A no ser que deis pasos hacia una lenta y cuidadosamente planeada retirada del Senado, llevándoos vuestros sistemas clientes con vosotros, también corréis el riesgo de pasar a ser propiedad de la República.

Mientras la noche caía sobre Los Talleres, Sate Pestage les informó que los senadores Teem y Antilles estaban perdiendo impulso y que algunos de los apostadores políticos daban ahora ventaja a Palpatine en la elección.

Eso solo dejaba un asunto por resolver.

Asistir a la ópera.

Suspendida como un adorno reluciente en un tramo de calzadas y rampas peatonales, la Ópera de las Galaxias era propiedad del famoso jugador y vividor Romeo Treblanc y estaba diseñada para funcionar como alternativa a la aburrida Ópera de Coruscant, que durante décadas había frecuentado la Casa de Valorum y otras familias acomodadas del Núcleo. Con el Senado convocado a una sesión extraordinaria la mañana siguiente, Coruscant era presa de la emoción, y ante la posibilidad de que la elección de un nuevo Canciller Supremo pudiese abrir paso a una era de cambios positivos, había aparecido medio Senado. Jamás tanta tela veda, brocarte y brilloseda habían adornado las opulentas alfombras que conducían a las puertas; y jamás los taxis y limusinas habían llevado un surtido tan variado de habitantes de Coruscant: aristócratas y decanos, magnates y filántropos, críticos y mecenas, donjuanes y vírgenes, gánsteres y sus novias… muchos vestidos con trajes tan ostentosos como los de los actores que había sobre el escenario.

Valorum había declinado la invitación, pero tanto Ainlee Teem como Bail Antilles estaban entre los miles de asistentes que esperaban disfrutar del estreno de una nueva obra de un genio de Mon Calamari. Sin embargo, solo Palpatine y Damask fueron recibidos personalmente por Treblanc… Palpatine vestido con una capa oscura y el muun de verde oscuro, con un gorro a juego y una máscara de respiración que dejaba parte de su mandíbula a la vista.

—Cuentan que perdió una fortuna en la carrera de vainas del Día de Boonta —dijo Damask mientras se alejaban.

—La carrera que ganó Anakin —dijo Palpatine.

Damask se detuvo en seco, sorprendido, y se giró hacia Palpatine esperando una explicación.

—Logró el primer puesto.

Damask asimiló la noticia en un silencio taciturno, después masculló:

—Las proezas del chico ya se han propagado por las estrellas.

Una hembra nautolana los escoltó hasta un palco privado de la tercera planta, cerca del escenario. Su aparición provocó el aplauso de algunos de los seres sentados en los niveles inferiores y los murmullos de otros.

Las luces se apagaron y la representación empezó. Las metáforas lacrimosas se alternaban con proyecciones cargadas de simbolismo. La naturaleza experimental de la obra parecía potenciar la atmósfera de expectación que impregnaba al público. Con sus pensamientos en otra parte, los dos Sith seguían la obra en un respetuoso silencio, como hipnotizados.

Durante el entreacto, la multitud salió al vestíbulo en busca de refrescos. Discretamente, Damask daba sorbos a una copa de vino mientras seres distinguidos se acercaban a Palpatine para desearle buena suerte en la inminente elección. Otros seres célebres miraban embobados a Damask desde una distancia educada; era como si un fantasma largamente esperado se hubiese encarnado para la velada. Las holocámaras tomaban imágenes de la pareja para los medios. Damask se tomó una segunda copa de vino mientras las luces parpadeaban, anunciando el final del entreacto. Pestage le había asegurado que abordarían a algunos de los oponentes de Palpatine en el Senado, emborrachándolos o dragándolos para que no pudiesen asistir a la sesión de la mañana siguiente. No moriría ninguno, aunque tendrían que amenazar a algunos. Y, aun así, Damask seguía inquieto por el desenlace de la votación…

Tras la representación, Palpatine y él se unieron a un selecto grupo de políticos en el que estaban Orn Free Taa y Mas Amedda para cenar en una sala privada del Manarai.

Después se marcharon al ático de Damask.

Plagueis les había dado la noche libre a los Guardias Sol y el único otro ser inteligente del amplio apartamento era el droide 11-4D, que en ese momento les servía vino en copas caras mientras se quitaban las capas.

—Sullustano —dijo Plagueis, levantando la copa hacia la luz y haciendo girar su contenido—. Tiene más de medio siglo.

—Brindemos —dijo Sidious—. Por la culminación de décadas de brillante planificación y ejecución.

—Y por el nuevo significado que daremos mañana a la Regla de Dos.

Apuraron sus copas y 11-4D las volvió a llenar inmediatamente.

—Solo tú podías hacerlo realidad, Darth Plagueis —dijo Sidious, acomodándose en una silla—. Haré todo lo posible para estar a la altura de tus expectativas y cumplir con mi responsabilidad.

Plagueis no hizo mucho caso del cumplido, ni halagado ni abochornado.

—Con mi orientación y tu carisma, pronto podremos iniciar el acto final del Gran Plan —acomodándose en el sofá le hizo una seña a 11-4D para que abriera una segunda botella del vino añejo—. ¿Has pensado qué dirás mañana?

—He tomado algunas notas —dijo Sidious—. ¿Te arruino la sorpresa?

—Por qué no.

Sidious dedicó un momento a recuperar la compostura.

—Para empezar, he pensado decir que, aunque en el Senado hemos logrado conservar intacta la República durante mil años, jamás habríamos podido hacerlo sin la ayuda de un puñado de seres, en gran medida invisibles para el público, cuyos logros ahora deben salir a la luz.

Plagueis sonrió.

—Me gusta. Sigue.

Hablando en un tono plano, Sidious dijo.

—Hego Damask es uno de esos seres. Fue Hego Damask quien supervisó el desarrollo de la Administración de la Reserva de la República y quien proporcionó apoyo financiero a las Actas de Reasentamiento que permitieron abrir nuevas rutas hiperespaciales hacia los sistemas periféricos y colonizar mundos remotos.

—Eso será como una revelación para mí.

—De manera parecida, fue Hego Damask quien transformó la Federación de Comercio…

—No, no —interrumpió Plagueis—. No es momento de mencionar a la Federación de Comercio.

—Pensé que…

—No veo ningún problema en recordar los acuerdos que propicié entre la República y la Alianza Corporativa y la Unión Tecnológica. Pero debemos evitar cuestiones controvertidas.

—Por supuesto —dijo Sidious, como escarmentado—. Lo he dicho sin pensar.

—Prueba con un planteamiento distinto.

Y eso hizo Sidious.

Y a medida que avanzaba la noche, siguió corrigiendo e improvisando, hablando de la infancia de Damask en Mygeeto y de las contribuciones del padre de Damask al Clan Bancario InterGaláctico durante su etapa como copresidente. Con la copa de vino en la mano, Sidious paseaba sobre el suelo enmoquetado, vacilando a menudo entre la confianza y las dudas. En más de una ocasión, Plagueis expresó su satisfacción por todo lo que oía, pero instó a Sidious que guardase energía para la mañana siguiente. Aunque,

para entonces, Sidious estaba demasiado excitado para hacer caso del consejo y no dejaba de revisar el orden de sus comentarios y el énfasis que daba a ciertos puntos.

El droide trajo una tercera y después una cuarta botella de vino sullustano.

Agradablemente embriagado, a Plagueis, que no quería nada más que deleitarse con el dulce sabor de la victoria, la actuación de su colaborador estaba empezando a resultarle agotadora y no quería más que cerrar los ojos y sumergirse en sus ensoñaciones sobre su irrupción en la Rotonda; las caras de sorpresa, asombro y turbación de los senadores congregados; su salida tan largamente anticipada de las sombras; su ascenso al poder galáctico…

Por desgracia, Sidious no le dejaba.

—Ya basta —volvió a intentar Plagueis—. Probablemente deberías volver a casa y descansar al menos algunas horas antes de…

—Solo una vez más… desde el principio.

—¿El principio?

—Lord Plagueis, dijiste que no descansarías hasta que nuestra victoria fuese un hecho consumado.

—Así es. Y lo haré, Darth Sidious.

—Pues celebremos eso también —Sidious hizo un gesto a 11-4D—. Llénanos las copas, droide.

Con el sueño empezando a derrotarle, Plagueis solo pudo levantar la copa hasta la altura de su nariz. Volcó la copa al dejarla sobre la mesa, manchando el mantel. Sus párpados empezaron a cerrarse y su respiración se ralentizó. Después de veinte años sin tener que lidiar con un Plagueis somnoliento, el transpirador chasqueaba repetidamente mientras se ajustaba, como asustado.

A solo unos metros de distancia, Sidious se detuvo, mirando a Plagueis un buen rato, como si estuviese aclarando sus pensamiento sobre algo. Después, respirando profundamente, dejó su copa y recogió la capa que había dejado sobre una silla. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, aunque se detuvo en seco antes de llegar a ella.

Girándose y proyectándose con la Fuerza, miró la habitación, como si quisiera fijar aquella imagen en su memoria. Su mirada se posó brevemente en el droide, cuyos fotorreceptores zumbaron para mirarlo con evidente curiosidad.

Una mirada de siniestra determinación retorció la cara de Sidious.

De nuevo, sus ojos recorrieron la habitación y el lado oscuro susurró:

Tu elección está garantizada, los Guardias Sol no están, Plagueis está desprevenido y dormido…

Y se movió con tal rapidez que fue como un borrón.

Chisporroteando desde las puntas de sus dedos, una telaraña de rayos azules aterrizó en el artefacto respirador del muun. Plagueis abrió los ojos, la Fuerza se acumulaba en él como una tormenta, pero no se defendió. Aquel ser que había sobrevivido a intentos de asesinatos y había matado a innumerables oponentes se limitó a mirar a Sidious, ¡hasta que este se dio cuenta de que Plagueis lo estaba retando! Convencido de que nadie podía

matarlo y sin querer aceptar que se estaba ahogando lentamente podría simplemente estar experimentando consigo mismo, cortejando a la muerte para ponerla en su sitio. Momentáneamente desconcertado, Sidious se quedó completamente quieto. ¿Plagueis se engañaba tanto como para creer que había alcanzado la inmortalidad?

La pregunta sobrevoló la habitación un instante, entonces Sidious liberó otra descarga de rayos, sumergiéndose en el lado oscuro más profundamente de lo que había hecho nunca.

—Pasemos a la segunda parte del discurso, si no te importa —dijo, alisándose la capa—. Viejo inútil.

Con un gruñido, se lanzó la capa sobre los hombros y se inclinó hacia Plagueis, colocando las palmas de sus manos sobre la mesa, manchada por el vino derramado.

—Fue Hego Damask quien vino a Naboo como Darth Plagueis, decidido a vaciar el planeta de plasma y colocar a la Federación de Comercio como supervisores del negocio. Fue Hego Damask, como Plagueis, quien se fijó en un joven claramente confundido y lo manipuló meticulosamente para que cometiese parricidio, matricidio y fratricidio. Fue Darth Plagueis quien lo tomo como aprendiz, compartiendo parte de su conocimiento pero guardándose sus secretos más poderosos, negándole sus deseos a su aprendiz para controlarlo mejor, inculcándole una ira asesina y convirtiéndolo al lado oscuro.

Sidious se enderezó, con una mirada furiosa.

—Fue Plagueis quien criticó los primeros esfuerzos de su aprendiz y quien, en una ocasión, lo estranguló para demostrarle su superioridad.

»Fue Plagueis quien lo denigró en privado por haber contratado a un asesino inepto para matar al senador Kim… y el que se dejó engañar por los gran y estuvo a punto de morir a manos de unos mercenarios.

»Fue Plagueis quien se apartó del Gran Plan para centrarse por completo en sí mismo, en una búsqueda egoísta de inmortalidad.

»Fue Plagueis quien cometió la temeridad de criticar a su aprendiz por haberle inculcado demasiado orgullo al asesino que había entrenado.

»Y fue Plagueis quien observó en secreto a su aprendiz mientras le ordenaba a su verdadero intermediario que revelase el renacimiento de los Sith a la galaxia.

Sidious hizo una pausa, después añadió burlonamente:

—Plagueis el Sabio, quien en su época, excepto al final, creyó que la Regla de Dos había sido superada y no se dio cuenta de que no iba a librarse de ella. Plagueis el Sabio, quien forjó al lord Sith más poderoso que la galaxia haya conocido jamás, aunque olvidó dejar un sitio para sí mismo. Al que el orgullo no le permitió entender que ya no iba a ser necesario.

Esforzándose por respirar, Plagueis logró levantarse, aunque volvió a derrumbarse sobre el sofá, tirando una estatua de su pedestal. Sidious se acercó con las manos levantadas para lanzar otra descarga y una expresión tan gélida que podía congelar la habitación. Una tormenta de Fuerza se concentró sobre el sofá, extendiéndose en círculos concéntricos, inundando a Sidious y lanzando objetos hacia todos los rincones.

En el centro de la misma, Plagueis se convirtió en una imagen anamórfica, aunque recuperó la forma cuando la tormenta empezó a amainar.

Los ojos de Sidious se clavaron en el muun.

—Cuántas veces repetiste que el viejo orden de Bane se había terminado con la muerte de tu Maestro. Me dijiste que el aprendiz ya no necesitaba ser más fuerte sino simplemente más inteligente. La época de los arreglos de cuentas, las sospechas y las traiciones había terminado. La fortaleza no está en la carne sino en la Fuerza.

Se rió.

—Perdiste la partida el mismo día que decidiste entrenarme para que gobernase junto a ti; mejor dicho, bajo tu control. Profesor, sí, y por eso te estaré eternamente agradecido. Pero Maestro… Jamás.

Sidious observó a Plagueis con la Fuerza.

—Oh, sí, concentra tus midiclorianos, Plagueis —juntó sus dedos pulgar e índice—. Intenta mantenerte con vida mientras te ahogo.

Plagueis jadeó y levantó un brazo hacia él.

—Ahí está el problema, ya lo ves —dijo Sidious en tono filosófico—. Todos aquellos con los que experimentaste, a los que mataste y devolviste a la vida… eran poco más que juguetes. Pero ahora puedes compartir su experiencia y mira lo que descubres: en un cuerpo al que se le niega el aire, en el que flaquea incluso la Fuerza, tus midiclorianos no pueden hacer lo que les pides.

En los ojos de Sidious se podía ver el odio.

—Podría salvarte, por supuesto. Alejarte del precipicio, como hiciste tú con Venamis. Podría hacer que tu cuerpo reparase el daño ya causado a tus pulmones, tus corazones, tu cerebro envejecido. Pero no lo haré. La idea no es salvarte en el último momento, sino llevarte hasta las puertas de la muerte y arrojarte al otro lado.

Sidious suspiró.

—Una auténtica tragedia para alguien tan sabio. Alguien que podría controlar la vida y la muerte de todos los seres, excepto la suya propia.

Al muun se le empezaban a hinchar los ojos; su pálida carne estaba cianótica.

—Quizá te estés preguntando: ¿cuándo empezó a cambiar? La verdad es que no he cambiado. Igual que enturbiamos las mentes de los Jedi, yo enturbié la tuya. Jamás tuve la menor intención de compartir mi poder contigo. Necesitaba aprender de ti; nada más, nada menos. Descubrir todos tus secretos, que confiaba que terminarías revelándome. ¿Pero qué te hacía pensar que te necesitaría después? La vanidad, quizá. Tu prepotencia. No has sido nada más que un peón en una partida jugada por un Maestro genuino.

»El Sith'ari.

Se le escapó una carcajada cruel.

—Piensa en los últimos años; suponiendo que puedas. Yinchorr, Dorvalla, Eriadu, Maul, los neimoidianos, Naboo, un ejército de clones, el Jedi caído Dooku… Crees que todas fueron ideas tuyas, cuando en realidad fueron mías, sugeridas hábilmente para que pensaras que eras tú el que me las inculcaba. Fuiste demasiado confiado, Plagueis.

Ningún Sith auténtico puede preocuparse realmente por otro. Eso siempre se ha sabido. No hay más camino que mi camino.

Sidious entrecerró los ojos.

—¿Sigues conmigo, Plagueis? Sí, detecto que estás ahí… aunque por poco rato.

»En ese caso, te diré una última cosa. Podría haberte dejado morir en el distrito Fobosi, pero no podía permitirlo cuando aún había tantas cosas que no sabía; tantos poderes lejos de mi alcance. Y fui lo bastante listo para rescatarte. ¿De no ser así cómo podría estar aquí, mirándote morir? Pensé que morirías en Sojourn; y así habría sido si el hutt no te hubiese advertido del plan de Veruna.

»Pero fue mejor así, porque incluso después de todo lo que me enseñaste quizá no hubiese sido capaz de dar los últimos pasos hacia la cancillería sin tu ayuda, sin que hubieses manipulado al Senado y movilizado a tus diversos aliados. Pero ahora que hemos ganado la carrera, no necesito ningún cocanciller. Tu presencia y tus innecesarios consejos solo habrían servido para confundir las cosas. Tengo a Maul para hacer lo que el riesgo de ser descubierto no me permite hacer a mí, mientras ejecuto el resto del Gran Plan: crear un ejército, fomentar la rebelión y la guerra intergaláctica, acorralando a los Jedi y pillándolos desprevenidos…

»Descansa en tu tumba, Plagueis. Al final seré proclamado emperador. Los Sith tendrán su venganza y yo gobernaré la galaxia.

Plagueis cayó al suelo y rodó boca abajo. Sus pulmones lanzaron unos estertores y murió.

UnoUno-CuatroDé se acercó pero Sidious le hizo un gesto para que se detuviera.

—Tenemos que buscarte un nuevo hogar y un nuevo cuerpo, droide.

UnoUno-CuatroDé miró al muun y después a Sidious.

—Sí, Maestro Palpatine.

Sidious fue hacia la ventana, después se giró para contemplar la escena del crimen. Hego Damask parecía haber muerto por una avería de su aparato respiratorio. Haría que el droide avisara a los médicos. Pero no le harían autopsia y no habría ninguna investigación. Las holoimágenes de su aparición en la Ópera de las Galaxias aparecerían en la HoloRed y los analistas las comentarían. El senador Palpatine podría granjearse aún más simpatías; su felicidad por ser elegido para la cancillería ensombrecida por la repentina muerte de un aliado financiero.

Sidious se acercó para mirar de cerca a Plagueis. Después, al cabo de un buen rato, regresó a la ventana y descorrió las cortinas.

Se sintió más animado, aunque solo brevemente.

Algo estaba matizando su sensación de victoria: la vaga conciencia de un poder mayor que él mismo. ¿Plagueis estaba proyectándose desde el otro lado de la muerte para molestarlo? ¿O aquella sensación era una mera consecuencia de la apoteosis?

Fuera, los primeros rayos de luz diurna empezaban a cubrir las azoteas de los edificios más altos.

EPÍLOGO

La elección de Palpatine a la cancillería inundaba la HoloRed. No fue ni mucho menos una victoria aplastante, pero ganó por un margen más amplio del que habían previsto las apuestas, debido en parte a la inexplicable ausencia de varios de sus oponentes clave. Con dos jueces de la Corte Suprema y el vicecanciller Mas Amedda presidiendo, juró el cargo en el Podio del Senado, después de que Valorum le diese un apretón de manos y desapareciese en el turboascensor que llevaba a la sala de preparación. En su discurso prometió devolverle la gloria pasada a la República y eliminar las prácticas corruptas del Senado. Nadie prestó demasiada atención puesto que todos los Cancilleres Supremos de los últimos doscientos años habían hecho las mismas promesas.

Los comentaristas, sin embargo, analizaron rápidamente lo que aquella elección podría suponer en un futuro inmediato. El hecho de que Naboo hubiese logrado derrotar a la Federación de Comercio sin la ayuda de mercenarios ni la intervención de la República había hecho que muchos seres se preguntasen si otros planetas podían seguir su ejemplo y crear sus propios ejércitos para enfrentarse al poder de los consorcios galácticos. ¿Cómo iban a afectar los sucesos de Naboo a las políticas del nuevo Canciller Supremo en relación con la Alianza Corporativa y otros cárteles? ¿Se volvería a estudiar la posible legislación impositiva para las zonas de libre comercio y la legalidad de los ejércitos droides? ¿Una actitud más severa conduciría finalmente a la secesión de los cárteles de la República? ¿Y podrían unirse al éxodo sistemas enteros?

Con tanta atención concentrada en la elección, fueron muchas las historias que pasaron desapercibidas. Una de ellas fue la muerte inesperada del solitario financiero muun Hego Damask. Los obituarios redactados apresuradamente contenían los pocos datos sobre su vida públicamente conocidos pero apenas hacían referencia al papel que había desempeñado entre bambalinas para moldear la historia de la República. Los miembros del Clan Bancario InterGaláctico se negaron a dar información sobre el funeral o el destino de las muchas propiedades de Damask en Muunilinst y docenas de otros mundos. Extraoficialmente, se comentó que se necesitarían décadas para esclarecer todos los detalles de los negocios del muun.

Con la batalla de Naboo terminada, en su opinión perdida, Palpatine no tuvo tiempo para regodearse en las adulaciones ni celebrar la victoria. Su primera preocupación, su primera tarea oficial, fue viajar a su mundo natal para felicitar a la reina Anúdala y sus nuevos aliados, los gungan, por su sorprendente victoria.

Hasta que llegó a Theed y se enteró de la derrota de Darth Maul a manos de los Jedi en una estación eléctrica no entendió el motivo de la sensación de pérdida y profunda soledad que había tenido tras asesinar a Plagueis. Podría haber presionado a alguno de los

Jedi llegados a Naboo para que le explicasen cómo Maul había logrado matar a un experto con la espada para terminar cayendo ante alguien inferior, pero no quería saberlo ni imaginar el duelo. Aun así, le produjo un gran placer estar junto a Yoda, Mace Windu y otros Maestros viendo el cuerpo de Qui-Gon Jinn reducido a cenizas, consciente de que el Jedi era la primera víctima de una guerra declarada pero aún no iniciada; una en la que decenas de miles de Jedi seguirían a Qui-Gon hasta la tumba…

La muerte de Plagueis y la derrota de Maul habían ocurrido de manera relativamente simultánea, lo que solo podía ser un designio del lado oscuro de la Fuerza. Igual que el hecho de que ahora, hasta que eligiera y entrenase a un nuevo aprendiz, Palpatine era el único lord Sith de la galaxia.

También estaba decepcionado porque el ejército droide de la Federación de Comercio había caído muy fácilmente ante un puñado de naboo y un ejército de primitivos. Pero Anakin Skywalker era el principal problema. Nadie podía discutir que había demostrado un notable valor y un gran dominio de la Fuerza al destruir la nave de control de droides de la Federación de Comercio.

Como le había dicho Plagueis: sus actos empiezan a tener eco en las estrellas.

—¿Qué es esto? —le preguntó Dooku después de que Palpatine le llevase al edificio LiMerge.

—Una vieja fábrica. Fue propiedad de Hego Damask, pero me la cedió antes de morir.

Dooku arrugó la frente.

—¿Para qué?

—Pensó que podría servirme para iniciar un plan de renovación urbanística.

De vuelta en Coruscant desde hacía poco más de un mes, Palpatine llevaba una capa con capucha cerrada en el pecho con un broche Sith, una ostensible protección contra la lluvia ácida que caía sobre Los Talleres. Dooku iba vestido de civil, con unos pantalones ajustados y una elegante capa.

El antiguo Jedi miró la enorme sala principal de la fábrica.

—¿No hay guardias del Senado?

—Andan cerca, por si los necesito.

—Pensaba que habrías querido verme en tu nueva oficina —dijo Dooku, limpiándose las gotas de agua de los hombros—. Después recordé lo que me dijiste la última vez que hablamos, sobre no dejarnos ver juntos en público.

Palpatine hizo un gesto despreocupado.

—La oficina es temporal. Ya tengo planeada una más adecuada para el cargo.

Empezaron a caminar por la sala.

—Ya los has engatusado —dijo Dooku.

Palpatine fingió una mirada de inocencia.

—En absoluto. El Comité de Apropiaciones me planteó la idea de construir una cúpula cerca del edificio del Senado que también servirá como estación de atraque.

—Pareces muy complacido con la idea.

—Lo estoy.

Dooku se detuvo para mirarlo.

—Me parece que empieza a revelarse tu verdadera naturaleza —al ver que Palpatine no respondía, añadió—: Por cierto, felicidades por la derrota de la Federación de Comercio en Naboo. Unos sucesos de lo más extraños, ¿no te parece?

Palpatine asintió y empezó a caminar otra vez.

—Todos los implicados, incluido yo, subestimamos las habilidades de nuestra reina. Me dolió enterarme de que Qui-Gon había muerto —hizo una pausa—. ¿Su muerte fue la que te impulsó a abandonar definitivamente la Orden?

—Hasta cierto punto —dijo Dooku, frunciendo el ceño—. Recientemente me he enterado que otro de mis padawans, Komari Vosa, está viva.

—Espero que te sirva de consuelo —empezó a decir Palpatine.

—No me sirve, ya que dicen que lidera a los Bando Gora.

Dooku le miró.

—Podría ser un peligro para la República, Canciller Supremo.

—Gracias por la advertencia. ¿Cómo reaccionó el Consejo a tu marcha?

—No muy bien. Me pidieron más explicaciones de las que estaba dispuesto a dar.

—¿Y el Maestro Sifo-Dyas?

Dooku frunció el ceño.

—Él sabía que mi marcha era cuestión de tiempo. Aunque dijo algo que me pareció bastante curioso. Dijo que si tenía intención de instigar las disensiones, estaría siempre un paso por delante de mí.

Palpatine movió la cabeza, confundido.

—¿Piensas instigar disensiones?

Dooku sonrió levemente.

—Mi primer objetivo es recuperar mi título.

—Conde Dooku —dijo Palpatine para ver cómo sonaba—. Te queda mejor que Maestro Dooku.

—Estoy tentado de cambiarme el nombre.

—Para empezar de cero.

—Quizá debería hacer lo mismo que tú.

—¿Lo mismo que yo? —dijo Palpatine.

—Llamarme Dooku, como tú te llamas solo Palpatine.

—Entiendo. Bueno, ¿qué significa un nombre, a fin de cuentas? —volvió a hacer una larga pausa—. Tengo entendido que Qui-Gon murió por culpa de las heridas causadas por una espada de luz.

Dooku giró la cabeza bruscamente.

—El mismo Sith al que se enfrentó en Tatooine. El Consejo espera que Gunray pueda aportar algo de luz al asunto cuando se inicie el juicio.

—No confiaría mucho en eso. ¿El Consejo sabe algo?

—No, ni siquiera su nombre Sith —dijo Dooku—. Pero saben que hay otro.

—¿Cómo es posible?

—En teoría, cuando los Sith se escondieron, hace mil años, juraron que solo debía haber dos de ellos en todo momento; un Maestro y un aprendiz.

—¿El que mató a Qui-Gon era el aprendiz o el maestro?

Dooku le miró mientras caminaban.

—Mi instinto me dice que era el aprendiz. Obi-Wan sospecha lo mismo, basándose en el comportamiento del zabrak. El Consejo es más prudente, pero naturalmente quiere encontrar al otro —se quedó en silencio, después añadió—: El Sith se mostró deliberadamente en Tatooine y Naboo. Más que para revelar su alianza con la Federación de Comercio, lo hizo para enviar un mensaje a los Jedi. Como una declaración de guerra.

Palpatine se detuvo frente a una ventana rota desde la que se veían Los Talleres bañados por la lluvia.

—¿Y dónde van a buscar al otro Sith?

—No estoy seguro —dijo Dooku, acercándose a él—. Varias crisis de la última década llevan la firma de una inteligencia más siniestra que la de los que las planearon y ejecutaron. Yinchorr, por ejemplo; pero en particular Eriadu y el asesinato de los líderes de la Federación de Comercio. Es obvio que algunos seres han tratado con los Sith, puede que sin darse cuenta, y algunos puede que estén tratando ahora mismo con el único que queda vivo. Ahora que ya no soy un Jedi, quizá sea capaz de sacarle información a los cárteles del crimen y otras organizaciones. Terminaré encontrándolo, o encontrándola, con un poco de suerte antes de que lo hagan los Jedi.

—Para vengar la muerte de Qui-Gon —dijo Palpatine asintiendo, consciente de que Dooku lo estaba mirando atentamente.

—Eso me preocupó durante un tiempo, pero ya no.

Palpatine giró ligeramente la cabeza.

— Entonces ¿por qué buscarlo?

—Porque sospecho que Naboo solo fue el principio… una especie de salva inaugural. Los Sith quieren derribar la República. Como tú y yo.

Palpatine tardó un buen rato en responder.

—Pero aliarse con los Sith…

—Para muchos son la encarnación de la maldad pura, pero el Consejo sabe que no es así. Lo que diferencia a un Sith de un Jedi es su planteamiento respecto a la Fuerza. La Orden Jedi se ha puesto límites, pero los Sith jamás han tenido el menor problema en utilizar el poder del lado oscuro para alcanzar sus objetivos.

—¿Te gustaría conocer los secretos del lado oscuro?

—Confieso que sí.

Palpatine reprimió el impulso de revelar su verdadera identidad. Dooku era potente en la Fuerza y podría estar simplemente tirándole un anzuelo. Por otra parte…

—Algo me dice que ese Sith escondido encontrará la manera de llegar hasta ti —dijo finalmente—. Y cuando lo haga, si lo hace, espero que la alianza que forjéis nos ayude a devolver el orden a la galaxia.

Sate Pestage hizo entrar a Obi-Wan Kenobi y su joven padawan, Anakin Skywalker, en la oficina provisional de Palpatine en el edificio del Senado. Ambos Jedi llevaban túnicas de color claro, togas marrones y botas altas. Como dos fotocopias.

—Gracias por aceptar mi invitación —dijo Palpatine, saliendo de detrás de un amplio escritorio para darles la bienvenida—. Sentaos, por favor —añadió, señalando las sillas que había frente al escritorio.

Anakin casi se había sentado cuando Obi-Wan lo reconvino con una sacudida de la cabeza.

—Gracias a usted, Canciller Supremo —dijo el Jedi de barba corta—, pero preferimos quedarnos de pie —cruzó los brazos frente a él y espero que Anakin hiciese lo mismo antes de decir—: Sabemos que su tiempo es muy valioso.

De nuevo en su butaca, Palpatine sonrió amablemente.

—No tan valioso como para no pasar un rato con las dos personas que le salvaron la vida a mi reina y rescataron mi mundo de las garras de la Federación —miraba fijamente a Obi-Wan—. Lamento la pérdida de Qui-Gon Jinn, Maestro Obi-Wan.

El Jedi asintió en agradecimiento y después dijo:

—Recientemente fui nombrado Caballero Jedi, Canciller Supremo.

Palpatine puso cara de sorpresa.

—Y ya te han asignado un aprendiz. Qui-Gon debió entrenarte de manera brillante.

Obi-Wan volvió a asentir.

—Era un profesor muy inspirado.

Palpatine apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Qué gran pérdida… —desvió la mirada hacia Anakin—. En Naboo no tuve la oportunidad de darte las gracias, joven Skywalker. Tu actuación fue sencillamente extraordinaria. Que la Fuerza sea siempre potente en ti.

—Gracias, señor —dijo Anakin en voz baja.

Palpatine entrelazó los dedos de ambas manos.

—Me han dicho que te criaste en Tatooine. Visité el planeta hace muchos años.

Anakin entrecerró los ojos un breve instante.

—Así es, señor, pero se supone que no debo hablar de ello. Palpatine vio que miraba a Obi-Wan.

—¿Por qué?

—Mi madre…

—Anakin —le espetó Obi-Wan en tono de reprimenda. Palpatine se reclinó ligeramente, estudiándolos a los dos. Obi-Wan parecía no haber notado la furia que hervía en el interior del chico, pero por un instante Palpatine percibió en Skywalker un leve rastro de sí mismo de joven. La necesidad de desafiar a la autoridad; el don para ocultar sus emociones. El poder aún no descubierto.

—Perdonadme por ser demasiado entrometido —dijo al cabo de un momento.

Claramente incómodo, Obi-Wan cambió de postura.

—Los Jedi están entrenados para vivir el momento, Canciller Supremo. Nuestras infancias tienen poco que ver con nuestras vidas en la Fuerza.

Palpatine arrugó la frente.

—Eso es fácil para un niño pequeño, pero para un jovencito… —se interrumpió con un gesto desdeñoso—. Bueno, quién soy yo para juzgar los principios de vuestra Orden, cuando los Jedi han mantenido la paz en la República durante mil años.

Obi-Wan no dijo nada.

—Pero, dime, padawan Skywalker, ¿qué se siente al convertirse en miembro de un grupo tan venerado?

—Es como un sueño hecho realidad, señor —dijo Anakin con genuina sinceridad.

—Un sueño hecho realidad… Así que has pensado en la Orden Jedi y en la Fuerza desde hace mucho.

Anakin asintió.

—Siempre he querido hacer justicia a…

—No eres tú quien decidirá tu futuro, Anakin —dijo Obi-Wan—. La Fuerza te guiará.

Palpatine sonrió para sus adentros. Te guiará hacia mí, joven Skywalker.

Dooku tenía talento y podía ser un procurador poderoso. Pero ese chico aparentemente cándido, ese chico sensible a la Fuerza, sería el que tomaría como aprendiz y el que utilizaría para ejecutar la última etapa del Gran Plan. Dejaría que Obi-Wan le instruyera en los caminos de la Fuerza, dejaría que Skywalker fuese amargándose durante la siguiente década mientras su madre envejecía esclavizada, con la galaxia deteriorándose alrededor de él y sus compañeros Jedi cayendo en conflictos inextricables. Era demasiado joven para ser entrenado en los caminos de los Sith, en cualquier caso, pero tenía la edad perfecta para crear vínculos con una figura paterna que escucharía todos sus problemas y lo atraería inexorablemente hacia el lado oscuro.

—Cómo te dije en Naboo, Anakin —dijo finalmente—, seguiremos tu carrera con gran interés.

¡Y me aseguraré de que culmine con la ruina de la Orden Jedi y la nueva supremacía de los Sith!